Aro Sáinz de la Maza

Malart

Serie Milo Malart

DESTINO

De madrugada, en alta mar a bordo de un yate en la costa barcelonesa, se ha cometido un doble crimen atroz. El inspector Milo Malart conocía bien a las víctimas, un matrimonio de la alta burguesía absuelto en el juicio por el asesinato de una joven gracias a la oportuna contaminación de las pruebas. Torturado hasta la obsesión, todos en el Cuerpo sabían que el inspector estaba dispuesto a pararles los pies como fuera. Que Malart no olvida. Ni suelta la presa. Y ahora ha desaparecido sin dejar rastro. Mientras los indicios hallados en la escena del crimen se acumulan en su contra, para algunos resulta muy fácil unir los puntos. Para otros, en cambio, los hechos no acaban de encajar; sin embargo, no pueden responder a una sencilla pregunta: si es inocente, ¿por qué no da señales de vida?

Su compañera, la subinspectora Rebeca Mercader, no le cree capaz de haber traspasado la línea. Trabajando contrarreloj, está resuelta a esclarecer lo ocurrido aun en contra de las órdenes y a pesar de que puede arruinar su carrera.

Malart clausura la tetralogía de los elementos. Es una novela distinta a todas, con una trama insólita, donde los juegos de la mente tienen especial relevancia y que cierra de forma magistral el círculo de la injusticia y la infamia. Una nueva y sublime vuelta de tuerca.

MALART

Aro Sáinz de la Maza

Aro Sáinz de la Maza, 2023
Editorial Planeta, S. A. (2023)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Para Beatriz,
insisto

Y bien,
Vladímir Vladímirovich,
¿le gusta el abismo?

VLADÍMIR V. MAIAKOVSKI

Prólogo

Barcelona, sábado, 17 de agosto. 4.24

Le gustaba correr de madrugada por la ciudad. Las calles estaban desiertas, apenas había tráfico, y la ausencia de ruido, junto con el ritmo constante de sus zancadas, le ayudaba a encontrar algo muy parecido a la paz interior. Rebajaba la irritación, alejaba las imágenes recurrentes del cerebro y luego, una vez ya en la cama, le facilitaba conciliar el siempre escurridizo sueño. Lo descubrió a los doce años, cuando una noche su madre le contó la verdad. La revelación odiosa. El efecto devastador. Las palabras que le empujaron al borde del precipicio. Uno sin fondo. El vértigo.

Y ya nada volvió a ser lo mismo.

Dejó a su madre plantada en el sofá con sus confesiones de alcohólica y salió corriendo en pijama y zapatillas a la calle. No se detuvo hasta dos horas después, sin aliento, habiendo perdido ya el calzado, los lacrimales secos y las piernas rotas. Pero con una rara sensación de bienestar.

Desde entonces, correr se había convertido en su gran pasión. Iba más allá del simple hecho de hacer ejercicio. Como una adicción, le aliviaba recorrer kilómetro tras kilómetro, hora tras hora, aplicando determinación y fuerza mental, a espaldas de todo el mundo. Poner a prueba sus límites a base de sacrificio y una gran capacidad de superación. No se planteaba ninguna meta en concreto. Le bastaba saber que, después de media vida practicando, cualquier distancia estaba a su alcance; le daba igual que fueran veinte o cuarenta los kilómetros, dos, cinco o diez las horas. Todo aquello le traía sin cuidado, y por este motivo corría sin pulseras de actividad, reloj ni móvil. Lo único que le importaba era correr, sentirse libre. Desconectar. Huir.

Cada noche, sin tener en cuenta el tiempo que hiciera, se enfundaba las mallas, la camiseta, la sudadera y las deportivas, hacía unos leves estiramientos en la sala, se ataba las llaves del piso a la muñeca con una cinta elástica y bajaba trotando las escaleras del inmueble para salir a la calle.

La calle.

Solía escoger cualquiera, sin preocuparse de si eran estrechas o

estaban mal iluminadas ni por la peligrosidad de los barrios. Hasta que sufrió dos intentos de agresión, el último saldado con un navajazo en el brazo, y un episodio en el que una manada de atacantes a punto estuvo de hacer estallar en pedazos su frágil equilibrio mental. No acudió a la policía. ¿Para qué? Después de lo de su madre, habría sido una pérdida de tiempo. Solo estaban al servicio de los poderosos y ya no confiaba en ellos. De hecho, no se fiaba de nadie. Se limitó a acudir a las urgencias del hospital más cercano. Y cuando empezaron con las preguntas de rigor, tras pedirle el DNI, expuso una serie de excusas peregrinas, aguardó con paciencia a que le suturaran la herida y, en un momento de despiste, se largó por piernas antes de que llegaran los Mossos para tomarle declaración. Estos sucesos provocaron la introducción de varios cambios en su rutina. El primero, salir a correr con un cúter plegado en la mano izquierda y un táser de bolsillo en la derecha, uno de 6.500 kilovoltios y 220 gramos de peso, que adquirió por internet. El segundo, elegir avenidas, paseos y calles anchas para realizar sus recorridos, lugares bien iluminados donde podía prever las encerronas y escapar con mayor facilidad.

Como aquella noche.

Desde el edificio de la calle Parlament había doblado hacia Urgell, tomado por avenida de Sarrià y luego girado por Diagonal. Ya la había ascendido hasta más allá de la zona universitaria y ahora descendía por el lado mar en dirección al paseo Sant Joan. Le resultaba una avenida anodina, demasiado uniforme para su gusto, una réplica que se podía encontrar en cualquier capital del mundo, sin rasgos diferenciadores ni personalidad propia. Prefería las callejuelas de los barrios menos favorecidos, mucho más características y singulares, con mil rincones y detalles que las convertían en únicas, irremplazables. Correr por Ciutat Vella, el Raval, la Barceloneta o el Born siempre deparaba descubrimientos. Hacerlo por la Diagonal era aburrido y soso de solemnidad, como comer una paella en un restaurante de las Ramblas, puro plástico. Una ruta de postal.

Algo le hizo interrumpir los pensamientos y alzar la cabeza.

Sin alterar el ritmo de carrera, miró alrededor. Un chirrido no muy lejano le había llamado la atención. De neumáticos. Dirigió la vista hacia la izquierda. Bajando por la calle Balmes, un Evoque blanco circulaba a gran velocidad dando volantazos sin sentido hacia el cruce con el semáforo en rojo. Intuyó, por el retumbar de los motores, que por su espalda se aproximaba un autobús nocturno por el carril central de la avenida. En una fracción de segundo adivinó que se iba a producir la colisión y tuvo que decidir con celeridad cuál era el lugar más seguro donde situarse, si acelerar las zancadas y pasar al otro lado o bien detenerse y cruzar los dedos para que los árboles le sirvieran de parapeto contra el autobús tras el choque.

Frenó en seco.

Como a cámara lenta, vio al Evoque saltarse el semáforo sin aminorar. Al volante, un hombre de pelo cano y gafas de pasta; en el asiento del copiloto, una mujer de aspecto cuidado. Los dos muy bronceados y con la boca abierta. Por las risas. El agudo sonido de los frenos del bus le arañó los oídos. Demasiado tarde. El lujoso todoterreno topó con fuerza contra el lateral del vehículo de transporte, lo impelió varios metros, haciéndolo girar noventa grados, hasta que se detuvo al dar contra los árboles que jalonaban la avenida, bamboleándose a causa del impacto, con los pasajeros saliendo despedidos de un lado a otro de la cabina. Por su parte, el Evoque rebotó como una pelota con gran estruendo, los cristales de las lunas saltaron destrozados, dio varios giros en el aire sobre su eje, cayó sobre dos ruedas, a punto de precipitarse de costado contra el asfalto, y terminó en horizontal gracias al golpe seco contra una farola de la acera de enfrente, con los airbags desplegados y el morro hundido.

El silencio que se produjo a continuación, por contraste, resultó sobrecogedor. Hasta que lo rompieron los chillidos y las voces pidiendo auxilio de los escasos pasajeros, la mayoría con acento suramericano. Algunos, apoyándose en barras y asientos, procuraron incorporarse a duras penas, los rostros aturdidos, cabeceando ensangrentados. El conductor permaneció quieto, sujeto por el cinturón, el torso volcado sobre el volante. Varias luces se encendieron en los balcones de los edificios y vio a gente asomarse en bata a la calle, señalar los vehículos, llevarse las manos a la cabeza y también algo a la oreja. Desvió la vista al Evoque. Había acabado justo en el lugar donde había sopesado situarse. El hombre y la mujer salían del coche a trompicones y caminaban dando tumbos, con dificultad para mantenerse en pie. Él se recolocó las gafas, se palpó el pecho, un instante, y con voz pastosa preguntó a su compañera si había tirado la papelina. Oyó la respuesta de la mujer con claridad, las palabras arrastradas con el deje ebrio que tenía grabado a fuego en la memoria.

—No seas estúpido y llama al abogado, ¿a qué esperas?

Su cara le sonó. Como la de él. Pero no supo ni por qué ni de dónde. Distinguió sus aires de prepotencia, la falta de interés por la suerte de los demás, la actitud cargada de soberbia con la que se limitaban a observar los daños de su vehículo, los rostros congestionados en una mueca de fastidio. De forma inconsciente, inició un ligero trote sin moverse del sitio.

—¡Cabrones! —aulló una pasajera desde el autobús.

Giró la cabeza hacia ella. La sangre manaba a borbotones de una brecha en la frente y le resbalaba por las mejillas. Cerca, sin dejar de temblar, otra mujer miraba con odio a la pareja.

—Hijos de puta —gimió.

Una intensa oleada de angustia le recorrió el espinazo. Incapaz de controlarla, la mente empezó a dispararle imágenes de sucesos

intrusivos, repetitivos, traumáticos. En un gesto mecánico, se puso la capucha de la sudadera y se la ajustó al cuello.

Mientras las sirenas empezaban a aproximarse, y tras un lapso de tiempo que le pareció inusitadamente prolongado, volvió a oír al hombre del pelo cano dirigirse a la mujer bronceada.

—¿Estás bien?

Sintió el malestar psicológico crecer en su interior, los síntomas, y se dijo que debía descargarlo como fuera, con urgencia, si quería evitar la conocida reacción disociativa. *No te ha pasado a ti, corre.* Que dejara de mirar a las víctimas, la sangre. *Corre.* Que allí no pintaba nada. *¡Corre!*

Por fin, logró abstraerse de la realidad, dar media vuelta y alejarse con una carrera pausada. Al principio, las piernas protestaron; los músculos se habían enfriado. Sin hacerles caso, siguió con el empeño. Cada vez más rápido. Un par de manzanas después, volvieron a responder como una máquina. La berlina de lujo, de fiesta en la parte alta de la ciudad, el abogado. Los ocupantes del Evoque no eran unos ciudadanos cualesquiera. Aumentó la cadencia de las zancadas. Los del autobús sí. Tuvo una intuición. La noticia del accidente no iba a aparecer en los medios. Como mucho, y con suerte, lo haría en las redes sociales.

Lo de siempre.

Apretó el táser con fuerza, hizo otro tanto con el cúter, y se disparó a correr a ritmo de esprint al tiempo que se prometía comprobarlo.

Perderás el tiempo, se dijo. Ya sabes lo que va a pasar. Nada.

Jueves 28 de noviembre

1

Barcelona, 3.12

No había luna ni estrellas. Tumbado de espaldas, solo veía un humo blanco a un palmo de la cara, espeso. Olfateó el aire. Olía a salitre, a humedad. Descartado el humo, tal vez era algodón. Sucio, amarillento, esponjoso. Sobre su cabeza. Y se desplazaba. Podría jurarlo. Intentó levantar una mano para tocarlo, pero no pudo. El brazo le pesaba como una losa. Sintió una bofetada de agua. Parpadeó, abotargado. Estiró la lengua, repasó los labios. Salada. ¿El mar? No podía ser otra cosa. Sin embargo, era negro, un mar azabache. No muy lejos oyó un ruido potente, grave. Como el resonar de un motor. Un camión se alejaba. Pensó que sería genial ponerse de pie y caminar sobre el agua. ¿Hacia dónde? Eso ahora le daba igual. Lo prioritario era activar las extremidades, el movimiento generaba movimiento, y luego ya decidiría sobre la marcha. Le entró la risa tonta. Joder, desbarras, se dijo; nada cuadra, ¿y tú eres un policía de la judicial? Trató de concentrarse, pensar con sensatez, utilizar la lógica. Sabía por experiencia que los sentidos podían jugarle una mala pasada. Que no podía fiarse de ellos. Como tampoco de su cerebro.

—Maldita… sea —farfulló—, ¿qué coño… te pasa?

Tragó agua. El sabor era inconfundible. Ya estaba seguro de cuál era la situación. Flotaba en el mar como un peso muerto con nubes de algodón beis sobre su cuerpo. Aunque también podría ser en una enorme piscina de agua salada y el algodón, una lona de color hueso. No, se desplaza, insistió, convencido. Dos palabras resonaron en su cabeza: peso muerto. Muerto.

—Mis cojones… estoy muerto —dijo entre dientes.

De nuevo, pugnó por aclarar la mente. Imposible. Las ideas se desvanecían en el acto y no había forma de consolidar ninguna. Cerró los ojos, la boca. Presa del desconcierto, se propuso aplicar su método de trabajo: ponerse en la piel del otro. Solo que en esta ocasión el otro era él mismo. Consiguió atisbar una certeza. Iba vestido, y la ropa era un lastre que le dificultaba mantenerse a flote. Sobre todo, las botas de leñador canadiense, grandes, de suela dura, pesadas como bloques de cemento, y la cazadora, abombada sobre el pecho y almacenando agua,

más lastre. Primer paso: desabrochar ambas. Apretó las mandíbulas y procuró doblar una rodilla. Tarea inútil, las piernas tampoco respondían. Aprovechando el vaivén de la marea, aproximó una mano al torso, a la altura de la cremallera. Sintió el picotazo urticante y, en un acto reflejo, la retiró de inmediato. No le hizo falta abrir los ojos para saber de qué se trataba. Había reconocido el dolor, idéntico al que sintió cuando era pequeño en el Port de la Selva por no hacer caso a su abuelo, quien le avisó de que no se zambullera en El Pas, pues había un banco de medusas. La misma descarga eléctrica. En el pasado, una docena al mismo tiempo y de efectos considerables, como testimoniaban las marcas de sus ventosas repartidas por la piel; ahora, solo una, leve, pero suficiente para activar sus temores más atávicos. Medusas. Las odiaba. Bellas, sinuosas, fascinantes e hipnotizadoras, pero dolorosas y, algunas, letales. Con la dichosa costumbre de no desplazarse nunca en solitario. Salvo las que iban en vanguardia. Suplicó en silencio para que aquel fuera el caso mientras, estremecido, recogía las manos con extrema lentitud dentro de las mangas y se hundía lentamente, milímetro a milímetro. *Estás jodido, lo sabes.*

—Vete… al infierno.

Notó el segundo aguijonazo en la mejilla. Cabeceó al tiempo que vislumbró una imagen, como un flash repentino. Los rostros de Ivo Parés y Mónica Morera. Sus expresiones ya no eran tan arrogantes. En el suelo, habían perdido esos aires de superioridad, de saberse intocables. Y en sus ojos, pudo leer perfectamente el espanto. A pesar del dolor, esbozó una sonrisa. No recordaba qué había ocurrido, pero *sí* la sensación de triunfo al ponerles las esposas. En esta ocasión, se había encargado personalmente de que no volvieran a irse de rositas como la otra vez. *Como las otras veces.* Un helor le recorrió de pies a cabeza.

—¿De qué… hablas?

El tercer picotazo fue en la sien y la sacudida eléctrica le hizo ver las estrellas. Y algo más. Algo que no supo identificar.

—¿Mamá? —balbuceó—. ¿Eres tú…, mamá?

Quiso zafarse de las ropas, apartar a manotazos las medusas y echarse a nadar rumbo a la costa en aquel mar oscuro. No se movió ni un centímetro. Pensó en forcejear contra aquella laxitud que entorpecía sus músculos, golpearla con saña con tal de librarse de la impotencia que lo embotaba. Todo quedó en nada, en un deseo frustrado. El abatimiento, unido a la incomprensión de por qué su cuerpo no le respondía, lo sumió en la congoja. Ya ni siquiera la rabia le servía. Quieto, se dejó mecer por la suave corriente a la espera de una nueva mordedura urticante. Una retahíla de escenas inconexas apareció de golpe detrás de sus párpados. Flashes desordenados, fantasmagóricos. No era algodón lo que estaba suspendido sobre su cabeza, sino una pista de hielo por donde una pareja de patinadores trazaba sus evoluciones con una armonía impecable. La belleza, la música, deslizándose los dos a cámara

lenta, ella en el aire y él preparado para atraparla con elegancia. Los contemplaba embelesado cuando se produjo un cambio de escena. Entre Ivo Parés y Mónica Morera caminaba una joven con vestido negro corto y zapatos de tacón, muy colocada. Se vio ir hacia ellos con rapidez, la placa en alto, gritando al matrimonio que estaban detenidos. Extrajo el arma y puso la mano sobre el hombro del marido, quien se desvaneció en el aire, al igual que su esposa, mientras la joven permanecía a su espalda. Al girarse para decirle que estaba fuera de peligro, ella le clavaba algo afilado en el estómago, hundiéndolo hasta el fondo. Nuevo flash. Agarrado a su madre por la cintura del delantal azul y rojo, impregnada del olor a tortilla de patatas recién hecha. A salvo. En sus brazos. Otro. Entraba en el dormitorio a oscuras y le acariciaba la frente con dulzura para despertarlo. Era presentir su sonrisa y saber que ya nada podría estropearle el día. Otro flash. La misma figura femenina, arrodillada en el cuarto de baño, vestida con idéntico delantal rojo y azul, ahogando a un bebé de pocos meses en la bañera. Cambio de escena. Doblada sobre él, le curaba las rozaduras en los codos y las piernas tras caerse de la bicicleta, primero soplando con mimo sobre las heridas para, acto seguido, aplicarle agua oxigenada, instándole a ser valiente, el hombrecito fuerte de la casa.

Abrió los ojos. La sucesión de flashes se detuvo.

Incrédulo, supo que desvariaba, que estaba en las últimas, no podía pensar. *No quieres pensar.* Percibió el asomo del pánico, lo indicaban todas las señales, y se aprestó a luchar contra él con tal de sobrevivir. *¿Y para qué quieres sobrevivir?* Inspiró con hondura y, al cabo, espiró el aire con suavidad. Repitió el ejercicio. Otra vez. Y otra. Hasta que perdió la noción del tiempo. Igual llevaba flotando en el agua diez minutos o doscientos, pero aquello ahora no le importaba. En un rapto de lucidez se preguntó por qué a él no le sucedía como a todo el mundo. En situaciones de peligro inminente, lo habitual era que el cerebro procesara grandes cantidades de información en pocos instantes, el clásico ver pasar toda la vida por delante. En cambio, lo único que él había visto era una serie de imágenes delirantes, sin sentido; solo unas pocas coincidían con la realidad. *Vas a morir ahogado, es lo que tiene.* Sintió la ira estallar.

—¡Es que… ni siquiera… puedo… morir… en paz!

Un trago de agua salada se le coló por la boca y empezó a escupirla entre toses. Ahogado, se dijo. Ahogado en el mar. Le entró un nuevo ataque de risa floja, demente, absurda. Después de pasarse toda la vida practicando natación, llegaba el momento de que tanto entrenamiento le fuera útil para algo, como salvar el pellejo, por ejemplo, y la voz interna le decía que no iba a ser así, que todo había sido en balde. Le pareció una broma de mal gusto. Que el destino, el guionista o la madre que lo parió tenía un pésimo sentido del humor. Puto sentido del humor del destino, y puto destino. Que le den bien dado, a mí ya me está bien,

zanjó para sí. Alzó levemente la cabeza y oteó alrededor. Nada. Solo niebla de color plomo y oscuridad completa. Pese a ello, intuyó que se hallaba muy lejos de la costa, en mar abierto.

—Soy… tan… pequeño…

Recuperó la posición. Boca arriba, brazos extendidos, manos replegadas dentro de las mangas, piernas separadas. Tampoco era para tanto, se consoló entonces. Había peores maneras. No, no sería una mala muerte. De hecho, siempre se había sentido más a gusto en el mar que en tierra firme, como si les unieran ciertos lazos de pertenencia. Así que, puestos a escoger, prefería allí que en casa. *¿Qué casa?* Si pudiera, lo elegiría sin dudarlo, con los ojos cerrados. Por esa parte no había problema. Aunque antes le habría gustado saber qué había sucedido, por qué casi no podía moverse, y qué hacía allí, en medio de la nada. El potente y grave retumbar del motor se había apagado y solo oía el rumor del agua al chocar contra su cuerpo. Otra cosa que no lograba explicarse era qué pintaba un camión en el océano. Un barco, le replicó el cerebro. ¿Y nadie había advertido su ausencia? Socorro, se dijo; pide socorro. Volvió a entrarle la risa tonta. ¿Quién iba a oírlo? No tenía sentido. La esbelta patinadora sobre hielo, sin dejar de deslizarse, le hizo un gesto con la mano; desplegó el meñique y el pulgar, y se la llevó a la oreja. El móvil, entendió. Que pidiera socorro por teléfono. Acercó con exasperante lentitud el brazo hasta el bolsillo de la cazadora. Vacío. De vuelta, palpó el costado de los tejanos y tampoco halló el arma. Se encogió de hombros y ella lo imitó. A continuación, la patinadora cerró el puño y señaló con el pulgar hacia abajo. De repente, se preguntó quién miraba a quién.

—Eres… preciosa —barbotó—. Entonces… ¿es mi hora?

El hombre la impulsó hacia lo alto en una pirueta de riesgo y ella, en cada giro, asintió con vehemencia antes de aterrizar con perfecta sincronía en sus brazos, hincar la rodilla en el hielo y alejarse de su compañero, los brazos de ambos extendidos, poniendo fin al ejercicio. Acto seguido, juntos, le hicieron varias reverencias y se despidieron, agitando la mano, rumbo a la salida.

—¿Y por qué… no? —dijo. Una vez más, tragó agua. Se sacudió por las toses. Al rato, añadió—: ¿Y por qué… sí?

Aquello no podía ser. De ninguna de las maneras. Todo era un engaño de los sentidos, otro que sumar a la lista. Se dijo que podía aguantar un poco más. Pongamos una hora; no, mejor dos. Le sobrevino el recuerdo de su abuelo, de pie en las rocas de Les Clisques, las instrucciones de cuando le enseñó a nadar. El primer paso ya lo había logrado. Flotar. Adelante con el segundo. Extender un brazo, hundirlo en el agua e impulsarse dejándola atrás, como si la empujara con la mano, y repetir la operación con el otro. Boca arriba, probó con todas sus fuerzas. Apenas lo levantó un palmo. Volvió a intentarlo. Lo mismo. Los músculos continuaban lacios, desconectados.

—Céntrate —se ordenó, sin despegar los labios—. Que no… eres… un novato.

Llevó a cabo un tercer intento, y tampoco. *Claudica.* Yo no me rindo nunca. *Es el final.* Y un huevo. Realizó un penúltimo esfuerzo por levantarlo. Nada. El último. Fallido, de nuevo. *Olvídalo, no malgastes energía.* Pertinaz, se dijo que su tiempo no se había agotado y probó a batir las piernas. Otra batalla perdida. Los pies. Tampoco. Quiso gritar, pero solo emitió un murmullo. Fuera de sí, agitó todo el cuerpo. Apenas provocó un poco de espuma. Si no braceaba, iba a hundirse sin remedio. Aunó toda la determinación que le fue posible y solo consiguió sumergirse. Entre jadeos, sacó media cabeza del agua, lo justo para respirar. La angustia se apoderó de él. Lo que hasta ese momento solo era una pesadilla se confirmaba como algo real, próximo, inevitable. Al borde de la desesperación, y como solía ocurrir a los seres humanos, la certeza de la muerte inmediata lo empujó de vuelta al seno materno. Quiso despedirse de ella, verla, fijarla en la mente.

Sin éxito.

Perplejo, trató de recordar su rostro.

Lo único que vio fue a una mujer con un delantal rojo y azul, pero con la cara pixelada, en brumas. En un fogonazo, alcanzó a vislumbrar un atisbo reconocible… que se esfumó en el acto como por ensalmo. Pestañeó, desconcertado. No podía retener su aspecto. Justo ahora, cuando más la necesitaba como asidero para cruzar a la otra orilla, se le escurría de la mente. La cara envuelta en penumbras, difuminada. Una extraña. Luz, requería luz para iluminarla tan solo un segundo antes de partir, de bajar los brazos y arrojarse de una vez por todas al precipicio. Pero se le escapaba, no lograba verla.

Sollozó en silencio.

No la podía recordar. ¿Cómo era posible? *El olvido es un mecanismo de defensa.* No, todos deberíamos tener un lugar adonde regresar, se dijo, los ojos empañados. Refugio, cariño, amor incondicional. Madre, mamá. Una idea. Ninguna imagen.

—Mercader…, no logro… recordar… su cara…

Aturdido por el golpe, y harto de luchar, con el agua a la altura de las fosas nasales, aceptó su suerte. Total, detenidos esos dos, ya no tenía un propósito en la vida. Nada importaba. Estaba solo. Solo. A la mierda con todo, cedió. Listo, cuando quieras. Pero que sea rápido. *Tienes miedo, reconócelo.* Una inesperada paz lo inundó de súbito. En el preciso instante en que Milo Malart, inspector del Grupo Especial de Homicidios de los Mossos d'Esquadra, asumió que la historia iba a finalizar, justo tras renunciar a comprender un sentido, se estremeció por una inusitada sensación de calma, una tranquilidad casi placentera.

—*Bonheur… chapitre… trois* —gimió—. Lo… intenté. Ella… Estuve… tan cerca…

¿Miedo? En absoluto, se dijo. Al contrario. La idea del punto final le

dotó de una entereza legendaria. Bailar en el gran azul con la música de la marea. Envuelto en el abrazo de la seda marina. Mecido con suavidad, sin oponer resistencia. Beberse el mar entero bajo la bóveda celestial. Apartarse de la maldad, despertar del trance y abrazar, por fin, el descanso. Para flipar, una pasada. Conocía muertes peores. En el fondo, era un privilegiado. El fondo. Lo atrajo como un imán. El lecho. Dormir. Le entró de nuevo una risa floja, esta vez sincera. Y mientras a lo lejos un ruido agudo lo distraía un momento, detuvo los esfuerzos por mantenerse a flote, canceló los intentos de respirar, y se dejó ir, acunado por las olas. Ya boca abajo, empezó a hundirse. Sin luz. Con serenidad. Hacia la nada. El todo.

2

Entró con paso rápido y decidido en las oficinas del GEHME, situadas en la cuarta planta de la Comisaría Central y medio vacías a esas horas. Fue hasta su mesa, dejó la americana de cualquier manera y llegó hasta la del sargento Crespo.

—¿Han llegado los resultados de Criminalística?

—Buenos días también para ti, subinspectora —dijo el sargento sin levantar la cabeza. La miró por encima de las gafas y aguardó el saludo, que no se produjo. Dejó escapar un suspiro—: Hará cosa de veinte minutos. Y antes de que me lo preguntes, sí, concuerdan con el sospechoso. Malart tenía razón, otra vez.

—Dime algo que no sepa.

—También acabamos de recibir la orden de detención.

—Genial. —Echó un vistazo alrededor—. ¿El grandullón está en la sala de descanso?

—Aún no se ha presentado.

—¿Estás de coña? Anoche quedamos aquí esta mañana a las ocho para ir a detener a ese cabrito. —El sargento compuso una expresión neutra —. Estoy hasta los mismísimos de sus plantones. Y es que no aprendo, maldita sea.

Crespo se reclinó en la silla, se cruzó de brazos y la observó caminar de un lado para otro con gesto crispado, la expresión furibunda. Procuró quitarle hierro al asunto.

—Malart estará a punto de caer, no te sulfures. ¿Tú le has visto llegar tarde alguna vez?

La subinspectora Rebeca Mercader se detuvo en seco. Clavó los ojos grises en el rostro bonachón del sargento.

—¿Lo dices en serio? ¡Siempre! ¡Cada día!

—De acuerdo, la puntualidad no es lo suyo —concedió—. Me refiero a que se retrase para proceder a una detención.

Ella contuvo el aire, meditó un instante y sacudió la cabeza.

—Nunca, que yo recuerde —dijo—. No le he visto faltar al trabajo en la vida, salvo por razones de Jefatura.

—Pues eso. Vete a tomar un café y ponte cómoda. Será cosa de unos minutos —aseguró.

Mercader acercó una silla y se dejó caer con un resoplido. Se llevó la

mano a un bolsillo de los tejanos, extrajo el móvil. Tras marcar un contacto, se lo llevó a la oreja. «Le atiende el contestador del número…» Colgó al instante.

—Y encima lo tiene apagado —masculló.

—O está fuera de cobertura.

—Vale, mensaje recibido, no hace falta que te pongas de su parte. —Hizo una pausa. Miró alrededor, las mesas vacías—. ¿Y ahora qué? ¿Nos ponemos a hablar del tiempo?

—Diecisiete grados y una humedad del noventa por ciento. Este bochorno no es normal a finales de noviembre. ¿Has visto el mar?

—Cubierto de niebla, sí. Toni, en serio, lo de hablar del tiempo solo lo decía por decir. —Alargó una mano—. Pásame el informe de Márquez, la orden y el dosier del caso.

Crespo no se movió.

—¿Toni?

—Entiendo que todo se pega —dijo, sin cambiar de postura—. Pero ¿qué tal un «Por favor»? Por no hablar de un «Buenos días, sargento.» El «Qué tal estás» no es necesario, pero nunca sobra, subinspectora.

Mercader puso cara de pasmo.

—Con Malart no eres tan pejigueras —murmuró.

—Atraviesa una mala época desde mayo y, en mi opinión, hay que imitarlo en lo bueno, no en lo demás. Si todos actuáramos como él, esto sería el zoo, una galería de primates en vez de una comisaría. Alguien tiene que poner un poco de orden. Las reglas son lo único que nos separan de los animales, ¿no crees?

Rebeca se aclaró la garganta.

—Sargento, por favor —dijo con retintín—, ¿podrías darme el informe de Criminalística, la orden de detención y el dosier del caso Estruc? Si no estás muy ocupado, claro.

—Por supuesto, subinspectora. —Se enderezó, rebuscó en una pila y le entregó uno a uno todos los documentos—. ¿Lo ves? No ha sido tan difícil.

Mercader apretó los labios, sostuvo su mirada un instante y, acto seguido, sin pronunciar palabra, se sumergió en la lectura de los papeles.

El penetrante silbido de Moussa, el fornido marfileño que se ocupaba de las máquinas de despliegue y recogida de las redes, se elevó por encima del ruido de los motores. Algo extraño ocurría y Lluís, el patrón del pesquero *Demà*, salió de la cabina y lo interrogó con un gesto mudo. Moussa señaló repetidas veces hacia un punto determinado del oeste. Si algo había aprendido de aquel hábil pescador de pocas palabras era que, por la cuenta que le traía, lo mejor era hacerle caso, pues no solía equivocarse con sus advertencias. Sabía leer el mar, y tenía una vista

capaz de distinguir a lo lejos cualquier objeto flotando que pudiera dañar las hélices. Lluís entornó los ojos hacia la dirección que indicaba y trató de atisbar entre la niebla el motivo de su alarma. Fue inútil. Soltando improperios a diestro y siniestro contra aquel impenetrable y espeso velo blanco, regresó a la cabina y fijó la mirada en la pantalla del radar. Una embarcación de gran calado se dirigía hacia ellos en rumbo de colisión.

—*La mare que em va parir!*

Descolgó con rapidez el micrófono del equipo de radiocomunicaciones y llamó al barco por el canal de navegación. No obtuvo respuesta. Repitió la llamada, cada vez más alterado, mientras sacaba la cabeza del puente y, a pleno pulmón, daba instrucciones a sus hombres para que iniciaran a toda prisa la recogida de las artes. Insistió una tercera vez, rezando en su fuero interno para que alguien a bordo de aquella nave respondiera de inmediato. Sin cejar en su empeño de establecer comunicación, se dijo que no tendría que haber salido a faenar. Se había reunido de madrugada con el resto de los patrones en el muelle y todos, menos el de *L'Òstia* y el del *Bonamar*, habían renunciado a salir de puerto a causa de la niebla. Los tres estaban convencidos de que iba a levantarse, de que solo era cuestión de un par de horas y luego, tras amanecer, el mar estaría despejado por completo, algo que el parte no anunciaba. Ninguno dio su brazo a torcer. Ignoraba la situación de los otros, pero él no se podía permitir el lujo de quedarse de vacío una jornada más, y menos con la reducción progresiva de los días de pesca dictada por las autoridades. ¿Y todo por una maldita niebla? Ni hablar. Así que se había embarcado con sus hombres, navegado hacia la zona permitida por la cofradía, un caladero situado a treinta y seis millas náuticas de la costa, y cruzado los dedos para que todo saliera bien. Como así había sido hasta ahora. Tras dos horas faenando, y aparte de la morralla habitual, había visto subir algo de gamba roja y cigalas, cierta cantidad de gallos y pelayas y unos cuantos calamares. El silbido de Moussa le hizo sacar de nuevo la cabeza de la cabina. Vio la red colgando medio vacía sobre la boca abierta de la bodega y se apresuró a trazar la maniobra para esquivar a la embarcación que se aproximaba contra el *Demà*.

Pocos instantes después, un imponente yate de unos cuarenta metros de eslora, majestuoso, surgió de la niebla y se acercó rumbo a ellos, calculó que a unos seis nudos, y prosiguió su lenta marcha hacia el este sin variar velocidad ni dirección.

El micrófono se le cayó de la mano.

—*Em cago en tot* —murmuró.

Atónito, contempló al lujoso barco desfilar con parsimonia a escasos veinte metros. Los numerosos portillos y ojos de buey de las cabinas de la cubierta inferior, la estilizada y suntuosa cubierta principal, el moderno puente complementario que la coronaba en el último nivel. A

medida que dejaba atrás el *Demà*, vio que navegaba con el portón trasero abierto. Pese a ello, y gracias a la altura de la cabina del pesquero, pudo leer el nombre del yate escrito con grandes letras rojas: *Somerton*. Y vio algo más. Algo que le provocó un intenso escalofrío. En popa, atado por una cadena a la cornamusa de babor, arrastraba un elemento extraño, inerte. Y otro tanto ocurría con la de estribor. Ambos rebotaban como carnada de gran tamaño sobre la turbulenta estela de espuma blanca. Aguzó la vista. En esta ocasión, no necesitó preguntarle a Moussa de qué se trataba. Sin perder un segundo, recogió el micrófono con mano trémula y, procurando adoptar un tono de voz que no trasluciera su horror, tragó saliva y se dispuso a dar la alerta de emergencia a los guardacostas.

Mercader terminó de leer el informe de Criminalística, cerró el dosier del caso Estruc y soltó un resoplido.

—O sea, fue como dedujo Malart, su teoría era cierta, punto por punto —comentó—. Y todo a partir de una pelota de básquet que estaba donde él creyó que no debía estar. Este tío es la leche. Será un rompehuevos como la copa de un pino, pero es eficaz como él solo. Ve un simple balón en el recibidor y su cerebro ata cabos sin esperar a las pruebas ni interrogar a nadie.

Diez días atrás, una dotación de Mossos que patrullaba por la zona de la plaza de Catalunya cursó el aviso de la posible comisión de un homicidio a la centralita de la Comisaría Central. Un niño de trece años se había precipitado por el balcón de su casa, un tercer piso más el principal, con resultado de muerte. Al acceder al domicilio de la víctima, observaron algunos detalles que les hicieron descartar tanto el accidente como el suicidio. La Central puso en marcha el protocolo habitual en estos casos, dando parte a los juzgados, a Medicina Legal y a la Científica, y asignando la investigación al GEHME.

Cuando los miembros del Grupo llegaron a la calle Estruc, situada a tan solo tres minutos de la plaza de Catalunya, el cuerpo del chico yacía en el pavimento en medio de un gran charco de sangre, la cabeza destrozada por el impacto de la caída y las extremidades en una postura inverosímil. Traspasaron la zona acordonada y subieron a la vivienda, en el tercero segunda. La puerta del domicilio no estaba forzada. En la sala, hallaron leves indicios de lucha: la mesilla baja desplazada en ángulo oblicuo contra el sofá, el florero, así como el resto de los objetos de decoración, tirado sobre su superficie, una maceta del balcón volcada. Tras recorrer el piso, descartaron también el robo ante la falta de señales. El inspector Malart se detuvo en el recibidor y, en cuclillas, señaló en silencio la pelota de básquet en una esquina, debajo de una silla. Los demás le replicaron que los críos eran así, desordenados por naturaleza, y le quitaron relevancia. La víctima, Andreu Soler, era un

apasionado del baloncesto, como confirmaban los pósteres en la pared de su dormitorio. Desde hacía unos meses formaba parte del equipo cadete del Instituto Balmes, donde cursaba sus estudios, en la posición de base. El suceso había ocurrido al mediodía, poco antes de las dos. La madre, Montse Font, después de hacer la compra, se apresuró a volver a casa antes de que lo hiciera su hijo, quien solía llegar hacia esas horas para comer tras salir del instituto. Abrió el portal, subió en el estrecho ascensor los cuatro pisos, y entró con sus llaves, notando que la puerta estaba cerrada solo de golpe, lo que le hizo pensar que su hijo Andreu ya estaba en casa. De camino a la cocina para descargar el carrito, lleno hasta los topes, lo llamó varias veces para pedirle que la ayudara. El chico no acudió, como tenía por costumbre. El rumor de voces que ascendía de la calle a través del balcón abierto de par en par, junto a algunos gritos y chillidos, le paralizó el corazón, presintiendo que algo grave había pasado. Nada más asomarse, su mundo se desplomó por completo. El padre, Santiago Soler, teniente del Ejército de Tierra, estaba destinado en el Cuartel del Bruc, pero en aquellos momentos no pudo ser localizado, provocando que encabezara la lista de sospechosos. Su afición a la bebida, un carácter propenso a los enfrentamientos, más las desavenencias y constantes discusiones con su hijo, subrayó su nombre en rojo. Malart empezó a poner objeciones al parricidio. En su opinión, había otros candidatos más plausibles. El Grupo se dispuso a realizar un puerta a puerta en busca de testimonios y se repartieron las plantas. Él, taciturno, se adjudicó la segunda sin consultarlo con su compañera, la subinspectora Mercader. Bajó por las escaleras y fue directo al segundo segunda, el piso de debajo de la escena del crimen, y llamó al timbre. No abrió nadie. Pegó la oreja a la puerta. Silencio. Mientras Mercader se encaminaba al segundo primera, Malart se sentó en el suelo, la espalda apoyada contra la hoja, y, cerrando los ojos, le dijo que preguntara por el ruido. Extrañada por aquella petición y porque no fuera con ella a recabar información, le interpeló al respecto, pero él se limitó a responder que prefería esperar la llegada de los vecinos y, hosco, le repitió que indagara sobre el ruido. Entretanto, los demás miembros del Grupo recorrieron el edificio de arriba abajo. Nadie había visto al padre acceder al inmueble, no había testigos de la presencia de extraños y ningún repartidor de propaganda o de Correos había pulsado los interfonos. Al rato, Mercader salió de nuevo al rellano y, sin rodeos, informó a su compañero, quien parecía echar una siesta, de que la vecina era una mujer de unos ochenta años que vivía sola con sus siete gatos, medio sorda, muy amable, al igual que el resto de la comunidad, según sus palabras, y que desde su casa no se oía ningún ruido llamativo salvo algún portazo que otro de vez en cuando. Respecto a sus vecinos de rellano, solo había uno, Eric Sosa, un traductor de libros que trabajaba en casa, soltero, siempre dispuesto a ayudarla con las bolsas al entrar o salir del ascensor, un hombre agradable, educado,

de hablar pausado y gesto tranquilo. «Un intelectual», resumió. Sin abrir los ojos, Malart le preguntó si quería saber cómo creía él que había ido la cosa. Ella accedió.

«El chico es un gallito. El base titular del equipo de baloncesto, el director del juego. Su padre es militar, alguien con poder, acostumbrado a dar órdenes. El crío se siente protegido, lo imita. Es hijo único y sus padres lo idolatran. Se lo consienten todo. Puede hacer lo que le dé la gana. Y desde que lo eligieron para ese puesto, cuando está en casa los mediodías, tardes, fines de semana y vacaciones, practica con la pelota de básquet por toda la vivienda para mejorar su dominio. Botándola. El ruido es insoportable, retumban las paredes. El traductor es un hombre educado, pacífico, y sube al tercero para hablar con los padres. No le hacen ni puto caso. La madre opina que exagera, y el padre se lo saca de encima con el argumento de que su hijo puede hacer lo que quiera en su casa. Eric Sosa aguanta lo indecible durante semanas. Vuelve a subir para convencerlos, se lo pide por favor, se lo suplica, que el ruido le impide trabajar, que le perjudica para cumplir los plazos de entrega, que lo está volviendo loco. Ni caso. Pasan los meses, crece su impotencia, el rencor. Pese a todo, vuelve a intentar dialogar, a persuadirlos. En balde. Hasta que hoy, cuando el crío llega a casa y se pone a botar el balón, se siente pisoteado a la enésima potencia, maltratado, víctima de un chico consentido, de una familia incívica que sigue la moda actual de no educar a los hijos. No aguanta más. Y estalla. Pierde la cabeza. Solo ve una cosa. Con claridad meridiana. Tiene que atacar el origen de sus problemas. Cortarlos de raíz. Y es lo que hace. Sube por las escaleras. Toca el timbre. El crío, confiado, piensa que se trata de su madre de vuelta del súper y abre la puerta. El hombre lo agarra del cuello o del pecho, lo levanta del suelo y camina hacia el interior del piso. Conoce la distribución, es idéntica a la suya. Al niño se le escapa la pelota, que acaba en un rincón del recibidor, bajo la silla. Mientras la madre entra despacio y a trompicones en el ascensor por culpa del carrito, Eric Sosa avanza por la sala, choca contra la mesilla, la desplaza, salen despedidos el florero y demás objetos. El crío patalea en el aire, los ojos desorbitados, le clava las uñas en la piel, le golpea donde puede. A causa de la rapidez, o bajo los efectos del susto y la impresión, casi no ofrece resistencia. El balcón está abierto de par en par, hace bochorno. El hombre toma impulso, tropieza con una maceta, la vuelca, y lanza el niño al vacío. Luego, da media vuelta, rehace el camino hacia la salida como un sonámbulo. Ni siquiera intenta disimular el crimen y fingir un robo. Cierra la puerta con suavidad, de golpe, pero sin hacer ruido para no molestar a los vecinos. No se cruza con la madre de milagro y, en vez de volver a su casa, baja por las escaleras hasta la portería y se escabulle en la calle, entre la gente, la adrenalina a mil por hora. Todo sucede en veinte segundos. Entra, agarra, lleva, lanza y sale. Tal vez menos. Exactamente el lapso de tiempo que transcurre desde que la mujer entra

en la cabina, maniobra con dificultad en el espacio angosto por el peso del carrito y se produce la ascensión hasta que llega al tercer piso. Es de cajón. Cuando Eric Sosa regrese y hablemos con él, seguro que nos cuenta alguna milonga sobre que ha estado fuera toda la mañana y blablablá. Pero los de la Científica habrán hallado restos de piel bajo las uñas del crío, además de fibras de su ropa, y los resultados de la comparativa lo acusarán. Da igual que encuentren sus huellas en el timbre y en el pomo de la puerta. No aportan nada, puede haberlas dejado en cualquier otro momento. Con un poco de suerte, puede que también hallen pelos suyos en el chaval. Al interrogar al padre, dirá que no tienen ningún enemigo. Ni por asomo se le pasará por la cabeza que el pacífico y educado vecino de abajo pueda ser el culpable de tamaña salvajada. Y yo, de vosotros, no se lo diría hasta que lo detengamos; podría tomar represalias y dispone de armas de fuego. Más adelante, le resultará inconcebible, y se reprochará el resto de su vida no haber atendido a las súplicas del traductor ni haberlo tratado con más respeto. Eric Sosa no es un asesino, solo un desdichado. Pero no me da lástima. Era un buen hombre. Era, ya no. El móvil ha sido el ruido. No hay premeditación. Es posible que el juez lo declare no culpable por enajenación mental transitoria, por no ser responsable de sus actos. Ha ocurrido en otras ocasiones. Pero ese ya no es mi trabajo. Así es como creo yo que ha ido la cosa.»

La subinspectora Mercader lo miró enmudecida. Malart había narrado con voz monótona, desprovista de emoción, un crimen atroz, igual que si estuviera viendo una película detrás de sus retinas. Lo que más la soliviantaba era que las piezas parecían encajar, y todo a partir de un detalle tan sutil que a todos los demás les había pasado por alto. También a ella. Aquello la enardeció hasta el punto de sentir la tentación irrefrenable de abofetearlo con fuerza para que, al menos, abriera los ojos. «Hazlo, no te cortes —dijo entonces su compañero con la misma voz neutra—. No sé por qué me soportas, eres una santa.» Sus palabras la desinflaron. Incluso a ciegas sabía cómo desarmarla. Una cosa tuvo clara: el resto del Grupo iba a poner el grito en el cielo cuando Malart expusiera su teoría en la consabida reunión con los mandos en la sala de revista de la Central que se celebraría al final de la tarde, o a primera hora del día siguiente, tras recabar toda la información inicial para luego coordinar los pasos que debían seguir. Ya se podía imaginar sus reacciones. Los inspectores Rojo y Sena, inteligentes y experimentados, conocían de sobra aquellas corazonadas y su índice de casos cerrados, así que se lo tomarían con calma. El bruto del inspector Cervera soltaría alguna de sus animaladas, convencido de la supuesta gracia de sus salidas, y armaría algo de ruido, pero poco más. Sin embargo, el inspector Boada, que no perdía ocasión de ajustar cuentas con él, arremetería en su contra con todo y no cejaría hasta hacer sangre. Por su parte, el inspector jefe Singla, para quien Malart era como

un dolor de estómago, llevadero pero molesto, procuraría imponer algo de paz y tranquilidad, mientras que la comisaria jefe Bassa dispararía una batería de preguntas cargadas de invectivas con tal de arrinconarlo contra las cuerdas y dejarlo en evidencia. A todas luces, una pérdida de tiempo hasta que Márquez, el responsable de la Científica, no les hiciera llegar el informe con los resultados y corroborara o desmintiera la hipótesis. Y ahora que lo había leído, y obtenido la definitiva confirmación, no pudo evitar una mezcla de sana envidia y orgullo. Al fin y al cabo, ella era su compañera, testigo de primera fila. Esbozó una sonrisa sin darse cuenta.

—Sí —dijo el sargento Crespo—, su cerebro funciona como una máquina bien engrasada. Es capaz de procesar hasta el dato más insignificante y llegar a…

—¿Has hablado con él últimamente? —cortó Mercader.

—Cada día, subinspectora. ¿Por qué?

—Quiero decir de cosas personales.

—¿Como por ejemplo?

Rebeca desvió la mirada al móvil. Pasaban doce minutos de las ocho y maldijo para sus adentros mientras volvía a llamarlo. «Le atiende el contestador del…» Colgó con gesto iracundo.

—Calma, a veces llega muy pronto y otras, tarde. Nunca se sabe con él, ya lo conoces.

Ella señaló con vehemencia la entrada.

—Esperaré diez minutos y ni uno más. Si no veo su cara de capullo salir del ascensor, le diré que me acompañe a detener a Eric Sosa al primer inspector que cruce la puerta. No tengo toda la mañana. Y sargento, no te hagas el tonto, que yo también puedo procesar todo tipo de información. Hace un rato has dicho que Malart atraviesa una mala época desde mayo. Así que déjate de hostias y explícate —dijo. Y con sorna, añadió—: Por favor.

3

El sargento se enderezó las gafas.

—Tú eres su compañera —dijo—, te pasas el día con él. Deberías saberlo mejor que yo.

—Pero vosotros sois amigos, te tiene mucho aprecio. Y sabes perfectamente que cuando no quiere abrir la boca, se cierra en banda y no hay manera. ¿Te crees que no he intentado estirarle de la lengua? Un millón de veces, y nada. Incluso se lo he preguntado sin ambages, a bocajarro.

—¿Y qué te respondió?

—Que cuanto menos supiera, mejor. Y que me alejara de él. En concreto, que me mantuviera bien lejos durante un tiempo.

—Malart en estado puro.

—Sí, con su buen corazón de siempre —ironizó. Y como al desgaire, agregó—: ¿Te ha hablado del rollo aquel que tuvo?

—Mira, subinspectora, yo no sé si debo…, si es correcto… No estamos en la barra de un bar.

Rebeca miró en ambas direcciones. Estaban solos.

—Toni, si te lo pregunto es porque me tiene preocupada. Su conducta es cada vez más errática. ¿O no? —Crespo asintió—. Lo que me gustaría aclarar es cuáles son los motivos. Al principio creía que era por el caso Gotha, lo obsesionan esos dos.

—Lo que demuestra su vínculo con Candela Cuadrado, ya sabes, la víctima. —Se removió en la silla—. Con cualquiera de las víctimas de los casos que investiga. Es superior a sus fuerzas. Pero esta vez es más acentuado con ella y con su madre, Marcela, la única pariente viva, por no lograr detener a los que considera verdaderos culpables.

—Ese matrimonio de millonarios.

—Exacto. Ahí tienes la prueba de su compromiso con el trabajo. —Se cruzó de brazos—. Se lo toma tan en serio que puede, y solo digo «puede», anular todo lo demás, como si hubiera firmado un contrato con las víctimas y sus familiares y no quisiera incumplirlo, por lealtad.

—Hasta que alguien lo pare. ¿Te acuerdas de cómo se puso cuando a finales de agosto desapareció aquella pareja belga de novios en la ciudad? Como una fiera. Señaló a gritos una y otra vez a esos dos millonetis y la comisaria Bassa a punto estuvo de expedientarlo.

—Peor fue cuando sus cuerpos aparecieron en los arrecifes a mediados de octubre —dijo Crespo. Se llevó la mano al cuello y estiró de la camisa —. Pero no hubo pruebas contra ellos, la inclusión de un varón joven no casaba con su *modus operandi*, y además tenían coartada. Su intervención en el doble asesinato fue desestimada, lo que supuso un jarro de agua fría para Malart.

—Una coartada no definitiva, según él. Se puso tan furioso, y se obcecó hasta tal extremo, que Bassa casi le da la patada.

—Fue un golpe muy duro —dijo el sargento. Evitó el contacto visual —. Capaz de desestabilizar a cualquiera.

Mercader lo observó con fijeza.

—¿Me estás ocultando algo, Toni? —Crespo negó con la cabeza—. Lo digo por tu lenguaje corporal. Me recuerda al de un detenido cuando es interrogado.

En aquel instante entraron en las oficinas las sargentos Humbert y Corominas, incorporadas al Grupo la última primavera como soporte para Crespo. Las dos expertas en análisis de datos e informática, además de psicólogas, se encaminaron a sus respectivas mesas, situadas una enfrente de la otra, y les dirigieron un cabeceo a modo de saludo mientras soltaban las mochilas y se despojaban de las cazadoras.

Rebeca se dobló hacia Crespo y bajó la voz.

—De un tiempo a esta parte —prosiguió—, lo veo más calmado respecto a ese matrimonio de la alta burguesía, como si hubiera pasado página. Quiero saber si es verdad o solo una simple interpretación suya de cara a la galería.

—Subinspectora, empiezo a sentirme incómodo. Esto se parece cada vez más a un tercer grado.

—No me has respondido —dijo Mercader. Se enderezó al tiempo que volvía a comprobar la hora y repetía la llamada, que cortó nada más oír la voz del contestador—. Joder, el plantón ya dura más de veinte minutos.

Crespo hizo el gesto de levantarse.

—¿Quieres que te traiga un café?

—Quieto ahí —lo detuvo—. Tú y yo aún no hemos acabado.

La sargento Carlota Humbert alzó una ceja y su compañera Laura Corominas exhibió una expresión de extrañeza. Cruzaron una mirada y encendieron los ordenadores.

—Tú y yo sabemos —dijo Rebeca a continuación— que mantener las cosas en secreto no hace que desaparezcan.

—Estamos de acuerdo, subinspectora. Pero los secretos son secretos, en esto no te puedo ayudar.

—Error mío. Cambiemos de línea, ¿te parece? Total, tengo que llenar el tiempo de espera y esto es importante.

—Como quieras —accedió Crespo. Volvió a cruzarse de brazos—. Si se trata del inspector Malart, estoy a tu disposición.

—Pongamos el foco en la vertiente personal. Anular todo lo demás, has dicho —señaló Mercader—. Que se toma el trabajo tan en serio que puede anular todo lo demás. Estas han sido tus palabras, ¿me equivoco?

—Es solo una opinión.

—Oye, me estoy cansando de tu actitud a la defensiva. ¿Por qué me pones palos en las ruedas? Lo único que pretendo es averiguar qué le ocurre para poder echarle una mano, nada más.

—¿Y por qué no se lo preguntas a él cuando llegue?

—Porque no me va a responder, Toni. Por eso.

—Me temo que no voy a poder ayudarte, subinspectora.

—Hagámoslo al revés. Te digo cómo creo yo que va la cosa y tú solo te limitas a asentir o negar con la cabeza, ¿de acuerdo?

—No quiero ser pesado, y mucho menos meterme donde no me llaman sobre…, da igual —cedió—. Dispara.

Rebeca respiró hondo. Trató de poner en orden las ideas.

—Es mayo, se divorcia —dijo—. Después de eso, o antes, creo que termina una relación que consideró verdadera y desde entonces arrastra el dolor por la ruptura, pero no estoy segura. Se siente solo, vacío, como un pequeño bote en el océano, a la deriva. Perdido, sin rumbo. Nos ve a los demás seguir con nuestras existencias y tiene la sensación de que se ha pasado la suya dejando marchar las cosas, sus tragedias, sus seres queridos, sus relaciones. Sufre. De ahí que su comportamiento sea más huraño y cortante que nunca. Es consciente de que ha perdido la gran oportunidad de rehacer su vida, de dejar de estar más solo que la una, y está enfadado con él, con el mundo. ¿Y cómo reacciona? Se vuelca en el trabajo. Trabajo y nada más que trabajo, sin vacaciones. Recibe un revés tras otro. Pero se mantiene en pie. Abatido, cansado, decepcionado, pero firme. ¿Voy bien hasta aquí, Toni? Solo tienes que asentir o negar.

Crespo enrojeció.

—¿Puedo intervenir? —dijo la sargento Humbert desde su mesa. Mercader se volvió hacia ella de mala gana—. Estáis hablando del inspector Malart, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, comentó—: Por el perfil que trazas, diría que ha perdido la ilusión. No le encuentra sentido a las cosas. Salvo a su trabajo. Quítaselo y acabas con él. Cualquier contratiempo laboral, por pequeño que sea, puede precipitarlo al abismo más profundo. Si intuye que ya no es eficaz, se derrumbará, significará el fin para él, aunque no sea cierto. Es un hecho que en muchas ocasiones el instinto supera a la razón, pero en su caso lo supone todo.

—Y si a esto le sumas —señaló la sargento Corominas, también desde su mesa— la ruptura que has mencionado, todo junto puede abocarlo a la desesperación absoluta…, si damos por cierto lo que afirmas, claro. Cuando alguien pierde el verdadero amor, pierde el sentido de la vida, te quedas vacío, desposeído por completo. En mi opinión, se está desmoronando. —Alzó las cejas en dirección a Humbert y ella lo confirmó con un ademán. Volvió los ojos a Crespo y Mercader—. Bien,

es evidente que al inspector Malart no se le dan bien las personas, y mucho menos en la distancia corta, ¿os extraña su malhumor en estas circunstancias? Siempre se ha comportado de forma seca y abrupta, pero detrás de esa fachada yo percibo una persona extremadamente sensible, incluso tierna y considerada. Actúa de esta manera porque se siente herido, desconcertado. No sabe hacerlo de otro modo, ¿me entendéis? Quiero decir que no es tan fiero el león como lo pintan.

—Ya sé yo lo que te gustaría percibir de él, sargento Corominas —gruñó Rebeca—. Nadie os ha dado vela en este entierro, se acabó el consultorio de psicología barata.

El inspector Boada cruzó la oficina camino de su mesa sin apartar la vista de los cuatro. La mirada petulante, el cabello rubio tan bien peinado como siempre, sin un pelo fuera de su sitio, la sonrisa de anuncio de dentífrico, el bronceado, los andares de modelo de pasarela.

Crespo se lo señaló a Rebeca con un movimiento de la barbilla y ella al instante hizo una mueca, bajó la vista al móvil, vio que eran las ocho y media pasadas, maldijo de nuevo en silencio y volvió a pulsar la llamada, para colgar acto seguido dejando escapar un bufido.

—Toni —dijo en un susurro—, te lo pregunto por última vez, ¿hay algo que deba saber y que aún no me hayas contado? Y ahora me refiero al trabajo, solo al trabajo.

Crespo se cruzó de brazos por tercera vez. Carraspeó.

—Subinspectora —dijo—, te repito que lo mejor es que hables con él cuando lo veas.

—Vale, ya me has respondido. Me ocultas información. —El sargento sostuvo su mirada de enfado sin pestañear—. Muy bien, allá tú. Los dos estáis igual de raros.

Se puso en pie de un salto y fue hasta su mesa. Al ver al inspector Rojo entrar en la oficina, recogió la mochila y la americana, regresó a la de Crespo y alargó la mano. Le pidió la orden de detención, y luego le encargó que una dotación de agentes los aguardara en la puerta de la comisaría.

—En cinco minutos, sargento. Ni uno más.

Se dio la vuelta y corrió hacia el inspector Rojo.

—¿Te apuntas a una excursión? —Lo cogió del brazo sin darle tiempo ni a sentarse y lo arrastró, con delicadeza pero sin contemplaciones, camino de los ascensores—. Iremos en mi coche.

—¿Ha entendido sus derechos?

Eric Sosa miró a una y otro con serenidad, sin mostrar alarma ni desasosiego. De mediana estatura y rechoncho, el rostro anodino, con las mejillas flácidas y abultadas bolsas oscuras bajo los ojos, Mercader tuvo la impresión de que más bien sentía indiferencia, como si aquel asunto no fuera con él, o tal vez por un absurdo intento de pasar

inadvertido. Observó el lugar donde trabajaba; la silla ergonómica, las dos mesas en ángulo recto iluminadas por otras tantas lámparas de flexo, el portátil abierto, la pantalla enorme del ordenador de sobremesa, el atril entre ambos donde reposaba un pliego de hojas, y el montón de diccionarios apilados junto a unos auriculares idénticos a los de los operarios que perforaban las calles con sus taladros neumáticos.

—Son por el ruido, ¿sabe?

Parado en medio de la sala, sin saber qué hacer con las manos, parecía poco acostumbrado a recibir visitas, como si el género humano fuera una realidad abstracta que ocurría muy lejos de aquellas cuatro paredes, en otra dimensión.

El inspector Rojo se aclaró la garganta.

—Señor Sosa, tiene que responder si ha entendido sus derechos —insistió—. Es el protocolo.

—Sí, sí, por supuesto —dijo, azorado—. Los he comprendido de principio a fin. La señorita se ha expresado con claridad y concreción, se lo agradezco mucho.

—Subinspectora. No soy señorita, ¿queda claro?

—Disculpe, no sé dónde tengo la cabeza.

—Ponga las manos a la espalda, tenemos que esposarlo.

—Entiendo, más cosas del protocolo. —Esbozó media sonrisa blanda —. Pero antes, si no tienen inconveniente, me gustaría pedirles un pequeño favor. —Se rascó la frente y dijo—: ¿Podrían dejarme enviar el archivo con las últimas correcciones a la editorial? Llevo trabajando desde las cuatro de la madrugada y sería una lástima que no las tuvieran en su poder. Sobre todo, después de haberme ampliado el plazo de entrega. Serían ustedes muy amables.

Rebeca y Rojo intercambiaron una mirada.

—Adelante —dijo Mercader, seca—. Pero rápido.

—Les agradezco mucho su consideración —dijo Sosa. Tomó asiento con celeridad, se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz, y empezó a teclear en el portátil con dedos ágiles. Sin perder de vista la pantalla ni un instante, agregó—: No se imaginan lo duro que he trabajado estos últimos diez días para cumplir el plazo. Desde…, bueno, ya saben, esto ha sido un remanso de paz y lo he aprovechado hasta el último segundo.

—Desde que lanzó al crío por el balcón —espetó Rebeca.

Los dedos del traductor se detuvieron en el aire.

—Créanme que lo siento —dijo—. No sé qué me pasó. Me volví loco. Ese ruido atronador… Y nadie hacía nada para pararlo. —Reanudó el tecleo—. Tuve que hacerlo yo, no atendían a razones. Se lo pedí en Navidades, se lo supliqué en Semana Santa, y en verano volvieron a reírse de mí. Se metieron en mi cerebro. Demasiada falta de respeto. Exceso de incivismo, el mal que aqueja nuestros días. ¿No opinan ustedes lo mismo?

—Tenía solo trece años —masculló Rojo—. Trece años.

Eric Sosa asintió con un movimiento triste.

—Sí, es lamentable. Una vida tan joven truncada por capricho. Me compré los auriculares más potentes del mercado, pero las paredes retumbaban. Ese crío se pasaba la vida solo en casa. Con el dichoso balón. A todas horas. Un país no puede funcionar como es debido con tantas vacaciones en el calendario. —Hizo un chasquido con la lengua y prosiguió hablando con naturalidad—: Coincidí con él un día en el vestíbulo de la portería. Volvía del instituto y lo llevaba bajo el brazo. ¿Quieren saber lo que me dijo? —Alzó la cabeza en su dirección—. Nada. Se limitó a botarlo. Cada vez más fuerte. Sin dejar de sonreír. Me despreció. ¿Lo ven? —Retornó la vista a la pantalla—. Era un monstruo.

—¿No se ha parado a pensar que tal vez los monstruos eran sus padres? —inquirió Mercader.

Pareció sopesar la idea un instante. Hasta que la descartó.

—Ese chico no tenía conciencia —dijo. Acabó de redactar el email, adjuntó el archivo y lo envió. Mientras apagaba el portátil, explicó—: Lo leí en sus ojos. Disfrutaba haciéndome sufrir. La maldad. De mayor hubiera sido un asesino o un maltratador, créanme. Les he ahorrado el trabajo.

—Oiga, que solo jugaba a básquet —repuso Rojo.

Eric Sosa sacudió la cabeza de un lado a otro con un leve matiz de impaciencia.

—No, no, no. Es lo que parece, pero no. Esa familia se sentía superior a mí, y se lo inculcaron a su hijo. Tengo dos teorías al respecto. ¿Quieren oírlas? —Ambos asintieron al unísono—. La primera se basa en sus palabras. En una de las mil ocasiones en que subí a su casa para implorarles que cesaran con aquel despropósito, me dijeron que yo estaba de alquiler, que solo era alguien temporal y que mejor que claudicara. Recuerdo bien ese verbo. Me sorprendió que lo utilizaran, está en desuso. Que claudicara, dijeron. Que si hubiera sido propietario, como ellos, las cosas serían diferentes. ¿Comprenden lo que les digo? Solo les faltó llamarme refugiado.

—¿Y la segunda? —quiso saber Mercader.

El traductor señaló el techo con el índice.

—Por el mero hecho de vivir encima. Ya sé, suena un poco inverosímil, pero no se me ocurre otra explicación.

Ambos tardaron unos segundos en asimilar sus palabras.

—Y usted les dio su merecido —reaccionó Rojo, al cabo.

—Hay situaciones que solo pueden ser arregladas con la violencia —declaró, afligido—. Ustedes lo saben mejor que yo.

—Levántese, vamos —ordenó Mercader.

Sosa lo hizo en el acto y ella procedió a esposarlo.

—Es una lástima que justo ahora, cuando por fin puedo trabajar con calma y en silencio, me trasladen lejos de aquí. ¿Saben ya dónde me van a alojar, si va a ser en un sitio tranquilo y sin ruidos? —Forzó otra

sonrisa blanda—. Si no es mucho pedir, claro está. La traducción es mi vida, y mi sustento.

—Eso lo dictaminará un juez —contestó Rebeca, arisca.

—Habla usted con mucha propiedad, señorita, si me permite que se lo diga. Esto…, perdón, subinspectora. Mi más sincera enhorabuena, no es nada común.

—Señor Sosa, ha reconocido que truncó la vida del crío por capricho —intervino Rojo—. ¿Qué ha querido decir con eso?

El hombre se volvió hacia él con expresión inocente.

—Me ha entendido mal, inspector, o yo no he sabido expresarme con claridad. La vida de ese joven fue truncada por *su* capricho, el de esa familia o el del chico, no por el mío.

—Explíquese.

—Hay un parque aquí al lado. Con una pista y canastas para jugar al baloncesto. —Se encorvó hacia ellos con una mueca de dolor—. ¿Comprenden ahora el sinsentido? La pesadilla, todo lo inhumano que tuve que soportar…, fue por capricho.

Dos agentes se apretujaron en el ascensor con Eric Sosa como buenamente pudieron. Una vez en el vestíbulo de la portería, lo escoltaron hasta el coche patrulla y lo introdujeron con cuidado en el asiento trasero para evitar que se golpeara la cabeza. El inspector Rojo prefirió bajar por las escaleras, seguido de cerca por Mercader. Al llegar al principal, ella le dijo que siguiera adelante, que lo alcanzaría enseguida, y se detuvo en el rellano para llamar otra vez a Malart. De nuevo, sin éxito. Luego, se puso en contacto con Crespo y, tras informarle de que el detenido ya iba para allá, le preguntó si había dado señales de vida. El sargento le dijo que no, que aún no se había presentado en la Central ni había llamado, y sugirió que quizá todo era a causa de haberse metido tarde en la cama, de madrugada, y que a lo mejor todavía estaba durmiendo como un tronco.

—Dos horas, Toni. Dos horas. ¿No te parece que esto ya pasa de castaño oscuro? Él no tiene el sueño tan profundo.

Colgó con rabia.

Antes de reanudar la marcha, pulsó otro contacto y, dos pitidos después, la jueza Susana Cabot se puso al aparato con su tono de voz habitual, serio y vivaz. Le pidió disculpas por molestarla y la jueza la interrumpió para pedirle que fuera al grano, que no tenía toda la mañana. Mercader sonrió. Era imposible no sentirse identificada con ella. Susana Cabot no se andaba nunca por las ramas, era ágil de mente y rápida de reflejos, y siempre había admirado su dinamismo y capacidad para manejar varios asuntos de forma simultánea. Lo único que le resultaba inexplicable era la relación que mantenía con Malart. Eran como la noche y el día, por no hablar de la diferencia de nueve

años de edad, y sin embargo los lazos que los unían iban mucho más allá de una simple amistad. El calado de esta era tan profundo y singular que, si no conociera a cada uno por separado, habría jurado que ambos habían nacido el uno para el otro. También era cierto que él le había salvado la vida varios años atrás, durante la instrucción del caso del Verdugo de Gaudí, pero aquel hecho no lograba justificarla por completo. Por lo que tenía entendido, la complicidad se arraigaba mucho antes en el tiempo, al comienzo de sus respectivas carreras, cuando solo eran unos novatos. Daría lo que fuera por haberlos podido observar entonces por el ojo de la cerradura y esclarecer cómo habían cimentado una lealtad tan valiosa como envidiable, algo que no sabía cómo etiquetar y que no estaba al alcance de cualquiera. Jamás lo reconocería en público, pero codiciaba alcanzar para sí algo similar, algo de tan raro valor que lo hacía único. Otro motivo más para admirar a la jueza Cabot.

—¿Sabes algo de Malart? —dijo.

—¿De Milo? ¿Qué le ocurre ahora a ese cabeza de chorlito?

4

Mercader le explicó de forma concisa la situación.

—Anoche hablé con él —dijo Susana—. Estaba como siempre, igual de insoportable. Yo no te he dicho nada, pero desde que cortó con esa pianista francesa en mayo está que ni con pinzas. Le propuse venir a cenar a casa y se me sacó de encima con una de sus respuestas bordes. Que tenía mejores cosas que hacer, me dijo. ¿Tú te crees? Me trató como a una colegiala con carnet falso, el muy…

—Jueza, será un cabrito, pero jamás faltaría al trabajo si no fuera por causa mayor. Y esa causa mayor es lo que me preocupa. Esto no es normal, no es tan indisciplinado.

—Nada en Milo es normal. Ni él, ni sus actos.

—Escucha, a primera hora estaba cabreada con él. Después, he empezado a preocuparme. Y ahora se me han encendido las luces rojas de alarma. Tengo un mal presentimiento.

Silencio.

—Una colegiala con carnet auténtico podría ser la razón —apuntó la jueza, al cabo—. Lo ha dejado exhausto, y el muy tarugo sigue sin aceptar que él también se hace mayor y ahora está durmiendo a pierna suelta para recuperar las fuerzas.

—Hablas así por el corte que te pegó anoche. Estás ofendida y lo entiendo, pero…

—No me ofende quien quiere —atajó—, sino quien puede. Y Milo no podría ni en cien años. —Volvió a hacer una pausa, esta vez un poco más larga—. También puede haber ido a nadar de madrugada y haberse pasado tres pueblos.

—¿Con niebla? Mira, todos estamos acostumbrados a su carácter difícil, pero esto va más allá. Una cosa es pasar de todo y de todos, y otra muy distinta es jugarse el puesto en el Grupo. Lo conoces bien, nunca lo haría. Sería un suicidio para él.

Mercader la oyó soterrar unas risas.

—No le veo la gracia por ninguna parte —dijo, con aspereza.

—Ni yo. Solo que por un instante me has recordado a Milo —explicó Cabot—. Has aprendido a ponerte en los zapatos del otro; en este caso, en los suyos. Me gusta, Mercader. Me gusta mucho. Es bueno que imites su método. Milo deja huella.

—Que te den, jueza. ¡Lo que me faltaba por oír! Ni me ha dejado ninguna huella ni yo lo imito. Es más, si crees que…

—Mercader, para el carro y no te embales. Era un halago, lo digo en serio. —Hizo otra pausa—. Como también digo en serio que si vuelves a faltarme de esta forma, al igual que suele hacer Milo, te mando al calabazo por desacato en menos de lo que canta un gallo, ¿te ha quedado claro?

—Como el agua, señoría.

—¿Qué os pasa a vosotros dos conmigo? ¿Creéis que soy vuestro saco de boxeo particular o qué? Los abusos de confianza son un delito, están penados por la ley. Pero a mi entender, no lo suficiente. Estoy hasta la coronilla de…

—Mensaje recibido —interrumpió Rebeca en un murmullo.

Susana Cabot cesó la diatriba con la misma rapidez con que la había iniciado. Dejó escapar un suspiro.

—Me has malinterpretado, subinspectora. Lo que trataba de decir es que no tienes en cuenta sus desaires ni sus actitudes mordaces y, en cambio, tratas de entenderlo. Te pones en su piel y lo defiendes. Porque sabes que su conducta es solo una postura de cara al exterior, como autoprotección. Lo que no sé es de qué o de quién, nunca lo he averiguado. Sea como sea, reaccionas como lo haría una amiga, sin pensártelo dos veces, de manera tajante y rotunda. Así que te lo voy a repetir, y espero que esta vez no te confundas. Me gusta, Mercader. Me gusta mucho.

Rebeca sintió algo extraño recorrer su espalda.

—Comprendido, jueza —atinó a decir, algo turbada—. ¿Qué tal si dejamos los violines y nos centramos en el caso? Quiero decir, en Malart.

Susana reflexionó unos instantes.

—¿Pudo tener ayer un encontronazo con su ex? —planteó—. Veo a Irene muy capaz de hacerlo volver a las andadas. Al fin y al cabo, el divorcio lo pidió él.

—Y a ella le pareció de perlas.

—Tal vez al principio. Pero a nadie le gusta ser rechazado, y menos a una mujer como Irene, una pija de la alta sociedad. Encaja en el perfil clásico de una caprichosa, y ahora va tras Milo, de nuevo a la carga, aunque solo sea para fastidiar a su padre.

Mercader replicó que lo veía improbable. Para él ya era historia pasada y había zanjado el asunto de forma definitiva. No querría volver a verla ni en pintura. Le contó que, con los papeles del divorcio, a Malart le correspondía la mitad del valor del piso de la calle Sabino Arana, el que les regaló su suegro cuando se casaron. Y eso era mucha pasta. En la reunión con los abogados, decidió que Irene se lo quedara todo. Renunció al dinero, no quería nada de los Margarit.

—No lo veo aceptando ahora una cita con ella —apostilló.

—Así es Milo, un idiota redomado —dijo la jueza—. Cabezota hasta decir basta. Como si le sobrara el dinero.

—Sí, un bobo integral.

—Lo estoy viendo ahora mismo —dijo Cabot. Imitó la voz de Malart en falsete—: «Yo no necesito que nadie me pregunte cómo me ha ido el día al llegar a casa». El muy gilipollas. Como si no fuera igualito que los demás, con las mismas necesidades que cualquiera. Y mientras, su expresión diciendo justo todo lo contrario. Pero él, dale que te pego, en sus trece. Siempre en plan autodestructivo, maldita sea su estampa.

—Sí, más introvertido y sombrío que nunca.

La jueza soltó un par de improperios. Acto seguido, planteó la posibilidad de que se hubiera largado al Port de la Selva.

—¿Sin avisar? ¿Con el móvil desconectado? ¿Teniendo una detención pendiente?

—Solo pensaba en voz alta. Estamos en otoño.

—¿Cómo dices?

—Otoño. Tiempo de reflexión, de soltar lo que ya no sirve, de interiorización. De una decadencia que prepara la renovación.

—Jueza, no te sigo. ¿Tú también lees libros de autoayuda?

—Ni por asomo, pero sí lo hace Milo y puede haber sentido el impulso de ir al lugar donde pasó su infancia…, ¡yo qué sé! Me oigo hablar así y no me reconozco.

—No es tan descabellado —admitió Rebeca tras unos instantes—. Aunque no me cuadra el momento que ha elegido. Fue él quien señaló al asesino y dudo que quisiera perderse la detención. Las medallas no le importan, pero sí saber que su olfato está en plena forma. Lo necesita como el aire. Vamos, juraría.

—¿Lo ves? Es lo que te digo. Milo te ha hecho mejor profesional y mejor persona —sentenció la jueza—. Como a mí. Pero que ese majadero no se entere nunca, ¿de acuerdo?

—¿Más violines?

—A otra con ese cuento, Mercader, a mí no me engañas. Habrás adquirido parte de su forma de trabajar y su talento, pero aún te falta un largo trecho para llegarle a la suela de los zapatos. Sin embargo, vas por buen camino, sigue así.

—Lo celebro. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperar, no queda otra —dijo la jueza con prontitud—. Bueno, sí, rezar. Me inquieta esa causa mayor de la que hablas.

—Te mantendré informada.

Rebeca cortó la comunicación y pulsó otro contacto. Sara, la mujer de Hugo, el hermano de Malart. Por lo que tenía entendido, se llevaba bien con ella. La conversación fue breve. No sabía nada de su cuñado desde la última vez que hablaron, haría unas tres o cuatro semanas. Lo oyó más abrupto y raro que nunca, como si se hubiera recluido en sí mismo. No quería saber nada más de Hugo después de la última visita que le

hizo en el psiquiátrico; las cosas se torcieron, y no estaba dispuesto a darle más oportunidades. Le sonsacó que seguía nadando y sin beber una gota de alcohol, pero sin salir con nadie; solo se dedicaba al trabajo. También que a veces prefería dormir en un banco del paseo Marítimo en vez de regresar a casa. Lo notó abatido, sin ganas ni ilusión. Deprimido, como si tuviera la sensación de haber llegado al fin del camino. Le propuso que se vieran un día, pero le dio largas. Y cuando trató de animarlo, fue como hablar con una pared. Desde entonces no contestaba a sus llamadas.

—¿Sabes lo que creo? —dijo Sara—. Que ha tirado la toalla.

Mercader se despidió con un «Estamos en contacto» y colgaron. Terminó de bajar las escaleras. En el vestíbulo, se aproximó a Rojo, quien la aguardaba apoyado en la pared consultando el móvil, y le preguntó si podía encargarse de llevar a Eric Sosa a la Central y del papeleo.

—Sin problemas —respondió—. ¿A dónde vas tú?

—A hacer de canguro.

Mantuvo el dedo sobre el botón del interfono hasta que una mujer con un bebé en brazos abrió el portal para salir a la calle y la dejó pasar tras repasarla de arriba abajo. Subió los cuatro pisos a la carrera y, al llegar al rellano, se dedicó a aporrear la puerta sin dejar de pronunciar su nombre a gritos. A continuación, harta de tantas contemplaciones, forzó la cerradura sin dificultad y empujó la hoja un palmo, lo justo para aproximar la cara a la abertura.

—¿Malart? —voceó—. ¿Estás en casa? ¿Inspector Malart?

Silencio absoluto.

Sin más, entró en el ático de la calle Atlántida donde vivía su compañero. Se lo habían prestado unos amigos periodistas mientras estaban de viaje en zonas de guerra por medio mundo, realizando reportajes y crónicas, y le seguía resultando chocante que Malart no solo tuviera amigos, sino que además fueran tan generosos como aquella pareja. A ella nunca le pasaban este tipo de cosas. Situado en el barrio de la Barceloneta, en segunda línea de mar, continuaba pensando que era un pecado que lo cuidara con tan poco esmero. Para empezar, ella habría hecho instalar un moderno sistema de seguridad, con puerta reforzada de acero y anclajes en techo y suelo, y un modelo de bombines más sofisticado que aquel JIS de tiempos de Maricastaña, como mínimo.

Echó un vistazo a la pila de libros en precario equilibrio junto a la puerta, la mayoría de autoayuda, aunque también distinguió algunas novelas negras, y fue directa al cuarto más cercano. El dormitorio. Se detuvo en el umbral y, gracias a la luz que se colaba por la ventana con las persianas enrolladas, observó la cama deshecha, el revoltijo del edredón y la sábana, una almohada en perpendicular, la otra sin una

arruga, perfectamente dispuesta en la cabecera. Por el suelo, deportivas desparejadas, camisetas, sudaderas, ropa interior. Imposible deducir si había pasado o no la noche allí. Olfateó el olor a cerrado. Podía deberse a la humedad, y más tan cerca del mar. En la mesilla de noche, además de la lámpara, un libro. Con cuidado de no pisar nada, se aproximó para leer el título. *Los asesinos no leen libros de autoayuda*. El autor, A. D. Kline. No le sonaba el nombre. A su lado, un lápiz, la punta afilada. Se lo quedó mirando unos momentos. Extrajo un pañuelo de los tejanos y, sin mover el libro de su sitio, hizo pasar las páginas hasta el punto de lectura. Ni una sola anotación. Arrugó la nariz. El cajón de la mesilla, entonces. Lo abrió. Dentro, un cuaderno de espiral y una carpeta de tapas azules. Valiéndose del pañuelo, comprobó que el primero era de hojas blancas, muchas de las cuales habían sido arrancadas. Las encontró en el interior de la segunda. No pudo resistir la tentación y les dio un vistazo. Listas. Listas de recuerdos. De relaciones. De experiencias. De reflexiones. Un sinfín de listas sobre toda clase de temas personales. Escritas con letra menuda y apretada. Otras hojas eran textos sin punto y aparte, abigarrados, en contraste con unas cuantas solo con una frase. Algunas eran cartas, fechadas, con multitud de tachaduras y correcciones, casi ilegibles. Y por último, hojas encabezadas por un nombre. Se sintió enrojecer, estaba invadiendo su intimidad. Pese a ello, continuó revisándolas. Reconoció varios. Y cuando leyó el suyo, se detuvo y cerró la carpeta. Avergonzada, hizo otro tanto con el cajón y bajó la vista. Entre la mesilla y la cama, sobre el embaldosado, vio una botella de agua medio llena. Dejando escapar un suspiro, abrió el armario de dos puertas. Para su sorpresa, todo estaba ordenado, cada prenda en su colgador, en su sitio correspondiente, la pequeña maleta en el estante superior. No vio su cazadora, pero sí una funda para trajes. Asombrada, descorrió la cremallera lo justo para ver que se trataba del uniforme de gala. Cabeceó mientras esbozaba una sonrisa. Ya le extrañaba que tuviera un traje. Un momento. Aquello demostraba que no se había ido de viaje. Y que tampoco estaba durmiendo como un tronco. Sacó el móvil e hizo varias fotos del armario abierto, de la mesilla y de la cama para enviárselas a la jueza y al sargento Crespo. Una imagen valía más que mil palabras, y su preocupación tenía sentido. Ella no era ninguna alarmista.

Lo dejó todo como estaba y se dirigió al baño. Dio al interruptor de la luz. En la repisa, los útiles de costumbre, ningún medicamento, un pote amarillo de vitaminas. No descubrió nada fuera de lugar. Palpó las toallas de la ducha. Secas. Al igual que la del lavabo. Hizo otro tanto con el cabezal del cepillo de dientes eléctrico y el tubo de dentífrico. Secos también. Como las botellas de gel y champú. Ni una gota de agua sobre el lavamanos ni en la mampara ni en los azulejos. Nadie había utilizado aquel baño desde hacía muchas horas. También lo fotografió

por partes. Apagó la luz y fue a la cocina. Envases vacíos de todo tipo en la encimera; latas, botellas, cajas de cartón, bolsas. De comida y de bebida. Lo mismo en el cubo de la basura, lleno hasta los topes. En el fregadero, un montón de tazas, vasos y cubiertos sin lavar. Ni un solo plato. La lavadora, con el tambor abierto, repleto, desbordado, con varias prendas en un suelo al que le urgía un fregado a fondo, como al del baño y el del dormitorio.

Sonó un estruendo ensordecedor, proveniente del edificio de al lado, y pegó un bote. Alguien taladraba las paredes o pretendía echar el piso abajo, no lo supo distinguir. A su alrededor, todo empezó a temblar. Le dio la impresión de que el techo iba a caerle encima de un momento a otro. El ruido era insoportable. Obras. Definitivamente, concluyó, Malart no se hallaba en el ático. Ningún ser humano en su sano juicio podía resistir aquel estrépito atronador. Salvo que estuviera muerto.

Sintió el aguijonazo de la aprensión.

Caminó hacia la sala con paso rápido. Vio las puertas dobles cerradas y el detalle aumentó su temor. Que ella recordara, solo contenía unas cajas de cartón con sus pertenencias, amontonadas de cualquier manera, sin desempaquetar.

Bajó los tiradores y las empujó con fuerza.

Los ojos fueron directos a la pared opuesta. Dos fotografías en color, tamaño DIN A4, estaban clavadas con chinchetas en el centro, remarcadas por varios círculos rojos trazados con rabia. Un primer plano del rostro de Ivo Parés y otro del de Mónica Morera, el matrimonio de millonarios de la alta burguesía. Tuvo la sensación de que ambos, a pesar de sus sonrisas de papel cuché, la miraban con fijeza, hostiles. Junto a ellas, y ocupando las otras dos paredes, organigramas, un mapa del Mediterráneo con cuatro puertos señalados por aspas negras, las fotografías de un yate de lujo llamado *Somerton* desde diferentes ángulos, fotocopias de informes y originales de la Central, de la Unidad de Medicina Legal, de la DPC, notas escritas a mano, más fotografías, ahora de otro yate de lujo que reconoció al instante, el *Mon*, donde la joven de origen ecuatoriano Candela Cuadrado fue apuñalada media docena de veces hasta ser asesinada, un plano de la ciudad con líneas, puntos y círculos marcados por finos trazos rojos y negros, más notas manuscritas, más informes originales, más informes fotocopiados, más fotografías. En el suelo, varios montones de dosieres esparcidos por doquier. Ni rastro de Malart. Y en los cristales de la puerta de la terraza, tres fotografías pegadas con cinta adhesiva, de igual tamaño y separadas del resto. La imagen nítida del rostro de Candela Cuadrado y, con más grano, las de los rostros de Eloïse Lemaître y Nathan Boon, la pareja belga de novios cuyos cuerpos habían sido hallados en octubre en los arrecifes artificiales. Tres víctimas. Debajo de cada una, un folio repleto de anotaciones. Dio una vuelta entera muy despacio sobre sí misma. Toda la sala llena de información. De punta a punta. Se le heló la

sangre. Ahora sabía a qué se había dedicado su compañero durante los últimos seis meses. Desde mayo. A recopilar todo aquel material.

Sonó el móvil y pegó otro respingo.

—Mercader —dijo.

—Subinspectora, aquí el sargento Crespo.

—Toni, iba a llamarte. —Nerviosa, ató cabos enseguida y se disparó a hablar a toda velocidad—. Has ayudado a Malart a conseguir los informes, no lo niegues. Y es una posesión no autorizada por la División, lo sabías. No, ahora no digas nada. Estoy en el ático. Ven cagando leches, tienes que ver una cosa. No hables con nadie y ven ahora mismo, es una orden.

Crespo soltó una parrafada que Rebeca no logró entender a causa de la trepidación en el bloque de al lado. Se llevó una mano a la oreja libre y la tapó con fuerza al tiempo que apretaba el móvil contra la otra.

—Repítelo, Toni. Más alto. Aquí hay un…

—¡Los cadáveres de Ivo Parés y Mónica Morera han aparecido en alta mar! —gritó Crespo—. Los guardacostas nos acaban de dar el aviso. Han sido asesinados en su yate. En estos momentos lo están remolcando camino del muelle de la Guardia Civil. Van todos para allá, el dispositivo habitual.

De súbito, el ruido cesó como por ensalmo.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —se desgañitó Mercader.

—Dos horas, tres como máximo.

—Más que suficiente, Toni. ¡Ven a toda hostia!

—Hago unas llamadas y voy para allá. ¿Sabes algo de…?

—¡Date prisa!

Colgó.

Contempló las paredes en silencio. La información. Clavó la mirada en las caras del matrimonio. Ya no le parecieron tan arrogantes. Los taladros volvieron a retumbar. Tembló.

—¿Qué has hecho, Malart? ¿Qué coño has hecho?

5

La espera se le hizo interminable. Aprovechó el tiempo para tratar de descifrar la letra menuda de Malart y leer las notas manuscritas, llenas de tachones y añadidos, mientras el ruido de las obras resonaba a intervalos de unos diez minutos y dificultaba sus intentos por concentrarse. Al rato, con las sienes a punto de estallar, se dejó caer en el sofá y lo llamó por enésima vez. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de contención para no lanzar el aparato contra la pared al escuchar de nuevo aquella voz femenina e irritante del contestador. Lo observó con ira, impotente. Él sabía que debía tener el móvil siempre disponible. Siempre. Las veinticuatro horas. ¿Entonces? Se le ocurrieron dos opciones: lo había apagado él, u otra persona. Cerró los ojos. Analizó la primera. No quería ser interpelado de momento para evitar dar explicaciones por el motivo que fuera, o pasaba de todo y de todos hasta terminar de hacer lo que se llevara entre manos. En pocas palabras, no quería ser molestado o interrumpido. Había otra explicación más sencilla: se le había agotado la batería. Conociéndolo, esta última era más que probable. Resopló de impaciencia. Examinó la segunda opción. Alguien lo había apagado, desmontado o destruido. ¿Quién? ¿Por qué? Volvió a barajar distintas posibilidades y ninguna auguraba nada bueno. La clave era saber si había inutilizado el móvil adrede o bien una segunda persona se había encargado de ello. En función de lo que Malart estuviera llevando a cabo, ella se decantaba por… Se quedó en blanco. Demasiadas suposiciones. Ignoraba lo principal: qué demonios había sucedido. Abrió los ojos y lo dejó por imposible. Aquello de ponerse en la piel del otro no era tarea fácil, nada fácil.

Posó la mano en el sofá azul marino y lo acarició con una ternura cargada de nostalgia. Al poco de entrar ella en el Grupo, allí habían pasado los dos muy buenos momentos. Como en la terraza. Y en la ducha. Curiosamente, no en el dormitorio. Sus cuerpos se compenetraban a la perfección, entendiéndose sin necesidad de palabras. Luego, no comprendió por qué, él empezó a distanciarse. Al principio pensó que era lo de siempre; muchos tíos tenían el cerebro y el corazón en la entrepierna, y ella solo había sido un divertimento más, otro trofeo que colgar en la pared. Al fin y al cabo, tenía que reconocerlo, ella también había hecho otro tanto en infinidad de

ocasiones. Pero con el tiempo descubrió que aquel no era el caso de Malart y comprobó que, en vez de un final, había sido el inicio de algo más sólido que una simple aventura con fuegos artificiales, muchos fuegos artificiales, y fecha de caducidad. Casi podía afirmar que le había mostrado más afecto y respeto tras la historia que durante la misma. A su manera, por supuesto. Una vez apartado el tema piel, se crearon entre ellos unos lazos imprevistos, mil veces más fuertes y duraderos, y ahora compartían una intimidad mucho mayor que cuando estaban desnudos en aquel sofá. Desnudos. Notó un cosquilleo extraño y palmeó el asiento. La nube de polvo levantada la hizo estornudar un par de veces y se puso en pie. Malart y ella. Se quitó el asunto de la cabeza no sin antes reconocer que, realmente, era un hombre singular, incluso en las relaciones. Diferente a los demás. En todos los aspectos.

Oyó el timbre del interfono y se dirigió como una exhalación a abrir la puerta del portal al sargento Crespo. Lo aguardó en el rellano, los brazos cruzados, con ganas de cantarle las cuarenta.

—Me has ocultado información —dijo, nada más verlo asomar por el hueco de las escaleras—. Todo este tiempo. A mí, que soy tu superior. Y para rematar el asunto, esta mañana me has tomado el pelo como si fuera una idiota.

—Compréndelo, me pidió secreto absoluto —jadeó Crespo mientras alcanzaba los últimos escalones. Llevaba un vaso de cartón en cada mano con el logo del Santa Marta, el bar de abajo—. No te lo tomes como algo personal, subinspectora.

—Habéis actuado los dos a mis espaldas, ¿cómo quieres que me lo tome?

El sargento le alargó uno de los vasos.

—¿Solo y sin azúcar?

—Déjate de recochineos. ¿Crees que con un café vamos a hacer las paces?

—Por algo se empieza. El inspector Malart me encargó realizar varias indagaciones y me ordenó que mantuviera al Grupo al margen. —Carraspeó antes de proseguir—. Especialmente a ti, subinspectora. Y antes de que me tires el café hirviendo encima, lo hizo para no implicarte, por el bien de tu carrera, no por desconfianza ni nada por el estilo.

—¿Y qué pasa con la tuya? —dijo, furiosa—. ¿No importa?

El sargento se encogió de hombros.

—Obedecía órdenes. En caso de problemas, a mí apenas me salpicaría. Podría soportar las consecuencias.

Rebeca enrojeció de cólera.

—O sea, que me protegió. Como si yo no fuera capaz de hacerlo sola. —Separó los brazos—. El legendario inspector Milo Malart quiso mantenerme fuera del asunto porque, claro, soy una mujercita desvalida que no sabe cómo afrontar…

—Mercader —atajó, serio de repente—. Este asunto es muy delicado, con posibles ramificaciones políticas y financieras de primer nivel. No estamos hablando de cualquier cosa, sino del poder. El poder con mayúsculas. Y ya sabes cómo reacciona cuando alguien se interpone en sus planes.

Rebeca lo escrutó con fijeza.

—Y tú accediste.

—Era una orden —dijo Crespo. Señaló la puerta—. ¿Qué tal si entramos y lo hablamos con calma? Por cierto, he preguntado al dueño del bar. Lo ha visto dormir varias veces en un banco del paseo. Pero no anoche.

—Ya lo había averiguado. Aunque te parezca inaudito, yo también sé hacer mis deberes. Me lo vas a contar todo desde el principio, ¿entendido? Y oye, olvídate de la calma. —Indicó el interior del ático con la cabeza—. Lo de ahí dentro es como estar bajo un bombardeo. Cada diez minutos.

Inició la marcha y el sargento, extrañado, fue tras ella.

—No soporta que un asesino se salga con la suya, que crea que ha burlado las normas sociales de convivencia y se vaya de rositas. Le pone tan enfermo que, en mi opinión, podría llegar hasta transgredirlas para cortarle las alas. Con franqueza, conozco a otros inspectores a los que nada de esto les quita el sueño y argumentan que su trabajo tiene un límite, que uno es humano. Malart piensa justo lo contrario. Que lo inhumano es no llevar al límite este trabajo, cueste lo que cueste, por respeto a las víctimas. Es posible que él se agarre al GEHME por supervivencia, pero es el GEHME quien no puede permitirse el lujo de soltarlo. No se perdona fallar. Y si falla, aunque no sea por su culpa, no se detiene hasta enmendar el error.

—¿Hablas de infringir la ley? —quiso saber Rebeca.

—No es tan sencillo, subinspectora. La línea es muy fina, y no siempre va de la mano con la justicia. Existe la escala de grises, terreno resbaladizo. Hablo de que Malart se vio obligado en mayo a tomar una difícil decisión. Y consideró que había llegado el momento de dar un paso adelante, de hacer las cosas de manera distinta, por su cuenta y riesgo.

—¿De forma ilegal?

—De modo solapado, por libre, sin hacer ruido.

Los taladros volvieron a retumbar con estridente potencia.

—Y tú elegiste ayudarlo.

—¿Cómo dices?

—¡Que decidiste echarle un cable! —voceó Rebeca.

—¡No podía dejarlo solo, es muy persuasivo, y yo también creo en la responsabilidad de este trabajo con las víctimas!

—¡Y os pusisteis a investigar a Ivo Parés y Mónica Morera!

—¿Qué?

—¡La madre que los parió! —aulló Mercader. Fue hasta la pared contigua y la aporreó con saña—. ¡Quieren parar de una puta vez! ¡Somos la policía y así no se puede trabajar!

El ruido se detuvo. Rebeca aprovechó el silencio.

—¡Somos de la policía! —repitió a pleno pulmón—. ¡Vaya al balcón ahora mismo, me cago en todo!

Se dirigió a la puerta y salió a la terraza con la placa en alto. Un hombre fornido, de baja estatura, vestido con un mono de color incierto, con la cara y el pelo cubiertos por un polvillo blanco, la miró con estupor.

Mercader golpeó la placa con el índice repetidas veces.

—¿La ve bien? Estamos en medio de una investigación y no podemos llevarla a cabo con ese escándalo infernal. Nos están volviendo locos, ¿me entiende?

—¿Y qué quiere que yo le haga? —dijo el hombre—. Soy un currante y el jefe me ha encargado que eche abajo una pared esta mañana. Lo siento mucho, pero…

—¡Dígale a su jefe que salga de inmediato!

—Ahora no está, ha bajado a almorzar. Volverá más tarde.

Ella apretó las mandíbulas y lo señaló con gesto autoritario.

—Desenchufe el jodido taladro y no se le ocurra volver a utilizarlo hasta que yo se lo diga a menos que quiera ser acusado de obstrucción. ¿Le ha quedado claro?

El hombre separó los brazos.

—Señora, no puedo hacer eso. Cobro por horas, y si cuando el jefe regrese ve que no he hecho lo que me ha mandado, me va a caer un puro. Póngase en mi lugar.

—Pues recoja los escombros mientras tanto, haga lo que le dé la gana pero no monte más ruido durante un rato. ¿Prefiere un problema con su jefe o con la policía?

—Él me puede despedir.

—Y yo, cortarle los huevos.

El albañil entornó la mirada y arrugó el ceño.

—No me gusta que me amenacen. Tengo mis derechos.

—¿Quiere que se los lea? Me los sé de memoria.

La observó con la duda bailándole en los ojos.

—Me pone entre la espada y la pared.

—Pues quédese ahí, quietecito, y no arme más jaleo si sabe lo que le conviene.

El hombre reflexionó unos instantes. Se frotó la barbilla.

—Treinta minutos —dijo.

—Sesenta.

—Que sean cuarenta y cinco y a tomar por saco.

—Tenemos un trato —cerró Mercader—. Una cosa más. ¿Ha visto últimamente al inquilino de este piso? Un tipo alto, de casi dos metros, delgado, con pinta de no haber pegado ojo en varias semanas. ¿Sabe de quién le estoy hablando?

—¿El policía?

—El policía.

—Pues no, no lo he visto. Un tipo majo, muy amable. No me joda que le ha pasado algo…

—¿Seguro que hablamos del mismo? —dijo, estupefacta.

—¿Cuántos policías viven en ese ático?

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—A ver, déjeme que piense. El martes por la tarde. No, el martes no, el miércoles. Eso es, ayer cuando acabé la jornada, al anochecer. Me pasó una lata de esas que te ponen como una moto y charlamos de deportes, de patinaje sobre hielo. A mí me deja frío, pero él no se pierde un campeonato por la tele. Ya le digo, un tipo muy enrollado, no como otros…

—Cuarenta y cinco minutos. Que tenga un buen día.

Entró en la sala y, confusa, se quedó mirando a Crespo.

—¿Ha dicho que Malart es un tipo amable?

—Enhorabuena, has logrado tu objetivo y sin decir «Por favor» ni una vez. —Y con expresión beatífica, agregó—: Esto es lo que él llamaría dar un paso adelante, hacer las cosas de manera distinta. No está claro que sea legal, pero sí efectivo.

—Lo torturaba el caso Gotha, no podía dejar de pensar en la joven Candela Cuadrado. Recién licenciada, a punto de iniciar una nueva vida, con todo el futuro a sus pies. Pero se cruzó con esos dos. —Hizo un gesto hacia los rostros del matrimonio, remarcados en rojo—. ¿Alguien creía de verdad que iban a dar con sus huesos en la cárcel? El poder movió hilos, y una oportuna rotura en la cadena de custodia de las pruebas obligó al juez a declararlos no culpables. Solo condenó al otro acusado, Amedé Agbini, un senegalés con antecedentes que trabajaba para ellos como camarero a bordo del *Mon* la noche del crimen. El chivo expiatorio perfecto.

—Un tipo que no ha abierto la boca desde entonces —dijo Mercader —. Muy conveniente para esos dos. Le habrán pagado su peso en oro. Como a la mujer con la que mantiene una relación desde la cárcel, Julia Gomila. Muy oportuna también, una guardiana atenta a evitar cualquier tentación. Ya sé todo esto.

—Te lo explico para que tengas el cuadro completo.

—Continúa.

—No podía dejar el asunto así, que se fueran tan campantes. Entre otras cosas, porque tenía la certeza de que habían gozado con la

experiencia, de que la iban a repetir. Todas las señales se lo gritaban, y no podía desoírlas. Empezó a seguirlos por su cuenta. Fue descubierto y lo sancionaron. Dos semanas de vacaciones forzosas. Y a su vuelta, reanudó la vigilancia. El matrimonio interpuso otra denuncia contra él por acoso y a nosotros por mala praxis. Volvieron a ordenarle que cesara de vigilarlos.

—Y volvió a pasarse la orden por el forro.

—Quería que sintieran que seguía tras ellos. Que notaran su aliento en el cogote y se pusieran nerviosos. Estaba convencido de que tarde o temprano cometerían un error.

—¿Y lo cometieron?

—Se fueron de vacaciones.

—¿Huyeron?

—Es una forma de decirlo. —Crespo hizo una mueca y se aproximó a una de las paredes. Señaló las fotografías a medida que proseguía—: A finales de mayo se deshicieron del *Mon*. El yate había sido la escena de un crimen, reproducido hasta la saciedad en los medios, y perjudicaba su imagen. Lo cambiaron por otro más grande, un superyate de lujo, el *Somerton*, de treinta y ocho metros y pico de eslora y un precio desorbitado. Eso sí, mantuvieron el amarre en el muelle de Capitanía, uno apartado. El detalle resulta llamativo. Si algo les encanta a los propietarios de este tipo de embarcaciones es ser vistos y admirados, estarás de acuerdo conmigo.

Mercader dio un sorbo al café y chasqueó la lengua.

—Llamativo y, otra vez, muy conveniente. Lejos de curiosos y cotillas. «El dinero grita, la riqueza susurra.» Necesitaban intimidad, aislamiento.

—Un dicho muy apropiado, no lo conocía. La cuestión es que Malart se apostó en su puesto de centinela y contempló el constante ir y venir de empleados cargando todo tipo de bultos en el nuevo yate, los preparativos de un viaje.

—Querían alejarse del lío y de su vigilancia, hasta aquí es comprensible. No veo el error por ninguna parte.

—Ahora llego. —El sargento apuró el café y vaciló unos segundos con el vaso vacío. Se lo entregó a Rebeca y prosiguió—: En su opinión, con el asesinato de la joven Candela el matrimonio experimentó algo que superó cualquier sensación antes conocida: el poder absoluto, el máximo placer, la satisfacción total del desenfreno. La mezcla de sometimiento, sexo y muerte.

—El placer prohibido —murmuró ella—. Matar en pleno éxtasis. ¿Pero por qué dos millonarios iban a seguir asesinando?

—Porque se volvieron adictos a la sensación de poder, de control. Por ego desmedido. A Ivo Parés y Mónica Morera nadie les dice lo que pueden o no pueden hacer. Se sabían intocables, por encima de la ley. Todo esto son palabras de Malart.

—Él no es psiquiatra. Y esos dos, mientras no hallemos evidencias que

lo sostengan, no eran unos psicópatas.

—Estamos de acuerdo. Hasta aquí solo era su teoría, la que le dictaban las tripas.

Mercader vació su vaso y dejó los dos en el sofá.

—Y además —dijo—, el asesinato de Candela estuvo a punto de costarles muy caro. Les fue por un pelo.

—Pero lo solucionaron —replicó el sargento—. Tú misma lo has dicho: pagos, sobornos, contaminación de pruebas, todo muy oportuno y conveniente. Se libraron.

—Eran millonarios, vivían en la cima del mundo. ¿Para qué volver a complicarse la vida?

—Porque se les metió en la cabeza repetirlo, pero esta vez haciendo bien las cosas. —Crespo se encogió de hombros—. No pudieron sustraerse a la tentación de alcanzar de nuevo ese clímax para ellos tan placentero.

—Sabes que todo esto suena muy cogido por pinzas. Lo sabes, ¿verdad? Lo que no me explico es cómo te dejaste enredar por Malart. Tú, con lo racional y sensato que eres.

Crespo exhibió una sonrisa de oreja a oreja.

—No es la primera vez. ¿Has olvidado el caso del Verdugo de Gaudí? Aquello parecía impensable al principio y él no se equivocó ni un milímetro. Puede ser muy convincente.

—Eso ha sido un golpe bajo —rezongó—. Continúa.

—Imagina la situación. Con Malart por en medio y la publicidad que se hizo de sus caras a todas horas, la ciudad era un coto prohibido para ellos. Aquí no podían pasar desapercibidos hasta que las cosas no se calmaran. Y siguiendo su hipótesis, debían de estar ansiosos por llevar a cabo sus planes, frenéticos por meterse una nueva dosis.

—Tenían que largarse a otra parte, al extranjero.

Crespo asintió.

—¿Y qué mejor tapadera que unas vacaciones para estrenar el superyate de lujo?

Mercader dejó escapar un silbido.

—Malart los empujó fuera de Barcelona. Huyeron de él.

El sargento volvió a asentir.

—Como te digo, puede ser muy persuasivo. Y convincente.

6

—El 30 de junio zarparon en el *Somerton* para realizar un crucero de cuarenta días por el Mediterráneo con una tripulación formada por cuatro miembros. A bordo, además del matrimonio, iban el capitán, un jefe de máquinas, un sobrecargo y un marinero. —Se acercó al mapa e indicó la hoja con membrete oficial enganchada a su lado—. Aquí tienes la nómina de todo el personal embarcado en el momento de zarpar, con sus nombres y demás datos. El rol de tripulación debe presentarse a las autoridades del puerto para que autoricen el despacho de la embarcación una vez verificado que cumple con la dotación de seguridad. Malart me ordenó obtener la lista y ellos me la proporcionaron.

Mercader fue hasta el sargento y se inclinó para leerla.

—Uno de los nombres está marcado por un aspa roja.

—Leandro Schavelzon, argentino, treinta y dos años, con residencia por medio mundo y nada fácil de localizar. Ejercía de sobrecargo durante el crucero. Según su testimonio, vio durante varios días que Ivo Parés y Mónica Morera iban muy puestos de alcohol y drogas y, como establece el ordenamiento náutico, dio aviso a las autoridades y los dos fueron sancionados al llegar al puerto más cercano. —Puso el dedo sobre Saint-Tropez—. Al día siguiente, lo despidieron. Cuando logré contactar con él, me dijo que estaba hasta las narices del matrimonio y de su manera tan despótica de tratar a la tripulación. Por lo visto, Mónica Morera le tenía ojeriza y, como venganza, aprovechó la primera oportunidad que tuvo para ajustar cuentas con ella. Le importaba un comino seguir a bordo. Te ahorraré la opinión que le merecían esos dos y la lista de insultos.

—¿Qué más te contó?

El sargento Crespo hizo una mueca.

—Muchas cosas, pero ahora no nos va a dar tiempo.

—Hazme un resumen rápido.

—Un resumen, muy bien. Me explicó la ruta que realizaron, los puertos donde recalaron. Primero en el sur y luego por otras partes del Mediterráneo. Puerto Banús, isla de Capri, Portofino, Mónaco, Miconos, Porto Cervo, Split, Saint-Tropez, Ibiza…

Mercader señaló el mapa.

—Cuatro de esos puertos tienen encima un aspa negra.

—Puerto Banús, Miconos, Split y Saint-Tropez.

—¿Qué tienen de particular?

Crespo se ajustó las gafas.

—Aparte de poder acoger a superyates de lujo, fue donde el matrimonio dio fiesta a la tripulación y permiso para bajar a tierra y alojarse en un hotel para pasar la noche. Evidentemente, a cargo de esos dos. Y no fue opcional, sino obligado.

—Deseaban intimidad.

—Correcto. La pregunta es: ¿intimidad para qué?

—¿Tengo que explicarte lo de las abejas y las flores?

—¿En un yate de treinta y ocho metros de eslora que es más grande y tiene más habitaciones que tu piso, el mío y este ático juntos? —replicó —. ¿Los cuatro miembros de la tripulación?

—¡Yo qué sé! —soltó Mercader—. A lo mejor querían pasearse en bolas por cubierta y follar en proa. De momento no veo nada sospechoso ni delictivo, salvo su puñetera generosidad.

—O no querían testigos —dijo Crespo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Sargento, el del taladro va a arrancar de un momento a otro. ¿A dónde quieres llegar?

—A Malart le llamó la atención el hecho. En cuarenta días de crucero, cuatro días de permiso. Y se preguntó por qué.

—Al grano, Toni.

—Averiguamos que en las cuatro localidades se produjeron desapariciones de jóvenes de ambos sexos.

La subinspectora se puso tensa.

—En verano no es tan inusual —dijo.

—Las fechas de las mismas coinciden con las estancias del *Somerton*. —Extendió las manos hacia ella y la detuvo—. Ya sé lo que me vas a decir. Que en estos casos, y más en periodo vacacional, las fechas suelen ser aproximadas, difíciles de concretar. —Sacudió la cabeza—. Y no, cuando nos pusimos en contacto con las policías española, griega, croata y francesa, aparte de descubrir el dato, no pudimos indagar nada más ni dar la alerta. Los jefes tienen que autorizar la investigación y te recuerdo que todo esto lo llevábamos en secreto, de la forma más discreta posible para no levantar la liebre, y que la comisaria Bassa dejó claro en mayo, de forma tajante y rotunda, que el inspector Malart debía dejar en paz a ese matrimonio. Teníamos las manos atadas, no podíamos seguir adelante.

—¿Y no obtuvisteis más información?

—El género y la edad de los desaparecidos. Una chica en Puerto Banús, un chico en Miconos, de nuevo una chica en Split y, por último, un chico en Saint-Tropez. De entre veinte y veinticinco años. Cuatro víctimas, una cada diez días.

—Cuatro desaparecidos —corrigió Mercader—. De momento, y que yo vea, solo son desaparecidos.

—Muy bien, como quieras —accedió Crespo. Frunció los labios sin dejar de observarla.

Un instante, y Rebeca torció el gesto.

—Joder, Toni, desembucha de una vez.

—El inspector Malart creyó haber encontrado una pauta, un patrón de conducta del matrimonio Parés Morera.

Ella alzó un puño en su dirección.

—¡Pero él está obsesionado con esos dos! —exclamó—. ¡Sería capaz de ver fantasmas donde no los hay!

—Subinspectora, la desaparición en agosto de la pareja belga de novios en Barcelona encaja como un guante en ese patrón.

Mercader enmudeció de súbito.

—A pesar de la insistencia de Malart —siguió Crespo, con serenidad —, y como te he dicho esta mañana en la Central, la intervención del matrimonio fue descartada por la inclusión de una víctima varón, algo que no cuadraba con el caso Gotha, y por tener coartada. Una coartada no definitiva a causa de la imposibilidad de concretar la fecha de su desaparición. Nada los incriminaba. Sin embargo, a la luz de lo que averiguamos después gracias al testimonio de Leandro Schavelzon, el asunto adquiere otra dimensión.

—Pero ocurrió en Barcelona —farfulló Mercader—. Y acabas de decir que la ciudad era su coto prohibido. ¿Entonces?

—También tenemos una explicación para eso.

—¿Y pruebas? —El sargento negó muy despacio con la cabeza—. Maldita sea, Toni. Sin pruebas no tenéis nada.

—Malart no suele equivocarse en sus corazonadas.

—Lo sé, lo sé. Y nunca transige, siempre encuentra una vía alternativa. Es como un escape de agua, el muy rompehuevos…

Rebeca se puso a dar vueltas por la sala como un león enjaulado. Tentada de mandar las pilas de dosieres a la otra punta de una patada, procuró no perder los nervios y pensar con calma. Al cabo, salió a la terraza y contempló el mar cubierto de niebla. El propietario de un piso en el barrio del Born puso una denuncia ante los Mossos el 31 de agosto. Era el día que finalizaba la reserva de una semana que Eloïse Lemaître y Nathan Boon, ambos de veintitrés años, de nacionalidad belga y residentes en Gante, habían hecho a través de Airbnb. Al entrar en el apartamento, el dueño había visto sus equipajes pero no a la pareja, y, tras varios intentos de contactar con ellos, no habían dado señales de vida. La investigación que llevó a cabo la comisaría del distrito averiguó que sus vacaciones proseguían en París, con reservas de tren y hotel del sábado 31 de agosto al domingo 8 de septiembre. No llegaron a la capital francesa. Y tampoco regresaron a Gante. Sus familiares interpusieron una denuncia ante la policía belga, que cuarenta y ocho

horas después inició la investigación. El GEHME se unió a la misma el 11 de septiembre, y ambas policías determinaron que la desaparición se había producido en Barcelona, pero no pudieron concretar el día exacto. Sin testimonios, podía haber ocurrido antes del sábado 31 de agosto, cualquier día durante la semana que pernoctaron en la ciudad. La noticia se filtró a los medios catalanes el 14 de septiembre con el fin de recabar información de algún testigo ocasional. Todo fue en vano y la investigación entró en un callejón sin salida. Malart señaló a Ivo Parés y Mónica Morera. El Grupo realizó unas pesquisas y los interrogó. El matrimonio presentó una coartada: el jueves 29 de agosto realizaron un viaje de negocios de diez días por varias capitales europeas. Tras una comprobación rutinaria, fueron eliminados de la lista de sospechosos. Malart puso el grito en el cielo. Al no hallar pruebas ni indicios de su participación, los jefes le ordenaron suspender cualquier iniciativa en su contra. Y sin testimonios ni nuevas evidencias, el caso de los dos jóvenes belgas acabó poco a poco en vía muerta, para desesperación y angustia de las respectivas familias. El martes 15 de octubre, un mes y medio después de la desaparición, dos submarinistas del zoo que comprobaban el estado del parque de arrecifes de hormigón, que el ayuntamiento había decidido crear en el año 2003 para generar un ecosistema marino, descubrieron dos bultos metidos en grandes bolsas verdes de plástico resistente, atadas con cadenas y entre sí, y embarrancadas por un ancla en uno de los bloques. El hallazgo se produjo en el área 1, frente al espigón de la Nova Mar Bella, a doscientos metros de la costa y a unos veinte de profundidad. Debido a la descomposición de los cuerpos, Medicina Legal tuvo que llevar a cabo la identificación por las placas dentales: Eloïse Lemaître y Nathan Boon. En la autopsia, Goyo Bonhora, al frente de la unidad forense, halló agua salada en sus pulmones y determinó que estaban vivos antes de ser arrojados al mar. La causa de la muerte, según dictaminó, fue ahogamiento por asfixia no mecánica. Asimismo, informó de que presentaban señales de haber sido torturados y sometidos a vejaciones sexuales. Dado el tiempo transcurrido bajo el agua, la DPC, con Márquez a la cabeza, no halló restos de ADN ni fluidos ni fibras. Se limitó a apuntar que, probablemente, los cuerpos habían sido tirados en mar abierto, caído en fondo arenoso y luego, una vez desanclados por algún temporal, arrastrados por la corriente hasta encallar en los arrecifes artificiales. De no haber sido por ellos, concluyó, el mar los habría acabado llevando a la playa. Malart volvió a insistir en la culpabilidad de Ivo Parés y Mónica Morera. Y de nuevo, Jefatura declinó investigarlos. Mercader recordaba con claridad las palabras de su compañero: «¿Qué hace falta, que los veáis asesinar con vuestros propios ojos? ¡Esa gentuza tiene bula y esto no está bien, no puedo pasarlo por alto! ¡Hay que pararles los pies como sea!». Sus gritos resonaron por toda la Central. Desatado, volcó su rabia, impotencia y frustración acumuladas durante tantos meses. El Grupo al completo y los

jefes fueron testigos de cómo perdía los papeles. Y antes de que la cosa fuera a más, entre varios lo sacaron de la oficina y se lo llevaron a la calle.

De golpe, se volvió hacia Crespo y acortó la distancia.

—De acuerdo, supongamos que Malart está en lo cierto y ese matrimonio lleva cuatro víctimas a sus espaldas. Seis, si contamos a la pareja belga de novios.

—Siete, contando a Candela Cuadrado.

—Joder, Toni, joder. ¿Tú sabes lo que estás diciendo?

—Perfectamente.

—Y no hay pruebas ni confirmaciones ni evidencias.

—Nada en absoluto. Solo las sospechas de Malart. ¿Entiendes ahora por qué teníamos que mantener el asunto en secreto?

—Lo que entiendo es que él tiene una fijación con Ivo Parés y Mónica Morera…, y ahora han sido asesinados. Alguien les ha parado los pies. —Tragó saliva—. Y dijo que había que pararlos «como sea». Delante de todo el mundo. Me temo que más de uno va a malinterpretarlo, sumar dos más dos y cagarla. Toda esta información que ha recopilado —señaló las paredes— no le va a favorecer en absoluto. Va a ir en su contra cuando el Grupo inicie la investigación y la descubra. Lo van a poner en la picota, en el centro de la diana. Lo convertirán en sospechoso.

El sargento asintió con pesadumbre.

—Y para acabar de jorobar las cosas —gruñó Mercader—, da la callada por respuesta, desaparece del mapa. ¿Dónde leches se ha metido? Sabes lo que parece esto, ¿no? Lo que muchos van a pensar. Que se ha dado a la fuga.

Se miraron en silencio. Hasta que el ruido del taladro los sacó del trance.

—¿Han dicho los guardacostas cuántos cuerpos han hallado a bordo del *Somerton*?

—Dos, solo los del matrimonio Parés Morera.

Rebeca extrajo el móvil y volvió a llamarlo. En esta ocasión, dejó un mensaje. «Malart, soy yo. Llámame cuando oigas esto. Es muy urgente. No hagas tonterías y llámame. ¿Dónde coño estás?» Colgó. Pensativa, contempló el aparato un instante.

—Toni, voy a decir en voz alta lo que a ambos nos pasa por la cabeza. —El sargento se señaló la oreja y ella elevó el volumen—. ¡No, ni siquiera voy a pronunciarlo! ¡Yo no creo que él haya intervenido en el doble asesinato!

—¡Ni yo!

—¿Y por qué pones esa cara de cordero degollado?

Crespo separó los brazos en señal de desconcierto.

—¡Nadie conoce a nadie de verdad! —voceó.

—¡Y una mierda! ¡Yo le conozco! ¡Me fío de él!

Acto seguido, Rebeca se dirigió a las cajas que estaban apiladas en un extremo de la sala. Escogió una y volcó en el suelo todo el contenido.

—¿Qué haces? —quiso saber el sargento.

—¡Nos llevamos la información! ¡Mejor dicho, te la vas a llevar tú! —puntualizó—. ¡Comienza a retirarla de las paredes y a meterla en esta caja!

Crespo se afanó en seguir las instrucciones.

—¿Y a dónde la llevo?

—¡A la Central, al primer sitio seguro que veas, tú mismo! ¡Quiero repasarla de arriba abajo! —El estrépito cesó de golpe—. ¡Y oye! —Miró sorprendida alrededor y apretó los dientes—. Voy a matar a ese albañil con mis propias manos…

—¿Qué ibas a decirme?

—Las sargentos Humbert y Corominas, ¿confías en ellas? —Crespo asintió con firmeza—. Ordénales que empiecen a trazar los perfiles psicológicos de Ivo Parés y Mónica Morera. Sus rasgos principales, el vínculo que los une, todo lo que se les ocurra. Necesito conocerlos en profundidad. —Vio de reojo que la contemplaba sin moverse—. ¿Qué sucede? ¿No presumen de psicólogas? ¡Que lo demuestren!

—¿Y la razón?

—Tenemos que centrarnos en las víctimas —dijo. Despegó las fotos de los cristales—. Son la clave, y conocerlas a fondo es crucial. Antes de poner el foco en los sospechosos, hay que estudiarlas a conciencia, saberlo todo de ellas.

Crespo se activó de nuevo y, como al desgaire, dijo:

—Bien pensado, es lo que haría el inspector Malart.

—Empiezo a hartarme de esta canción —masculló Mercader—. ¿Tú lo ves aquí? Entonces arreando, que es gerundio.

Terminaron de introducir los dosieres en la caja y, a continuación, ella cerró las solapas. La empujó hacia Crespo con el pie.

—Ahí la tienes. Espero que hayas venido en coche.

—En moto, pero no hay problema.

Rebeca lo agarró del brazo.

—Toni, aquí no hemos estado. ¿Me copias?

El sargento sostuvo su mirada.

—Con claridad meridiana —dijo—. Seguiré con la boca cerrada, ocultando esta información. Eres consciente de que ahora tú también cometes un delito, ¿verdad? Cuando él se entere, no le va a gustar que te haya implicado. No le va a gustar nada de nada.

—Me la suda lo que le guste. Toni, máxima discreción.

—Lo sé. No te ofendas, pero Malart me pidió lo mismo. Y oye, a partir de este instante, tú tendrás que hacer otro tanto.

—Pan comido, solo tengo que mentir. Por cierto, tú lo haces de pena.

Esta mañana te he pillado enseguida, que lo sepas.

—¿Mi lenguaje corporal?

—Tu lenguaje corporal.

Rebeca recogió los dos vasos vacíos de cartón.

—Listo —dijo. Echó un vistazo en derredor. Fue a cerrar la puerta de la terraza. Luego, reparó en el mueble junto a la entrada de la sala. Hizo un gesto a Crespo y ambos se aproximaron. Abrió el cajón de la izquierda. Vacío—. Aquí guarda el arma, la placa y los dos juegos de esposas. Anoche salió de servicio.

—O esta mañana muy temprano —replicó el sargento.

—Y en este —repitió la operación con el de la derecha—, las docenas de relojes que le han regalado durante años para recordarle su impuntualidad. Misión imposible, como ya sabemos.

Vieron que estaba a rebosar; la mayoría eran baratos, y unos pocos de fantasía. Algunos aún estaban dentro de sus estuches. Ella sacó el móvil y tomó varias fotos de los cajones abiertos.

—¿Y eso? —preguntó Crespo, intrigado.

—Una copia de seguridad, cosas mías.

Los cerró con suavidad y dejó escapar un suspiro.

—Creo que no me olvido nada.

—¿Nos vamos? —dijo Crespo. Levantó la caja.

Se encaminaron hacia la salida del ático. De repente, Mercader se desvió en dirección al dormitorio, fue directa a la mesilla de noche y extrajo la carpeta de tapas azules. Regresó con ella y la metió en la caja.

—Esto es privado, Toni. Solo para mis ojos, ¿me explico?

—De miedo —dijo—. Tengo la sensación de que nos asomamos a un precipicio. A uno con una caída de mil pares. Puro vértigo. ¿No te ocurre lo mismo?

—Toda acción provoca una reacción igual y contraria —dijo Rebeca —. Prepárate para lo que se nos viene encima. —Salió al rellano y cerró la puerta de golpe—. Y eso es de Newton, tercera ley de la mecánica, no de Malart.

—¿Estás completamente segura?

7

Tuvo que mostrar la placa en varios controles de seguridad, primero de la Policía Portuaria y luego de la Guardia Civil, para poder acceder a la zona cercana al muelle, donde ya estaban estacionados los furgones del forense, de la Científica y otros vehículos policiales. Aparcó en un extremo, junto a los coches que exhibían en el salpicadero la credencial azul con el logotipo de los Mossos d'Esquadra, y, antes de apearse, extrajo la suya de la guantera y la colocó ante el parabrisas, bien visible.

Se dirigió sin prisa hacia donde asomaba la embarcación de los guardacostas, atracada en paralelo al muelle. En cambio, a medida que se aproximaba, observó que el *Somerton* estaba amarrado en perpendicular: por popa mediante dos cabos que surgían de las gateras de babor y estribor hasta los respectivos noráis, y, para afianzarlo, por otros dos por proa al muerto, el bloque de hormigón armado y de gran peso fondeado en el lecho del puerto. La cinta balizadora, tendida entre dos vallas, cortaba el paso a unos cinco metros del yate de lujo. Se detuvo a una distancia prudencial y lo contempló. Su tamaño y belleza la dejaron sin aliento.

—Menuda pinta, ¿eh? —la recibió el inspector Cervera, socarrón. Caminó hasta ella—. Una barquita de nada para ir a pescar sardinas.

Mercader clavó la vista en la popa. El ancho portón trasero abierto hacia arriba, las escaleras de madera que lo flanqueaban, la estrecha pasarela metálica que habían colocado desde el embarcadero para facilitar el acceso. Los dos cadáveres que yacían en la plataforma. Una mujer y un varón.

Varios hombres enfundados en indumentarias blancas de los pies a la cabeza permanecían agachados procesando los cuerpos mientras otros tomaban fotos, estudiaban la zona palmo a palmo, recogían y embolsaban pruebas y muestras, y entraban y salían de las diferentes cubiertas. El trajín era incesante.

—¿Han llegado todos? —preguntó en un murmullo.

—Falta la comitiva judicial. Y Malart.

Se giró hacia él, pero Cervera contemplaba el yate con mirada arrobada, las manos en los bolsillos, como un niño ante el escaparate de una tienda de golosinas.

—¿Se sabe ya si vamos a llevar nosotros el caso?

Cervera se encogió de hombros.

—¿Te imaginas la pasta que hace falta para permitirse una preciosidad como esta? —Soltó un silbido—. La hostia en vinagre, ni en cien vidas. Mercader, hemos errado la carrera.

Rebeca vio a un grupo de personas cerca del barco de los guardacostas. Situadas en círculo, los rostros circunspectos, la mayoría eran hombres vestidos con uniforme verde oscuro que permanecían con los brazos cruzados, la expresión adusta. De espaldas a ella, distinguió al inspector jefe Singla gracias a su sempiterna camisa azul claro arremangada. Inmóvil, miraba hacia el suelo como si en él estuviera escrita la solución del problema. A su lado se hallaba la comisaria jefe Bassa. Por sus gestos, adivinó que no le gustaba lo que decían los mandos de la Guardia Civil, cuyos rangos no acertó a vislumbrar. De súbito, la comisaria interrumpió la conversación, extrajo el móvil, se lo llevó a la oreja y, dándose la vuelta, dio una orden, aguardó en silencio unos instantes mientras apoyaba la mano libre en la cadera, y acto seguido se disparó a hablar de forma acalorada con quien fuera su interlocutor. Conjeturó que sería algún cargo de la comisión general de la Policía Judicial que realizaba la coordinación de los distintos cuerpos policiales. Lo de siempre, se dijo, asuntos de jurisdicción. La Guardia Civil tenía las competencias en Cataluña como policía judicial en el mar y, por tanto, era la responsable de investigar cualquier caso de posible homicidio ocurrido en aguas catalanas. Sin embargo, había llegado a sus oídos que la Prefectura de los Mossos había creado una unidad de policía marítima cuyas atribuciones eran inminentes, aunque hasta el momento, que ella supiera, sus funciones se limitaban a ser administrativas. Se figuró que la negociación iba para largo. La Guardia Civil tenía todas las de ganar, pero no conocía a la comisaria Bassa. Rara vez daba su brazo a torcer, y cuando hincaba el diente en un objetivo no solía soltar la presa con facilidad. Si se le había metido entre ceja y ceja que la investigación del doble asesinato debía llevarla a cabo la Policía Judicial de los Mossos, no albergaba ninguna duda de que lo lograría. Por algo se había convertido en la primera mujer en alcanzar el rango de comisaria jefe en la policía catalana y, si los rumores eran ciertos, solo era cuestión de tiempo que diera el salto a la Jefatura General. Anna Bassa los tenía bien puestos, concluyó para sí; era dura de pelar. El GEHME se llevaría el caso.

—La virgen, lo que debe de consumir esta maravilla —dijo Cervera sin apartar los ojos del *Somerton*—. Más de lo que gasto yo en comida durante todo un año.

Rebeca observó su abultada barriga y se ahorró el comentario. Desvió la vista hacia el resto de sus compañeros, quienes aguardaban con paciencia junto a la cinta balizadora conversando entre ellos. El inspector Rojo la saludó con un movimiento de cabeza y ella le correspondió con una pregunta muda. Rojo levantó un pulgar. La

entrega de Eric Sosa en la Central había seguido su curso sin problemas. Mercader asintió. Luego, con tal de evitarse la incómoda serie de preguntas, se dirigió hacia un contenedor y se sentó en el suelo a la espera del permiso para poder acceder a la embarcación. Apoyó la espalda. Los demás miembros del Grupo la observaron sin acercarse, las miradas huidizas. Menos el inspector Boada. Maldijo en silencio. Era el último con quien le apetecía hablar. El segundo error más grande que había cometido en su vida había sido enrollarse con él durante la primavera anterior. El primero, no haber hecho caso a Malart cuando le advirtió de que no era buena gente. Edgar caminó en su dirección con andares de suficiencia y ella, sin dejar de maldecir en su fuero interno, cerró los ojos.

—¿No viene tu compañero?

—Piérdete.

—En serio, ¿cómo es que no está aquí?

—¿Te crees que soy su canguro?

—¿No lo eres?

—Que te folle un pez.

Lo oyó alejarse y dejó escapar el aire. El día iba a ser muy largo. Abrió ligeramente los párpados. La niebla no se había disipado ni un milímetro en el mar. Solo atisbaba un panorama velado. Se preguntó cuánto tiempo podría seguir escondiéndose.

—¿Durmiendo una siesta, subinspectora?

Mercader abrió los ojos y se puso de pie en el acto.

—Comisaria, solo aprovechaba para reflexionar sobre el caso. —Señaló el *Somerton*—. ¿Qué tenemos?

—Ese es tu trabajo, no el mío. ¿Dónde está Malart?

—A punto de llegar, imagino.

Bassa la miró largamente.

—Entiendo —dijo—. Tiene cosas más importantes entre manos.

—El inspector Malart no será puntual, comisaria, pero siempre llega a tiempo.

Bassa frunció los labios mientras la escrutaba con fijeza.

—No me has respondido, Mercader. O sea, que no tienes la menor idea de por dónde anda. —Rebeca aguantó el tipo sin abrir la boca—. Localízalo de inmediato.

—A la orden —dijo.

Agarró el móvil y lo llamó delante de ella. Por su semblante, intuyó que se avecinaba tormenta. La relación entre la comisaria y Malart había ido tensándose con el tiempo. La empecinada costumbre del inspector de hablar sin pelos en la lengua, sumada a su falta de tacto con la jerarquía, y rematada por su facultad de crearse enemigos dentro del Cuerpo, no ayudaba precisamente a relajar las cosas. Sobre todo desde el

caso Jaque, con el mataperros y la desaparición de varios pendrives que contenían información explosiva de las altas esferas. A partir de ese momento, la comisaria empezó a almacenar una progresiva animadversión hacia él. Malart se las había ingeniado para escaquear los USB ante sus narices y luego justificar su pérdida en un interrogatorio transcrito y grabado, cuando dirigió al detenido para que admitiera haberlos vendido por la calle pensando que eran unos simples mecheros. Aquel episodio, la habilidad que mostró para blindarse de forma oficial, y la implícita falta de respeto por sus galones, habían hecho el resto. Jamás se lo perdonaría, por mucho que él se hiciera el inocente y fingiese no entender de qué le hablaba. Se salió con la suya, y a los dichosos lápices de memoria se los tragó la tierra. Nunca más se supo de ellos. Conociéndola, estaba segura de que Bassa no descartaba que el día menos pensado aparecieran publicados en algún medio.

Colgó el móvil y se encogió de hombros.

—Salta el buzón de voz —dijo, sin inflexión.

—Subinspectora, no te ganarías la vida como actriz.

—¿Comisaria?

—¿Ha ido bien la detención de esta mañana?

—Como una seda —dijo Mercader. Se aclaró la garganta y añadió—: Malart tenía razón y el sospechoso ha reconocido…

—Pero él no la ha firmado —cortó—, sino Rojo. ¿Sabes a qué se debe?, ¿por qué no ha acudido?

El inspector jefe Singla las interrumpió para informar a Bassa de que el papeleo estaba en orden y que el subteniente Cantero la aguardaba. Salvada por la campana, se dijo Rebeca.

La comisaria se encaró con ella.

—Esto no termina aquí, subinspectora —dijo. Entornó los ojos—. Si hay una cosa que no soporto es que alguien me tome por estúpida. Y tú, más que nadie, deberías saber que no tolero la insubordinación. La lealtad es un arma de doble filo, Mercader. Reflexiona antes de que no sea demasiado tarde, ¿ha quedado claro? —Rebeca asintió al tiempo que notaba cómo el rubor teñía sus mejillas—. Bien, ahora acompáñanos. Inspector jefe, vamos para allá.

Singla inició la marcha hacia los miembros del Grupo seguido por la comisaria, quien hizo un ademán a un hombre uniformado de verde oscuro para que se reuniera con ellos. Rebeca se retrasó adrede unos pasos, lo justo para desentumecer los músculos del cuello y soltar el aire. Maldito Malart. Le haría pagar aquel mal trago con creces, se prometió; no iba a librarse así como así. Una vez más tranquila, apresuró el paso.

—Inspectores, subinspectora —dijo Bassa—, la comisión ha decidido que seamos nosotros quienes llevemos a cabo la investigación del doble

asesinato. Ya sabéis lo que espero de vosotros. —Repasó uno por uno sus rostros—. Dada la identidad de las víctimas y su relación con las más altas instituciones financieras y políticas del país, nos van a exigir la máxima prontitud y eficacia. La responsabilidad es grande, pero estoy convencida de que podremos afrontarla con éxito. —Extendió un puño y fue desplegando cada dedo a medida que enumeraba las órdenes—. Pies de plomo, celeridad, tacto, cero errores y punto en boca sobre nuestras actuaciones. Todo elevado a la enésima potencia, ¿me he expresado con claridad?

Los cinco miembros del GEHME asintieron con un cabeceo.

—Bien. La Guardia Civil ha designado al subteniente Ramiro Cantero, aquí presente, como enlace entre las dos policías judiciales. —Lo señaló —. Quiero la máxima colaboración, y no pienso permitir el más mínimo recelo entre Cuerpos. Subteniente Cantero, esto va en las dos direcciones, ¿entendido?

—Recibido, comisaria.

—Inspector jefe, haz las presentaciones.

Singla empezó por orden de veteranía. Antes de terminar, sonó el móvil de Bassa y ella se alejó para responder la llamada. Mientras Boada estrechaba la mano del subteniente Cantero y entablaba conversación con él, los demás miembros del Grupo se volvieron hacia el *Somerton* y se retiraron unos metros.

—Mis cojones lo ha decidido la comisión —murmuró el inspector Sena. Ahogó un bostezo—. Apuesto a que Bassa ha pedido al juez de guardia que libre un exhorto al juzgado para que nosotros llevemos la investigación.

—Y a cambio, nos colocan un enlace —rezongó Cervera—. No me gusta nada este caso. Demasiados callos a pisar.

—El tacto no es lo tuyo —bromeó Sena—, como tampoco lo de andar con pies de plomo. Tú prefieres el modo elefante en una cacharrería.

—Vete a la mierda, eso lo dejo para tu compañero. —Se giró para comprobar que nadie lo oía—. Mirad cómo Boada sonríe al picoleto. ¿Se lo quiere llevar a la cama o qué? Es empalagoso hasta decir basta.

—Se llama diplomacia, gilipollas —replicó Sena. Ahogó otro bostezo —. Nos han ordenado máxima colaboración y es lo que hace Edgar, tender puentes.

—Lamer culos, dirás. Y oye, ¿tú que haces por las noches? Porque dormir, lo que se dice dormir, no lo parece.

—¿Alguien sabe qué juez nos ha tocado? —intervino Rojo.

Los cuatro se miraron entre ellos.

—Con la mala suerte que tenemos últimamente —aseveró Cervera—, el tocapelotas de Losada, fijo. Me juego una ronda a que nos toca el favorito de Malart. ¿Alguien se apunta?

Sena le soltó un codazo y Rojo desvió la mirada.

—¿Qué pasa? —protestó Cervera—. ¿He dicho algo malo?

—Mira que eres bocazas, tío. ¿No lo habíamos dejado claro?

—¿El qué? ¿Lo de Malart? Si solo hablaba de Losada…

Rebeca abrió la boca. Se lo pensó mejor y la cerró. Anduvo hasta la cinta balizadora. Hundió las manos en los bolsillos de los tejanos y contempló trabajar a los hombres vestidos de blanco. Ya habían cubierto los cuerpos con las mantas térmicas, y tuvo la impresión de que el ajetreo en el yate había disminuido. Bajó la cabeza y se dejó ensimismar por el suave chapoteo del agua al chocar contra el muro del muelle.

—El mar es cosa fina —dijo Cantero. Mercader alzó los ojos—. Provengo de una ciudad de Cuenca, y la primera vez que lo vi me quedé a cuadros, casi me caigo de culo.

Ella sonrió al visualizar la imagen.

—Este de aquí es una piscina y poco más —dijo—. Tendrías que ver el de Port de la Selva, un pueblo al norte de Girona. Ese sí es para caerse de culo y no levantarse. El mar de verdad.

—Tendré que ir entonces. —Sacó el móvil y tecleó el nombre. Soltó un silbido—. Vaya, subinspectora Mercader, tienes más razón que un santo. Ojalá tuviéramos algo parecido en Tarancón. Pero bueno, allí nos consolamos con la comida. La nuestra es de verdad, nada que ver con la de señoritas de aquí.

—No se puede tener todo.

—Y además, filósofa.

—¿Qué hace alguien del interior en la húmeda Barcelona?

—Es largo de explicar.

—Tenemos tiempo.

—¿Lo hablamos mientras comemos?

—¿Intentas ligar conmigo, subteniente? ¿Así, de buenas a primeras? ¿Delante de dos víctimas de asesinato?

—¿Ya empezamos con el recelo entre Cuerpos?

Rebeca no pudo evitar una carcajada.

Lo observó sin disimulo. Corpulento, tirando a alto, musculoso. Pelo cortado con precisión, como la barba candado. Rostro anguloso, ojos marrones. La expresión afable o dura en función de una microexpresión tan involuntaria como momentánea.

—Confío en que la puntuación sea alta —dijo Cantero.

—Tienes cara de actor turco de telenovelas.

Ahora fue el subteniente quien soltó la carcajada.

—Los dos somos directos —dijo—. Otra cosa en común.

—¿Otra?

—Ambos compartimos prefijo.

—Pero solo de rango, no de categoría.

—Estamos de acuerdo, a mí tampoco me gusta estar debajo. —Cabeceó en dirección al Grupo—. Formáis un equipo curioso.

—¿En qué sentido?

—Cervera es el botarate, no piensa lo que dice antes de hablar. Rojo,

el sensato y reflexivo; mide al milímetro las palabras y opiniones. Luego está Sena, reservado y serio, pero siempre un paso por detrás, imagino que por pereza. Y por último está Boada, el ambicioso y trepa del grupo, capaz de aprovechar un viaje en ascensor para sonsacarte alguna confidencia a cambio de dejarte perdido de saliva. Por el prestigio que tiene el GEHME y vuestro alto índice de resolución, todos experimentados y eficaces. Solo os asignan los casos más relevantes.

—Eres muy observador —dijo Rebeca, mosqueada—. ¿Todo eso lo has deducido tras un simple apretón de manos?

Cantero se encogió de hombros.

—Y algo de indagación por mi cuenta. —Sacudió el móvil en el aire —. Un par de llamadas por aquí, otras por allá. Es bueno saber con quién te toca trabajar y el tiempo es oro, no me gusta desperdiciarlo. Falta el inspector Malart. Tengo entendido que es vuestro delantero centro estrella, quien salva los partidos; el intuitivo del equipo, por llamarlo de alguna forma. Y tú, claro, eres sin duda la inteligente, la más espabilada.

Mercader arrugó el ceño. Notó un cosquilleo en la boca del estómago. Y no era hambre. Meditó unos instantes.

—Mi turno —dijo, al cabo—. En tu puta vida has estado en Tarancón y el mar te la trae floja. Tú no sueltas datos privados así como así. Eres de los que hacen hablar, no de los que hablan. Tu imagen es más valiosa para ti que ese tiempo que declaras no querer malgastar, te delatan las horas que le dedicas a tu aspecto. Sabes desenvolverte en las distancias cortas y fingir con desparpajo para lograr la cercanía del interlocutor y que baje la guardia. Lo analizas, te apoyas en informes, y luego aplicas estrategia y táctica para ganarte su confianza. Todo va en la misma dirección. ¿Un par de llamadas? No me hagas reír. Un departamento entero a tu servicio. Y oye, la comida de Barcelona no es de señoritas, sino la mejor del mundo. No está hecha la miel para la boca del asno.

El subteniente congeló la sonrisa.

—¿Y todo esto lo has…?

—No he terminado —atajó Mercader. Hizo el gesto de proseguir y Cantero asintió—. Ivo Parés y Mónica Morera son asesinados y ¿a quién escoge la Guardia Civil como enlace con nosotros? A alguien de Información. Tú. —Se detuvo. Aguardó alguna reacción. No se produjo y continuó—: Esto solo puede significar una cosa: los teníais bajo la lupa. Y por vuestras competencias, mucho más amplias que las nuestras, me pregunto si en el ámbito nacional o extranjero. Lo que me gustaría saber es el motivo. Para ahorrar tiempo, ya sabes.

Cantero la señaló con el índice.

—Ves muchas películas, tú —dijo—. Ahora me pedirás que geolocalicemos a tu compañero por medio de drones. ¿O prefieres con uno de nuestros satélites espía?

—Nosotros también podríamos rastrearlo si fuera necesario, tío listo.

Pero Malart no se ha perdido, solo mantiene un perfil bajo. Ah, y no cuela que nos hayáis cedido el caso. Demasiado fácil. Os interesa que nos pongamos al frente, pero solo para haceros el trabajo sucio. Por cierto, lo de la colaboración en las dos direcciones ni por asomo, ¿me equivoco?

—En todo, no eres tan inteligente como pensaba.

—Déjate de halagos y no te hagas el misterioso, anda.

Mercader sostuvo su mirada sin parpadear.

Rojo llegó a su altura, seguido por el resto del Grupo.

—¿Algún problema, subinspectora? —quiso saber.

—Ninguno, inspector. Solo estaba comprobando el estado de la maquinaria. Juraría que falla uno de los cilindros, pero ya me conoces, no soy muy espabilada. —Señaló el *Somerton* por encima del hombro—. ¿Se sabe ya si falta mucho?

—El forense jefe Bonhora ha terminado, pero a Márquez le queda un rato todavía, así que toca seguir esperando. Cervera propone ir a papear algo. ¿Qué opinas?

—Lo que diga la mayoría. —Se volvió hacia Cantero. Le puso bien el cuello de la camisa; luego, le dio un ligero cachete en la mejilla y dijo—: Hablabas de comer juntos, pues mesa para seis. Todo sea por estrechar lazos. Seguro que conoces un sitio por aquí cerca donde nos den comida de verdad. A cargo de la Guardia Civil, claro está. Vosotros sois los anfitriones.

8

Regresaron al cabo de cuarenta minutos y la situación en el muelle continuaba siendo parecida. Harto de tanta espera, Rojo comentó que iba a hablar con algún miembro de la tripulación del guardacostas y Cervera dijo que lo acompañaba. Por su parte, Sena encargó a Mercader que lo avisara si surgía alguna novedad y, acto seguido, anduvo hasta el contenedor, se sentó en el suelo, apoyó la espalda y cerró los ojos. Boada miró a izquierda y derecha y luego se puso a charlar con Cantero mientras echaban a caminar por el muelle y el subteniente extraía el móvil. Rebeca consultó una vez más el suyo. Ningún mensaje, ninguna llamada perdida. Con gesto alterado, lo guardó con rapidez. La niebla seguía sin levantarse y empezó a notar cierta sensación de asfixia. Dejó vagar la vista por la dársena. Era como contemplar un espacio cerrado, una gigantesca nave industrial con las paredes pintadas de blanco. Al rato, vio a los ayudantes del forense jefe desfilar por la pasarela cargados con sus maletas y dirigirse con paso cansino hacia el furgón. Poco después, Bonhora cruzó las puertas acristaladas de la cubierta principal y se sentó pesadamente en uno de los sofás del porche. Se bajó la mascarilla, retiró la capucha blanca de polietileno y se frotó la cabeza con ambas manos. Su semblante pálido y ojeroso no auguraba nada bueno. Además de fatiga, reflejaba una preocupación inusual en alguien tan curtido en ver todo tipo de atrocidades y cuerpos en su sala de autopsias de Medicina Legal. Mercader sintió un intenso escalofrío.

Se aproximó a la cinta balizadora.

—Goyo —dijo—, ¿va todo bien?

El forense jefe parpadeó aturdido. Como si despertara de un sueño profundo, movió el cuello en varias direcciones hasta que enfocó a la subinspectora. Intentó sonreír, pero solo logró forzar una mueca lúgubre. Pesaroso, sacudió la cabeza.

—Nada va bien —respondió—. Todo pinta cada vez peor.

—¿A qué te refieres?

—¿Tienes noticias de Milo? —Ella negó con un gesto seco—. Entonces las cosas van fatal.

—¿De qué hablas? —preguntó, con el corazón en un puño.

—Márquez te lo explicará en unos minutos. —Se levantó con esfuerzo. Orondo, de complexión robusta, redujo la distancia con lentitud hasta

doblarse sobre la barandilla. Bajó la voz—. Está disfrutando como un niño, montando el caso solo en base a pruebas preliminares. Cualquiera diría que aguardaba una oportunidad como esta.

—Me estás preocupando, Goyo. No entiendo nada.

Bonhora inspiró hondo.

—La partida sexta del enfrentamiento Fischer-Spasski, que terminó con la victoria del primero, está considerada la mejor de toda la historia del ajedrez. Fischer ganó el torneo, pero su salud mental se deterioró. De hecho, hay quien afirma que esa sexta partida es lo mejor que hizo en su vida. ¿Te lo imaginas? Nacer, crecer, jugar la sexta partida y morir. Ridículo.

—¿De qué hablas? —repitió, cada vez más inquieta.

—Hablo de salud mental. De vivir. De resolver casos de titulares y de desaparecer del mapa. De eso hablo, maldita sea.

—Joder, Bonhora, déjate de rodeos y ve al grano. ¿Esto tiene algo que ver con los informes de las autopsias de la pareja belga que le pasaste a Malart? —El forense jefe se sobresaltó—. Sí, estoy al corriente. Dime, ¿es así?

Bonhora volvió a sacudir la cabeza con pesar.

—Los leyó, vio las fotos. Milo puede ser muy insistente. Y obstinado. Es un terco redomado. Le aconsejé que abandonara esa fijación, que no podía traer nada bueno. Pero él dale que te pego, como si oyera llover. Me dejó sin argumentos. —Alzó la mirada—. ¿Qué querías que hiciera? Me acorraló, estaba agotado, no supe valorar el grado de estrés al que estaba sometido.

—¿Y qué? —replicó ella—. Malart habrá leído docenas de informes forenses, ya está curado de espantos.

—Marcas de pinzas en pezones y genitales, quemaduras, penetraciones con objetos punzantes, desgarros, cortes… Esa pareja de novios fue torturada, sometida a toda clase de sadismos. Intentó fingir que no le afectaba, pero vi cómo se le crispaba la cara. Quizá fue demasiado para él, la gota que colmó su resistencia. Y puede que su cordura.

—Vale, comprendo que tuvo que ser duro pero…

—No, no lo comprendes —murmuró—. Ponte en su piel por un momento, en lo que debió de pasarle por la mente. Él estaba convencido de que el matrimonio era el autor de la salvajada. Si los hubiera detenido antes, esos dos jóvenes no habrían sufrido un horror tan inhumano. Se culpó, lo sé. Igual que hago yo por haber cedido. Cuando le entregué los informes en octubre, me temo que hice de detonante del proceso. Una cosa es dejárselos para que les echara un vistazo, y otra dárselos para que los releyera una y otra vez y creciera su obsesión durante todo este tiempo. Me siento responsable. —Volvió a bajar la mirada—. No sabes lo cerca que estás del límite hasta que lo cruzas. Y entonces te despeñas por el abismo, uno insondable.

—¿Qué límite? ¿Qué proceso? ¿Qué abismo?

—De autodestrucción —dijo, sin energía—. De enajenación. —Tomó aire y musitó—: De oscuridad.

—No puedes estar hablando en serio, Goyo —replicó Rebeca, el pulso acelerado—. Es Malart, nuestro Malart. Le conocemos. No me creo que lo pienses de verdad. Dime que no es cierto, que solo hablas así porque estás exhausto. La madre que te parió, Goyo. Por lo que más quieras.

—En nuestro inconsciente —dijo absorto, como si recitara una letanía — hay una parte oscura que a veces no podemos controlar. Lo dijo Freud, y se lo dije a Milo. Que se anduviera con ojo. Que ninguno estamos a salvo de nosotros mismos. Pero me pidió que le concediera el beneficio de la duda y así lo hice. Me convenció. El maldito bastardo me convenció. Es hábil, sabe bien qué teclas pulsar. Y ahora, con todo esto —indicó con un gesto los dos bultos de la plataforma—, ya no sé qué pensar.

—¿Insinúas lo que me parece que insinúas? —dijo Mercader, al borde del grito—. Responde, Goyo.

Cabizbajo, Bonhora guardó silencio.

—Goyo, él sabe la diferencia entre lo que es legal y lo que es legítimo —afirmó, tajante—. Jamás nos haría una cosa así, ¿me oyes? Jamás.

—¿Estás segura?

—Nunca lo he estado más en mi vida. Me lo dice mi instinto. Y no estoy equivocada.

—Envidio tu fe, Rebeca. No sabes cómo la envidio.

—¿Entonces a qué viene tu discurso, todo ese derrotismo?

—Milo está involucrado en el doble asesinato —dijo, la voz apenas audible—. Ignoro hasta qué punto, pero no cabe ninguna duda de que ha intervenido. Sus huellas están por todo el yate.

Márquez apareció en cubierta y, con aires de divo, mientras se despojaba de los guantes con teatralidad y se bajaba la mascarilla, anunció que habían terminado. Los miembros del equipo de Criminalística iniciaron el desfile por la estrecha pasarela tendida en estribor camino del muelle. Una vez en tierra firme, dejaron las maletas plateadas y demás bártulos en el suelo, dentro de la zona acordonada, y empezaron a despojarse de las indumentarias blancas con parsimonia. El jefe Singla, los inspectores y el subteniente Cantero se aproximaron desde varias direcciones, igual que si un timbre hubiera anunciado el fin del entreacto, y se apiñaron ante la pasarela para acceder a la embarcación. Rebeca reparó en la ausencia de la comisaria Bassa y preguntó a Singla dónde estaba. Este le respondió que dada la notoriedad de las víctimas había decidido ir en persona con el intendente Guillamón a notificar los fallecimientos a las dos familias.

—Señores, sois demasiados —dijo Márquez. Ejercía de anfitrión y

Rebeca detectó su complacencia—. Como no vais a caber todos en la plataforma, sugiero que os acerquéis por el muelle para atender las explicaciones del forense Bonhora. ¿Algún inconveniente? —Aguardó unos instantes y, a continuación, señaló al forense jefe—. Tu turno.

Bonhora bajó por las escaleras de babor, se situó a la altura de los dos bultos, retiró las mantas térmicas con gesto impetuoso y, sin rodeos, dijo que las muertes se habían producido en algún momento entre las dos de la madrugada y las cuatro.

—El inicio del intervalo —se apresuró Márquez a decir— lo determinan las imágenes que recogieron las cámaras del muelle donde el yate estaba amarrado antes de zarpar con las dos víctimas a bordo. Y el final del mismo es una estimación por el estado de los cuerpos.

—¿Tenemos esas imágenes? —quiso saber Singla.

—Las tenemos —dijo el responsable de la Científica. Ufano, mostró una tableta como Moisés las tablas de la ley—. El subteniente Cantero las ha obtenido del muelle de Capitanía y me las ha hecho llegar. Y no solo recogen la hora en que el *Somerton* soltó amarras, sino también algo muy interesante que…

—¿Puedo continuar? —atajó Bonhora, molesto.

Márquez alzó una mano a modo de disculpa y asintió.

—A falta de realizar las autopsias —dijo el forense, con tono seco—, todo indica que la causa de la muerte fue ahogamiento por asfixia no mecánica. En un análisis preliminar, no hemos hallado rastros de sangre ni traumatismos severos ni incisiones ni heridas similares. Tampoco de pinchazos, luego entenderéis por qué lo menciono. Las víctimas se ahogaron en el mar.

—¿Podemos suponer entonces que estaban vivas antes de caer al agua? —quiso saber Cantero.

—Vivas, sí —dijo. Y abatido, agregó—: Pero inmovilizadas.

—Explícate, forense jefe.

Bonhora rehuyó la mirada de Mercader.

—En primer lugar, ambas estaban esposadas con las manos a la espalda —explicó—. Luego, les ataron los tobillos con cadenas por separado, las cerraron con grilletes y, por último, amarraron cada extremo en una cornamusa diferente. Al hombre, en la de babor —la señaló—, y a la mujer, en la de estribor. —Repitió el gesto—. Para terminar, fueron empujados al mar mientras el yate seguía navegando a seis nudos rumbo este, según tengo entendido. —Márquez asintió. Tras un suspiro, Bonhora carraspeó un par de veces y dijo—: Nuestra hipótesis es que las víctimas, al entrar en contacto con la fría temperatura del mar, recuperaron la movilidad muscular y pugnaron por mantener la cabeza fuera del agua. La escasa velocidad pudo facilitarles las cosas. Hasta que las fuerzas los abandonaron. Como digo, todo esto podrá ser confirmado después de llevar a cabo las autopsias y comprobar que los pulmones contienen agua salada.

Todos guardaron un mutismo absoluto. A medio camino entre el estupor y la incredulidad, ninguno apartó la mirada de Bonhora, tratando de digerir sus palabras. Estaban habituados a la crueldad, pero aquello sobrepasaba con creces los límites de lo usual. Empujado por la necesidad de aparentar una naturalidad que estaba muy lejos de sentir, Cervera rompió el silencio.

—La hostia —dijo—. Qué forma de morir más humillante para dos ricachones de la alta burguesía. Las manos atadas a la espalda, encadenados por los pies, arrastrados… Solo les faltaba colgar boca abajo y estaríamos ante un crimen medieval, qué pedazo de animalada.

—Eres más bruto que un arado —soltó Sena—. Haznos un favor y ahórrate tus comentarios, ¿quieres?

—Pero no tenían las manos atadas, sino esposadas —matizó Cantero —. Es lo que has dicho, ¿verdad, forense jefe?

Goyo asintió muy despacio.

—Con el permiso de Bonhora, yo responderé, subteniente —dijo Márquez. Se inclinó hacia su maleta plateada y extrajo dos bolsas precintadas. A través del plástico, todos pudieron ver el interior—. Dos juegos de esposas no rígidas, uno para cada víctima. Idénticas a las que los miembros del GEHME lleváis encima cuando estáis de servicio. Hemos identificado con la Central al portador gracias a los números de serie. —Mercader tuvo un pálpito. Sintió el suelo desaparecer bajo sus pies—. El inspector Milo Malart, ausente en estos momentos, como veis.

—Ni hablar —repuso Sena—. Eso no es posible.

—¿Qué mierda estás diciendo? —espetó Cervera.

—Lo dicen sus esposas, no yo —argumentó Márquez.

—¿Tienen sus huellas? —saltó Rojo, como un resorte.

—El mar ha echado a perder la recogida de pruebas.

—Alguien pudo habérselas robado.

—No digo que no, pero explícame entonces por qué hemos hallado sus huellas en barandillas, portón de babor…

—Márquez, ¿puedo terminar de una puta vez o qué? —gruñó Bonhora para sorpresa general. Todos conocían su carácter afable, poco amigo de exabruptos, y ninguno lo había visto perder los estribos hasta ese momento—. Si no me interrumpes, acabo en unos minutos la exposición de mis conclusiones preliminares y te dejo el escenario para ti solito, ¿estamos?

Márquez enrojeció. Le hizo un gesto para que prosiguiera al tiempo que introducía en la maleta las dos bolsas precintadas.

—Creemos que el asesino, o asesinos, inmovilizó a las víctimas para que no opusieran resistencia valiéndose de un… Márquez, ¿habéis hallado signos de pelea en la sala de estar? —Agarrado a la tableta como un náufrago a una tabla, este negó con un cabeceo. Bonhora subió entonces las prendas de los cadáveres hasta dejar los torsos al descubierto e indicó las marcas por encima del diafragma—. Se valió de

un táser para incapacitar su control neuromuscular. ¿Las veis? Lesiones pares, maculares eritematosas, redondeadas, de entre dos y cinco milímetros. Por la ausencia de carbonización de la piel, estimamos que la descarga duró unos dos segundos en cada uno, lo que les produjo una contracción muscular tetánica, la caída posterior y, por último, quedaron inmóviles en el suelo de la sala. De este modo, el sujeto, o sujetos, procedió a esposarlos sin dificultad, trasladarlos hasta la plataforma, encadenarlos a las respectivas cornamusas y luego lanzarlos al mar. Las víctimas estuvieron conscientes en todo momento, algo aturdidas por la descarga y doloridas, pero no pudieron mover ni un músculo. Una sensación realmente aterradora.

—Se arriesgó a matarlos con el táser —apuntó Sena—, y me refiero al sujeto o sujetos. En función del voltaje, la corriente y el tiempo de exposición, pueden resultar letales.

—En efecto, pero descartamos que se produjera fibrilación ventricular. —Bonhora señaló las muñecas de los dos cuerpos—. Las rozaduras de las esposas corroborarían nuestra hipótesis de que estaban vivos al caer al agua. Forcejearon. En nuestra opinión, el asesino, o asesinos, tenía como objetivo más probable dejarlos fuera de combate para que no presentaran pelea. Consideramos que utilizó un táser de potencia baja o intermedia, de unos seis mil kilovatios o algo superior. Cualquiera puede adquirirlos por internet. Incluso los hay de bolsillo. Fin de mi evaluación preliminar. ¿Alguna pregunta?

—Babor, estribor, me hago un lío —dijo Cervera—. ¿No podrías hablar en cristiano? Izquierda y derecha, para que todos nos entendamos.

Bonhora dejó escapar un sonoro bufido.

—Márquez, todo tuyo —dijo. Se puso en pie con esfuerzo y subió muy despacio la escalera lateral de madera. Luego, se desplomó de nuevo en uno de los sofás del porche ante la mirada de todos. Hizo una mueca de hastío—. ¿Qué coño pasa? Despierta, Márquez, ¿no tenías tanta prisa? ¿A qué esperas?

Márquez reaccionó al instante. Señaló la pasarela y dijo que ya podían subir a la embarcación. Mientras cada uno esperaba su turno, les entregó guantes de látex y protectores de calzado.

Impaciente, Mercader tomó impulso y dio un salto, aterrizando con agilidad en la plataforma. Acto seguido, se acuclilló junto a los cuerpos y les echó un vistazo. La soberbia había desaparecido de sus rostros. Ahora solo eran dos simples mortales, sin poder ni riqueza. En un acto reflejo de pudor, les bajó las prendas para tapar los torsos; el *twin set* rojo cereza de ella, la camisa azul claro de él. Observó los relojes de muñeca. Caros y ostentosos, no pasaban desapercibidos. Les servirían para pagar a Caronte. Buscó en su interior una pizca de compasión, un atisbo de dolor. Lo único que halló fue rabia. Pero no por sus muertes, sino por sus vidas. Habían sido los culpables del asesinato de Candela

Cuadrado y, si Malart estaba en lo cierto, de la tortura y agonía de seis jóvenes más. Cualquiera en su posición se habría dedicado a disfrutar de una vida afortunada y llena de privilegios, pero aquello no era suficiente para ellos y lo habían despreciado a cambio de la búsqueda narcisista y perversa del placer por medio del dolor ajeno. Nacer, crecer en la élite, asesinar y morir. Ridículo. A ella no le correspondía juzgar, pero el infierno le pareció un destino demasiado apacible para gente de su condición. Los cubrió con las mantas y fue hasta Bonhora.

Tomó asiento a su lado.

—Tranquilo, Goyo. Encontraremos la manera de explicar todo esto. Nunca te había visto tan cabreado.

—Es por ese mequetrefe engreído. —Señaló a Márquez—. Míralo ahí, con su perilla blanca y sus gafas de marca, como si fuera el dueño del yate recibiendo a los invitados de una fiesta. ¿Y para qué leches les da guantes y fundas si ya lo ha procesado de cabo a rabo? Mamarracho comemierda, eso es lo que es.

—Me gusta tu repertorio de insultos, Goyo. Son cojonudos.

La miró, estupefacto. Ella intentó forzar una sonrisa.

—Disculpa, Rebeca, es que me saca de mis casillas. Habla con insidia de un amigo, de Milo. De alguien a quien aprecio de veras y que no atraviesa un buen momento. No trago a los que se aprovechan de algo así para sacar tajada. Es de miserables. —Sacudió la cabeza—. Ignoraba que fuera uno de esos que se alegran cuando alguien está jodido.

—Más bien diría que es de los que se vanaglorian de un triunfo que puede acabar en fiasco —replicó Rebeca. Puso una mano sobre la suya —. Pero no se lo tengas en cuenta, Goyo. Solo tiene ojos para los hechos, no contempla las emociones, el factor humano. Si lo hiciera, vería que las cosas no siempre son tan simples como parecen.

Bonhora siguió a lo suyo, preocupado.

—El único crimen de Milo es tener empatía, sensibilidad, nada más — dijo. De súbito, el asombro se reflejó en su cara—. ¿Hemos intercambiado los papeles? Hasta hace poco yo era el sabio reflexivo y tú la impulsiva vehemente. ¿Qué ha sucedido?

—No seas zalamero, a tu edad.

—Exacto. Mi edad. Eso lo explica todo. Como no llegue pronto el juez para el levantamiento de los cadáveres, abandono. Soy demasiado viejo para tanto trote.

—Siempre estás con lo mismo, Bonhora. Te lo habré oído decir un millón de veces y aquí sigues, en la brecha. Y oye, no te sientas responsable en absoluto. Malart es como una mosca cojonera, no se detiene hasta conseguir lo que quiere. De ti, de mí, de cualquiera. Es un tozudo y lo continuará siendo, no lo vamos a cambiar. Así que no vayas por ahí.

El forense jefe posó la mano libre sobre la de Mercader.

—Agradezco tus palabras, Rebeca. Ahora ve dentro con los demás.

Conviene que estés al tanto de toda la información.

Ella se puso en pie.

—Míralo por el lado positivo —dijo.

—¿Hay un lado positivo en todo esto?

—Aquí, con tantos controles para llegar, nos libramos del acoso de los medios. Es una suerte, ¿tengo razón o no?

Bonhora la contempló unos instantes, sin comprender.

—Una última cosa, Rebeca —dijo, la expresión grave—. Milo se compromete emocionalmente en cada caso. No debería hacerlo, pero lo hace. Así es como él entiende este trabajo. Y así le va. Tú no deberías seguir su ejemplo.

9

—¿Qué hemos hecho mal, Sena? —soltó Cervera al admirar encandilado la sala de la cubierta principal—. Esto es vida.

Su compañero señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Díselo a los ricachones —repuso—, no se han enterado.

Mercader comprobó que Cervera no andaba tan errado. Las dimensiones del salón la dejaron impresionada. Era como una suite VIP de un hotel de cinco estrellas, pero flotante. En el centro, sobre un suelo de bambú natural, dos enormes sofás blancos de piel con forma de ele, la mesilla entre ambos de cristal tintado, al igual que los ventanales rectangulares con las persianas de láminas, en contraste con los muebles negros a media altura que recorrían los laterales. Al fondo, una pared divisoria también de cristal tintado, que disimulaba una gigantesca pantalla de plasma, flanqueada por dos pasillos que se adentraban en el yate. Y repartidas por doquier, esculturas y otros objetos exóticos de decoración procedentes de medio mundo. En su fuero interno, tuvo que reconocer que aquel espacio y el despliegue de lujo podían imponer a cualquiera. Aunque para su gusto, el conjunto era un poco hortera, como las suites de los hoteles de Las Vegas.

—Señores, si me prestáis atención —dijo Márquez. Se situó ante el último sofá y lo señaló con la tableta—. Tras procesar la sala de estar, todo indica que aquí fue donde las víctimas recibieron la descarga del táser, cayeron al suelo y luego…

—¿Qué tal si vamos por orden? —propuso el jefe Singla—. Has hablado de las imágenes recogidas por las cámaras del muelle de Capitanía. Yo comenzaría por ahí, por el momento en que zarpó el *Somerton*. Para hacernos una idea general.

—Hablando del *Somerton*, ¿a nadie le parece un nombre un poco raro para un yate? —intervino Cervera—. Vamos, digo yo. Nunca he tenido uno pero diría que…

—Inspector, cierra la boca —ordenó Singla—. ¿Márquez?

—Las guardaba para el final, pero como quieras. —Hizo una pausa, se aclaró la garganta y dijo—: Soy consciente de que lo que vais a ver a continuación os va a cabrear. Es más, comprendo que os resulte desagradable e incluso que alguno se enfurezca y la tome conmigo. No es plato de gusto para nadie saber que un compañero ha intervenido en

un doble asesinato, pero los hechos son los hechos.

—Márquez —dijo Singla, tenso—. Las imágenes.

—A la orden, inspector jefe.

Tecleó en la pantalla mientras todos aguardaban impacientes; la mayoría con los brazos cruzados, las expresiones escépticas; otros, los menos, con las manos en los bolsillos, expectantes. Ninguno indiferente. Por fin, Márquez activó la grabación y volvió la tableta hacia los demás. La cámara mostraba el *Somerton* en un plano oblicuo que iba de popa a proa por toda la eslora de babor. Las persianas de láminas bajadas, las luces apagadas, el portón trasero cerrado donde destacaban las primeras cinco letras del nombre pintadas en rojo. Medio envuelto por la niebla en una noche fantasmal, era el único yate amarrado. A continuación, hacía un barrido del muelle de Capitanía, desierto a aquellas horas de la madrugada. La resolución no era muy alta, pero bastaba para comprobar que no cubría ni a este último ni a la lujosa embarcación en su totalidad.

—La cámara está mal posicionada —dijo Sena—. Solo recoge la izquierda del muelle. Y del yate, únicamente la parte de babor y dos tercios de la popa. Las escaleras de estribor y la mitad de las puertas correderas quedan fuera de encuadre.

—Vaya, qué conveniente —dijo Rojo—. Cervera, a ver si te enteras: babor es la izquierda y estribor, la derecha. ¿Alguien sabe cuántas cámaras de vigilancia hay en ese muelle?

Márquez detuvo la filmación.

—Dos —dijo el subteniente Cantero—. Pero la segunda solo cubre la derecha del muelle, a partir del noray donde se amarran los cabos de estribor del yate. He hablado con el vigilante y no se explica por qué la primera no hace el barrido completo.

—Menuda sorpresa —ironizó Rojo.

—Señores, ¿puedo continuar? —preguntó Márquez.

Singla asintió con un gesto brusco.

El marcador de tiempo indicaba la 1.44 cuando un Evoque blanco con las ventanillas tintadas aparecía circulando por la izquierda a poca velocidad, torcía a la derecha en diagonal, unos segundos, y desaparecía de plano, supusieron que para aparcar en una plaza cercana al yate.

El inspector jefe ordenó detener la grabación.

—De nuevo —dijo—, queda sin cubrir el punto ciego entre las dos cámaras. He distinguido a Ivo Parés al volante y a Mónica Morera a su lado, pero no si alguien más iba en el asiento trasero. ¿Alguno lo ha visto?

—Negativo —dijo Sena—. Lo impide la altura de la posición de la cámara y las ventanillas oscuras.

—A esta gente le pirraban los cristales tintados —comentó Cervera—. Pedazo de fijación con la dichosa intimidad, ¿no?

—Márquez, sigamos.

Unos minutos después, a la 1.46, vieron a Ivo Parés de espaldas

caminar hacia el yate; cazadora de ante negra, del mismo color que los pantalones, y náuticos. A su lado, la cámara solo recogía medio cuerpo de su mujer, vestida con chaqueta de piel color hueso, pantalones a conjunto y mocasines, cuyo rostro aparecía sonriente de perfil un instante para salir acto seguido del encuadre. El primero accedía al *Somerton* por babor, señalaba algo a su esposa con la mano extendida, y subía por las escaleras de madera hasta las puertas correderas de cristal de la cubierta principal. Se detenía un instante para teclear el código de seguridad, luego las abría de par en par, entraba y, antes de desaparecer en su interior, volvía a correr la hoja izquierda, la única recogida por la cámara. El plano no mostraba la entrada de Mónica Morera. Al cabo de un par de segundos, vieron el brillo de las luces encendidas.

—Vale, él sube por babor y ella, deduzco, por estribor —resumió Rojo —. Aparte de que cada uno lo hace por su lado, ¿dónde está lo interesante? Ya sabíamos que ambos habían embarcado.

—Ahora viene, un poco de paciencia —dijo Márquez. Hizo avanzar la barra de reproducción—. Y seis minutos después, exactamente a la 1.52 de la madrugada…

De repente, surgió una sombra por la parte inferior izquierda de la pantalla. Calzaba botas color claro de leñador canadiense, grandes y de suela gruesa, y vestía cazadora de piel oscura. Varón, altura considerable, pelo castaño. Mercader dejó de respirar, al igual que la mayoría de los allí presentes. No hacía falta ver su rostro. Era inconfundible. Malart. El inspector Malart. Corría encorvado hacia el yate y subía a toda prisa por babor. Sin recuperar la vertical, apoyaba una mano en el portón trasero y, a continuación, entraba en la sala donde se hallaban en aquel instante. De forma automática, Mercader desvió la vista hacia las escaleras que conducían a la cubierta inferior.

Márquez detuvo la filmación.

—Señores, Malart se coló en el yate, como acabáis de comprobar —dijo Márquez, solemne—. Es un hecho irrefutable.

—Pudo hacerlo alguien más —repuso Cervera, con celeridad—. Por bab…, por estri… ¡Coño, por la derecha!

—Eso es una suposición. Las cámaras no lo recogen.

—Lo cual no quiere decir que no subiera otra persona.

—Hechos, inspector. Mi trabajo consiste en centrarme en los hechos para sacar conclusiones, no en supuestos. El matrimonio subió al yate y luego lo hizo el inspector Malart. Punto.

—Yo no he visto embarcar a la mujer —insistió Cervera.

—¿Y cómo es que su cuerpo yace en la plataforma? No me hagas perder el tiempo, inspector. Sigamos.

—Un momento —dijo Singla—. ¿Qué hacía Malart en ese muelle? ¿Vigilaba al matrimonio?

—Es lo que se desprende —señaló Márquez.

El inspector jefe se giró hacia Mercader.

—¿Estabas al corriente?

—Primera noticia —dijo ella, con aplomo.

El subteniente Cantero se aclaró la garganta.

—No hay ninguna duda al respecto —declaró—. Había establecido su puesto de vigilancia en el coche. Lo hemos encontrado aparcado cerca de la única entrada del muelle, junto a unos contenedores. Desde allí se puede observar perfectamente el *Somerton*, sin obstáculos de por medio, y controlar los accesos y salidas. Es un lugar óptimo.

—Sabéis mucho vosotros de vigilancia —gruñó Sena.

—Lo que me gustaría saber a mí es por qué vigilaba a ese matrimonio —dijo Singla, ceñudo—. Desobedeció una orden directa de Jefatura, otra más.

—¿Tal vez porque seguía considerándolos personas de interés? —apuntó Cervera, la expresión inocente. Al ver la mirada de Singla, se encogió de hombros—. Pero qué sabré yo, jefe.

—De paso —prosiguió Cantero, imperturbable—, explicaría el porqué de los dos juegos de esposas. Por lo habitual nadie los lleva, basta con uno. Salvo que sepas de antemano que los vas a necesitar porque vigilas a dos personas. Pura lógica.

—Para detenerlos, no para asesinarlos —replicó Rojo—. Y yo no veo la lógica por ninguna parte. Lo más sensato hubiera sido usar bridas. Imposible de ser rastreadas e igual de eficaces. Malart no es tan estúpido. Y otra cosa: si yo fuera a cometer un delito a bordo de este yate, no pasaría por delante de unas cámaras que me están grabando, es de cajón. Ninguno de nosotros lo haría, no tiene sentido.

—A menos que estuviera trastornado, fuera de sí, y todo le importara un carajo —intervino Boada—. Ya lo hemos visto perder los estribos en otras ocasiones, no es nada nuevo. Solo que esta vez ha ido más lejos.

—Tócame los huevos, capullo —soltó Cervera—. No tienes ni puta idea de lo que hablas.

—Lo sé muy bien, a Malart lo tengo calado desde el principio. Solo es un jodido perturbado con mucha suerte a la hora de cerrar casos y poco más. Y tú, como todos, sabías que se le iban a cruzar los cables tarde o temprano. Estaba cantado.

Mercader apretó los puños. Intuía lo que se avecinaba, la conclusión previsible. Y no podía hacer nada por evitarlo.

—Eso está feo, Boada, muy feo —dijo Sena, con desdén—. Como pegarle a tu madre con un calcetín mojado. ¿Mucha suerte? Lo que tiene es talento. Y tú, envidia.

—Ni de coña.

—Adelante, tío, no te cortes.

—¿Y el móvil? —atajó Singla, los ojos centelleantes—. Inspector Boada, piénsate bien lo que respondes. Cuidado con lo que asumes sin

pruebas, pisas terreno resbaladizo.

—Fácil, jefe, muy fácil. Pararles los pies a esos dos. Como sea. El acto de un obseso chiflado. Solo era cuestión de tiempo. —Hizo una pausa—. ¿Por qué me miráis así? Únicamente digo lo que todos pensamos. Malart lo dejó muy claro. A gritos. Que había que pararles los pies como fuese. El Grupo entero fuimos testigos. Y es lo que ha hecho. No sé de qué os extrañáis ahora.

Desafiante, repasó los rostros de los miembros del GEHME.

—Mira —dijo Sena—, hoy he dormido poco y tengo un día de perros, así que no jorobes, ¿de acuerdo? Eres mi compañero, pero por mí puedes irte ahora mismo a tomar por saco.

—¡Esta sí que es buena! —cabeceó, incrédulo—. Sabéis que tengo razón, pero os jode reconocerlo. Malart os tiene comido el tarro. A todos.

Rebeca abrió la boca, pero Rojo se adelantó.

—Resentido de mierda. Cuando dijo lo que dijo no hablaba como un obseso chiflado, sino como un policía impotente y frustrado. Solo perdió los nervios. Porque él se toma en serio este trabajo, no como tú que eres un soplapollas. Si ahora Malart estuviera aquí, no te atreverías a hablar de esa manera.

—Señores, no perdamos la calma —dijo Márquez—. Estamos en el escenario de un crimen para resolver el doble asesinato, no para disputas de patio de escuela.

—Y por qué no ha venido, ¿eh? —arremetió Boada—. Dime, Rojo, ¿por qué no está aquí, eh? Yo te lo diré. Porque ha huido. Como hace alguien que es culpable. ¡Joder, si está más claro que el agua!

—¿A nado? ¿Desde alta mar?

Boada boqueó desconcertado.

—Que te den, Rojo —farfulló—. Que te den a ti y a Malart.

—Inspectores, hay una explicación para eso —dijo Márquez—. La lancha auxiliar ha desaparecido. ¿Ninguno lo ha advertido desde la plataforma?

—Maldita sea —dijo Singla—. Daremos aviso de inmediato.

—No será necesario, inspector jefe —repuso Cantero—. Ya la hemos localizado. En Sant Adrià de Besòs, en la playa del Fórum. Embarrancada en la orilla.

—¿Y cuándo pensabas compartirlo?

—Acaban de informarme —dijo. Le mostró el móvil.

—¿Te han notificado algo más? —Cantero negó con un gesto—. Cooperación, subteniente. En ambos sentidos. No lo olvides. Detesto a los que se comportan de forma unilateral.

—Exacto, Cantero —dijo Boada—. No hagas como Malart.

—¡Inspector, cierra el pico de una vez! —bramó Singla.

—Tendremos que procesar esa lancha —dijo Márquez. Extrajo su teléfono—. Ordenaré al equipo que vaya para allá.

Les dio la espalda al tiempo que se alejaba unos pasos.

Boada se mantuvo con la barbilla alzada, retando en silencio a los demás. El jefe Singla lo ignoró y pasó de largo para salir a tomar un poco el aire. Rojo, Cervera y Sena cruzaron una mirada a medio camino entre la inquietud, el enfado y la perplejidad.

Sena se acercó decidido hasta Boada.

—Yo que tú pediría un traslado —murmuró—. Ya no eres bien recibido en el GEHME.

—Porque tú lo digas.

—Sí, porque lo digo yo, que hasta esta mañana era tu compañero. Elevaré una queja en tu contra, por rata.

—Mira cómo tiemblo.

Rojo se situó junto a Sena.

—Y yo la respaldaré —dijo.

—Y yo —se sumó Cervera.

—Capullos, a ver si soy yo quien va a preferir un cambio de aires —se jactó Boada—. Dicen que en la planta de los jefes se respira mejor. ¿Lo pilláis? La de vueltas que da la vida.

Cabizbaja, Mercader caminó hacia un rincón.

Cantero se aproximó.

—¿Tú no hablas?

—Solo cuando tengo algo que decir. No como otros.

Singla regresó a la sala, el semblante crispado, y anunció que el juez y la comitiva ya estaban de camino. Con voz grave, ordenó terminar cuanto antes. Márquez cortó la comunicación. Se volvió hacia el grupo y les propuso continuar analizando la secuencia de los hechos. El inspector jefe asintió.

—Bien, ha quedado establecido que Malart vigilaba a las víctimas. El matrimonio sube al yate y, por el motivo que sea, ya lo determinaréis vosotros, él hace otro tanto seis minutos después. Hay niebla, sin testigos. Piensa que es su oportunidad y la pone en práctica. ¿Todos de acuerdo hasta aquí?

—¿Oportunidad para qué? —preguntó Rojo.

—Eso es algo que también tendréis que determinar.

—¿Y por qué embarcaron esos dos en plena noche? —dijo Sena—. Una madrugada de noviembre, con niebla. ¿A nadie le resulta extraño?

—Para nada —respondió Márquez—. Una inocente y plácida navegación para gozar de un poco de intimidad con tu pareja en mar abierto y tranquilo como un espejo. Yo lo veo de lo más normal. Si tuviera un yate como este, lo haría cada noche.

—Y cada polvo te costaría una pasta en combustible de no te menees —comentó Cervera—. En casa sale más barato.

—Tú no estás forrado.

Cervera fue a replicar. Singla hizo un gesto terminante con la mano y le ordenó guardar silencio.

—No vamos a debatir sobre gustos privados —dijo—. Márquez, prosigue.

—Habíamos dejado al inspector Malart subiendo al yate —dijo, tras meditar unos instantes—. Tal como lo vemos nosotros, se apoya en el portón trasero, deja sus huellas, y se asoma por las puertas correderas. Ve que las víctimas se encuentran en proa, por ejemplo en la cabina de mando, una conjetura plausible teniendo en cuenta que se disponían a zarpar, y entra en esta sala. A continuación, baja por las escaleras interiores —las señaló, a la derecha de la entrada—, deja de nuevo sus huellas en la barandilla y llega a la cubierta inferior. Allí están situados la suite principal y los demás camarotes, cuatro cabinas para ocho invitados y tres para cinco tripulantes. Las hemos procesado todas y no hay indicios de su presencia. Donde sí los hemos hallado es en la sala de máquinas, en popa. Si me acompañáis. —Extendió un brazo en dirección a la escalera—. Ojo con el techo al torcer el tramo, no es muy alto. Malart, con sus casi dos metros, se dio en la cabeza y dejó restos de grasa y pelos.

—Hasta que no los analicéis —dijo Rojo—, pueden ser de cualquiera. Los de las suposiciones somos nosotros, no tú.

—También hemos hallado huellas de pisadas —repuso Márquez, el tono ofendido—. Corresponden a unas botas del número cuarenta y nueve, de suela gruesa y característica, con restos granulados de asfalto, tierra y piedrecillas. —Sacudió la tableta en el aire—. ¿Te suenan de algo? Juraría que sí. Hemos sacado moldes para averiguar la marca y modelo y hacer la comparativa en su momento. Gracias a sus pisadas, sabemos que usó la escalera de la sala solo para bajar. En cambio, utilizó las de la cocina para subir. Si quieres, puedo indicarte el recorrido que hizo, incluso el orden, basándonos en la sucesión más lógica, que luego os explicaré. Escaleras de babor, sala, junto a los sillones, dos escaleras interiores, sala de máquinas, pasillo, distribuidor, cubierta lateral de estribor… ¿Continúo o tienes suficiente?

—Me hago una idea.

—¿Algún otro comentario? —preguntó. Nadie abrió la boca—. Vayamos abajo, entonces. Como ya he indicado, hay otros dos accesos interiores. Perdón, fallo mío; en realidad, hay un tercero. Las escaleras situadas junto a la cabina de mando, las únicas que no fueron utilizadas. Sugiero que la mitad vayamos por las que empleó Malart y el resto por el exterior, desde la plataforma. Para ganar tiempo.

Rojo, Cervera y Mercader fueron tras Márquez en fila india mientras los demás tomaban el otro camino. Se reunieron poco después en la sala de máquinas.

Dividida en dos espacios mediante una mampara, en el primero estaban ubicados los dos gigantescos motores en paralelo; por las

paredes, cuadros de interruptores y señalizadores, todo tipo de tuberías, extintores. En el techo, reconocieron una cámara Domo por su diseño en forma de cúpula de vidrio, capaz de cubrir trescientos sesenta grados.

Sena la indicó.

—Apagada —dijo Márquez, lacónico.

Les llamó la atención una obertura de forma singular en lo alto de la mampara.

—La lancha auxiliar se guarda levantada, en ángulo oblicuo, y ahí es donde va encajada la proa —explicó Márquez—. La Zodiac se mantiene fija por esos dos asideros que veis, descansa sobre los soportes al otro lado de la mampara, y un pequeño motor pone en marcha el carrete de cable de acero y permite que se deslice hasta la plataforma, donde es fácil desengancharla y empujarla al mar sin esfuerzo. Seguidme y os lo enseñaré.

Se encorvó para pasar por una especie de escotilla sin puerta y salir al espacio anexo. Señaló cuatro pulsadores de diferentes colores situados en un lateral.

—El blanco sirve para abrir el portón trasero y el negro para cerrarlo. El azul para activar el carrete y hacer descender la lancha, y el rojo para la operación inversa. Pulsas el blanco y abres el portón. Luego, sueltas los asideros, aprietas el azul y, cuando la popa de la Zodiac llega al agua, liberas el cable de acero y listo. Una operación nada complicada que puede realizar cualquiera en solitario.

—¿Huellas? —preguntó Rojo.

Márquez hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Creemos que pudo usar un trapo o algo similar con los asideros y los pulsadores. En cambio, sí las hay en ese arcón blanco que veis abierto. Por la tapa, costados e interior. Vosotros mismos podéis ver el contenido que almacena.

Mercader fue la primera en acercarse, seguida por los demás. Varios juegos de cadenas, tres anclas, grilletes náuticos, plásticos industriales de color verde. Sintió una opresión en el pecho que la dejó anonadada, sin aliento. La pareja belga de novios, Eloïse Lemaître y Nathan Boon. Cada uno dentro de una gran bolsa verde de plástico. Atados con cadenas. Fondeados por un ancla. Los informes en la pared del ático. Demasiadas coincidencias. Si los jefes hubieran accedido en septiembre a la petición de hacer un simple registro al *Somerton*, habrían hallado todo aquello. Pruebas suficientes para desencallar el caso e interrogar más a fondo a Ivo Parés y Mónica Morera sobre la desaparición de los jóvenes. Malart no se había equivocado. «¡Hay que pararles los pies como sea!» Y ahora era tarde. Tarde para el matrimonio, y quién sabe si también para él. Turbada, notó la cólera crecer en su interior, explotar entre las sienes y, a la espera de que alguno cayera en la cuenta, se mordió la lengua. No fue así. Pensó en el pacto con el sargento Crespo. Discreción, se dijo; no hables. Procurando disimular, bajó la mirada.

—Ahí encontró todo lo que necesitaba para llevar a cabo el doble crimen —dijo Boada.

—¿Y cómo supo lo que había de antemano? —repuso Sena.

—Quizá lo visualizó con sus superpoderes.

—Inspector, un poco de seriedad —censuró Márquez—. En nuestra opinión, improvisó sobre la marcha. Halló en el arcón la clase de útiles que cualquier yate lleva consigo, ya sea de lujo o de recreo, y simplemente se valió de ellos. No es descabellado.

—Eso lo estableceremos nosotros —dijo Singla, la voz ronca—. Explícanos la sucesión de hechos de la que hablabas.

Márquez se aclaró la garganta, miró en torno y dijo:

—Por las huellas dactilares y las pisadas, la conjetura más lógica es suponer que se escondió en la sala de máquinas hasta que el *Somerton* zarpó. Pensad que uno de los cónyuges tenía que atravesar de nuevo todo el interior del yate para bajar al muelle y soltar las amarras de popa, cosa que hizo Mónica Morera a las 2.03 según recogen las cámaras, y aquí estaba a salvo de ser descubierto. —Alzó la tableta—. ¿Queréis ver el resto de las imágenes? Después de soltar los cabos de proa del muerto del puerto, la primera cámara muestra cómo ella desamarra los de popa a babor, y la segunda cómo lo hace con los de estribor, aunque de forma parcial: a partir del noray solo se ve su mano.

—No será necesario —zanjó Singla—. Continúa.

—Durante los minutos que aguarda, Malart ve el arcón y lo abre para averiguar qué contiene. Tal vez es aquí cuando se le ocurre la idea del doble crimen, pero solo es una suposición. Entonces oye el encendido de los motores, sabe que alguno va a ir a desamarrar, y se mantiene inmóvil, agazapado. Poco después, a las 2.06, percibe cómo se mueven, deduce por la lentitud que se aproan hacia la bocana, y sigue escondido. Y cuando el yate navega a mayor velocidad tras salir de puerto, abandona su escondrijo, camina por el pasillo que conduce a las cabinas, deja atrás el distribuidor y sube a la cubierta principal por las escaleras de la cocina, donde se oculta a esperar.

—¿A esperar qué? —preguntó Sena.

—La ocasión propicia para llevar a cabo sus planes. Señores, hagamos el camino de vuelta. Próximo punto de encuentro: la cocina.

10

El móvil de Mercader sonó mientras subía por la angosta escalera y se apresuró a contestar. La jueza Cabot. Sin darle tiempo a pronunciar palabra, Susana le dijo que continuaba sin tener noticias de Milo y le preguntó si sabía algo de él, novedades. Rebeca hizo campana con la mano sobre el teléfono y, en voz baja, respondió que mejor hablaban después. Cabot entendió la situación en el acto y le propuso que fuera a cenar a su casa aquella noche. Le sonó como una orden. La jueza añadió que no le importaba la hora, que la aguardaba, y colgó sin más.

Mercader dejó escapar un suspiro.

—¿Malart? —quiso saber Márquez.

—Mi madre.

Volvieron a reunirse en la lujosa cocina. Completa, profesional, preparada para los mejores chefs, disponía de toda clase de electrodomésticos de color gris metalizado y negro, el espacio aprovechado hasta el último milímetro y ubicada entre el comedor y la sala de estar. Márquez fue a guardar la tableta en la maleta plateada y regresó para señalar un punto del suelo y otro en la pared divisoria que daba a la sala principal.

—Como indican las pisadas y las huellas —dijo—, ahí permaneció al acecho, agazapado, listo para actuar.

—Te refieres al sujeto —matizó Singla.

—Como prefieras llamarlo, jefe. Pero tanto unas como otras corresponden a Malart, te guste o no te guste. —Dio unos pasos hasta situarse en el pasillo, entre las dos estancias. Alargó un brazo hacia la cabina de mando en proa—. Una vez en mar abierto, Ivo Parés fija la velocidad, seis nudos, y el rumbo, hacia el este. Regresa a la sala de estar, donde su mujer ha preparado unas copas, gin-tonics, para ser exactos, unas rayas de cocaína, como indican los restos en la mesilla de cristal, y…

—¿Esta virguería puede navegar sola? —preguntó Cervera.

—A poca velocidad, como es el caso, con las alarmas del radar activadas y las luces de posición encendidas, sin problema.

—¿A qué hora fue avistado? —intervino Sena—. Y ya que estamos, ¿a qué distancia de la costa?

Márquez hizo un gesto de contrariedad por la nueva interrupción y se

dispuso a contestar. Cantero carraspeó.

—Según los registros del radar de las últimas horas…

—Déjate de registros —cortó Rojo. Sacó una pequeña libreta del bolsillo y la consultó—. Cervera y yo hemos ido a hablar con los guardacostas. Un pesquero, el *Demà*, lo avista poco después de las ocho de la mañana en rumbo de colisión mientras faena a treinta y seis millas náuticas. Intenta establecer contacto por radio y el *Somerton* no contesta. Lo esquiva, ve que arrastra algo extraño y da la alerta de emergencia, posición y nombre del yate. Los guardacostas se ponen en marcha y lo abordan sobre las diez, a unas cuarenta y ocho millas de la costa. Dos hombres saltan a cubierta, apagan los motores y descubren los cuerpos encadenados en popa. Los suben a la plataforma, comprueban sus constantes vitales. No presentan señales de vida. Llaman para comunicar la situación y, con cuidado de no arruinar en exceso la escena del crimen, inician la operación de remolcado. Lanzan cabos, lo amarran y uno se sitúa al timón en la cabina de mando. Sin sobrepasar los diez nudos, regresan a puerto, llegando al muelle de la Guardia Civil hacia las dos del mediodía. En total, el *Somerton* navega unas ocho horas hasta ser detenido. Para quien no se aclare con las millas náuticas, lo abordaron casi a noventa kilómetros de la costa. Según el análisis preliminar de Bonhora, los cuerpos han permanecido en el agua unas seis o siete horas. Al principio, conscientes. Luego, al quedarse sin fuerzas…

—Alguien odiaba con toda su alma a ese matrimonio —murmuró Sena —. Es una barbaridad.

—¿Alguien como vuestro amigo Malart? —dijo Boada.

—Deja de tocar los cojones —espetó Singla—. Alguien como un sujeto desconocido. De momento.

—Jefe —intervino Márquez—, el inspector Boada no anda desencaminado. Lo demuestran las pruebas y tarde o temprano tendrás que aceptarlo.

—Alto ahí —detuvo Rojo—. ¿Estás diciendo que en todo el yate, que en todo un puñetero yate de casi cuarenta metros de eslora no habéis encontrado más huellas y pisadas que las del matrimonio y Malart? ¿Después de que varios guardias costeros lo hayan pateado de arriba abajo? —Resopló, irritado—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—¡Dios, por supuesto que hay otros rastros! ¿Por quién me tomas, por un aficionado? —replicó Márquez, con enfado—. No os lo explico todo para ahorrar tiempo; si no, no acabaremos nunca, y aún tengo que realizar un montón de análisis y redactar los informes. Hemos cotejado el resto de las pisadas con las suelas de los dos tripulantes del guardacostas que subieron a bordo, así como las huellas dactilares de todos los que intervinieron en la operación, y el resultado es el que os he contado. Malart estaba a bordo, sabemos el recorrido que hizo por el yate y las víctimas tenían sus esposas en las muñecas. Con eso ya basta

para señalarlo como principal sospechoso. Por añadidura, tuvo móvil, medios y oportunidad. Lee mis labios, inspector: no hay ninguna duda. ¿Queda claro?

—En absoluto —repuso—. ¿No habéis encontrado además otras huellas ni más pisadas? Es imposible, no me lo creo.

Márquez miró al techo en busca de paciencia.

—Vale, estás en lo cierto, hemos hallado otras huellas y pisadas, ¿contento? De individuos desconocidos. Suponemos que corresponden a empleados de mantenimiento y limpieza.

—¿Suponéis? ¿De nuevo suponéis?

—Cuando los localicemos, podremos descartarlos.

—Eso es futuro, y tú ya has sacado tus conclusiones.

Márquez contrajo el rostro en una mueca.

—Sabía que todo esto iba a anular vuestra objetividad con el caso —dijo—. Lo sabía, maldita sea.

—¿Nuestra objetividad? —saltó Sena—. ¡Dirás la tuya!

—Me lo temía. —Los señaló con rabia contenida—. Estáis demasiado implicados, no podéis llevar a cabo esta investigación. ¡Por Dios bendito, es vuestro compañero!

—Oye, a mí no me metas en el mismo saco —dijo Boada.

—Haré una recomendación en la General para que la asignen a otros inspectores de la judicial. Unos que sean capaces de mantener la objetividad y no me pongan palos en las ruedas.

Singla caminó hacia Márquez. Se acercó hasta quedar a un palmo de su rostro. Lo miró directamente a los ojos.

—Malart está expuesto, punto uno —dijo—. Ninguno lo negamos. Punto dos. Confío en él hasta que se demuestre lo contrario. Punto tres. Más allá de cualquier duda razonable, y te recuerdo que un acto puede tener distintas explicaciones. Punto cuatro. Te tenía por un criminalista metódico y prudente. ¿A qué viene tu falta de profesionalidad con Malart, toda esa prisa en querer crucificarlo? A mi juicio, y te gano en veteranía, puede haber otros sospechosos. Es demasiado pronto para estar seguros de nada. Punto cinco. Como perro viejo que soy, me mosquea tu actitud precipitada y poco seria. Empiezo a oler un tufo a prejuicios que no me gusta. ¿Algún mal rollo con él? ¿También a ti te dejó alguna vez en evidencia? —Márquez empalideció. Su piel empezó a perlarse de sudor—. Punto seis y último. Si quieres elevar una recomendación a Prefectura, adelante. Pero yo también puedo hacerlo, incluso acusarte de mala praxis por animosidad personal. ¿Me he expresado con claridad?

Márquez se enjugó la frente con el dorso de la mano.

—Tal vez me he dejado llevar por la emoción, jefe. No volverá a suceder.

—Entusiasmo, querrás decir —puntualizó—. Emociones y Científica no cuadran. ¿Sabes quién me lo demostró? Exacto.

El responsable de Criminalística retrocedió unos pasos.

—Otra cosa que no cuadra es lo del táser —intervino Rojo—. No me imagino a Malart llevando uno de esos trastos. Con lo agarrado que es, ¿va y se compra uno? No, no le pega. Y además, ¿para qué? Con su arma le bastaba y sobraba.

—¿Pudo hacerse con él en la Central? —planteó Cantero.

—Los nuestros son de mayor potencia.

Márquez se dirigió otra vez a la maleta plateada y regresó con dos nuevas bolsas precintadas. Las mostró para que todos pudieran contemplar su interior.

—También hemos hallado esto —dijo. Levantó la más abultada—. Un estuche rojo para cinco jeringuillas. Tras abrirlo, hemos visto que hay cuatro, el quinto espacio está hueco. Ha sido en la cabina de mandos, sobre el mueble a la derecha de la entrada. Y esto —alzó la otra bolsa—, en el suelo de la sala de estar, cerca del primer sofá. La quinta jeringuilla, usada y vacía, idéntica a las otras y, por tanto, nos figuramos que con el mismo contenido. Con un leve resto de sangre en la aguja hipodérmica.

—¿Y qué pinta eso aquí?

—¿Drogas? —quiso saber Sena.

Márquez se encogió de hombros.

—Es posible —dijo—. Hasta que no las analicemos en el laboratorio, ignoramos de qué fármaco se trata.

Cervera señaló la primera bolsa.

—Si no recuerdo mal —dijo—, una de las víctimas, el varón, era el heredero de la farmacéutica Parés Pharma. De ahí el pastizal y esta preciosidad de yate. ¿Me equivoco? —Sena asintió en silencio y Cervera se lo quedó mirando—. Tío, con eso qué me quieres decir, ¿que acierto o que estoy equivocado?

—Que tienes razón, joder.

—Pues dilo, macho, no es tan difícil. A lo que iba, que las jeringuillas salieron de la farmacéutica. Cae por su propio peso.

—¿Huellas en el estuche? —preguntó Rojo.

—De Ivo Parés.

—¿Y en la quinta jeringuilla?

Márquez arrugó los labios. Titubeó unos segundos, la mirada huidiza, el gesto esquivo. Al verlo de pronto tan cohibido, a Mercader le dio un vuelco el corazón.

—Del inspector Malart —murmuró, al fin.

Singla empezó a despotricar a diestro y siniestro mientras Boada permanecía inexpresivo y Cantero anotaba algo en el móvil. Rojo y Sena se miraron perplejos y Cervera clavó los ojos en el suelo de bambú natural.

—Me cago en todo, no puede ser —rezongó Singla—. ¿Estás seguro, Márquez? ¿Completamente seguro?

—Lo siento, jefe. Pero es lo que hay. Al cien por cien.

Singla se volvió hacia los demás.

—¿Alguien entiende algo? Se me escapa el asunto.

—La jeringuilla salió del estuche, ¿es así? —dijo Cantero.

—Encaja como un guante. Lo hemos comprobado.

—Y en el estuche no hay huellas de Malart, solo de Ivo Parés. —Márquez asintió—. Del dueño de una farmacéutica. Por tanto, no es insensato aventurar que le pertenecía, que fue él quien lo trajo al yate. Sin embargo, la jeringuilla no tiene sus huellas y sí las de Malart. ¿Totales o parciales?

—Totales. Cuatro perfectamente delimitadas en el cilindro y la quinta del pulgar, igual de clara, en la cabeza del émbolo.

—O sea, que fue Malart quien la utilizó. Tal vez descubrió el estuche abierto en la cabina de mandos y cogió una de ellas. Es la única explicación que se me ocurre.

—¿Y en qué la empleó? —repuso Rojo—. Bonhora ha dicho que los cuerpos no presentan marcas de pinchazos.

—Análisis preliminar, aún tiene que realizar las autopsias.

—Olvídate, las habría visto. Es un tipo muy experimentado.

—Quizá les amenazó con ella, no sé.

—¿Teniendo un arma? ¿Se te va la olla?

—¿Entonces se la inyectó a sí mismo?

—Y yo soy el papa de Roma, no te jode —soltó Cervera.

—¡Algo tuvo que hacer con la dichosa jeringuilla!

—¿La vació en un desagüe? ¿En el mar?

—El mar no sangra, capullo.

Se miraron entre ellos, desconcertados. Mercader intentó una vez más visualizar la escena, comprenderla. Sin éxito. Multitud de preguntas se le agolpaban en la garganta. La duda empezó a abrirse camino en su cerebro. El peso de las pruebas era abrumador, aplastante. Como los indicios. Tragó saliva. ¿Qué era aquello que siempre le decía Malart? «No busques, dedícate a encontrar. Es tan clave ver lo que hay como lo que no hay. Si esperas hallar algo concreto, no verás lo demás.» Decidió hacerle caso. Pero antes de indagar qué era lo que no había allí, debía saber lo que sí había. Trató de centrarse en las palabras de Márquez y apartar de su mente todo lo demás. Sin abrir la boca.

El responsable de la Científica intervino para decir que tendrían que esperar a los resultados del laboratorio.

—Hasta que no sepamos el fármaco, es perder el tiempo.

—Y el análisis de la sangre —recordó Sena.

—Márquez, ¿algo más fuera de sitio? —dijo Singla—. Estamos un poco saturados, así que rapidito y conciso.

—Tres cosas —dijo. Fue hasta la maleta plateada, guardó las dos

bolsas precintadas, y rehízo el camino hacia ellos. En vez de detenerse, pasó de largo en dirección a proa—. Seguidme.

Fueron detrás de él por el pasillo que conducía a la cabina de mando, una zona separada en una cubierta independiente. Tras superar el rellano, Márquez, Singla, Rojo y Mercader entraron mientras los demás se asomaban desde el corredor.

—La leche —dijo Cervera—. Es como la de un avión.

En el centro, un sillón ergonómico de piel, anclado en el suelo y giratorio. Y a su alrededor, en un aparador con forma de herradura, las consolas de mandos, los instrumentos y aparatos de última generación para controlar el yate. Unos, dispuestos en vertical, bajo un estilizado y amplio parabrisas que finalizaba en un techo inclinado; el resto, repartidos sobre el mueble de roble blanqueado mate, a juego con el sillón. Y en el lateral derecho, a la misma altura, un tablero con la superficie despejada. Márquez la golpeó suavemente con los nudillos un par de veces.

—Aquí encima es donde hemos hallado el estuche de las jeringuillas —dijo. Se acuclilló ante el armario entreabierto y terminó de abrirlo con un dedo. Dejó a la vista una caja fuerte, también con la puerta entornada—. Creemos que lo extrajo de ahí.

—¿Los dos estaban sin cerrar? —preguntó Rojo, extrañado.

—Igual que los veis ahora, tanto el armario como la caja fuerte. Las huellas en el tirador del primero, así como en el teclado digital alfanumérico de la segunda, son de Ivo Parés. ¿Veis los dos estantes superiores de la caja fuerte? —Los señaló de forma alternativa—. Para ser breve, diré que el estuche estaba en el de abajo. Y en el más alto, a juzgar por las marcas de los cuatro puntos antideslizantes de la base, había un portátil. Hemos encontrado las mismas cuatro trazas en la superficie del tablero, lo que indica que estuvo apoyado ahí. No lo hemos localizado por ninguna parte de la embarcación.

—El sujeto se lo llevó —dijo Sena. Márquez asintió al tiempo que se levantaba—. ¿El robo pudo ser el móvil del doble crimen? Me apuesto algo a que ese ordenador contiene información valiosa.

Márquez se encogió de hombros.

—Quizás, aunque lo dudo —dijo—. Demasiadas complicaciones. Nosotros nos inclinamos por la opción del oportunismo. Hay formas más fáciles de llevar a cabo únicamente un robo.

—¿Y las otras dos cosas fuera de sitio? —quiso saber Singla.

Márquez se abrió paso para salir de la cabina de mando y se dirigió de nuevo a la sala de estar con rapidez.

Se detuvo junto a uno de los sofás. Señaló la alfombra.

—Este es el lugar donde cayeron las víctimas tras recibir las descargas del táser. Y justo aquí —se retiró un par de pasos—, hay un rastro como de mopa que recorre la sala de estar, atraviesa las puertas correderas, el porche de la entrada, y baja por las escaleras de madera de estribor

hasta la plataforma, tal y como indican las fibras blancas de algodón que hemos embolsado. Creemos que usó una toalla grande, de ducha, para trasladar los cuerpos a rastras y luego se la llevó consigo o la lanzó al mar. Falta una en los baños de invitados, hay un juego impar.

—Pero antes has dicho que no había indicios de su presencia en las cabinas —dijo Cervera—. ¿En qué quedamos?

—Pudo borrarlos con la toalla.

—¿Y por qué esos sí y no los demás? —objetó Sena.

Inexpresivo, Márquez volvió a encogerse de hombros.

—¿Y la última cosa fuera de sitio? —resopló Singla.

—Una serie de pisadas de Malart sin ningún sentido para nosotros —dijo—. Arrancan también aquí, entre los sofás, suben por la escalera exterior hasta la cubierta superior, siguen por el lateral junto a la borda y terminan en un punto intermedio de estribor. La barandilla donde finalizan tiene sus huellas dactilares. No hemos hallado pisadas de regreso.

Un silencio sepulcral, denso, se extendió por la sala.

Mercader empezó a sentir que le faltaba el aire. A pesar de la amplitud del espacio, de súbito le resultó claustrofóbico, le costaba respirar, como en un zulo.

Sobresaltado, Rojo se encaró con Márquez.

—¿Insinúas que saltó al mar?

—No insinúo nada, inspector —respondió, hierático—. Ya digo que ni mi equipo ni yo damos con una explicación razonable para esa serie de pisadas. Simplemente, no encajan.

—¿Y entonces para qué todo ese rollo de la Zodiac? —soltó Sena, nervioso—. ¿Otro sujeto?

—Visto lo visto, prefiero ahorrarme la opinión —dijo Márquez, envarado—. Mejor dejémoslo así.

—¡Mis pelotas lo dejamos así! —rebulló Cervera—. Malart puede estar en peligro. Si saltó por voluntad propia o no, ahora es lo de menos. Pero sí que tal vez esté en medio del mar flotando a la deriva. ¡Hay que dar aviso enseguida!

Márquez dejó escapar un bufido de impaciencia.

—¿Por una posibilidad remota? Todo el rollo de la Zodiac, como dice tu compañero, confirma que alguien partió del *Somerton*. Punto uno. Punto dos. La identidad del único intruso a bordo del yate es Malart, no hay ninguna duda al respecto. Y punto tres. Nada señala la presencia de otro individuo.

—Por ahora —replicó Rojo—, a falta de que analicéis el resto de las huellas y de las pisadas. ¡Pero cabe la posibilidad!

—Y de que nos caiga un meteorito encima —dijo, con desdén—. ¿Solo por una serie que no nos encaja? A mi entender, es mucho más probable que se quitase las botas para confundirnos y regresara descalzo. Lo veo muy capaz, inspector. ¿Tú no?

—Conociéndolo —intervino Boada—, yo estoy de acuerdo.

—¡Tú cállate, mamón! —espetó Rojo—. Hace un rato lo pintabas como un enajenado, fuera de sí, y ahora como un tipo coherente y calculador. ¿Cómo coño cuadra eso?

—¡Y a mí qué me explicas! ¡El chiflado es él, no yo!

—¡Anda y que te zurzan!

Singla se interpuso entre ambos y los separó de forma contundente. A continuación, se volvió hacia Márquez.

—Defíneme «remota» —silabeó, entre dientes.

—Ínfima, ridícula, absurda. Señores, no perdamos la cabeza. Ni el tiempo. He explicado la sucesión más lógica de hechos, lo demás son elucubraciones sin base sólida. Mi labor aquí ha terminado, ahora es cosa vuestra. Redactaré los informes y os los haré llegar cuando los tenga. Inspector jefe.

—Los queremos para hoy —gruñó Singla. Lo vio agarrar la maleta plateada y disponerse a abandonar el *Somerton*—. Márquez, esta noche o mañana viernes a primera hora como máximo. Son muy urgentes, prioridad absoluta.

—Como siempre, jefe, como siempre. Se hará lo que se pueda, pero no prometo nada.

—Un momento —lo detuvo Rebeca—. ¿Pertenencias de las víctimas?

Márquez soltó un bufido de impaciencia.

—Embolsadas y precintadas a la espera de ser procesadas —dijo—. En concreto, por si estás interesada, el bolso de la mujer, las llaves del coche, sus móviles y carteras, todos los objetos personales que llevaban consigo. Y por supuesto, la cazadora y la chaqueta que hallamos en uno de los sofás, donde las dejaron.

—¿No te olvidas de algo?

—Yo no me olvido nunca de nada —respondió, altivo.

—¿Nunca?

—Jamás.

—Las víctimas aún tienen sus relojes en las muñecas —dijo Mercader, sin inflexión—. ¿Se te había pasado por alto?

11

Salieron de la sala arrastrando los pies, desconcertados, cada uno rumiando para sus adentros, y traspasaron cabizbajos las puertas correderas hasta detenerse en el porche de la cubierta principal. De manera inconsciente, formaron un corro a cierta distancia del forense Bonhora, quien seguía sentado en un sofá aguardando la llegada del juez y la comitiva. El jefe Singla, con la mirada clavada en el suelo, puso los brazos en jarras y tomó aire. Acto seguido, con la voz enronquecida, declaró que hasta que las pruebas no señalaran de manera inequívoca la culpabilidad de Malart, él estaba a su lado. De forma incondicional.

—Que no os quepa ninguna duda —añadió—. Pero debemos seguir el protocolo. Es nuestro trabajo, y el Cuerpo no puede quedar en entredicho. Pediré al juez una orden de registro para el piso donde vive y otra para obtener la lista de sus llamadas. —Meneó la cabeza muy despacio—. Y daré aviso en la Central para que rastreen su móvil de inmediato. No me ha gustado nada lo último que ha dicho Márquez. —Alzó los ojos y repasó los rostros uno por uno—. Es lo primero que quiero descartar.

—Jefe —dijo Mercader—, deberíamos dar la alerta de emergencia para que los guardacostas inicien la búsqueda. Por muy pequeña que sea la posibilidad, el tiempo corre en su contra.

—El área a cubrir es muy extensa —dijo Cantero—, cerca de noventa kilómetros. Es lo de la aguja y el pajar…, una tonelada de pajares. Y no quiero ser cafre —echó un vistazo al reloj del móvil—, pero llevaría en el agua unas catorce o quince horas. Comienza a anochecer, y si le añadimos la temperatura del mar, dudo que nadie lograra sobrevivir en estas condiciones.

—Malart es un nadador experto, sabe mantenerse a flote —afirmó Rebeca—. Si alguien puede hacerlo, es él.

—¿Otra vez con sus superpoderes? —ironizó Boada—. ¿Quién es, Superman? Márquez ha dejado claro que no…

—Tío —cortó Sena—, ¿por qué no te largas y dejas de dar la matraca? Haz algo útil y pírate, aquí no pintas nada.

—Tú a mí no me das órdenes.

—Pero yo sí —dijo Singla—. Ve al muelle de Capitanía y revisa su coche de arriba abajo. Te haré llegar la orden en cuanto la firme el juez.

El inspector asintió de mala gana. Se volvió hacia los demás y preguntó si alguien iba con él. Ninguno despegó los labios. Mientras se marchaba del yate soterrando maldiciones, Singla se alejó para realizar unas llamadas.

Mercader señaló a Boada por encima del hombro.

—Se la tiene jurada —dijo—. Como Márquez, tengo la impresión. Y vete tú a saber por qué. Aunque sabiendo cómo es Malart puede deberse a mil motivos, nunca le ha importado caer bien a nadie. Si entre nosotros tiene enemigos, imaginaos fuera del Grupo. Lo que quiero decir es que todo esto me huele a encerrona. —Los miró uno por uno—. ¿Alguno lo cree capaz de tomarse la justicia por su mano? Yo, no. Contestad, ¿alguien lo cree capaz? ¿Qué os dicen las tripas?

—Que ni en mil años —aseguró Cervera, en el acto.

—Hay líneas que Malart no cruzaría —dijo Sena.

—Será todo lo visceral y lunático que quieras, pero no es un asesino —sentenció Rojo—. Por muy obcecado que estuviera con ese matrimonio, ni en sueños. Es lo que me dice el instinto.

—Y el mío. Me paso los hechos y la sucesión lógica de Márquez por el forro —dijo Sena—. Admito que hay pruebas de peso que no le benefician, precisamente, pero he visto casos mejor construidos que se han ido por el retrete. No, demasiados cabos sin atar. Me resulta absurdo, no me lo trago.

—No cometería tantos errores —dijo Cervera.

—Además, le hubiera sido más sencillo obligarlos a tirarse al agua a punta de pistola y el resultado habría sido el mismo —razonó Rojo—. Tan lejos de la costa, de madrugada y con niebla, ¿quién los iba a rescatar? No, no lo acabo de ver.

—El táser, las cadenas, arrastrados… —enumeró Cervera—. Muy retorcido. Yo tampoco lo veo.

—Pero los cuerpos llevaban sus esposas —recordó Cantero.

—Tiene que haber una explicación —dijo Mercader—. Para eso y para todo lo demás. ¿Un tío con su experiencia? Es ridículo. Adrede o sin querer, Márquez nos ha querido vender la moto.

—Y ninguno la compramos, subteniente —dijo Sena.

—Entonces todos de acuerdo —resumió Rebeca—. Descartado Malart, solo queda una opción. Hubo un segundo intruso.

—Un momento —dijo Cantero—. No podéis estar tan seguros. Situación límite, agravio intenso, circunstancia extrema… Dependiendo del punto de ebullición, de la capacidad de aguante o como diablos queráis llamarlo, cualquiera puede perder el juicio, sacar al animal primitivo que llevamos dentro y convertirse en un asesino. Así somos los seres humanos, está en nuestro ADN. Es precipitado sacar este tipo de conclusiones.

—Un estallido súbito, no te digo que no —replicó Rojo—. ¿Pero todo lo demás, tanta crueldad? No, esto es más que un arrebato de violencia.

Aquí ha habido voluntad de infligir dolor, una muerte lenta, agónica. Como un escarmiento. Por venganza.

—Llevado a cabo por alguien con una profunda fijación hacia las víctimas —concluyó Cantero—. Alguien visceral, como vuestro compañero. Rojo, tú mismo lo has dicho. Lo siento, pero encaja con su perfil.

—Subteniente, no pienso permitir que utilices mis palabras para llevar el agua a tu molino. Malart no es ningún irracional, todo lo contrario. Estamos todos un poco noqueados, no pensamos con claridad, y quizá me he expresado mal cuando he…

—Habla por ti —interrumpió Cantero—, yo lo veo más claro que el agua. Un trabajo como el vuestro puede, a la larga, trastornar a cualquiera. No sería la primera vez.

Mercader se interpuso entre ambos.

—Escucha, Cantero —dijo—, voy a contarte una cosa de este trabajo. Nosotros nos movemos entre el dolor de los familiares y la inhumanidad de los asesinos. El contraste es colosal. A un lado, la desesperación por la pérdida; al otro, la indiferencia y frialdad por el crimen cometido. Estamos habituados, es a lo que nos dedicamos cada puñetero día. Te concedo que todo esto produce vértigo, uno que quita el aliento. Pero no la cordura. Malart es un inspector avezado. En plenitud de sus facultades. No es indiferente ni frío. Y siempre, siempre, se sitúa al lado de las víctimas. Aunque sean unas miserables. ¿Me explico?

—Te explicas de lujo, subinspectora, pero…

—No me interrumpas —agregó, severa—. Puede haber alguna excepción, no lo niego. Pero este no es el caso. ¿Nos ves albergar la más mínima duda? Y olvídate de Boada, es una cucaracha. Si no vacilamos es porque nosotros tenemos una ventaja con Malart. Lo conocemos. No es tan humano o inhumano como para llevar a cabo algo así. Es diferente. Tardaría una eternidad en hacerte entender cómo es. Soy su compañera desde hace varios años y aún no he logrado averiguarlo por completo. Solo te pondré un ejemplo: a veces se olvida de que lleva un arma. Dime, ¿cuadra esto con alguien violento? Ni por asomo. Así que no vengas ahora hablando de lo que encaja o no encaja con su perfil basándote solo en un par de adjetivos. Para definirlo te haría falta el diccionario entero, tío listo. No tienes ni idea.

—¿Y entonces?

—Alguien ha querido incriminarlo. Lo que debemos averiguar es quién y por qué. —Retrocedió un par de pasos y contempló cómo se oscurecía el cielo—. Maldita sea, el tiempo vuela y el juez sin presentarse.

—Lo que voy a decir es una burrada —intervino Cervera—, pero si no fuera porque están muertos, juraría que ha sido el matrimonio de ricachones. Lo de las cámaras mal posicionadas del muelle apesta a deliberado, estaréis conmigo. Ese punto ciego es demasiado oportuno.

—Acabaron asesinados, sácatelo de la cabeza.

—Solo digo que me da mala espina, nada más.

—Así no vamos a ninguna parte —concluyó Sena.

—O sí —dijo Rojo—. Tal vez descubrieron que los vigilaba y planearon algo para quitárselo de encima. Pero les salió el tiro por la culata. Ahí tienes tu encerrona, Mercader.

—¿Y dónde nos deja todo esto?

El jefe Singla regresó con expresión lúgubre. Clavó la mirada otra vez en el suelo, puso de nuevo los brazos en jarras, y les explicó que la comisaria Bassa consideraba que no había base suficiente para dar la alerta de emergencia a los guardacostas, que no podría justificar una iniciativa tan costosa y alarmista con una argumentación tan poco fundamentada.

—¿Y a nuestros helicópteros?

—Anochece, Mercader, y solo tenemos una serie de pisadas —dijo, sin levantar la vista—. Bassa lo ha dejado bien claro.

Rebeca se volvió hacia Cantero.

—¿Tú no puedes hacer algo? —dijo.

—Tengo las manos atadas, subinspectora.

—Pues te las desatas. ¿Drones, satélites?

—No digas tonterías.

—Drones, satélites, lo que sea. ¿Te lo tengo que repetir?

—Esto no funciona así, no insistas.

—¿Por qué?

—Te va a doler —advirtió Cantero.

—Dispara.

—No es un activo nuestro —dijo—. Ni nuestra prioridad.

—¡Pero sí nuestro, hostia puta!

El subteniente desvió la mirada.

—No depende de nosotros —dijo—. La comisaria manda.

Rebeca se giró hacia Singla como una centella.

—¿Jefe? —preguntó, la voz queda.

—La jerarquía es la jerarquía, subinspectora. Centrémonos en lo que está en nuestras manos.

—¡Pues me cisco en la jerarquía y en la madre que los trajo al mundo! Movilizan a los guardacostas para sacar del agua a dos cadáveres de las altas esferas, pero no para rescatar a uno de tus hombres —dijo, exasperada—. ¿Te parece justo este doble rasero, una forma de actuar correcta?

—Mercader —repuso Singla, sin cadencia—, la tensión ahora no nos va a servir de ayuda. Relájate, subinspectora. Necesitamos la mente clara, no ofuscada.

—Apuesto que eso también te lo enseñó Malart.

El inspector jefe alzó muy despacio la cabeza.

—Es política, Mercader, todo es política —dijo—. Como la cadena de

mando. Los altos cargos deben sus puestos a los políticos y ellos no van a mover un dedo por nosotros. Nos han abandonado por un puñado de votos. Es el precio que nos toca pagar por la situación que vivimos. En privado, sin cámaras delante, nos dan su apoyo. Pero en público, ni siquiera nos citan. ¿Crees que van a perder el culo por uno de los nuestros?

—Pero no somos de la BRIMO.

—¿Y desde cuándo los políticos son inteligentes? —replicó Singla, sin perder la compostura—. ¿Acaso tengo que recordarte que más de uno ha propuesto suprimir el Cuerpo? No, ser *mosso* juega en su contra, subinspectora. Estamos solos. Y más ahora, que hablar de nosotros está mal visto por algunos partidos.

—Jefe, escúchame, no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras Malart puede estar ahogándose, luchando por mantenerse a flote. ¡Algo tenemos que hacer!

—Nuestros técnicos ya están trabajando en su móvil para localizar la última posición. Debemos conformarnos con eso.

—¡Pero no es suficiente!

Singla bajó la cabeza.

—No sabemos a ciencia cierta si está en el mar —murmuró.

—Y a este paso puede que nunca lo averigüemos. Esto es como ver porno. Cambian las caras, pero siempre es lo mismo.

El forense jefe Bonhora chasqueó los dedos para llamarles la atención y todos se giraron hacia el muelle iluminado por las farolas. Acompañado por dos guardias civiles y el secretario judicial, el juez Losada caminaba hacia el *Somerton* con paso lento, las manos en los bolsillos. Corta estatura, rechoncho, traje oscuro y corbata, gabardina inglesa y zapatos a medida. Se detuvo ante la cinta balizadora, flanqueada ahora por dos potentes focos dirigidos hacia la embarcación. Esbozó media sonrisa y preguntó si podía pasar. Al instante, uno de los uniformados la levantó y pudo avanzar sin inclinar un milímetro la cabeza. Mercader lo recordaba bien de cuando instruyó el caso Jaque. Sabía que detrás de su apariencia afable se ocultaba un juez estirado, formalista, implacable con las desobediencias y siempre dispuesto a alinearse con quienes pudieran servir a sus intereses futuros. Nada de lo que preocuparse, a no ser por la ojeriza que mostró hacia Malart tras varios encontronazos.

Lo observó admirar el yate, alejarse hasta una de las vallas para tener mejor perspectiva de la eslora y recorrer el camino inverso para hacer lo mismo con la belleza de su diseño.

—Espectacular —dijo. Se ajustó las gafas de cristales al aire, con varillas rojas, y permaneció unos momentos en actitud pensativa sin apartar los ojos de la nave—. Espectacular.

Bonhora se alzó con esfuerzo del sofá y bajó las escaleras hasta llegar

a la plataforma.

—Juez —dijo Bonhora.

—Forense jefe. —Señaló el *Somerton* con un movimiento de la barbilla —. Sencillamente espectacular, ¿no cree? He estado a bordo de otros yates, pero ninguno como este. Es tan espectacular que corta la respiración. ¿Esa pasarela es segura? Me gustaría echarle un vistazo al interior, si no tiene inconveniente. Para comprobar si por dentro es tan espectacular como por fuera.

—¿Y el levantamiento de los cadáveres?

—Puede comenzar por ordenar a sus ayudantes que regresen.

Sin más, se dirigió a la pasarela y accedió a cubierta. Saludó con un cabeceo a los miembros del Grupo.

—Señores, señorita —dijo—. No quisiera perderme en un barco de esta categoría. ¿Se imaginan los titulares? —Se rio él solo con la broma —. ¿Alguno de ustedes sería tan amable de hacerme de guía por este espectacular yate?

Singla volvió en sí y se ofreció. Llegó hasta su altura.

—A fin de ganar tiempo —dijo—, aprovecharé para ponerle al corriente del caso.

—No sin estar presente el secretario, inspector jefe. Será cosa de unos minutos, no ponga esa cara. —Sostuvo su mirada—. ¿Vamos con la visita?

Singla frunció los labios, un momento, y ambos traspasaron las puertas correderas y desaparecieron en su interior.

Cervera fingió meterse dos dedos en la boca.

—¿Ese tipo es juez o futbolista? —dijo—. Como vuelva a repetir que es espectacular lo tiro por la borda.

—Y te caerán cien años por atentado a la autoridad.

Cantero se aproximó a Mercader.

—Tú no hablas mucho —dijo—, pero cuando lo haces, nos dejas mudos a todos.

—Déjate de hostias. ¿Nos cuentas ahora por qué teníais a esos dos en el punto de mira? —Esperó unos instantes. Cantero evitó el contacto visual—. ¿Guardas silencio? Joder con el picoleto. ¿No estabas aquí para cooperar con nosotros?

Dio una vuelta entera sobre sí misma. Le vinieron a la memoria los organigramas pegados en la pared del ático. Pero no se detuvo a revisarlos por completo, solo les echó una ojeada.

—Esa gente no solo poseía una farmacéutica —dijo—. Tenía tentáculos en muchos sectores económicos y financieros. ¿Estoy en lo cierto? Tranquilo, puedes responder, es una información al alcance de cualquiera. Constará en los registros públicos, en las bases de datos, digo yo.

—Grupo Corporativo TAMM —dijo, cauto.

—¿Lo ves? No ha sido tan difícil. Muy bien. Siendo tan poderosos,

imagino que tocaban todos los palos. ¿Me equivoco si digo que también el político?

Cantero apretó los labios.

—¿No respondes? De acuerdo, voy a especular. Poder, poder, poder. Corporación, recursos ilimitados, industriales de máximo nivel, malversación de fondos, políticos untados, corrupción generalizada… El esquema clásico, vaya, nada nuevo bajo el sol. ¿Algo que confirmar o desmentir?

—Sí, que tienes mucha imaginación.

—La imprescindible. Y toda esa información debe de estar guardada en algún sitio, me figuro yo. En uno privado, claro. Muy privado. Déjame que piense. ¿Qué tal en un ordenador? Uno ligero que Ivo Parés y Mónica Morera pudieran cargar a todas partes, por ejemplo dentro de un bolso. No es ningún disparate, cuidado. Y ese portátil desaparecido me escama. ¿A ti no? —Cantero se miró las uñas—. Vale, no te preocupa. Entonces una de dos: o sospecháis lo que contiene por otras fuentes, o uno de vosotros se ha saltado el precinto, ha subido al yate antes de que llegáramos nosotros y se lo ha llevado consigo. Y eso, tío listo, es un delito.

Cantero mantuvo su mirada sin pestañear.

—Un delito muy gordo —agregó Sena.

—Como una catedral de grande —dijo Cervera.

—Además de una putada para Malart —indicó Rojo—. En medio de fuego cruzado y él sin saberlo. Un cabeza de turco por pura chiripa. Os iría que ni pintado.

—Y eso no lo podemos permitir, ¿verdad? —dijo Rebeca. Los tres negaron en silencio con un gesto seco—. ¿He vuelto a dejarte mudo? Venga, Cantero, cuéntanos de qué va todo esto.

El subteniente miró a izquierda y derecha.

—Estáis equivocados —dijo—, los tiros no van por ahí.

—Explícate mejor.

—Nosotros no nos hemos llevado el portátil. Tuvo que hacerlo el autor del doble crimen. No tengo ni idea de por qué, aunque me da que todo esto es fruto de una coincidencia.

—Las coincidencias no existen —dijo Sena.

—Me refiero a la oportunidad, como ha dicho Márquez. Lo vio en la cabina y no se lo pensó dos veces. Como el resto.

—¿Qué resto? —quiso saber Rojo.

—Los asesinatos, todo. —Se rascó la coronilla—. A ver, ya ha quedado claro que no tengo vuestra experiencia en investigación criminal, pero en alguna parte he leído que el crimen más perfecto es aquel que se le ocurre a alguien dos minutos antes de cometerlo.

—¿Chandler? ¿Ahora nos sales con Chandler? —dijo Rebeca, atónita —. ¿Tú también lees novela negra?

—Qué pasa, ¿no puedo? En mi tiempo libre lo… Oye, ¿de quién más

me hablas?

—Eso ahora no viene a cuento —zanjó ella—. ¿Y qué hay de los manejos financieros del matrimonio?

—Hasta aquí puedo leer, subinspectora. No insistas.

—Justo cuando podrías empezar a caerme bien.

—Que no insistas, te digo.

—Mira, no puedes dejarnos con la miel en la boca.

—Olvídame.

—Solo el primer párrafo.

—Subinspectora, que me olvides.

—¿La primera línea entonces?

Exacerbado, Cantero abrió los brazos.

—Ni una palabra —dijo—. Ni una sola palabra, ¿lo pillas?

—Pues tú y tu móvil ya os podéis largar a otra parte.

—¿Y la cooperación?

—Si no es recíproca, te buscas la vida.

Cantero observó su expresión decidida, la determinación en sus ojos. Torció el gesto.

—Ivo Parés empezó a hacer movimientos económicos muy extraños, a actuar como un enloquecido. Ya he dicho bastante.

—Y eso atrajo vuestra atención —dedujo Mercader.

—Puedes ser muy persuasiva cuando te da la gana, ¿sabes?

—Macho, ni te la imaginas en un interrogatorio —dijo Sena.

—Solo es cuestión de ponerse. Una cosa más, subteniente. Envíame las imágenes recogidas por las cámaras del muelle de Capitanía. De las dos. ¿Recibido? Todas. Quiero estudiarlas luego con calma, a fondo. Apunta mi número.

—No hace falta, ya te tengo —repuso Cantero. Le enseñó el móvil—. ¿No decías que era de Información?

El juez Losada apareció en el porche seguido por Singla.

—Espectacular, señores —dijo—. Realmente espectacular.

12

El Grupo permaneció en cubierta, guardando un escrupuloso silencio, mientras Bonhora retiraba las mantas térmicas que cubrían los cadáveres y empezaba a desgranar su declaración al tiempo que el secretario la transcribía en diferentes formularios, uno para cada víctima, apoyados en una tablilla sujetapapeles. El juez Losada echó un rápido vistazo a los cuerpos y dejó escapar un suspiro de desazón. Luego, con expresión dolida, atendió a las palabras del forense sacudiendo la cabeza de vez en cuando, afectado. Antes de que terminara el relato del análisis preliminar, se sacó las gafas, apretó el puente de la nariz, y mantuvo unos instantes los ojos cerrados. Al cabo, se las volvió a poner, ajustó las varillas rojas en las orejas, y juntó las manos como si rezara una plegaria muda.

Cuando Bonhora finalizó la exposición, le llegó el turno al jefe Singla, quien hizo un rápido resumen del caso, así como de las pruebas encontradas por la Científica, pasando de puntillas por los pormenores aún sin determinar y soslayando aquellos que implicaban a Malart. A preguntas del juez, explicó que las esposas podían ser adquiridas por cualquiera en internet, que las huellas encontradas estaban a la espera de ser cotejadas y que por el momento no tenían a ningún sospechoso.

El juez Losada lo contempló abstraído.

—Brutal, si me permiten la expresión —dijo, al fin—. Todo esto es brutal. Me une cierta amistad con la abuela del finado, la señora Guillermina, la matriarca de la familia Parés, y me temo que el fallecimiento de su nieto en estas circunstancias le va a suponer un duro golpe del que difícilmente va a recuperarse a sus ochenta y nueve años. Lo adoraba, ¿saben? Era su nieto preferido, su ojito derecho. —Volvió a sacudir la cabeza con pesadumbre—. Es una dama a la antigua usanza y me consta que no se permitirá la más mínima expresión de dolor en público, pero esto la va a destrozar por dentro sin ningún género de dudas. En fin —dijo, tras soltar un último suspiro—, la vida puede ser muy cruel en ocasiones, una ramera despiadada.

—Juez, si no requiere ninguna otra aclaración —dijo Singla—, nosotros ya hemos terminado.

—¿Aclaración? —Meditó unos segundos—. Solo una más. Que me asegure aquí y ahora que van a poner todo de su parte para esclarecer

este crimen execrable y detener al culpable.

Sin esperar la respuesta, se volvió hacia el secretario judicial y le preguntó si también había acabado. El hombre asintió con un cabeceo y le alargó las actas. Losada las firmó y, sin más dilación, ordenó el levantamiento de los cadáveres. De inmediato, Bonhora hizo un gesto a sus ayudantes y estos se dispusieron a proceder con mecánica diligencia. Extendieron una bolsa negra de nailon junto al cuerpo de la mujer, lo introdujeron, cerraron la cremallera, y la cargaron por la pasarela con cuidado hasta depositarla sobre una camilla en el muelle. Acto seguido, la empujaron camino del furgón blanco que habían aparcado a pocos metros de la cinta balizadora. Mientras repetían la operación con el segundo cuerpo, el juez Losada les dio la espalda.

—Este bochorno es insufrible —dijo—, las rodillas me están matando. Si estuviera en mi mano, les ordenaría ahora mismo que detuvieran a la humedad. Santo cielo, es criminal.

—Necesito que firme unas órdenes de registro y de rastreo.

—Vayamos por partes, ¿le parece? Le firmaré lo que quiera, pero antes esperemos a que retiren los cadáveres. Muestre un poco de respeto por los fallecidos, haga el favor.

Los ayudantes introdujeron la última bolsa negra en el furgón, cerraron los portones y avisaron a Bonhora con una seña.

—Juez, inspector jefe —dijo—, si no les hago falta para nada más, me voy a la Ciudad de la Justicia para realizar las autopsias. Los informes corren mucha prisa y me gustaría tenerlos listos lo más pronto posible.

—Por supuesto, forense jefe —dijo el juez—, por supuesto.

Bonhora cruzó una mirada con Singla. Luego, alzó la cabeza e hizo otro tanto con Mercader. Por último, se dirigió pesadamente hacia la pasarela y abandonó el yate.

—Bien, jefe Singla, terminemos con esto de una vez —dijo Losada. Subió por las escaleras de babor y se plantó ante los miembros del Grupo—. Señores, señorita. La mayoría de ustedes ya me conocen por haber instruido otros casos. Sin embargo, por deferencia al teniente de la Guardia Civil aquí presente, les haré una breve semblanza de mi forma de trabajar, así como de lo que espero de ustedes.

—Disculpe, señor juez —dijo Cantero—. Mi rango es subteniente, subteniente Ramiro Cantero, y mi función es la de ejercer de enlace entre las dos policías judiciales.

El juez Losada lo taladró con la mirada.

—Una de las cosas que no tolero son las interrupciones —dijo. Y prosiguió—: Como tampoco las desobediencias. Les advierto que soy implacable con la insubordinación, quedan ustedes avisados. —Repasó todos los rostros—. Sé que tengo fama de severo, injusta a todas luces puesto que soy de lo más cordial siempre y cuando se cumplan al pie de la letra mis instrucciones. Confío en haberme expresado con claridad.

—Meridiana, juez —dijo Singla.

—Huelga decir que no consiento que se me sustraiga la más mínima información referente al caso. Y esto atañe tanto a lo que consideren relevante como a lo irrelevante. Soy yo quien lo juzgará y no ustedes, ¿comprendido? —Se encaró con Singla—. Inspector jefe, en su exposición de las pruebas halladas por la Científica he echado en falta algunos detalles y, por momentos, varios pasajes me han resultado demasiado vagos y poco precisos. ¿Es solo una impresión mía o estoy en lo cierto?

Singla se aclaró la garganta antes de responder.

—Juez, estamos en la fase preliminar.

—Soy muy consciente de ello. Continúe.

—Hasta que no recibamos los informes definitivos, le he dado los datos que nos ha proporcionado Criminalística.

—¿Todos los datos?

—Todos los confirmados, sin excepción.

El juez Losada lo miró con largueza.

—Siguiente cuestión —dijo, al cabo—. El espinoso asunto de notificar los fallecimientos a las respectivas familias.

—Dada la notoriedad de las víctimas, la comisaria Bassa en persona, acompañada del intendente Guillamón, se ha encargado de llevarlo a cabo. Imagino que ya habrán terminado.

—Excelente iniciativa —dijo. Entrelazó las manos y se dirigió al grupo —. Delicadeza, señores. Vamos a necesitar una exquisita delicadeza. Me preocupan los ingredientes explosivos que rodean a este caso y no quiero que me estallen en la cara. Bajo ninguna circunstancia, y reitero que bajo ninguna, quiero que vayan a importunar a los familiares con preguntas o visitas sin contar con mi previo conocimiento y permiso. En cristiano, que dejen en paz a las dos familias. Olvídense de los antecedentes del matrimonio Parés Morera: la justicia los declaró no culpables y el caso Gotha está cerrado, no pretendan remover las aguas.

—¿Y si alguna línea de la investigación nos conduce en esa dirección? —quiso saber Rebeca.

—No los conducirá, señorita.

—Subinspectora, señor.

—Señor juez, querrá usted decir. De ser así, me lo consultan y yo decidiré si es o no pertinente. Pero créame, no me imagino a nadie de su círculo implicado en algo tan brutal. Así que sáquense de la cabeza una peregrina conjura de las altas esferas y otras patrañas por el estilo. No desbarremos, por Dios. Según mi larga experiencia como instructor, es evidente que nos hallamos ante un crimen pasional, una venganza, y las élites no suelen moverse por la pasión, sino por el interés. ¿Sabe quién me hizo caer en la cuenta? Su compañero, el imaginativo. Por cierto, ¿cómo es que no está aquí? ¿Ya no forma parte del Grupo? Podría aportar algo de luz con su ingenio.

—Investiga una línea abierta —dijo Mercader, evasiva.

—Lo celebro. Le recuerdo un poco desconcertante, con métodos nada ortodoxos, pero eficaz.

—No ha cambiado, señor juez, sigue en plena forma.

—Me alegra saberlo —dijo, la voz neutra—. Bien, prosigamos. Conocemos el arma utilizada, ahora solo queda despejar los otros dos interrogantes donde se apoya cualquier investigación que se precie: móvil y oportunidad. Averígüenlos y habremos dado un paso de gigante en la resolución. Y como ya se pueden imaginar, decreto el secreto de sumario. Exijo hermetismo absoluto, cero filtraciones. Un caso de esta envergadura sería la carnaza perfecta para los medios y no haría más que ponernos trabas y complicarnos la vida. Una pesadilla para nosotros y para los familiares, convendrán conmigo.

Todos se mantuvieron inmóviles.

—Una última cosa antes de marcharme —dijo—. Quiero resultados, y los quiero pronto. El poder tiene poca paciencia y no deseo pasarme el día colgado al teléfono, ya me entienden. Señores, manténganme informado de cualquier avance. Y me refiero hasta del más mínimo, incluyendo los nombres de los sospechosos, por más improbables que les resulten en un principio. Quiero estar al corriente de todo, ¿comprendido? Jefe Singla, ya puede asignar las tareas.

—Juez, las órdenes de registro y de…

—Hable con mi secretario para que empiece a redactarlas. Señorita, ¿tiene usted un momento? —Rebeca se acercó con cara de pocos amigos —. ¿Podría hacerme un favor?

El juez le tendió el móvil y le pidió que le sacara varias fotos en cubierta. Acto seguido, mientras ella sujetaba pasmada el aparato, ordenó a los demás que se apartaran de en medio.

—Que se me vea bien —dijo, sonriente.

—Lo que yo decía, un tocapelotas —comentó Cervera—. Uno espectacular y brutal. Me apuesto algo a que juega al fútbol en sus ratos libres.

—Hablando de capacidad verbal y de fútbol —dijo Sena—, no conocía la habilidad del jefe a la hora de driblar preguntas.

—Poca broma —murmuró Mercader—. Ha mentido a un juez, como yo. Nos va a costar caro si lo averigua.

—De haberle puesto en antecedentes sobre las pruebas contra Malart —intervino Rojo— y de que Márquez lo considera el principal sospechoso, habría firmado *ipso facto* la orden de detención. Y necesitamos tiempo para demostrar su inocencia.

Cervera señaló a Cantero.

—Muchachote —dijo—, tú sordo, mudo y ciego, ¿estamos?

El subteniente dejó escapar el aire de forma sonora.

—Es inútil, ¿no lo veis? Cuando lleguen los informes de Criminalística

se descubrirá el pastel. Si Márquez cumple su palabra, esta noche se le habrá acabado el tiempo a vuestro compañero.

—O mañana viernes a primera hora —dijo Sena—. Lo conocemos, es lento, siempre se retrasa. Disponemos de unas quince horas, lapso más que suficiente para dar con algo.

—¿Por dónde empezamos?

Singla traspasó a toda prisa la cinta balizadora, accedió al yate por la pasarela y llegó al porche de la cubierta principal.

—Maldito juez —masculló—, no ha querido firmarme las órdenes hasta no estar bien acomodado en su puñetero y climatizado coche, como si anduviéramos sobrados de tiempo. Al muy melindres le acojona la humedad.

—Pues que pida el traslado a la meseta —dijo Sena.

—Jefe, ¿se sabe ya cuándo tendremos la reunión en la Central? —quiso saber Rebeca.

—Mañana a las nueve, para ampliar nuestro margen y el de Márquez. —Bajó la cabeza y adoptó su postura habitual, brazos en jarra y ojos clavados en el suelo—. Pero la comisaria Bassa ha insistido en celebrar otra esta noche, dentro de un par de horas. Quiere conocer todos los detalles. —Convirtió su voz en un murmullo—. Todos.

—Nos ha jodido —sentenció Cervera.

—No nos adelantemos —dijo Rojo—. Centrémonos en el quién y el porqué. La venganza es el móvil que tiene más votos, ¿no? Pues abramos una línea hacia el entorno del matrimonio en busca de enemigos, aunque el juez lo considere impensable.

—¿Enemigos? Lo difícil será encontrar amigos.

—Coordinemos los pasos a seguir —dijo Singla.

Sena propuso averiguar el recorrido que hicieron las víctimas antes de embarcar en el *Somerton*, dónde estuvieron, con quiénes hablaron, pero Cervera objetó que entonces necesitarían rastrear sus móviles y aquello requería tiempo.

—O no —dijo Mercader. En las paredes del ático había un plano de Barcelona. Con líneas, aspas y círculos marcados por trazos rojos y negros. Trató de recordar las zonas—. Lo más probable es que acudieran a los bares y pubs más *cool* de la ciudad a tomar una copa después de cenar, ¿no os parece? Yo me decantaría por los de Mandri, el Born y los cercanos al Puerto Olímpico, por el paseo Marítimo. Y de paso, los del hotel Vela.

Sena le dio una palmada a Cantero en el hombro.

—¿Qué, subteniente, te apuntas conmigo a dar un barrido en busca de testigos y cámaras que los pudieran haber grabado?

—Solo si mostramos también la foto de Malart.

—Asignado —murmuró Singla—. ¿Qué más?

—Jefe —dijo Rebeca—, no estaría mal que hablaras con Patrimonio y Fraude para que investiguen sus negocios en busca de trapos sucios. Al

Grupo Corporativo entero. El juez solo nos ha prohibido importunar a las familias con visitas y preguntas, no indagar en sus finanzas. —Miró de soslayo a Cantero—. Y la Guardia Civil no va a colaborar en esto, consideran que es su operación y quieren para sí todas las medallas.

—¿Y en qué fundamentas la petición a Patrimonio y Fraude?

—Sabemos que los ricos, los muy ricos, ocultan secretos. Y más cuando ven amenazados su prestigio y sus privilegios. Solo planteo una búsqueda discreta, nada más. De jefe a jefe.

Singla asintió con un leve cabeceo.

—Rojo, Cervera —dijo a continuación—. Vosotros iréis a registrar el piso de Malart. No, Mercader, no me discutas. —Ella cerró la boca en el acto—. Es algo que habrá que hacer sí o sí y mejor que seamos nosotros quienes lo llevemos a cabo.

—A la orden —dijo Cervera—. Pero antes me gustaría ir al muelle de Capitanía por lo del punto ciego. Quiero averiguar qué coño pasa con esas dos cámaras.

—Bien pensado —aceptó Singla—. Y ya que estáis ahí, registrad el Evoque blanco de las víctimas. ¿Alguna cosa más?

—Yo visitaré a la madre de Candela Cuadrado —dijo Rebeca—. Dudo que tenga algo que ver, pero nunca se sabe. Le preguntaré por los amigos de su hija. Solo por tirar la caña, a ver si pesco algo. Además, creo que debemos ser nosotros quienes la informemos de lo del matrimonio. Es lo que haría Malart.

—Fijo que va a pegar saltos de alegría —dijo Cervera.

Mercader hizo una mueca.

—Sí, será una fiesta y luego tendré que acudir al psicólogo.

—Tómale declaración, no se hable más —dijo Singla.

—Otra cosa —agregó ella—. Hoy no habrá tiempo, pero alguno debería ir a Brians 2 para hablar con Amedé Agbini. Es el único que pringó por el caso Gotha. Ahora que esos dos se han ido al otro barrio tal vez se anime a soltar la lengua.

—Mañana viernes, sin falta —dijo Singla—. Irás con Cantero. ¿Algún problema, subteniente?

—Ninguno, inspector jefe. Estoy ansioso por ver en acción a la subinspectora en un interrogatorio.

—Todos de acuerdo, entonces. —Levantó la cabeza y, antes de proseguir, recorrió muy despacio sus rostros—. Partimos de la base de que Malart es inocente. La única manera de exculparlo es dar con el verdadero asesino, el segundo intruso a bordo. Alguien enfurecido, con mucha ira interior. Debemos averiguar su identidad, y desmontar uno por uno los hechos de Márquez. Pero os advierto: tenemos que permanecer juntos, como un bloque. Si la comisaria Bassa se huele alguna treta, o descubre una brecha, se nos tirará a la yugular y tendremos problemas, verdaderos problemas. Por no mencionar al juez. Os lo pregunto por última vez. ¿Estamos absolutamente convencidos de

que no ha sido el autor? ¿De que no ha podido ser el autor?

Todos asintieron en el acto. Menos Cantero.

—¿Subteniente? —preguntó Singla.

—Yo no lo tengo tan claro —admitió—. Pero creo en la presunción de inocencia y he detectado varias lagunas en el relato de Márquez. Es lo máximo que puedo decir de momento.

—Con eso me basta por ahora. —Se dirigió a los demás—: Arreglad este entuerto, es una orden. Me voy a la Central.

Nada más pisar Singla el muelle, Mercader se volvió hacia Cantero hecha un basilisco.

—¿Tú nunca te mojas? —soltó.

—Quizá teme que se le encoja el uniforme —dijo Cervera.

—Macho —dijo Sena—, si vas a venir conmigo más vale que espabiles pronto.

Rebeca sacó el móvil, pulsó el contacto de Malart y puso el teléfono en manos libres. Escucharon la voz femenina recitando el mensaje habitual. Colgó antes de que finalizara.

—Lleva así unas doce horas, desde no sé cuándo —dijo—. Y esto no es normal. ¿Me oyes? Algo grave le ha ocurrido. Intuyo lo mismo que los demás: no solo que es inocente, sino que ha sido víctima del segundo intruso. —Cantero hizo un gesto de desdén y ella reaccionó con ferocidad—. No te atrevas a burlarte de la intuición, es clave en este trabajo y puede ser tan válida como una ecuación matemática.

—Su desaparición puede ser voluntaria —repuso, sin inmutarse—. Primero comete el doble asesinato, luego se larga en la lancha auxiliar y por último se esfuma. Es una posibilidad.

—Y un cuerno. Fue testigo del crimen en el *Somerton* y el asesino lo tiró al agua, a ver si te enteras de una vez.

—Dos versiones, y las dos basadas en supuestos.

—Que te den, lo tuyo no es la investigación criminal.

Rojo carraspeó un par de veces.

—¿Qué tal si nos ponemos a trabajar? —dijo.

Comenzaron a desfilar en silencio por la pasarela mientras ella se rezagaba a posta para quedarse unos instantes a solas en cubierta. Le llegó la voz de Cervera desde el muelle.

—Sigo diciendo que *Somerton* me parece un nombre de lo más raro para un yate de lujo.

—Colega, tendrías que ver más a Kubrick —aconsejó Rojo.

Rebeca aguardó hasta que los perdió de vista. De súbito, se sintió agotada. Demasiadas emociones, pruebas, datos. Y una incógnita. Sabía que la intuición se apoyaba en infinidad de registros del inconsciente, los cuales eran procesados por el cerebro hasta dar un resultado por asociación. Pero también que estaban influidos por la afectividad. El vínculo que la unía a Malart era intenso, y tal vez falseaba sus impresiones. Sin embargo, necesitaba confiar en el cúmulo de

percepciones sensoriales, aquellas variables ni arbitrarias ni fortuitas, para que la tranquilizaran sobre su estado. Quería creer con toda su alma que seguía con vida. No podía ser de otra manera. La alternativa le resultaba inconcebible. Pero, entonces, ¿por qué sentía aquella opresión en el pecho? Insufló aire en los pulmones e intentó vaciar la mente de todo pensamiento, relajarse. Al rato, desvió la mirada hacia el mar. Era como contemplar una habitación acolchada y dio media vuelta, bajó hasta la plataforma y, de un salto, aterrizó en el muelle. Saludó a los dos agentes de la Benemérita que custodiaban el yate, les deseó buena guardia, y se encaminó hacia el aparcamiento sin apresurarse. Ya en el coche, dio al contacto y encendió las luces. Al cabo de unos minutos, apoyó la cabeza en el volante y cerró los ojos.

—¿Qué te ha pasado, Malart? —musitó—. ¿Estás vivo?

13

No estaba muerto. O al menos, eso creía a juzgar por el incesante martilleo entre las sienes, unido al pinchazo que le atravesaba el cerebro de parte a parte. La jaqueca era monumental, insufrible. Como la sequedad de garganta. Igual que si fuera papel de lija. Cada vez que trataba de tragar saliva era un suplicio. Beber, necesitaba beber algo. Agua. Hizo el intento de incorporarse. Imposible. La flojera se había adueñado de su cuerpo y no le respondía, como si ya no le perteneciera. Permaneció en postura horizontal, tuvo la impresión. Aplastado, desfallecido. Y húmedo. De eso estaba seguro, lo sentía en la piel, la ropa. Le vino a la memoria un fogonazo. El mar. De noche. Había flotado inerte a merced de las olas. Indefenso. Sin poder moverse. Hasta que se hundió. Porque se había hundido, ¿no era así? Juraría haber tocado el fondo, envuelto en oscuridad. Sin oponer resistencia. Casi de forma placentera. ¿Entonces? Quiso abrir los ojos. Pero no pudo. Parecía tenerlos pegados con cola. Se preguntó por qué no se alteraba, a qué se debía que se tomara todo aquello con tanta calma. De haber podido, se hubiera encogido de hombros. Ya daría con la explicación en otro momento. Al fin y al cabo, todo podía ser un sueño. O una pesadilla. O ni una cosa ni la otra. Su mente ya le había hecho otras jugarretas por el estilo, no sería la primera vez. Abotargado, creyó oír no muy lejos unos ruidos secos, similares a un tecleo. Pero también podía ser otra ilusión de los sentidos, nada más. Probó con el último y olfateó el aire. Olía a polvo, a escombros. El cosquilleo en la nariz le provocó un estornudo. Y con la sacudida, el dolor le hizo emitir un gemido y le permitió abrir ligeramente los párpados.

Un niño con cascos en las orejas y un portátil sobre las piernas estaba sentado en un sillón desvencijado, la vista clavada en la pantalla. Del techo colgaba una bombilla desnuda y, a la escasa iluminación, vio que la habitación amenazaba ruina, apuntalada por varios soportes oxidados. Los desconchados de las paredes, en el cielorraso. El suelo lleno de cascotes. Sin ventanas.

—Estás a salvo —desvarió Malart, la voz estropajosa—. Ya no pueden hacerte daño.

A continuación, exhausto, cerró los ojos.

Volvía a sumirse en el sopor cuando alguien le sacudió por el hombro

con insistencia.

—Chala —dijo una voz infantil—. Despierta, Chala.

—Subinspectora —dijo la sargento Humbert—, ¿te parece que comencemos por la información que hemos recopilado de los sujetos? Es básica para entender luego sus perfiles.

—Adelante, pero solo los datos principales —dijo Mercader—. La reunión con Bassa es dentro de cuarenta minutos.

Carlota asintió mientras seleccionaba unas hojas. Estaban apiñados en la sala de visionado de la Comisaría Central, con las pantallas apagadas y la puerta cerrada. A los pies de Crespo se hallaba la caja con el contenido que habían despegado de las paredes del ático y, por su lenguaje corporal, Rebeca adivinó que se sentía inquieto, nervioso por la situación.

—Toni, tranquilo —dijo—. No hacemos nada ilegal.

—Tengo la sensación de estar actuando a espaldas del Grupo, como unos conspiradores.

—Ves demasiadas películas. Humbert, empieza.

—Ivo Parés, treinta y seis años, hijo único, heredero de Parés Pharma, origen del Grupo Corporativo TAMM. Estudió en ESADE, dos másteres, habla varios idiomas. Laura, tu turno.

La sargento Corominas se aclaró la garganta.

—Mónica Morera, treinta y ocho años, tres hermanos varones, descendiente de una de las familias con más pedigrí de Cataluña. Además de intereses económicos en múltiples sectores, poseen importantes conexiones políticas. Estudió Psicología en Nueva York, nunca ha ejercido. —Alzó la vista de los papeles y consultó con Humbert, quien le hizo un gesto para que continuara—. Ambos vivían en un lujoso ático dúplex en Rambla de Catalunya con Provença, un edificio propiedad de los Morera. Casados. Sin hijos. Adictos a la cocaína y otras drogas. Se conocieron en una clínica de desintoxicación en California. El flechazo fue instantáneo y la boda fue por todo lo alto.

—Aficionados a dar fiestas —prosiguió Humbert—, pero solo con invitados VIP. Su sello era el derroche. Habituales en los lugares más de moda. No se perdían un sarao de los exclusivos ni aquí ni en el extranjero. Muy conocidos en los círculos privados de la alta sociedad barcelonesa. Benefactores de muchas fundaciones y causas humanitarias. Casas en Formentera, Londres, Gstaad y villa en Barbados. Después del escándalo del caso Gotha no han vuelto a salir en los medios, salvo por un accidente de circulación que tuvieron en agosto. Circulaban ciegos y borrachos tras una fiesta en la parte alta y se estrellaron contra un autobús en el cruce de Balmes con Diagonal. Varios heridos, un par de gravedad, pero ellos salieron ilesos. Las familias movieron hilos y el suceso fue tapado, pero no pudieron evitar

que apareciera en redes sociales. Un reportero *freelance* estaba allí por azar y filmó imágenes que luego subió a internet.

—Ya veo —dijo Rebeca—, la vida de dos pijos ricos y ociosos, los parásitos habituales. Avancemos.

—Te equivocas —repuso Corominas—. Poco después de contraer matrimonio, decidieron sentar la cabeza y se metieron de lleno en los negocios de sus respectivas familias.

—¿Consideras sentar la cabeza a cometer un crimen y estampar ciegos el coche contra un autobús?

La sargento Corominas adoptó una expresión neutra.

—Me refiero a que dieron un rumbo a sus vidas —dijo—. Él creó IMI, una empresa dedicada a la adquisición de concesiones para explotar bolsas de agua, manantiales y captaciones subterráneas con equipos de búsqueda por todo el planeta, suponemos que para especular tras obtener los derechos de explotación. Y ella, a su vez, montó una sociedad de inversión inmobiliaria, MIES, con participación en fondos buitre internacionales por medio mundo.

—Cada uno es socio paritario de la empresa del otro —señaló Humbert—, y el éxito les acompañó. Se codeaban con la jet-set y con miembros de la realeza europea.

—¿Y a eso le llamas tú «tener éxito»?

—No, a que sus fortunas eran más que considerables.

Mercader encajó el golpe con disimulo.

—Vale, concedido —dijo—. Todo esto está muy bien, pero no oigo nada que me ayude a entender por qué se convirtieron en unos dementes morales.

Carlota y Laura cruzaron una mirada de extrañeza.

—Disculpa, subinspectora —dijo Humbert—, ese término no nos parece apropiado. La psicología no entra en disquisiciones sobre la moralidad, eso corresponde a otras disciplinas.

—Me la repanfinfla dónde entre o no entre la puñetera psicología —espetó—. Si hablo de moral es porque define el comportamiento humano en cuanto al bien y el mal. ¿Me equivoco?

—No, pero de eso se ocupa la filosofía y…

—Y si digo dementes —continuó Rebeca— es porque estaban faltos de juicio, ¿o no? Lo que quiero averiguar es el origen de su pulsión asesina, así que no os pongáis exquisitas conmigo.

—Subinspectora —dijo Crespo—, estás siendo injusta.

—Y una leche soy injusta —replicó—. Hace unas horas he visto en el yate de esos dos cabrones unos plásticos verdes de tamaño industrial. ¿Y sabes qué más? Cadenas, anclas, grilletes náuticos…, un material idéntico al que fue utilizado con la pareja belga de novios.

El sargento Crespo enarcó las cejas.

—¿La Científica lo ha embolsado todo para procesarlo?

—¿Bromeas? ¿No eras tú quien hablaba de mantener la boca cerrada

para evitar que Bassa la emprenda con nosotros? No, Toni, no he soltado prenda y me he mordido la lengua hasta hacerme sangre. Fueron esos dos, ¿lo pillas? Y si Malart tiene razón, también asesinaron a cuatro jóvenes por media Europa. —Señaló el suelo, a sus pies—. Ahí tienes todo lo que recopiló desde mayo. Siete víctimas, ¡siete! ¿Y dices que soy injusta? ¿Todo porque me niego a entrar en puntualizaciones verbales? Sargentos, no me toquéis los ovarios y contadme de una vez los perfiles que habéis trazado de esas dos alimañas, siempre y cuando este no os resulte un término inadecuado, claro está.

Crespo, Humbert y Corominas la miraron enmudecidos.

—¿Qué pasa?, ¿tengo monos en la cara? —dijo Mercader—. Espabilad, joder, que nos coge el toro.

—En nuestra opinión, hasta anoche eran el resultado de lo que vivieron, lo que sintieron, lo que no vivieron y lo que no sintieron —dijo Corominas—. En definitiva, lo que experimentaron en la infancia y que les marcó a fuego.

—Como cualquier hijo de vecino —gruñó Rebeca—. Sigue.

—Sus vidas transcurrieron de forma paralela. Él, hijo único, y ella, única hija de cuatro hermanos. Crecieron aislados. Eran los diferentes. Ricos, pero en casa estaban solos. Los padres, trabajando; las madres, en sus cosas. Al cuidado de niñeras y tutores. Poco amor, mucha disciplina. Sin apoyos emocionales cuando los necesitaban. Presumiblemente, los dos sometidos a una educación severa con un discurso peculiar: ser el mejor, no amedrentarse ante nadie, haz siempre tu voluntad, nunca muestres debilidad, si quieres algo cógelo, estás por encima de los demás, todo el mundo tiene un precio, puedes comprar lo que se te antoje… Se les inculcó que ser blando, como por ejemplo tratar de forma amable al servicio, era cosa de perdedores.

—Voy a echarme a llorar —dijo Mercader—. El tópico de los pobres niños ricos. ¿Eso es todo lo que habéis concluido?

—Los tópicos son reales precisamente porque ocurren con frecuencia, subinspectora. Y si lo que decimos te parece banal es porque te lo exponemos de modo sinóptico, para ahorrar tiempo.

—Continúa.

—Durante la época clave para la formación de la identidad, fueron educados para heredar el liderazgo, ocupar la cima del poder, el nivel donde no hay consecuencias. Para poseer, no para compartir. Para ser fuertes, implacables, despiadados. En comparación con el resto de los mortales, y desde un punto de vista social, se les imprimió un rol inhumano. Y hasta anoche es lo que fueron: dos personas insensibles, emocionalmente planas, duras. Con complejo ante la autoridad. De ahí su necesidad de transgredir, de convertirse en las ovejas negras de cada familia. Primero con escándalos más o menos inocentes, luego con las

drogas y por último con la violencia. Y entonces se conocieron.

—Y todo cambió —dijo Humbert—. Hasta ese momento sus vidas oscilaban entre la disfuncionalidad y el disimulo, para aparentar. La mentira era su hábitat, la manipulación. Fríos, calculadores. Y a causa de su sempiterna soledad, eran infelices. O sea, vulnerables. El flechazo en la clínica de rehabilitación fue fulminante, una revelación, como una epifanía. Encajaban como un guante. De inmediato presintieron en lo que podían llegar a convertirse juntos. La atracción fue máxima. Aún no habían descubierto su parte más oscura, pero ambos supieron al instante que existía en el otro. Su afinidad provino de lo que en la calle se conoce como síndrome de Bonnie y Clyde, aunque nosotras preferimos emplear el término de psicología forense: hibristofilia.

—Atracción sexual por alguien que ha cometido algún delito —aclaró Corominas—. O que tiene propensión a hacerlo, incluido cualquier tipo de crímenes. Una persona peligrosa.

—Y ella tuvo que reconocerlo enseguida por sus estudios de psicología —dijo Humbert—. De ahí que ambos se sintieran irremediablemente cautivados: Mónica por un hombre que podía ser peligroso, Ivo por una mujer con el mismo perfil.

—Entendido —dijo Mercader—. ¿Y el vínculo?

—Era más fuerte que la sangre. Juntos conformaban una sola mente en pos de un mismo objetivo. Si por separado ya tenían poder, al formar equipo este se disparaba hasta cotas inimaginables. Los volvía invencibles, capaces de cualquier cosa. La sensación de no estar solos, la de poder compartirlo todo por primera vez en su vida, los hizo sentirse dioses. Por fin ambos pudieron satisfacer la necesidad humana de «ser de alguien», de pertenencia. Y ese «alguien» era el otro.

—Como cualquier pareja —comentó Rebeca.

—En efecto, pero con una salvedad. Lo que los diferenciaba de los demás, lo que los unía y potenciaba, era el mundo oculto que, por el momento, intuían palpitar en el otro. La misma pulsión narcisista de creerse por encima del bien y del mal, el ansia de actuar sin coerciones morales.

—Un mundo que descubrieron cuando asesinaron a Candela Cuadrado —dijo Rebeca—, abriéndoles un horizonte ilimitado.

—Exacto —confirmó Corominas—. Y que por la información recabada por el inspector Malart, desveló sus rasgos de depredadores, dando inicio al desenfreno total, insaciables.

—Una víctima cada diez días.

—Algo que cuadra con su personalidad adictiva —indicó Humbert—. Siempre querían más. De todo.

El sargento Crespo carraspeó, incómodo.

—Todavía no está demostrado —dijo—, por ahora solo son desapariciones de cuatro jóvenes en verano y…

—Corta el rollo, Toni —interrumpió Mercader—. Lo mismo decían de

la pareja belga de novios y ya ves. Esos dos sabían cubrirse las espaldas, actuar de manera que no pudieran acusarlos. Pero eran dos depredadores como la copa de un pino.

—El poder del lobo reside en la manada —dijo Corominas—. En este caso, en la pareja. Su vínculo estaba cimentado en las respectivas oscuridades de la sociedad que formaban. Y al no tener hijos, en su alianza. Nunca les ocurriría nada si permanecían juntos, siempre se saldrían con la suya. Como así fue.

—Hasta ahora —dijo Rebeca.

—Si Laura ha empleado el término «sociedad» no ha sido por casualidad —especificó Humbert—. Entre ellos no había un amor convencional, sino algo más fuerte. Una complicidad que los situaba en un plano superior. Las personas con estos rasgos no se aman, se alían. En los negocios, y en su mundo oculto. La disposición emocional del uno hacia el otro surgió al constatar que obtenían más beneficios juntos que por separado. Siendo así, es lógico suponer que el concepto «amor» les resultara risible, propio de blandos y débiles, tal y como les inculcaron desde pequeños. Lo suyo era constituir una sociedad sin cabida para el corazón, esa máquina que solo sirve para bombear sangre.

—Y según vosotras, ¿quién dominaba a quién?

Carlota y Laura se miraron.

—En esto discrepamos —dijo Corominas—. En mi opinión, los dos eran dominantes. Al mismo nivel, de tú a tú. Ambos escogían a la víctima, acordaban el plan a seguir, negociaban la caza. A mi entender, se repartían los roles a su conveniencia.

—¿Y según el tuyo?

—Yo lo veo distinto —dijo Humbert—. Para mí, ella era la dominante y él, el dependiente. Pero todo es muy sutil. Me explico. Lo clásico es la pugna entre dos poderes opuestos, el sexual femenino y el económico masculino. Sin embargo, aquí hay un poder económico a la par. O sea, no es un factor determinante. Y dado que ella no era una mujer, digamos, de bandera, y viendo que él tampoco destacaba por su físico, también dudo que lo fuera el poder sexual. ¿Entonces? Como ya hemos dejado claro, ambos se sentían atraídos por sus perfiles oscuros, pongamos que de igual a igual. Ivo emanaba un poder que lo hacía muy especial y otro tanto ocurría con ella. Los dos eran el cómplice ideal. Un espejo. Es decir, un útil para dar rienda suelta a sus pasiones. ¿Qué factor podía decantar la balanza? El tópico de la fuerza masculina y la inteligencia femenina. O lo que es lo mismo, la forma de emplear ese espejo. Y es indiscutible la superioridad de la cabeza sobre el músculo. Por esta razón me inclino a pensar que ella era la dominante, aunque solo un grado por encima. Pero ya digo, todo esto es muy tenue, sin argumentos de peso. En ese matrimonio nada se ajustaba a lo clásico.

Rebeca se giró hacia Crespo y señaló a Carlota con un gesto.

—Joder con Humbert —dijo—, tiene más peligro que un tiroteo en un

ascensor. —Le dio el móvil—. Toni, haz algo mientras tanto. Descarga las filmaciones de las cámaras del muelle en uno de los ordenadores. Quiero estudiarlas a fondo más tarde.

—¿También las fotos que has tomado del ático de Malart?

Ella asintió. Luego, se volvió a Corominas.

—Sargento, has dicho que ambos elegían a la víctima. Chicos, chicas, ¿de manera indistinta? Cuéntame tu teoría.

—La nuestra —matizó—. Los dos se aprovechaban de un hábito social muy común: la fascinación por la riqueza. Ante hombres acaudalados, con habilidad para mostrarse encantadores, hay chicas que reaccionan hechizadas y cohibidas, con mansedumbre. Y lo mismo sucede con chicos ante mujeres poderosas con la misma destreza a la hora de interpretar un papel.

—Aquí deberíamos hablar de otro rasgo clave —dijo Humbert—. Los dos eran muy competitivos, necesitaban ganar, destacar… Frente a los demás, con sus fiestas y posesiones; siempre tenían que ser las mejores, las más opulentas. Y entre ellos, a ver quién superaba el plan más audaz y temerario. El riesgo los excitaba, era otro aliciente más. Como lo prohibido.

—Todo enfocado a satisfacer sus deseos —agregó Corominas—. Ahora los de él, ahora los de ella. Por turnos, según el capricho que se les antojara. De ahí que les diera igual el género. Ambos disfrutaban con el placer del otro.

—Pero su objetivo no era el sexo —dijo Humbert—, sino alcanzar el clímax del poder. La víctima era suya, de su propiedad. Podían hacerle lo que quisieran. Nos figuramos que también rivalizaban en ver a quién se le ocurría la idea más vejatoria, la más cruel. Pero esto solo es una conjetura. Otra más.

Las sargentos guardaron silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó Mercader.

—¿Te parece poco? —dijo Crespo—. Han trabajado toda la tarde con la información de Malart, encerradas en esta sala, haciendo búsquedas por la red sin…

—Toni, no te embales. Solo quería saber si habían terminado. Por cierto, ¿has revisado el plano de la ciudad marcado con líneas y aspas por Malart? —Crespo asintió—. ¿Has sacado alguna conclusión?

—Una —dijo—. Que corresponden a sus rutas de fiesta, los itinerarios de caza. Pero son tantos y tan dispersos que no hay pauta geográfica. Si te paras a pensarlo, tiene su lógica. No iban a repetir el mismo escenario, hubiera resultado llamativo.

—¿Nada más? —Negó con un cabeceo—. Bien, guarda la caja en esta sala, debajo de una de las mesas. Volveré luego para leer todos los papeles, cuando tenga un momento.

Se levantó con cansancio.

—Ya me hago una idea de sus perfiles. —Se dirigió hacia la puerta.

Antes de abrirla, se detuvo—: Una última cuestión. Según vosotras, ¿Ivo Parés sería capaz de poner en peligro al Grupo Corporativo por sus intereses personales?

—Sin duda —dijo Corominas—. Así es como fue educado. Haz siempre tu voluntad, si quieres algo cógelo, estás por encima de los demás… Lo modelaron para ser implacable, despiadado, frío, calculador. Una figura que, sin saberlo, podría muy bien volverse en su contra.

—Estoy de acuerdo —dijo Humbert—. Además, una de las razones de su alianza fue la de desmarcarse del resto. No olvidemos que cada uno creó su propia empresa. Si a esto le sumamos una personalidad averiada, probablemente obsesiva y vengativa, otro factor que los uniría sería el desprecio, por no decir odio, hacia sus respectivas familias, tan posesivas, controladoras y tiranas con ellos durante su infancia al no permitirles la más mínima debilidad o flaqueza.

—Liberarse un día del yugo familiar podría ser incluso un aliciente, un sueño —agregó Corominas.

—Pero sus empresas forman parte de la Corporación —dijo Mercader —, y él es el heredero de la farmacéutica.

—¿Nunca has oído la expresión «devorar a sus hijos»? Según la mitología, Saturno lo hizo por temor a ser destronado por uno de ellos. Aquí sería al revés. Un hijo destruyendo a sus padres, pero por rencor. Los fuertes hacen lo que quieren. No, no creo que le supusiera ningún problema. Lo veo muy capaz.

Rebeca se quedó inmóvil, como abstraída.

—¿En qué piensas? —quiso saber Crespo.

—En el poder. Es cobarde. Porque teme perderlo.

14

Fue a tomar asiento en la silla más alejada del atril mientras Cantero no se perdía ninguno de sus movimientos. Los demás miembros del Grupo ocupaban las de delante. Debido a la rigidez de las espaldas, y a las miradas esquivas que encontró a su paso, dedujo que las tareas asignadas no habían dado los frutos esperados. Temiendo malas noticias, cruzó las piernas y empezó a sacudir el pie de forma inconsciente.

La comisaria Bassa irrumpió en la sala seguida por Singla. Con gesto airado, fue directa hasta el atril y aguardó a que el inspector jefe cerrara la puerta y se situara a su lado.

—Inspectores, subinspectora —dijo, la voz tensa—, ¿alguno tendría la bondad de explicarme por qué no se me ha puesto al corriente de las pruebas e indicios hallados en el *Somerton*?

Todos guardaron silencio.

—¿Inspector jefe?

Singla puso los brazos en jarra y clavó la mirada en el suelo.

—Comisaria —dijo—, a la espera de los informes definitivos de Criminalística y de Medicina Legal, nuestra intención era poner ahora mismo sobre la mesa los resultados de la investigación que hemos iniciado. Cosa que, con tu permiso, vamos a hacer de inmediato.

Bassa soltó un manotazo sobre el atril.

—Malart vigilaba a las víctimas —dijo, colérica—. Los dos cuerpos tenían sus esposas en las muñecas. Y para colmo, sus huellas también están en la jeringuilla. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Concluimos que no era relevante para el caso.

La comisaria dilató los ojos.

—¿Cómo dices?

—Creemos que todo puede deberse a las circunstancias, que no es lo que parece a simple vista. Por tanto, decidimos no considerarlo de momento y centrarnos en la dirección correcta.

—Creer no es lo mismo que saber —replicó, cortante—. Y nuestra obligación es avanzar con pruebas, no con corazonadas. A mi juicio, son hechos lo suficientemente graves como para abrir una investigación a Malart por ser el sospechoso número uno. Su coche estaba aparcado en el muelle, las cámaras lo grabaron subiendo a bordo, sus huellas y pisadas están por todo el yate y era de sobra conocida su obcecación por

ese matrimonio. ¿Te imaginas si todo esto sale a la luz? ¿La posición en la que quedaría el GEHME? Nos tacharían de incompetentes, de trato de favor. Inspector jefe, has cometido un error imperdonable.

—Comisaria, si oyes galopar, ¿en qué piensas? —intervino Mercader —. Apuesto que en caballos, es lo primero que a uno le viene a la cabeza. Bien, pues nosotros pensamos en cebras.

—Déjate de jueguecitos, subinspectora. Malart está metido hasta las cejas en el doble crimen, no cabe ninguna duda. Y te guste o no te guste, no vamos a escurrir el bulto.

—Hubo un segundo intruso a bordo del *Somerton*.

—¿Algo que respalde tu afirmación?

—Sí, Malart. No sería tan chapucero. Ha sido incriminado.

—¿Por quién?

—Por el verdadero asesino.

—¿El mismo que dejó las huellas de Malart y les puso sus esposas? ¿Me explicas cómo se las ingenió para hacerlo?

—La pregunta correcta es por qué ahora, comisaria. Si estaba tan obsesionado con esos dos, ¿por qué acabó con ellos anoche de madrugada y no en septiembre, por ejemplo, cuando estaba fuera de sí tras declinar Jefatura investigarlos a fondo por la desaparición de la pareja belga de novios?

—Me imagino que ya contemplas una hipótesis.

—La investigación que realizó por su cuenta le condujo a ese yate y logró obtener pruebas contra Ivo Parés y Mónica Morera.

Bassa se cruzó de brazos.

—Muy bien, ¿y entonces dónde se ha metido? ¿Por qué no aparece con esas pruebas?

—Porque lo tiraron al mar.

—¿Antes o después de ser asesinados?

—Pudo lanzarlo el otro sujeto a bordo.

—¿Y qué te hace suponer eso, subinspectora?

—Mi instinto.

La comisaria jefe cabeceó, incrédula.

—Me parece estar oyendo a Malart —dijo—. Sus palabras exactas y su actitud. La dichosa intuición. Me decepcionas, Mercader. Pensaba que tú sí tenías la cabeza sobre los hombros.

—Nadie es perfecto.

—Te aconsejo que no sigas el mismo camino que él, solo te llevará a callejones sin salida, a una conducta errática.

—¿Comisaria jefe?

—No sería la primera vez que Malart cruza la línea roja. Su historial de irregularidades es más largo que un día sin pan.

—Si te refieres a los lápices de memoria que se esfumaron durante el caso Jaque, quedó demostrado que él no…

—Me refiero a su obstinación en mantener la vigilancia del

matrimonio pese a las órdenes de Jefatura, a las insubordinaciones que en el pasado le costaron varias suspensiones y a la última, que le acarreó unas vacaciones forzadas. A eso me refiero.

—Y sin embargo, continúa en el GEHME. ¿Tal vez por su alto índice de casos cerrados?

—Aquí trabajamos en equipo, no hay individualismos.

—Sí, claro —ironizó—. Malart nunca va por libre.

—Subinspectora, no me pongas a prueba —dijo, la voz gélida—. Sois compañeros y tu lealtad es encomiable, pero debes decidir en este instante con quién estás. Con él, o con nosotros.

—Ignoraba que hubiera alguna diferencia. Mi lealtad está donde tiene que estar. Con el Grupo.

—Pues deja de protegerlo y acepta las evidencias.

—Con el debido respeto, comisaria, ¿qué evidencias?

—Malart está fuera de control. Todo indica que ha huido.

Rebeca abrió la boca para protestar.

—Basta, subinspectora —atajó Bassa—. Maldita sea, esto no es una conversación. Cometes el mismo error que Malart, estás convirtiendo el caso en algo personal.

Mercader se levantó de un salto.

—¿Qué caso? ¿Su desaparición o el doble crimen?

—¡Aquí solo hay un caso!

—¡Y un copón! ¡El inspector Malart ha desaparecido!

—Nadie lo ha denunciado —silabeó—. Y si no hay denuncia, no ha pasado. Olvídalo, no pienso darle trato preferencial.

—Comisaria, no me puedo creer que no estés preocupada. Es uno de tus hombres. Deberíamos tratar esto como una desaparición crítica. Algo le ha ocurrido, y puede estar en peligro de muerte. Piensa, por lo que más quieras. Si no le ha pasado nada, se habría puesto en contacto conmigo. Estoy segura. Y si no lo ha hecho es porque le ha sucedido algo grave. ¡Es de lógica!

—Malart no siempre actúa con lógica.

Rebeca iba a arremeter de nuevo, pero Rojo la detuvo.

—Déjalo, Mercader —dijo. Y dolido, añadió—: La comisaria tiene razón. Venimos de registrar su piso y hemos descubierto que ha hecho la maleta y se ha largado. Sí, lo que oyes.

Recuperó la consciencia muy despacio. Supo distinguirlo porque le vinieron vagos recuerdos, imágenes difuminadas, inconexas, todas flotando en una nebulosa, la mente envuelta en una densa niebla. Una mujer con el rostro borroso. Arrodillada ante la bañera. Ahogando a un bebé de pocos meses. El delantal rojo y azul. Un camión en medio del océano. El rugido del motor que se alejaba. La esbelta patinadora señalando hacia abajo con el pulgar. Menuda. Ambigua. El pelo como un

chico. El flequillo mal cortado. Despidiéndose con la mano. Su madre. Curando las heridas con dulzura. Delantal azul y rojo. En sus brazos. A salvo. Los picotazos de las medusas. Una y otra y otra vez. Ivo Parés y Mónica Morera en el suelo. Sin rastro ya de petulancia. Espantados. Sabían qué ocurriría acto seguido. Que iba a pararles los pies. De forma definitiva. La satisfacción. La paz que lo inundó. La promesa del descanso. Dormir. ¿Dormir? Tuvo la impresión de haber estado durmiendo durante una eternidad.

Abrió poco a poco los ojos.

Los desconchados del techo. La bombilla desnuda colgando. El olor a escombros, rancio. Sin ventilación. No tenía la menor idea de dónde estaba ni de cómo había llegado allí. Tomó aire con cuidado, lentamente. El dolor en las sienes se había calmado y ya no sentía el pinchazo atravesarle la cabeza. Pero la migraña persistía. Inspiró de nuevo, en esta ocasión con hondura. Se notaba demasiado débil y no trató de incorporarse. Cada cosa a su tiempo. Primero tenía que recordar qué había pasado, reconstruir lo sucedido.

Cerró los ojos.

El muelle. Sentado en el coche, vigilando el yate. Salió a la carrera y subió a bordo. Una vez en la sala, decidió esconderse. Unos motores, la lancha auxiliar. El arcón blanco. Percibió que el barco zarpaba. ¿Qué hizo entonces? La neblina volvió a cubrir su cerebro como un manto. Aturdido, intentó definir sus pasos a continuación. Una cocina, risas, la voz de Ivo Parés, la de Mónica Morera. Excitados. Esnifando. El ruido de copas al ser entrechocadas. ¿Qué más? Le resultó imposible concretarlo. Los siguientes hechos se habían desvanecido, los contornos borrados por un espeso vaho. Solo recordaba un afilado dolor en la ingle, y otro más intenso en el hombro derecho. Alzó el brazo con dificultad y descubrió señales de ataduras en la muñeca. En carne viva, sangrante, las heridas ya cicatrizadas. Levantó el otro sin esfuerzo. La muñeca limpia, sin laceraciones. De pronto, le asaltó la imagen de un paisaje postapocalíptico. Como en las películas de distopías. Delante del mar, en la playa. Un panorama como el de *Blade Runner* o algo parecido. De rodillas, gateando. En un estado absoluto de indefensión y extravío. Hasta que su cara impactó contra la arena.

Confundido, dejó de intentarlo. Demasiadas lagunas. Y pocos hechos. Sed. Una sed acuciante. Como la urgencia de tomar algo que le disipara de un plumazo las brumas de la cabeza.

Alguien volvió a sacudirlo por el hombro dolorido.

—Despierta, madero de los cojones —dijo un hombre de ojos claros y pelo cano a cepillo. Malart creyó reconocerlo, pero no atinaba a saber de qué—. La puta, que esto no es un hotel.

Milo se retrepó con dificultad en el camastro.

—Farlopa. Necesito… farlopa —dijo, la voz rota—. Y agua.

—¿De qué coño vas? ¿Te has vuelto un drogota?

—O anfetas, meta…, lo que sea. Y agua…, mucha agua.

El niño de los cascos, que seguía sentado en el sillón con el portátil sobre las rodillas, soltó una carcajada.

—El Chala los tiene bien puestos, ¿eh, Goran? —dijo—. Cree que esto es un narcopiso.

—La madre que lo parió. ¿Tienes pasta?

—¿Goran? —Se sobresaltó—. ¿Goran Juric? ¿Qué hace aquí… el jefe… del clan de… Mostar?

—Es mi casa, una de mis casas. —Apretó los puños—. Y quiero saber qué haces tú aquí.

—Yo…, ni idea —dijo Milo, la garganta rasgada—. Si no bebo… agua pronto, voy a… a escupir sangre.

El gigante con rostro tallado en piedra le hizo un gesto al niño y este, con una mueca de fastidio, se sacó los cascos, dejó el portátil en el sillón y se dirigió hacia la puerta.

—Chaval —dijo Milo—, agua y… café. Mejor… café. Bien… cargado. Con azúcar… mucho azúcar.

El niño aguardó las instrucciones de Goran, quien asintió.

—El famoso inspector Malart de la judicial de los Mossos —dijo a continuación—. ¿Has venido a detenerme?

—No sé… de qué hablas —graznó—. Soy… inocente.

—¿Cómo que ha hecho la maleta y se ha largado?

Cervera explicó que no habían hallado sus útiles de higiene en el baño, que la mitad de los colgadores del armario estaban vacíos, al igual que algunos cajones, y que tampoco habían encontrado ninguna maleta.

—Todo estaba revuelto, Mercader. Como si hubiera preparado el equipaje a toda prisa para irse de forma precipitada.

—¿Había algo sobre la mesilla de noche?

—Sí, un libro —respondió Rojo—. ¿Por qué?

Rebeca cruzó la sala con el móvil en la mano hasta llegar al atril. Mostró a Bassa y a Singla las fotos que había tomado del ático a media mañana.

—Mirad la fecha y la hora —dijo—. Es un montaje, un burdo montaje.

—¿Qué hacías tú en su piso? —preguntó la comisaria—. ¿Y por qué has sacado esas fotografías?

—Yo qué sé. ¿La dichosa intuición? Estaba preocupada.

La comisaria arrugó el ceño mientras las hacía desfilar una por una deslizando el dedo.

—Esto no demuestra nada —concluyó, al cabo—. Pudo haber ido al piso más tarde, después de que tú lo abandonaras.

—¿Sin llevarse el libro que estaba leyendo? No, le conozco. Lo suyo con los libros es sagrado, como una religión. Si había empezado uno, no lo olvidaría en la mesilla ni aunque hubiera un incendio en el edificio.

Quien ha montado esta patraña para escenificar una fuga ha cometido un error. Sé lo que me digo.

El inspector Rojo pidió ver las fotos y las fue repasando hasta dar con la del cajón abierto que contenía los relojes.

—Dos errores —dijo—. Cervera, enseña las que hemos tomado hace un par de horas, la del mismo cajón de la sala.

Cervera la localizó enseguida y acercó el móvil. El resultado de la comparativa saltaba a la vista. En la de Mercader, se veía repleto de relojes baratos. En la otra, destacaba en el centro un elegante estuche de la marca Patek Philippe. Hizo pasar la foto. La siguiente lo mostraba abierto. Un lujoso reloj de oro rosa.

Cantero dejó escapar un silbido.

—No estoy muy puesto en el tema —comentó—, pero diría que su precio ronda los cien mil euros, quizá ciento veinte mil.

—Tan ostentoso y caro como el de Ivo Parés —indicó Mercader—. Alguien lo ha puesto ahí para implicar a Malart en el doble crimen. Aunque no me lo explico. Si se lo hubiera llevado de la caja fuerte del *Somerton* no lo hubiese dejado en el piso para luego huir.

—Pero sembrar una prueba falsa bastaría para señalarlo.

—Justo lo que yo decía —repuso Rebeca. Se encaró con Bassa—. Le han tendido una trampa.

—Te repites más que el ajo —dijo Boada, con hastío.

—Y lo haré todas las veces que sea necesario. ¿Comisaria?

—No tiene sentido —murmuró—. Hasta yo sé la manía que le tiene Malart a los relojes, nunca robaría uno. Y tampoco me encaja la idea de un regalo. Siendo tan valioso, se le podría seguir la pista y él no es tan idiota como para aceptarlo. Quien haya llevado a cabo este tosco montaje es gilipollas perdido.

—O ha improvisado sobre la marcha y la ha cagado.

—En definitiva —resumió Mercader—, volvemos a la casilla de salida. Malart no se ha fugado, ha desaparecido.

La comisaria Bassa sostuvo su mirada.

—¿Alguien se ha encargado de registrar su coche? —dijo.

—Limpio —contestó Boada—. Quiero decir, sucio como una pocilga pero sin nada relevante.

—¿Y su mesa?

—Como la de cualquiera —dijo Singla—. Todo normal.

Bassa se dirigió a una silla y se sentó. Cabeceó con desconcierto. Al rato, preguntó qué más habían averiguado. Rebeca informó de que tras dejar el puerto había ido a ver a la madre de Candela Cuadrado. Estaba postrada en la cama, enferma. Según la vecina que la cuidaba, aquejada por una profunda depresión, casi sin hablar ni comer, bajo tratamiento de ansiolíticos. También le contó que Malart la había visitado varias veces los últimos meses para hacerle compañía y animarla. Por su parte, Sena explicó que había recorrido con Cantero la zona de bares del frente

marítimo mostrando las fotos de Ivo Parés y Mónica Morera. La búsqueda había resultado infructuosa. Solo en el Rosebud, uno de los pubs más exclusivos, el camarero los identificó como habituales, pero anoche había cambiado el turno con un compañero y no les pudo confirmar su presencia. Nadie reconoció a Malart en ninguno de los locales. El inspector Rojo refirió que el registro del Evoque de las víctimas tampoco había aportado nada reseñable. Al margen de que aún olía como los coches recién salidos de fábrica, no hallaron nada llamativo.

Cervera carraspeó de forma elocuente.

—Sin embargo —dijo—, sí hemos descubierto algo curioso sobre las cámaras del muelle de Capitanía. Están programadas por una empresa, Sendra y Polo S. A., que también se encarga de la instalación y el mantenimiento. ¿Y a que no adiviná is de qué compañía es subsidiaria?

—Deja que lo piense —rezongó Sena—. Del Grupo Corporativo TAMM, como si lo viera.

—Premio para el caballero. Ya decía yo que ese punto ciego apestaba a deliberado.

—¿Y nadie del puerto detectó el problema del barrido incompleto y propuso arreglarlo?

—Según nos han dicho, sí se dieron cuenta. Pero el desajuste era tan pequeño, y el muelle tan poco solicitado, que no le concedieron importancia y lo dejaron sin solucionar.

—No hay nada como tener mucho dinero y hacer que todos bailen a tus órdenes.

—Ya te digo.

Sonaron unos golpes en la puerta y el sargento Crespo asomó la cabeza. Sin aguardar a que le dieran permiso, entró en la sala con un portátil abierto en las manos.

—Los peritos de la General nos acaban de enviar los análisis de los móviles de las víctimas —dijo—. Gracias a los GPS han reconstruido el recorrido que hicieron anoche. Permanecieron en el hotel Vela entre las 22.09 y las 23.34. Luego, su rastro los conduce por varios locales del Born, y a las 00.48 los sitúa en el pub Rosebud, lugar que abandonaron a la 1.27. Subieron al *Somerton* a la 1.46 y zarparon a las 2.06.

—El resto ya lo sabemos —dijo Singla, circunspecto—. ¿Algún repetidor de telefonía de la zona captó la señal del móvil de Malart durante ese intervalo de tiempo?

—La triangulación lo sitúa en el muelle de Capitanía entre las 23.11 y la 1.52. Su móvil y el de las víctimas siguen el mismo camino hasta las 2.24, cuando la señal comienza a perderse y sale definitivamente de la red poco después. —Levantó los ojos del portátil—. Si los técnicos dispusieran de su terminal podrían precisar con mayor exactitud la posición. Pero sin él…

—Nos hacemos a la idea, sargento. ¿Algún dato más?

—Dos —dijo Crespo. Rehuyó la mirada de Rebeca y agregó—: Han revisado la lista de contactos de Ivo Parés y ha aparecido uno inesperado. El teléfono de Irene Margarit, la exmujer de Malart. Intercambiaron varias llamadas desde octubre, algunas de larga duración. No consta en el de Mónica Morera.

Se hizo el silencio en la sala.

Algunas cabezas se volvieron hacia Mercader. Singla le preguntó si sabía algo y ella negó con un movimiento seco, incapaz de pronunciar palabra.

—¿Y el otro dato? —quiso saber el inspector jefe.

—Un mensaje de voz guardado en el móvil de Ivo Parés con fecha del 25 de octubre. —Tragó saliva—. Del inspector Malart. Los técnicos también nos lo han hecho llegar.

—Reprodúcelo —ordenó Singla.

Crespo tecleó un instante en el portátil. Al cabo, sonó la voz de Milo en la sala. El tono rabioso, feroz. Pero contenido. Cada sílaba pronunciada con claridad, sin apresurarse.

«Acabaré con vosotros, hijos de la gran puta. Y pienso disfrutar del momento. Sé lo que habéis hecho. A la mierda con todo. Vais a recibir vuestro merecido. Palabra.»

15

—¿Mejor ahora?

Malart vació la botella de agua con un último trago y exhaló un suspiro de alivio al tiempo que asentía, desmadejado. Acto seguido, alargó la mano y Goran Juric le acercó un gran tazón lleno de café humeante. Se lo llevó a los labios con avidez, sin importarle que le abrasara la garganta. Tras apurarlo, se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Puedo tomar otro? Y una segunda botella de agua.

—No soy tu niñera, joder.

—Chala, te la estás jugando —dijo el niño—. Yo de ti le trataría con más respeto, no te conviene hacerle enfadar. —Se encogió de hombros —. Pero tú mismo, yo ya te he avisado.

—¿Quién es ese tal Chala? ¿Por qué me llamas así?

El niño hizo rodar el índice a la altura de la sien.

—Tú, quién va a ser si no. Eres el chalado, tío. Porque hay que estar chalado para venir a este barrio y…

—Haris —cortó Juric—, ve a por más agua y café. Ahora.

El niño obedeció sin rechistar.

—Tienes mucha mano con los críos —dijo Milo.

Goran frunció el ceño mientras lo observaba sentado en el camastro. La mirada perdida, pálido, ojeroso, las marcas rojizas en la cara, encorvado. Envuelto en una manta que sujetaba con manos temblorosas, descalzo.

Sacudió la cabeza con desagrado.

—Estás hecho una mierda —dijo—. ¿Qué te has metido?

—Varios litros de agua salada, que yo sepa.

—¿Te has dado un baño vestido en plena noche?

—A mí no me preguntes —dijo Milo. Intentó frenar el temblor sin lograrlo—. Estoy en blanco. ¿Cómo he llegado aquí?

—Has tenido suerte de cruzarte con uno de mis hombres.

—Soy el tipo más afortunado del mundo. —Alzó la vista—. ¿Qué ha sucedido? No me acuerdo de nada.

—Te encontraron en la playa esta mañana, medio inconsciente. Balbuceabas algo sobre tu madre y les pediste coca. Pensaron que estabas colgado, que ibas hasta el culo de caballo y decidieron no

hacerte puto caso y dejarte allí para que se te pasara el ciego. Cuando ya se largaban, dijiste mi nombre y luego, sin más, te desmayaste. A mi hombre le pareció una buena idea traerte hasta aquí.

—Le debo una a tu camello. —Goran esbozó una mueca salvaje—. Entiendo, ya te has encargado. ¿Un largo viaje como premio?

—Traer un madero a una de mis casas no es sensato.

Milo intentó levantarse, pero un mareo le obligó a tomar asiento de nuevo en el camastro. Se agarró la cabeza.

—¿Por qué dije tu nombre? —murmuró—. No te ofendas, pero no estás en mi lista de invitados a la boda.

—Para pagar la farlopa, supongo.

—Tu nombre es un chollo, mejor que una tarjeta de crédito. —Entrelazó las manos para disimular el tembleque y echó un vistazo en derredor. Los puntales que afianzaban el cielorraso, los escombros por el suelo, las paredes desconchadas—. ¿Vives aquí? —Goran se mantuvo en silencio—. Con la pasta que tienes, bien podrías gastarte algo en restaurarla. Se cae a trozos.

—Solo es una de mis casas francas.

—¿Y puedo saber dónde estamos?

—En un barrio donde todo el mundo sabe nadar y guardar la ropa sin meterse en los asuntos de nadie.

—¿Pedralbes?

Juric no pudo contener una leve sonrisa.

—Me gusta tu sentido del humor —repuso.

—Lo de nadar no lo has dicho porque sí.

—Si tú no te metiste nada, alguien tuvo que echarte algo en la bebida. Y caíste al mar. O te tiraron.

—Eso explicaría algunas cosas. Salvo una: yo no bebo.

—Hasta las trancas de droga, flotando en el agua. Una combinación peligrosa. Los locos tenéis buena estrella.

Se estremeció al recordar la oscuridad, el fondo. La renuncia.

—Ni te lo imaginas. He sobrevivido, prueba superada.

—Eres un superhéroe, me saco el sombrero.

Milo se rascó la picazón de la mejilla.

—El talento principal de los de la capa y el antifaz es ser estúpidos —dijo—, así que encajo en el perfil. ¿Qué día es hoy?

—Jueves. Te has pegado una siesta de más de doce horas. Son las diez y pico de la noche.

—¿Me recogió una patera?

—Diría que una Zodiac. Mi hombre vio una varada en la orilla.

—¿Y también la afanó? Me faltan las botas y no veo mi cazadora por ninguna parte. Tu camello tenía las manos muy largas. Antes de irse de viaje, me refiero.

Goran agrietó el rostro.

—Dejémonos de tonterías —dijo—. ¿Los Mossos me tenéis en el punto

de mira? Hay una orden de busca y captura y apareces aquí por arte de magia. No creo en las casualidades.

—Ni yo. Pero no tengo nada que ver, te lo aseguro. La emitió la Nacional. Y que yo sepa, nosotros no vamos a por ti. Claro que a mí nadie me cuenta un carajo. —Señaló al tipo apoyado en el quicio de la puerta, grande como un armario, con los brazos cruzados—. ¿Sigue siendo tu perrito faldero?

—Malart, que no he nacido ayer —masculló—. La orden es para todos los Cuerpos. Quiero saber si soy vuestro objetivo.

—No me consta. Joder, tengo su nombre en la punta de la lengua… Baco, Bico…, Boco, Bocasa. No, Bocasa no.

—Bakir —soltó, impaciente—. No me has respondido.

—Eso es, Bakir. —Se inclinó de costado para verlo mejor. De paso, se fijó en la puerta abierta. Tres cerrojos. Ocho pasadores, dos en cada lado. Blindada con chapa de acero—. No era muy espabilado. —Le saludó con la mano—. Dedícate a la tele, Bakir, allí tendrás un curro a tu medida. Y más seguro.

—Yo no le haría cabrear. Es un puto diablo.

Al recuperar la postura, le asaltó el vértigo y, de pronto, la cara de Juric comenzó a deformarse, a adquirir formas extrañas, espantosas. Sacudió la cabeza para arrancarse aquellas visiones de encima, la tensión en la nuca, y recuperó el aliento.

—¿Qué pasa? —preguntó Juric—. ¿No me crees?

—Un guardaespaldas a la altura de un mafioso de relumbrón.

—Qué mafioso ni qué hostias. Solo soy un hombre de negocios, uno con muchos enemigos.

—Diriges una red de narcotráfico.

—Bobadas. Es la ley de la oferta y la demanda. Doy a la gente lo que quiere, material de primera calidad.

—Y te dedicas a la trata de seres humanos. —Se apretó las sienes—. Compraste menores en Roma para venderlos aquí.

—Un malentendido. Eran huérfanos bosnios y los traje para asegurar su futuro y su bienestar. Yo me ocupo de los míos, los protejo allá donde estén. La Policía Nacional infló los cargos y distorsionó los hechos, como siempre.

Cerró los párpados.

—Ya, un patriota —jadeó—. ¿Y lo del blanqueo de capital?

—Otro malentendido. Mis negocios son internacionales y me valgo de empresas para pagar menos impuestos, como cualquiera. Pero yo pago, no como otros que ni un euro y salen en la prensa cada día por sus donaciones.

—Tu red de carteristas en la ciudad tiene miga.

—Ninguno está relacionado conmigo, puedes comprobarlo.

—Tienes ojos y oídos por toda Barcelona.

—Amigos, solo son amigos. Soy un tipo muy sociable.

Le dirigió una mirada vidriosa.

—¿Y entonces por qué lo de las casas francas?

Juric se encogió de hombros.

—Cuestión de semántica, únicamente son inversiones. El sector inmobiliario está en auge, sería de tontos no hacerlo.

—Seis meses atrás el CNP casi desmanteló tu entramado en Trinitat Vella. Te libraste por los pelos.

—Hay gente en las instituciones públicas que han montado estructuras similares y ahí están, ocupando cargos, tan campantes. Incluso en la más alta de todas. Ellos son los delincuentes y no yo, que solo muevo mi dinero, no el de los contribuyentes.

—No te olvides de los bancos, roban a manos llenas.

—La lista es interminable. ¿Y qué hacen? Perseguir a un humilde empresario que solo tiene iniciativa. Hay que joderse.

—Un honrado patriota preocupado por sus paisanos.

—Y un buen samaritano, como espero que recuerdes.

El niño entró con una cafetera recién hecha en una mano y una botella grande de agua en la otra. Las dejó en el suelo con cuidado y le preguntó a Goran si traía algo más.

Milo se frotó la cara.

—¿Aquí no se cena? —dijo, la expresión impasible—. Me apetece un par de libritos de lomo con jamón y queso. Y aros de cebolla. ¿Qué pasa? Tengo hambre.

El niño se lo quedó mirando, los ojos como platos.

—¿Lo tuyo es morro o estás majareta perdido?

—Negocios, chaval, solo son negocios. ¿Verdad, Goran?

—A esto lo llamo yo una amenaza en toda regla —dijo Boada—. Se puede decir más alto, pero no más claro. El mensaje demuestra intención. ¿No queríais un móvil? Ahí lo tenéis.

—El mensaje solo demuestra que Malart es tonto del culo, nada más —replicó Mercader con un hilo de voz.

—Y causa probable, subinspectora —dijo Bassa—. No solo avisa a las víctimas de que irá a por ellas, sino que también les asegura que va a regodearse con su sufrimiento. Como así fue.

—Comisaria, son cosas que se dicen en caliente, que se sueltan en sentido figurado. Estaba furioso y…

—Desquiciado —matizó Boada.

—Es humano, coño. Dejó el mensaje el 25 de octubre, ¿no es así? —Crespo asintió—. Poco después de que recibiéramos los informes de la Científica y de Medicina Legal sobre los cuerpos hallados en los arrecifes artificiales. Eloïse Lemaître y Nathan Boon, la pareja belga. Presentaban signos de vejaciones, de torturas. Y Malart estaba convencido de la culpabilidad del matrimonio. Tuvo que estallarle la cabeza, verlo todo

negro de repente.

—Y se le cruzaron los cables —añadió Boada—, justo lo que yo decía. Se le fue la olla. ¿Qué más pruebas quieres?

—¡Pero no lo llevó a cabo entonces, sino anoche! —Se detuvo, perpleja—. Maldita sea, quiero decir que el doble crimen fue cometido la pasada madrugada, no hace un mes. Alguien desquiciado no aguarda treinta días. —Miró en derredor, a la espera. Los demás miembros del Grupo guardaron silencio—. Ese mensaje no cambia nada, malinterpretáis sus palabras.

—Mercader, el día ha sido muy largo —dijo Singla—. Todos estamos agotados, tú la primera. Mañana será otro día.

—¡Mis ovarios estoy cansada! —exclamó—. Se sentía impotente, frustrado. ¿Y qué hizo? Vigilarlos. Eso es todo. Se limitó a vigilarlos para impedir que volvieran a cometer otra atrocidad.

—La investigación descartó que Ivo Parés y Mónica Morera tuvieran algo que ver en la muerte de la pareja belga de novios —dijo Bassa, irritada—. Presentaron una coartada sin fisuras.

—Comisaria, sabes muy bien que fue Jefatura la que nos impidió seguir adelante. Si nos hubierais permitido obtener una orden de registro del yate, nada de esto habría ocurrido. Y Malart estaba en lo cierto. Fueron ellos.

Bassa la taladró con la mirada.

—Te estás pasando de la raya, Mercader —dijo—. Al principio no había cuerpos ni escena del crimen, solo dos jóvenes desaparecidos. No se les vio con ellos, ninguna cámara los registró, no hubo testigos ni testimonios, y sus móviles dejaron de emitir en el barrio de Gràcia, lejos del puerto, como si ambos lo hubieran pactado. Nada los vinculó con el matrimonio, el juez no apreció causa probable y desestimó seguir con la investigación al considerar que se trataba de una desaparición voluntaria.

—Dejaron sus equipajes en el piso de Airbnb.

—Para despistar. Y cuando aparecieron los cadáveres en el parque de arrecifes, tampoco hubo nada que los implicara.

—Tenían barco.

—Al igual que varios cientos de barceloneses.

—Hemos hallado plásticos verdes en el *Somerton* —señaló, disparada —. Idénticos a los empleados con la pareja de novios. Y cadenas. Y anclas. Y grilletes náuticos. Todo dentro de un arcón del yate. El mismo material que fue utilizado para envolver y atar a las víctimas belgas y luego tirarlas al mar. —Se volvió a los demás—. Lo habéis visto, ¿no?

El inspector Boada carraspeó con afectación.

—Si tu Malart de los cojones los vigilaba —dijo—, ¿cómo es que no los detuvo cuando los vio subir con los dos jóvenes al *Somerton*? O al menos, ¿por qué no lo declaró en su día?

—¿Siete noches a la semana? ¿En solitario? ¿Durante varios meses?

Vete a la mierda.

—Tuvo que tomarse alguna noche de descanso —intervino Rojo—. Y conociéndolo, debió de sentarle como un tiro.

—Fijo que se culpó —agregó Cervera—. Y que se maldijo hasta quedarse afónico, hecho polvo. Seguro que se vino abajo.

—Lo que alimentó sus deseos de venganza, de pararles los pies como fuera —dijo Boada—. Tal y como señala el mensaje en el buzón de voz. Móvil, medios y oportunidad. Caso cerrado.

—Y como no teníamos bastante —dijo Bassa—, su exmujer mantenía contactos con Ivo Parés. Habrá que hablar con ella.

—No es algo tan extraño —dijo Rebeca—. Irene Margarit, su ex, también forma parte de la alta burguesía. Supongo que era una invitada habitual en sus fiestas. Esas llamadas pueden tener una explicación inocente.

—O no tan inocente. Podría constituir otro móvil.

—Lo que sea con tal de alejarnos del entorno de esos dos cabrones, ¿no es eso? —replicó. Echó un rápido vistazo al sargento Crespo—. ¿Y si te digo que hay sospechas fundadas de que esos dos cometieron más asesinatos durante el pasado verano? Que tienen más víctimas a sus espaldas.

—¿De quién son las sospechas?

—Mías —dijo, sin vacilar—. Tal vez cuatro jóvenes más.

—¿Tal vez? ¿De nuevo tu intuición?

Crespo le hizo un gesto apenas perceptible y Rebeca pisó el freno. No era el momento. De inmediato, corrigió la dirección.

—El doble crimen puede estar motivado por razones económicas, por luchas de poder dentro del Grupo TAMM.

La comisaria Bassa entornó la mirada.

—Jefatura nos ha informado que una investigación sobre el Grupo Corporativo no es de interés público —dijo—. Y nos ha ordenado eliminar esa línea. Sobre todo, que no molestemos a la matriarca. No supondría ningún avance en el caso, es una mujer de edad avanzada, con la salud delicada, y nos ha prohibido contactar con ella para evitarle más disgustos.

—¿Ahora velamos por el estado y los sentimientos de los familiares relacionados con el caso?

—No pienso tolerar que te desvíes, Mercader —dijo, con aspereza—. No nos conviene ir por ese camino.

—¿A quién no le conviene, comisaria?

—Subinspectora, se me está agotando la paciencia.

—Lo siento, pero lo de ponerme de rodillas no va conmigo.

—Salvo para el sexo —dijo Boada.

—Vuelve a abrir la boca y te la parto —amenazó Cervera.

—Comisaria, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Rebeca—. ¿Cómo ha ido la notificación de los fallecimientos?

Bassa exhibió una expresión de sorpresa.

—Todo lo bien que puede ir en estos casos —dijo—. Las dos familias se han mostrado devastadas por la pérdida y han encajado el golpe con resignación. Me ha admirado la entereza de la familia Parés. Esto ha ocurrido justo cuando la farmacéutica va a sacar al mercado un fármaco revolucionario contra el párkinson, como es de dominio público. ¿Por qué quieres saberlo?

—En los momentos difíciles hay que estar en lo que importa, no en campaña electoral.

La comisaria apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea blanca. Acto seguido, avanzó un paso hacia ella.

—¿Quieres decirme algo, subinspectora?

De nuevo, sonaron unos golpes en la puerta y la sargento Humbert entró en la sala, le entregó unos papeles a Crespo y la abandonó acto seguido.

—Son los resultados iniciales —dijo, tras darles una ojeada. Arqueó las cejas y la comisaria le ordenó que los leyera de forma resumida—. Empiezo por las autopsias. Agua salada en los pulmones, sin daños coronarios, lesiones pares por descarga de táser. Leves contusiones en el occipital, insuficientes para provocar pérdida de conocimiento y no producidos por caída, sino por reiteración. Presencia de cocaína y alcohol en sangre, una tasa de 0,9. No hay rastro de otras sustancias ni pinchazos. Confirmada la causa de las muertes: ahogamiento por asfixia no mecánica. Hora aproximada entre las dos y las cuatro de la madrugada. ¿Continúo con los de Criminalística?

Bassa asintió.

—Ausencia de huellas en la lancha auxiliar, restos de piel en un cabo de babor a la espera del análisis de ADN. Confirmado que las pisadas del número 49 a bordo del *Somerton* corresponden a Malart. Las demás permanecen a la espera de ser cotejadas. La sangre de la aguja hipodérmica es del mismo grupo sanguíneo de Malart. Contenido de la jeringuilla: alta concentración de benzodiazepinas y, en menor medida, por este orden, dietilamida de ácido lisérgico y ciclobenzaprina.

—Pedazo de cóctel —soltó Cervera—. Psicotrópicos, relajantes musculares, alucinógenos… Una mezcla capaz de sedar a un elefante y convertir a un león en un corderito, amén de provocar un viaje de la hostia, para flipar en colores.

—Sin olvidar los efectos amnésicos.

—Sena, ya sabemos que la combinación de esos fármacos es una bomba —dijo Rojo—, pero la jeringuilla solo tenía las huellas de Malart y en las víctimas no hay pinchazos ni narcóticos. ¿Por qué se lo inyectó a sí mismo? ¿Para pillar un ciego?

—Para armarse de coraje y tirarse al mar —contestó Boada—. Por remordimientos, culpa o hartazgo, quién sabe lo que pasaba por la cabeza de ese chiflado. Joder, ¿os lo tengo que explicar todo? Neutraliza

al matrimonio, los esposa, los ata con cadenas y, por último, los patea hasta lanzarlos al agua. Después descubre el estuche con las jeringuillas en la cabina de mando y, sin pensárselo dos veces, se pega el chute. ¿Qué más le quedaba por hacer? ¿Esperar a que lo detuviéramos?

—¿Crees que se suicidó?

—Blanco y en botella, no hay otra explicación. Estaba frenético, desesperado. Acababa de cometer un doble crimen y dudo que quisiera finalizar sus días como policía en chirona, ¿no te parece? Decidió quitarse la vida, no tenía salida. Veréis como el mar termina llevando su cuerpo a la playa. Un final poético para un tipo a quien le gustaba nadar. Caso cerrado, repito.

—¿A qué viene tanta prisa por cerrarlo, inspector Boada? —dijo Singla—. Te olvidas de la Zodiac aparecida en la playa de Sant Adrià de Besòs. ¿La timoneó el Espíritu Santo?

—El segundo intruso —apuntó Rebeca—. ¿Comisaria?

Bassa sacudió la cabeza.

—Pudo ser el propio Malart y luego limpiar sus huellas.

Mercader se mordió la lengua al tiempo que daba media vuelta y regresaba a su silla, donde se dejó caer como un fardo.

Descubrió que Cantero la observaba.

—Cien mil millones de neuronas y ya ves —le murmuró—, así es como trabajamos aquí. Manda huevos.

Bassa consultó su reloj de muñeca.

—Son casi las once de la noche —dijo—, es hora de acabar la reunión. No voy a irme por las ramas. Detecto conflicto de intereses y estoy sopesando inhibir al GEHME de la investigación. Estáis demasiado implicados con Malart, sois sus compañeros y os resulta difícil contemplarlo como el principal sospechoso. Por lo tanto, creo que mi obligación es pasar el caso a…

—¿A quién? —saltó el inspector jefe Singla—. Comisaria, ¿quién va a resolverlo mejor que el Grupo? ¿Quiénes están más interesados en aclararlo como sea? Nosotros, lo sabes.

—Me habéis ocultado información —acusó—, algo que la DIC y la división de Asuntos Internos nunca se atrevería a hacer. El caso Somerton os sobrepasa, es evidente.

—Veinticuatro horas, comisaria. Danos veinticuatro horas antes de tomar una decisión. Confío en el Grupo, te lo aseguro.

—¿Plenamente?

—Con los ojos cerrados.

Singla sostuvo su mirada sin parpadear.

—Muy bien —dijo Bassa, tras unos segundos—, tenéis veinticuatro horas. Queda en pie la reunión de mañana a las nueve.

—Comisaria —dijo Rebeca—, el subteniente Cantero y yo pensábamos ir a Brians 2 a primera hora para hablar con Amedé Agbini. Ahora que esos dos han muerto a lo mejor se anima a…

—Visita al centro penitenciario cancelada —cortó.

—Recibido —dijo Cantero.

Bassa se dirigió al Grupo.

—Concentraos solo en investigar a Malart, su entorno, su posible paradero. Hablaré con el juez para ponerle al corriente de la causa probable y que dicte una orden de detención a su nombre. Si se pone en contacto con alguno de vosotros, quiero saberlo. Y si descubro que alguien le da cobijo o presta ayuda, será suspendido de inmediato, ¿queda claro?

—Con el debido respeto —dijo Mercader—, ¿eso incluye socorrerlo si lo vemos ahogarse no muy lejos de la playa?

—Subinspectora, estás a un milímetro de que te aparte del caso o de que tome alguna medida más severa, estás advertida.

—¿Entonces solo investigamos a Malart y no al matrimonio? ¿Ni siquiera vas a hacer procesar el material hallado en el arcón del yate para realizar una comparativa?

—Medio milímetro, Mercader. Último aviso.

—En definitiva, que no vas a ordenar su búsqueda.

—Me dispongo a ordenarla ahora mismo, pero no para un hipotético rescate en alta mar, sino para detenerlo.

La sargento Corominas irrumpió en la sala para comunicar que las redes sociales se estaban cebando con el inspector Malart. Lo habían etiquetado como #Mossoasesino, y otras referencias por el estilo, para señalarlo como autor de un doble crimen y denunciar que el Cuerpo lo protegía mientras mostraban imágenes de archivo donde se le veía caminando por la calle haciendo eses y entrando en la consulta de una psicóloga.

—Ha pasado de una red social a otra —explicó— y se ha hecho viral. Todo está siendo tan rápido que la sargento Humbert y yo opinamos que es orquestado. Suponemos que los medios no tardarán en sumarse.

—¿Quién cojones lo ha filtrado? —rugió Bassa.

Salió de la sala a toda prisa, seguida por Cantero y Crespo.

—¿Qué más puede salir mal? —dijo Sena. Tras un cabeceo, tomó el mismo camino junto a los demás.

Mercader corrió hacia Boada. Se puso a su altura.

—Has saboteado al Grupo, hijoputa —masculló—. Solo has podido ser tú quien le ha contado todo a la comisaria. Malart tiene razón, eres una cucaracha.

—Piérdete, yo soy policía y cumplo con mi deber.

Se quedó plantada en la sala mirando su espalda alejarse. Colérica. Los puños apretados. Singla se acercó.

—La diferencia entre tú y Malart es que él sabía cuándo cerrar la boca. Reza para que Bassa no nos aparte del caso. Si lo hace, se queda solo. Completamente solo.

—Te equivocas de tiempo verbal, jefe. Él sabe, en presente. —Procuró

reducir las pulsaciones—. ¿Puedo pedirte un favor?

—¿Es que nunca tienes bastante? Es muy tarde.

—Solo será cosa de unos minutos. —Singla accedió con un gesto—. Se trata de que llames al intendente Guillamón y le preguntes cómo ha ido la visita a los Parés para notificarles el fallecimiento, nada más. Ah, y que pongas el manos libres.

—¿Quieres contrastar la versión de Bassa?

—Ella no es entorno amigo.

El inspector jefe frunció los labios unos segundos y pulsó el contacto en su móvil. Tras los saludos de rigor, le formuló la cuestión y ambos escucharon la respuesta: «La visita ha sido muy embarazosa, no nos esperábamos una reacción tan agresiva. En pocas palabras, la matriarca, la abuela Guillermina, nos ha acusado de haber logrado por fin nuestro objetivo de acabar con su nieto. Y sin derramar una lágrima, ha añadido que una vez completada la venganza los Mossos debíamos de estar muy contentos. Que solo la consolaba saber que el calvario de su querido Ivo había finalizado. Ha sido muy violento, jefe Singla, muy desagradable. Esa mujer nos odia». Después de intercambiar varios comentarios, colgaron.

—¿Te parece que eso es «ir bien»? —dijo Rebeca.

—Las versiones no coinciden por completo.

—Te quedas corto, jefe. La comisaria ha hablado de la entereza que había mostrado la familia Parés. Nos ha mentido.

Singla clavó los ojos en el suelo y puso los brazos en jarras.

—¿Y por qué, en tu opinión? —dijo.

—Por los pasillos se rumorea que Bassa aspira a un puesto en la General. Todo es política, son tus palabras. Y esa gente tiene poder, el poder con mayúsculas. Haz tú mismo la suma.

—¿Nos ha vendido?

—Y ha puesto a Malart a los pies de los caballos. Jefe, somos casi lo único que tiene, algo así como una familia para él, y no pienso permitirlo. Estoy muy cabreada, ahora sí es personal.

—¿Crees que están detrás de la campaña en las redes?

—Hacer ruido para tapar otros ruidos, un clásico. Es lo que voy a averiguar. —Caminó hacia la puerta—. Se nos acumula la faena y tenemos el tiempo contado.

—No puedes vencerlos, Mercader.

Ella se detuvo.

—¿Te apuestas algo?

—Perderás.

—Eso está por ver.

Reanudó la marcha.

—¿A dónde vas? —quiso saber Singla.

—Tengo una cita con la justicia.

16

—No es el librito que había pedido, pero está bueno —dijo Milo. Dio otro mordisco al bocadillo de jamón y queso y, con la boca llena, añadió —: Echo en falta los aros de cebolla.

—Esto no es un restaurante —repuso el niño, también con la boca llena. Sentado como un indio en el sillón, permanecía con la cabeza gacha, sin apartar la vista del emparedado, los codos desplegados—. Goran me ha dicho que no hable contigo.

—¿Y tú siempre haces lo que te ordenan?

—A veces.

—¿Lo ha preparado tu madre?

—Yo no tengo madre.

—Ya somos dos.

—Pero tú eres viejo.

—Oye, que yo no me he metido contigo —replicó Malart.

Comieron en silencio. Al cabo de unos minutos, el niño le preguntó por qué se había bañado sin quitarse la ropa.

—Quería bucear y tenía frío.

Levantó la cabeza.

—¿Para pescar algo? ¿Con un fusil submarino?

—Con mis manos —dijo Milo. Volteó una en el aire—. Pero solo he pillado garrafas de plástico, un montón de basura y me he intoxicado. El mar está hecho un estercolero.

—Tendrías que haber ido con un fusil de esos, los he visto por la tele y son muy chulos —dijo, convencido.

—No me gusta jugar con ventaja. Los peces van desarmados, ¿dónde está el mérito?

—¿Eres tonto o qué? ¡Por eso no pescas nada!

—Las armas son para los nenazas.

Ofendido, el niño bajó la cabeza y dio otro mordisco.

—El bocata está de narices —dijo Milo. Con los carrillos abultados, agregó—: Lo mejor es el pan. Es difícil localizar un sitio donde hagan uno de verdad, con horno y todo eso. En mi barrio el pan es una estafa, puro chicle. Tienes suerte de vivir en una zona con panaderías como Dios manda.

El niño se encogió de hombros.

—Te lo digo yo —insistió Milo—, que me paso la vida buscando un pan decente. Y no es fácil encontrarlo, te lo aseguro. Yo prohibiría esa mierda prefabricada que venden. Tienes que decirme el nombre de la panadería y la calle, me harás un favor.

—Yo no hago favores. —Un instante y levantó la cabeza—. ¿Qué me darías a cambio?

—Vaya, veo que Goran es tu padre. De tal palo, tal astilla.

—Él no tiene hijos.

—¿La guerra?

Asintió.

—¿Mujer? ¿Familia?

Negó con una sacudida.

—Las guerras son una putada —sentenció Milo—. ¿Te he dicho ya que me gusta tu nombre? Haris. ¿Significa algo?

El niño sonrió de oreja a oreja.

—Fuerte, seguro, protegido. Y es lo que soy. No pienso decirte dónde estamos, así que corta el rollo del pan, madero.

Volvió a concentrarse en el bocadillo y Milo lo imitó.

—Tú no eres del Barça —dijo, al rato—. ¿Me equivoco?

—¿Cómo lo sabes?

—Soy un madero adivino.

Haris pegó otro bocado y lo observó sin dejar de masticar.

Ahora fue Milo quien se encogió de hombros.

—Tú no eres el único que tiene poderes —dijo.

—Si los tuvieras, adivinarías el nombre de la calle.

—Muy agudo, chaval. Pero he dado en el clavo. Te propongo un trato. Si acierto de qué equipo de fútbol de la ciudad eres, me dejas el portátil cinco minutos.

—¿Y si fallas? ¿Qué me das si fallas?

—¿Qué quieres? No tengo nada salvo mis tejanos y no…

—Una pipa —dijo Haris—. Una de verdad. Un hierro.

—No llevo ninguna encima, pero podría conseguirte una cuando salga de aquí. ¿Tenemos trato?

—Ya, y voy yo y me lo creo. Si te largas, no volveré a verte el pelo, que no me chupo el dedo.

—Soy un tío legal, Haris. Cuando doy mi palabra, doy mi palabra. No te engaño. —Se zampó el último trozo del bocadillo—. Pero yo de ti pediría condones a cambio, pronto te serán más útiles que un arma, hazme caso.

—¿Va en serio lo de la pipa?

—Completamente en serio. ¿Hay trato?

Haris torció la boca sin dejar de mirarlo, los ojos entornados.

—Un momento —dijo—. No has dicho cuándo.

—Eres un cabroncete, ¿sabes? Cuando cumplas dieciocho años, vienes a verme y yo me encargo. Pero antes, te llevaré a un sitio para que

aprendas a disparar. A mí no me gusta, pero…

—Yo ya sé disparar, poli de mierda. —Y perplejo, preguntó—: ¿Por qué no te gusta?

—Por el ruido.

—Yo quiero la pipa ahora, no cuando sea mayor.

—Hay que aprender a esperar, chaval. Es la vida.

—Pues que te den morcilla, no hay trato.

Goran entró en el cuarto y se detuvo ante Milo.

—Haris, coge tus cosas y sal de aquí —ordenó.

El niño bajó los pies al suelo en el acto, recogió el portátil y se dirigió a la puerta con paso rápido. La voz de Milo lo detuvo.

—Eres del Europa, igual que yo. Me debes una.

—¿Cómo lo has hecho? —dijo Haris, ruborizado.

—Ha sido fácil.

—¡Maldito crío! —tronó Juric—. ¿No te había dicho que no cruzaras una palabra con él? ¡Lárgate de una puta vez y ya hablaremos luego tú y yo!

Milo se levantó a duras penas.

—No te atrevas a meterte con el chaval —dijo—. Si le pones una mano encima, te juro que…

Goran le dio un empujón y Malart cayó en el camastro.

—¿Qué? —gritó Juric—. ¿Qué me vas a hacer? ¿Asesinarme como a ese matrimonio? Mírate, si ni siquiera te aguantas de pie.

—¿De qué coño hablas?

—Las redes. Por todas partes. Dicen que te has cargado a dos millonarios en su yate. No sé si me conviene dar cobijo a un asesino. Podría salirme muy caro.

—Y no se ha puesto en contacto contigo —dijo la jueza Cabot sin perderse detalle de cómo Rebeca devoraba la cena—. Oye, si llego a saber que te ibas a zampar un filete de primera sin paladearlo te hubiera preparado unas salchichas.

—Ni me ha llamado ni ha dado señales de vida. —Detuvo el tenedor a pocos centímetros de la boca—. Aunque si no le ha ocurrido nada malo, dudo que lo haga a estas alturas. Ya lo conoces, lo último que querría es incriminarme. Y a ti tampoco.

—Sí, es más testarudo que una mula.

Mercader asintió mientras se introducía en la boca un trozo de carne, varias patatas fritas y una abultada ración de ensalada.

—Y la comisaria no va a mover un dedo en su búsqueda —dijo Cabot. Aguardó impaciente a que terminara de tragar.

—Sesgo confirmatorio —dijo Mercader, al fin—. Solo tiene interés en investigar lo que respalde su versión de los hechos, lo que demuestre la conclusión predeterminada a la que ha llegado.

—¿Que según ella es?

—Que Malart ha huido y su desaparición es voluntaria. No tiene en cuenta que puede haber sido forzada. Y como nadie la ha denunciado…

—No ha sucedido, lo sé. Pero eso tiene fácil arreglo.

Rebeca se echó para atrás en la silla.

—¿En qué piensas, jueza?

—Yo puedo poner la denuncia —dijo—. Esta misma noche.

—No solucionaremos gran cosa. Habrá que esperar cuarenta y ocho horas y, en estos momentos, es una eternidad.

—Veinticuatro, ya ha transcurrido un día —matizó Cabot—. Pero al menos dejará constancia del hecho, habrá pasado.

—Y Bassa y el juez Losada se te tirarán al cuello y se armará un follón de padre y muy señor mío. ¿En qué va a beneficiar a Malart, me lo puedes decir? Sería más útil hallar algún trapo sucio de la comisaria para obligarla a poner en marcha una búsqueda de emergencia enseguida. Acortaríamos el factor tiempo.

—¿Sugieres a una jueza que hagamos un chantaje?

—No te pongas tiquismiquis. Hablo de negociar, de presionar, de persuadirla. Es lo que hace todo el mundo, ¿o no?

Susana la contempló con fijeza.

—Por tu nivel de cabreo y desesperación —dijo—, deduzco que Milo está metido en un lío muy gordo.

—Sabes que no te puedo hablar del caso.

—En uno mayúsculo, ya veo. ¿Incriminado o implicado?

—Secreto de sumario, no vayas por ahí.

—¿Más grande todavía? ¿Gigantesco?

—Me gusta tu piso. ¿Lo has decorado tú o un profesional?

—Yo misma. Uno que salpica a las altas esferas, imagino.

—Los tonos pastel combinan a la perfección. Y es tranquilo.

—Hasta que llegaron los nuevos vecinos. ¿Tan grave es?

—Las vistas son magníficas. Se respira paz y armonía.

—Han emitido una orden de detención, entiendo. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Vamos?

—Acábate la carne. Te ponía a prueba, tonta. —Cogió la botella de vino, llenó la copa hasta el borde y se la llevó a los labios—. Tú estarás de servicio, pero yo necesito un buen trago.

—Has visto las redes, claro —dijo. Empujó el plato en su dirección—. He perdido el hambre, me has tomado el pelo.

—Ignoraba lo de la orden. Escucha, tenía que averiguar la gravedad del asunto, no me lo tengas en cuenta.

—¿Mi lenguaje corporal?

—Tú sabes guardar un secreto. Tu cuerpo, no.

—¿Cosas de Malart?

—Cosas de Malart. Venga, termina la cena. —Se levantó—. Voy a

buscar el postre. Tarta Tatin, no te quejarás. Mi intención era esperarte, pero como has llegado tan tarde he pillado un trozo. Está deliciosa. Y eso que no la he preparado yo.

—No me gusta comer sola.

—Cena y calla —dijo Susana camino de la cocina—. No te atrevas a desobedecer a una jueza.

Rebeca contempló la copa medio llena de vino. La tentación de vaciarla le secó la garganta. Alargó la mano. Un piano empezó a sonar no muy lejos. Pensó en todo lo que aún le restaba por hacer y cogió el vaso de agua. Tras apurarlo, cortó un trozo de carne y se apresuró a vaciar el plato.

Susana regresó con una bandeja.

—¿Tú crees que estas son horas de ponerse a practicar con el piano? —Señaló una de las paredes con la barbilla—. Podría ser peor. Como reguetón, por ejemplo. Por suerte toca bien. Es la vecina de al lado, da clases de Física en la facultad. Buena persona y todo lo que quieras, pero me indigna que no me haga caso. Para mí, que le falla la azotea.

Dejó la tarta y dos platos sobre la mesa.

—¿Vas a repetir? —se extrañó Mercader.

—¿Tú también te vas a poner respondona?

—Nada que objetar, jueza. Total, te veo más delgada.

—No sabes mentir, subinspectora. —Le sirvió una generosa ración—. No me extraña que no encuentres pareja.

—Como Malart. —Levantó el índice—. ¿Schubert?

—Schumann. Milo te saca tres cabezas, es un manipulador nato. Nunca he conocido a nadie con mayor talento.

—Y así le va —murmuró, afligida—. Más solo que la una.

—Ahora no es momento de venirse abajo, Rebeca. Milo es fuerte, más fuerte de lo que te imaginas. Saldrá de esta. A nado, a pie o volando en globo, ya lo verás.

Mercader meneó la cabeza de un lado para otro.

—Todo esto es desesperante —dijo—. Cuando se presenta un caso delicado, siempre ocurre igual. Unos, nos dejamos la piel por solucionarlo. Otros, se dedican a poner palos en las ruedas a quienes tratamos de resolverlo. Es muy frustrante. Y todo por los jodidos intereses personales.

—Así es este trabajo. Deberías estar acostumbrada.

Rebeca la enfocó en el acto.

—No me toques las narices, jueza. Quieren convertir la vida de Malart en un infierno. Y cuando los medios se sumen mañana a la bufonada de las redes, los políticos van a pedir en manada su cabeza, desde la plaza Sant Jaume hasta el último mono. Ya sabemos que están manejados, por quién y cómo se las gastan.

—Por eso no te preocupes. Cuando desmontes uno a uno los cargos contra Milo, empezarán a desertar todos con el rabo entre las piernas.

Pura mecánica social.

—Pero el daño ya estará hecho, jueza.

—Vayamos paso a paso, ¿te parece? Primero, prueba la tarta Tatin y dime si no es la más buena que has comido nunca.

Rebeca siguió sus instrucciones con desgana.

—Exquisita —dijo—. Hablando de manera hipotética, si tuvieras una fuente de la Guardia Civil, ¿cómo te lo montarías para lograr que te revelara datos de una investigación reservada?

La jueza soltó un chasquido con la lengua.

—Solo hay un modo: a las malas.

—O lo que es lo mismo…

—Amenazaría con una exposición de lo que sea que quieren mantener tapado, hipotéticamente hablando, por supuesto.

—El problema es que solo tengo un punto de partida.

Susana rebañó el plato con la cucharilla.

—¿Cuál de las dos familias tiene más que perder?

—Los Parés, sin duda.

—Pues Milo atacaría por ahí. Tiraría del hilo hasta dejarlos en pelotas, y luego iría a esa supuesta fuente de la Guardia Civil con la amenaza de exponer en público hasta la última coma.

—¿Aunque se lo hubieran prohibido de forma explícita?

—¿Estás de broma? ¡Precisamente por eso!

Rebeca se quedó pensativa mientras terminaba la tarta.

—¿Qué? —preguntó la jueza—. ¿Estaba buena o no?

—Pasable, nada del otro mundo —dijo. Y al ver su expresión, añadió —: Te tomo el pelo, señoría. Uno a uno.

—Rencorosa —gruñó Susana. Comenzó a recoger la mesa con gesto ofendido—. Supongo que querrás un café.

—Luego, si no te importa. ¿Puedo echarme media hora en el sofá? Me iría bien descansar un poco, estoy molida. Y entre que voy y salgo de nuevo, no me da tiempo de ir a mi piso.

—¿Y yo qué hago mientras tanto? ¿Contemplarte?

—Ver la tele, irte a la cama, escuchar el piano de la vecina… Tú misma, estás en tu casa. Ya me haré yo el café más tarde.

—¿No vas a dormir esta noche?

—Tengo otros planes.

—Conciliar el sueño es sagrado, subinspectora.

Rebeca ahogó un bostezo.

—Lo sé —dijo—, pero no cuenta lo que has dormido, sino la hora en que te has despertado.

—¿Eso también es de Milo?

—¿De quién si no?

Goran se dobló hacia él hasta aproximar la cara a un palmo.

—Te he acogido en mi casa, te he dado de comer y de beber, ¿y así me lo pagas? ¡Yo no pienso cargar con este marrón!

Malart lo apartó de un manotazo.

—No invadas mi espacio, joder. ¿A mí qué me cuentas?

—Eres un fugitivo. Has matado a sangre fría a dos personas. La ciudad entera te está buscando. ¡Tendrías que habérmelo dicho, ponerme sobre aviso!

Milo parpadeó, confundido. Intentó recordar qué había pasado. Si lo que decía Juric era cierto. Como un flash, le asaltó la imagen de Ivo Parés y Mónica Morera en el suelo. A sus pies. En su poder, vencidos. El terror en sus ojos. Rememoró la sensación de triunfo que lo invadió. La satisfacción de haber logrado por fin alcanzar su objetivo. Pero todo se mezclaba con otras imágenes sin sentido. Una patinadora con el flequillo mal cortado despidiéndose de él. ¿Con el pulgar hacia abajo? El motor de un camión. ¿En medio del mar? La mujer del delantal rojo y azul ahogando a un bebé en la bañera. ¿Sin rostro? Las lagunas persistían en su cabeza. *Te han intoxicado, es lo que pasa*. Eso explicaría la pérdida de memoria. Deseó con toda su alma que fuera temporal. Pero quién, cuándo, por qué. Y la pregunta más lacerante de todas: ¿realmente él los había asesinado? Caviló un instante hasta dónde estaría dispuesto a llegar con tal de pararles los pies de forma definitiva. Si, empujado por la obsesión, sería capaz de cometer un crimen. Todo le daba vueltas.

—Y encima, has intentado aprovecharte de un crío.

Negó con un gesto desvaído.

—Solo he preguntado a Haris cuál era su equipo de fútbol preferido —murmuró—. Nada más.

—Algo le habrás querido sonsacar, hijo de puta.

—No haber puesto un niño a hacer el trabajo de un hombre.

—Haris está bajo mi protección y lo he juntado con un asesino sin saberlo. Pensaba que eras un pasma y te has cargado a un matrimonio. A una mujer. ¡Y las mujeres no se tocan!

—Me han drogado —dijo Milo, sin fuerzas—. ¿Me explicas cómo puedo haberlo hecho?

—Antes, los has matado antes. Y después te has metido el pico para pegarte un viaje de la hostia. Lo sabes perfectamente, yonqui de los cojones. Primero el deber y luego el placer.

—¿Y después me he dado un chapuzón y he venido hasta tu casa para complicarte la vida? —planteó, con un hilo de voz—. Vete al infierno, yo no estoy tan desquiciado. Incluso tú te das cuenta de que nada de esto tiene sentido. ¿Y desde cuándo es cierto lo que dicen las redes? Piensa un poco, joder, no es tan difícil.

Goran se irguió muy despacio.

—¿Entonces?

—Entonces me largo, tengo ensayo.

Procuró levantarse, pero le fallaron las piernas.

—¿Descalzo? —se burló Juric.

—Quiero mis botas. Y mi cazadora. Todas mis cosas, incluidas el arma, la placa, mi cartera y el móvil.

—¿Algo más?

—Que pidas un taxi.

Goran permaneció inmóvil.

—¿A qué esperas? —dijo Malart. Sintió cómo se le erizaba la piel—. Me jode, no sabes lo mucho que me jode, pero tengo muy claro que estoy en deuda contigo. Por eso me has metido en tu casa y no en un contenedor. Siempre es bueno que un policía te deba una. Mensaje recibido.

—Es un placer hacer negocios contigo, no tengo ni que discutir los términos.

—Pero olvídate de estar en mi lista de invitados.

Goran esbozó media sonrisa.

—Me gusta tu estilo, lo reconozco —repuso—. Solo un detalle. No puedo permitir que sepas la dirección de esta casa. Y tampoco el barrio. Un taxi no es una buena idea.

—Que me lleve uno de los tuyos, me vendas los ojos y listo.

—A estas horas apenas hay tráfico. Y todos los Cuerpos que patrullan por la ciudad tendrán tu foto en el salpicadero. ¿Quieres que pillen a uno de mis hombres contigo?

—Puedo ir en el maletero.

—¿Y cómo sabrás que no te lleva a Collserola? —dijo, sin inflexión—. En tu estado, podría incluso enterrarte vivo.

Milo se masajeó el hombro maltrecho.

—Correré el riesgo.

—Piensas que si no me he librado ya de ti, por qué voy a hacerlo más tarde, ¿no es eso?

—Tú lo has dicho.

Una sombra cruzó el rostro de Juric. Con expresión perturbada, alargó los brazos en su dirección, las palmas hacia arriba.

—Estás en mis manos. —Malart permaneció quieto—. Dilo.

Silencio.

—Dilo —repitió Juric—. Quiero oírlo.

Curvó los dedos hasta convertir los puños en dos garras.

De nuevo, Milo se mantuvo en silencio.

—¡Que lo digas, cabrón!

Malart se aclaró la garganta.

—¿Tú puedes recordar la cara de tu madre?

Goran dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Al pasar junto a Bakir, le ordenó que no lo perdiera de vista.

—Que no se mueva de aquí. Ni para ir a mear.

Viernes 29 de noviembre

17

La jueza la sacudió por el hombro y Rebeca se incorporó de golpe. Desorientada, miró a los lados, a Susana, sin comprender. Un piano sonaba amortiguado más allá de las paredes.

—Tranquila —dijo Cabot—, estás en mi casa. Dormías tan a gusto que no quería despertarte, pero has dicho media hora y al sonar la alarma del móvil has pasado olímpicamente.

—¿Qué hora es? —preguntó, la voz ronca.

—Las doce de la noche pasadas. —Le tendió una taza de café recién hecho—. ¿Llegas tarde a algún sitio?

Mercader la alcanzó con ansia.

—Aún tengo margen —dijo. Dio un sorbo—. Me gusta tu pijama. Aunque pensaba que los ositos ya no estaban de moda.

—¿Ahora vas a meterte con mi ropa para dormir?

—Te pegaría más uno de seda granate. O negra.

—Tomo nota, subinspectora. ¿A dónde piensas ir a estas horas de la madrugada?

Rebeca trató de poner en orden las ideas mientras apuraba la taza. Poco a poco sintió cómo la cafeína iba disipando los vapores del sueño y le despejaba la mente.

—Quiero poner en práctica el método de Malart —dijo—. No va a ser fácil, pero por intentarlo que no quede.

—Vigila con lo que haces. En ocasiones Milo estira el brazo más que la manga y luego acaba estragado, hecho una piltrafa.

—Pero es eficaz, su sistema funciona. Invierte las veinticuatro horas del día en el caso, sin interrupciones. Si dejas de pensar en él un instante, se te puede escapar un detalle clave, perder el hilo, y dar ventaja al culpable. La idea es tratar de comprenderlo al máximo. —Se encogió de hombros—. Lo máximo humanamente posible, quiero decir. Y da resultado, Malart lo ha demostrado en innumerables ocasiones. Jueza, ¿es mucho abusar si te pido otro café?

—La pega es el precio que paga por ser eficiente —dijo, ensimismada —. El hecho de aislarse del entorno personal para llevar a cabo su trabajo le incapacita para mantener una relación estable.

—Pero resuelve los casos.

—¿Me has pedido más café?

—Si no es mucha molestia.

Susana apartó el aire con un ademán de fastidio.

—Lo que me molesta es ese sistema de no parar hasta el final, cueste lo que cueste. —Se encaminó a la cocina sin dejar de hablar—. Lo he sufrido en mis propias carnes. ¿Que llega tarde? Paciencia. ¿Que a veces actúa un poco raro? Más se perdió en Cuba. ¿Que no es todo lo simpático que me gustaría? Pues a aguantarse toca. Esta forma de trabajar le está arruinando la vida. Y tú, como su compañera, lo sabes. No deberías hacer lo mismo.

Regresó con una taza en cada mano. Le hizo un gesto para que le dejara sitio en el sofá y se sentó a su lado.

Rebeca cogió una de las dos y la miró con asombro.

—¿Tú tampoco vas a dormir esta noche?

—¿Crees que voy a pegar ojo con Milo quién sabe dónde?

Guardaron silencio. El piano seguía desgranando sus notas.

—¿Rajmáninov?

—Rimski-Kórsakov —repuso Cabot—. Me sé todo el maldito repertorio de memoria.

—Toca bien, rematadamente bien.

Mercader percibió cómo la jueza se encogía.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—Milo me salvó la vida. De no ser por su método de trabajo tan demencial, ahora yo no estaría aquí. —Bebió el café a pequeños sorbos —. Cada día doy gracias al cielo por haberlo puesto en mi camino, pero reconozco que esa no es manera de vivir. Es algo inhumano, nadie puede soportar un desgaste así.

—No te va a gustar lo que voy a decir.

—Suéltalo.

—Sospecho que se está desmoronando —dijo Rebeca, la voz queda—. Ya casi no tiene nada a lo que aferrarse, en lo que creer. Y me preocupa lo que me contó no hace mucho: que no entendía el porqué de la lucha por sobrevivir, que no le veía el sentido. —Dejó escapar un largo suspiro —. Solo espero que haya cambiado su forma de pensar. O al menos, que lo intente.

—Todo depende de nuestras cabezas. Si Milo quiere, si su mente se lo propone, lo hará. Otra cosa es que quiera.

—¿Dudas de él?

—De su cerebro. De la voluntad de su cerebro, no de la suya. Me lo hizo ver cuando me salvó la vida por segunda vez. —Señaló la sala con el mentón—. Fue aquí mismo. Estaba colapsada por el pánico, me aterraba salir a la calle. Mi mente me saboteaba por los cuatro costados y Milo me pegó tal bronca que la despertó de golpe, igual que si me hubiera dado dos hostias bien dadas. Nunca se lo agradeceré lo suficiente. Me resucitó. Y solo con palabras, sin un grito. Me hizo caer en la cuenta. —Le tembló la voz—. Nunca nadie había hecho algo así

por mí. Fue al acto de amor más puro que he recibido jamás. No…, no puedo ni imaginar no volverlo a ver. Es…, es impensable, una pesadilla…, me aplasta. Daría lo que fuera…, mi vida.

Sin saber cómo reaccionar, Rebeca le palmeó la espalda.

—Jueza, regresará. Confía en mí. Y lo celebraremos los tres.

—Más te vale, subinspectora.

—¿Te apetece venir un día a casa y comer verdura?

Susana se volvió hacia ella.

—¿Tú cocinas?

—Bueno, cocino verdura hervida.

—¿Piensas que soy una vaca? A mí dame comida de verdad, un buen solomillo o pescado fresco a la plancha. —Se secó los ojos con la manga —. Me gustaría tener tu seguridad, Rebeca. No sé si lo sabes, pero Milo cuenta con otro agravante. La dichosa esquizofrenia. Si un padre la padece, como es el caso, un hijo tiene trece veces más probabilidades de desarrollarla. Ya le ha ocurrido a su hermano. Dos de tres. Otra carta en su contra.

—Las teorías no van con Malart —aseveró—. Ni ninguna norma. Joder, parece que no sepas cómo es. Nada cuadra con él.

La jueza dejó la taza en la mesilla y se abrazó a las piernas.

—De mujer a mujer —dijo—, y ya que estamos en plan confidencias, ¿tú sientes algo por Milo?

—Jueza, se me hace tarde y yo…

—Mi nombre es Susana. Contesta.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una normal y corriente entre dos personas adultas.

—A mí no me parece ni normal ni corriente —dijo. Apuró el café—. Me niego a contestar.

—Lo acabas de hacer. En fin, tú sabrás dónde te metes. Pero no lo vas a tener fácil. Juraría que Milo está en una etapa en la que solo se plantea mantener relaciones con mujeres que únicamente lo quieran para enrollarse y poco más, no para establecer algo serio. Emocionalmente, diría que se ha blindado, que no quiere una nueva decepción.

Rebeca se recostó contra el respaldo.

—Lo sé. Cuanto menor es el compromiso, más comprometido se siente. —La señaló—. Como le sucede contigo. Te seré franca, envidio vuestra relación.

—Mis años me ha costado, así que no te hagas ilusiones.

—No me las hago, te lo aseguro.

—Me alegra oírlo, pero a mí no me engañas. Tuviste un lío con él y te marcó, no estoy ciega. Supéralo, Rebeca.

—Tú también lo tuviste, Susana. Y no lo has olvidado.

La jueza asintió muy despacio.

—Tienes razón —dijo—. Pese a ser mayor que él, y no pienso decirte

cuánto, cometí el error de querer cambiarlo. Me equivoqué, eso es todo. Fui una estúpida y precipité las cosas.

—Fue su decisión, no la tuya. Sácatelo de la cabeza.

—Y eso que yo era un pibón, no lo dudes.

—Me lo puedo figurar. ¿Y ahora qué? ¿Comparamos sus habilidades amatorias?

—¿Sus habilidades? No me hagas reír. Era pura energía y entusiasmo, te lo concedo, pero no podría decirse que fuera muy hábil. Por describirlo de forma sutil, parecía un adolescente torpe en manos de una experta, un novato. Eso sí, extenuante.

—Le enseñaste bien, yo no puedo quejarme.

—Todo eso que me debes.

Rieron de forma espontánea.

—Un momento —dijo Susana. Se encaró con ella—. ¿Cómo sabes tú lo de mi historia con Milo? ¿Te la ha contado él?

Rebeca señaló hacia una de las paredes.

—¿Satie?

—Saint-Saëns. Responde, subinspectora. ¿Cuándo y cómo lo has averiguado? Creía que los dos la manteníamos en secreto.

Las mejillas de Mercader se tiñeron de rubor. Se irguió en el sofá, cruzó los pies sobre las piernas y le explicó su visita al ático de Malart por la mañana; que al registrar el piso había hallado de manera accidental una carpeta de tapas azules en la mesilla del dormitorio.

—¿De manera accidental? —dijo Cabot, suspicaz.

—Mi intención era buena.

—Continúa. ¿Qué contiene esa carpeta azul?

—Listas, listas de todo. De recuerdos, reflexiones, experiencias… Muy detallado. Notas, cartas repletas de borrones…

—¿De relaciones?

Asintió.

—Hojas encabezadas por un nombre —dijo—. Entre muchos otros, el tuyo, el mío, el de Irene… Y también de su familia. Su padre, su madre, su hermano, su cuñada Sara, su sobrino Marc. Cada persona importante de su vida reflejada en una hoja.

—¿Las has leído?

—Por encima. En el ático. Y antes de venir las he vuelto a revisar para hacerme una idea general. Pero me he sentido tan fisgona que la he cerrado de golpe. —Hizo una pausa—. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—¿Que eres una maldita entrometida?

—Tal vez, pero reflexiona. ¿Por qué alguien de cuarenta y tantos se pone de pronto a hacer listas de todo lo relevante que ha vivido desde la infancia hasta hoy? La respuesta es sencilla.

Susana se quedó muda.

—Por temor —dijo, al cabo.

—En efecto. Ahora dime: por temor a qué.

—A que desaparezca todo lo valioso de una memoria que comienza a flaquear. Y no debido a la edad.

—Quizá para anticiparse a cuando llegue ese momento.

—Por la jodida esquizofrenia latente, el dichoso gen. La espada de Damocles que siempre pende sobre su cabeza.

Rebeca cabeceó otra vez de forma afirmativa.

—Es como si hubiera querido descargar el disco duro por escrito —dijo—. Pero solo los momentos felices, aquellos que no quiere perder. Como un seguro, una garantía, por si acaso. Y tú y yo estamos entre lo que quiere rescatar.

Susana hizo una mueca.

—¿Y las cartas?

—Diría que son las que aún no se ha atrevido a enviar. Por ahora son borradores. No las he leído.

—¿Pueden ser de despedida?

Rebeca tardó unos instantes en responder.

—Según Sara, ha tirado la toalla. Se siente tan hundido que…

—¿Y qué coño va a saber su cuñada? —cortó, con desdén—. Milo la ha tirado y vuelto a recoger tantas veces que ya he perdido la cuenta. No, él no es de esos. Nunca se rinde.

—Otra cosa que me ha llamado la atención es que la carpeta azul no contiene ninguna fotografía. Ni una sola.

—Eso te lo puedo explicar yo —dijo—. No las soporta, les tiene auténtica aversión. Prefiere el recuerdo de los hechos antes que las imágenes. Las fotos lo tumban, sobre todo si son de seres queridos que ya han fallecido, como Marc o su madre. No puede con ellas, es superior a sus fuerzas.

—Un investigador de homicidios a quien le duele ver fotos de gente muerta —dijo Rebeca—. Singular paradoja.

—Solo cuando hay afecto de por medio, subinspectora.

El piano dejó de sonar en el piso de al lado.

—Otra cosa curiosa es que vuelves a llamarme por mi rango.

—Desde que sé que eres una cotilla —dijo Susana. Frunció el ceño—. Escucha, no…

—La carpeta azul está a buen recaudo, no te preocupes. Jueza, tengo que irme. ¿Me indicas dónde está el baño?

—Y se la devolverás a Milo cuando regrese a casa.

Mercader se calzó las deportivas y se levantó.

—Descuida —dijo—, no la quiero para nada. ¿El baño?

—Y no volverás a leer lo que contiene. Bajo ningún concepto.

—Palabra. ¿Me dices dónde está el baño o qué?

—Una cosa más. —Ahora fue Susana quien hizo una pausa, esta vez una de las largas—. Tráelo de vuelta, ¿me oyes? Móntatelo como quieras, pero hazlo. Es una orden, y no bromeo.

—Recibido.

—Todo aclarado, entonces. Al fondo a la derecha.

Bakir descruzó los brazos y se apartó para dejar pasar a Goran, quien fue directo hasta el camastro y se detuvo a medio metro.

Malart bajó los pies al suelo y elevó la cabeza.

—Mira —dijo—, si quieres oírme decir que eres el protagonista de la película, de acuerdo. ¿Ya estás contento? Ahora quiero mis botas, la cazadora, la placa y el arma. Y mi móvil.

El rostro de Juric no mostró ninguna expresión.

—Dime qué te debo por los cafés y el bocata, y en paz.

—Has levantado muchas olas —repuso el bosnio—. Otra vez. Y has vuelto a salpicar a la misma gente importante. ¿Lo haces por diversión o es por vocación de joder?

—No sé nadar de otra manera. También quiero mi cartera.

—Cuando fui a tu casa en mayo para negociar te advertí que había alguien muy cabreado contigo. ¿Y qué hiciste tú? Ni puñetero caso. Ni siquiera te interesó saber quién era.

—No me gustan las habladurías. Dame mis cosas.

—Te avisé.

—También dijiste que éramos amigos.

—Solo de momento. Tengo socios.

—Y las cosas han cambiado, ya veo.

Juric asintió lentamente sin pronunciar palabra.

—¿Hasta qué punto? —quiso saber Malart.

—Hasta el de no retorno.

Milo reflexionó unos instantes.

—Siempre hay una salida —dijo—. Nadie lo sabe mejor que tú. Sobreviviste a una guerra, y aquí estás.

—Esto es diferente. Eres mercancía valiosa. Muy valiosa.

—¿Soy una especie en extinción?

—Hay mucho dinero en juego.

—Yo te puedo pagar más —dijo Milo—. Estoy forrado.

—¿Un policía de la judicial? No cuela, madero.

—Me acabo de divorciar. Y no quieras saber quién es mi ex. Reparto de bienes. Pasta gansa.

—¿Y vives en un pisito con cerradura de juguete, rodeado de cajas y sin ascensor?

—Mis gustos son sencillos. Pero en segunda línea de mar, que conste. Y al menos no se cae a trozos —indicó los puntales que afianzaban el techo al suelo— como esta casa.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto quieres?

—¿En cuánto valoras tu vida?

Malart se echó la mano al bolsillo. Vacío.

—Lo que lleve en la cartera —dijo—. ¿Veinte euros? No está mal para empezar la subasta.

Juric se pasó la mano por el pelo cortado a cepillo.

—No tienes miedo a morir —dijo, la voz neutra.

—No es una pregunta.

—No, no lo es. Pero estoy seguro de que te da pánico sufrir. Si tienes la llave, no te preocupa. Si no la tienes, la cosa cambia. ¿Me equivoco?

—¿Es una pregunta?

—No hablamos de una muerte rápida.

Malart notó la garganta seca de repente.

—Esta vez la he jodido en serio —dijo.

—Hasta el fondo.

Alcanzó la botella de agua en el suelo y dio un largo trago.

—Si me lo cuentas, es que aún no has tomado una decisión.

—Me lo estoy pensando —dijo Goran, con media sonrisa.

—Negociando, hay que joderse. Quieres subir el precio.

Juric se encogió de hombros.

—La ley de la oferta y la demanda —dijo—. Es el mercado.

—Y tú eres un empresario.

—Cada uno se dedica a lo que vale.

Malart dio otro trago. A continuación, sacudió la cabeza.

—Liquidar a un policía es un asunto muy serio —dijo.

—Por eso me lo estoy pensando.

—Se acabará sabiendo quién lo hizo. Tú.

—O no.

—Los delitos de sangre siempre dejan rastro.

—Puedo hacer que te tiren al mar, lejos de la costa.

—Necesitarás un barco.

—No hay problema. Nada me acusaría. Y tu muerte sería lenta, agónica. Dos pájaros de un tiro.

—El camello que me recogió en la calle —le recordó Milo.

—Resuelto.

—Haris.

Goran arrugó el ceño.

—Solucionable —dijo.

—La gente que habrá sido testigo. Siempre hay alguien.

—Encontraré a quienes testifiquen que te vieron salir de aquí por tu propio pie. No es complicado.

Malart soltó un chasquido con la lengua.

—Tu plan tiene más agujeros que un colador. No saldrá bien.

—Falta pulir.

—Te vas a meter en un marrón que acabará con tus huesos en la trena. ¿De qué te servirá tanta pasta entonces?

—Para pagar el mejor bufete de abogados y salir de rositas.

—Te perseguirá toda la vida. Y adiós a tu rollo de patriota y hombre de negocios. Serás solo un sicario.

—Pero rico. Muy rico.

Milo hundió los hombros. Caviló unos instantes.

—Supongo que la noche va a ser muy larga —dijo, al fin.

—O no, ¿quién sabe?

Sostuvo su mirada sin pestañear.

—Estás disfrutando, Goran. Lo leo en tus ojos.

—¿Cómo te sientes?

—¿Aparte de acojonado? Intrigado.

—No entiendo.

—Pensaba que este tipo de asuntos no iba contigo.

—Y no van. Pero el beneficio es muy tentador.

—¿Y por qué a ti?

—¿Quién crees que les proporcionaba la farlopa?

—Te tenía por un tipo libre, independiente. Goran, me decepcionas, te han cazado, metido en una jaula y domesticado.

—Que descanses bien, loco de los cojones.

Dio media vuelta para marcharse.

—Lo he leído en alguna parte —dijo Malart—. Seguro que en un libro de autoayuda. No recuerdo el nombre del autor.

Juric se detuvo.

—¿De qué hablas?

—«El tigre y el león son más poderosos, pero el lobo no actúa en el circo.» Saluda al domador de mi parte.

El gigante bosnio abandonó la estancia como una exhalación. Acto seguido, Bakir cerró la puerta blindada. Los tres cerrojazos resonaron en la cabeza de Malart como tres disparos.

18

Entró en el Rosebud. Según el reloj, más o menos a la misma hora en que Ivo Parés y Mónica Morera lo habían hecho la noche anterior. Iluminación tenue, música agradable a volumen alto pero no estridente, decoración lujosa. Muchas personas repartidas por barras y mesas, de pie, en grupo y en pareja. Jóvenes y no tan jóvenes. La mayoría gente guapa, con indumentaria elegante. Ellas, vestidos cortos, sugerentes, zapatos de tacón alto; ellos, ropa informal, de marca, demasiado clásicos en su opinión. Por las miradas que algunos le dirigieron, supo en el acto que desentonaba con la americana arrugada, los tejanos y las deportivas verde chillón. Sin resultar agobiante, era el local idóneo para pasar desapercibidos. También intuyó que no iba a ser tarea sencilla obtener información. Su única esperanza era que las noches de los miércoles fueran menos atractivas para salir de fiesta que las de los jueves. Vio a un camarero sorteando obstáculos, la bandeja en alto, y lo abordó.

—¿Esto está siempre tan concurrido?

—Se acerca el fin de semana y la gente tiene ganas de marcha —dijo. Hizo ademán de seguir adelante, pero Mercader se interpuso en su camino—. Oiga, que estoy trabajando.

—Yo también. —Extrajo la placa y el móvil—. Solo dos preguntas. ¿Anoche había tanta animación? —El camarero negó con la cabeza. Rebeca seleccionó las fotos del matrimonio—. Estos dos estuvieron aquí ayer, ¿los viste con alguien?

—No sabría decirle.

—Vuelve a mirarlas. Y esta vez, piensa antes de responder.

Puso cara de pasmo. Luego, obedeció sus instrucciones.

—No estoy seguro, yo solo voy a lo mío. Sirvo copas y apenas me fijo en nadie. Pregunte a otro. Pero aquí todo el mundo habla con todo el mundo.

Rebeca dejó que se marchara. Se acercó a la barra más próxima y le repitió las preguntas a un segundo camarero. El resultado fue idéntico. Al igual que con el tercero. El cuarto, sin embargo, le contó que estuvieron sentados a una mesa cerca de la entrada, los dos solos, en plan pareja.

—Muy acaramelados y todo eso. Tomaron una copa y se marcharon.

—¿Solos? —El camarero asintió—. ¿Y no se fueron con alguien?

—Pagaron en efectivo, dejaron una buena propina y se largaron. Cogidos de la mano, rollo besuqueo. Muy contentos. Cachondos, si entiende lo que quiero decir.

—Y no los viste hablar con nadie, con un chico o una chica.

—No llego a tanto. —Reflexionó un momento—. Pero la mujer fue a los servicios. Me acuerdo porque volvió sin dejar de tocarse la nariz. Aquí muchos clientes pillan un resfriado al salir del baño y… —Se calló de golpe—. Usted no es de narcóticos, ¿verdad? Solo es consumo personal, como en todas partes.

—Háblame de las mesas de al lado. ¿Estaban ocupadas?

El camarero trató de hacer memoria.

—Sí, pero no sé si a la misma hora. Esto es un no parar de sentarse, tomar algo y marcharse a los demás locales. Es como un circuito, ¿entiende? La gente no para de desfilar.

Rebeca recibió un empujón por la espalda.

—¿Alguien te llamó la atención? Intenta recordar. Una chica sola, o un chico. Tal vez otra pareja. En una de esas mesas. Anoche esto no estaba tan animado. Es importante.

—Tíos, tías, en solitario o en compañía. Vestidas con minifaldas de vértigo o con trajes estilosos. Todos buscan lo mismo, llamar la atención, ligar. No me quedé con ninguno, lo siento.

—Está bien. ¿Tenéis cámaras?

—Solo en la entrada, por si hay incidentes.

No iba a obtener más información, así que le dio las gracias y abandonó el lugar. La siguiente parada que hizo el matrimonio fue el muelle de Capitanía, donde subieron al yate, soltaron amarras y zarparon. No valía la pena ir hasta allí. ¿Para qué? Ya sabía qué hicieron y cómo lo hicieron. Tenía las grabaciones. Sin apresurarse, caminó hasta el coche y se dirigió al puerto. Mostró las credenciales en el control de seguridad de la Policía Portuaria, luego en el de la Guardia Civil, y aparcó en la zona más cercana al muelle donde estaba amarrado el *Somerton*. A esas horas estaba desierta, en silencio, envuelta por una niebla persistente. Apretó el paso hasta que vislumbró la embarcación. Habían apagado los focos, pero no las luces de cubierta. Entre las brumas, la apariencia del yate era fantasmal, siniestra. Se colgó la placa al cuello y se aproximó a los dos agentes de la Benemérita que estaban de guardia, medio adormilados. Los saludó con un gesto y les explicó que se disponía a llevar a cabo unas comprobaciones. A continuación, traspasó la cinta balizadora, aterrizó de un salto en la plataforma de popa y subió por las escaleras de estribor hasta el porche. Se detuvo un instante, lo justo para borrar de la mente todo lo que no fuera el caso, y entró en la sala. Consultó la hora. Faltaban pocos minutos para las dos de la madrugada. Malart ya se había colado a bordo. Según Márquez, luego se había escondido en la sala de máquinas a esperar a que desamarraran los cabos. Le pareció razonable. Desvió la mirada a la

escalera. Por allí había bajado. Lo indicaban sus huellas. Poco después, el yate zarpó. Y cuando dejó atrás la bocana del puerto, comenzaron los hechos. Soltó un resoplido. ¿Y ahora qué? Miró a izquierda y derecha, y anduvo muy despacio hasta situarse en el centro de la sala. Se sentó en el suelo, la espalda apoyada en uno de los muebles negros del lateral, y clavó la vista en la alfombra donde habían caído los cuerpos de las dos víctimas.

—Vale —dijo—. Si fueras Malart, ¿qué harías ahora?

Lo sabía perfectamente. Convertir el cerebro en una máquina de procesar impresiones. Tratar de visualizar lo ocurrido, lo que podía haber sucedido. En resumen, ponerse en su piel. Ver con sus ojos. Sentir lo que sintió. Si quería seguir su método, debía empatizar con Milo. Calzar sus zapatos.

—Ya —dijo—, como si fuera tan fácil.

La angustia se apoderó de él, la ansiedad. Por un instante tuvo la impresión de que no podía respirar, de que las cuatro paredes se combaban en su dirección y le iban a caer encima. Sintió un dolor agudo en el pecho. Y no podría hacer nada por evitar que lo aplastaran. Estaba encerrado. Como en una celda. Pero sin barrotes. Un espacio claustrofóbico. Debía apartar como fuera aquellas ideas de la mente si no quería sufrir un ataque de pánico. Los síntomas ya estaban ahí. Se llevó una mano al corazón y notó el ritmo cardíaco desbocado. Los temblores, la sudoración. Y a causa de la falta de aire, la hiperventilación. Le urgía tranquilizarse. Inspiró hondo, lo máximo que le permitían los pulmones, y aguantó la respiración un segundo, dos, tres, y espiró. Repitió la operación cinco veces. Poco a poco, la agitación fue disminuyendo. Sin embargo, persistía la tensión por estar confinado en contra de su voluntad, el nerviosismo. Redobló sus esfuerzos por recuperar la calma y volvió a la carga, en esta ocasión con diez inspiraciones. Por fin, más relajado, pudo respirar con normalidad. Se enjugó el sudor de la frente con la manga.

Al menos le habían dejado la luz encendida.

Observó en derredor una vez más. La habitación tenía un aspecto cochambroso. Sucia, maloliente. Sin ventanas. Apartó la vista de las paredes. Aguzó el oído y no oyó tráfico, solo algún ruido que otro proveniente de arriba; pasos, golpes como de sillas. Ninguna voz del exterior, ningún grito. Dedujo que se hallaba en un sótano, tal vez de un pasaje o callejón peatonal. Poco más podía adivinar. La espesura mental permanecía cómodamente instalada, sin dar su brazo a torcer. Ejercicio, se dijo, tenía que hacer ejercicio para activar la circulación de la sangre y librarse de aquella densa neblina cuanto antes. A pesar de la debilidad, se levantó del camastro poco a poco y logró mantener el equilibrio. Dio un paso, otro. Le irritó la flojera de las piernas. Titubeante, caminó

despacio por el cuarto apartando los escombros y cascotes con los pies, todo a cámara lenta, con extrema precaución. Al ganar en seguridad, se aproximó a la decena de puntales repartidos por la estancia y comprobó uno a uno su resistencia. Parecían fuertes, bien asentados. Dio media vuelta y regresó hasta el otro extremo, donde giró de nuevo y rehízo el mismo camino. Tras recorrer de punta a punta el lugar una veintena de veces, eligió una parte del suelo, la despejó de esquirlas y fragmentos del techo, y se echó encima, boca arriba. Cruzó los brazos sobre el estómago y comenzó una tanda de cincuenta abdominales. Al terminar, se levantó con cansancio y se dispuso a estirar el psoas. Luego, volvió a echarse al suelo y le llegó el turno al estiramiento espiral. Por último, hizo otra serie de abdominales. Acto seguido, exhausto, puso los brazos en cruz, cerró los ojos y trató de recuperar el aliento.

Sin noción del tiempo transcurrido, la mente lo trasladó a su infancia. La época feliz. El Port de la Selva. El afecto y el cariño. Su abuelo empeñado en proteger la cabeza de un niño de seis años de lo que él consideraba «imágenes nocivas». Siempre a punto de cambiar de canal si en los telediarios aparecían víctimas de atentados, cadáveres destrozados por las bombas o cuerpos mutilados. Todo con tal de evitar que su memoria almacenara visiones horribles de la realidad y lograr mantenerla limpia. Sonrió de forma inconsciente. Su abuelo le contagió el empeño, aquella especie de hábito, y cuando a los doce años regresó a Barcelona con su padre y su hermano, ambos se sorprendieron de su costumbre de cerrar los ojos a cada tanto cuando los tres veían las noticias sentados a la mesa. Poco después, el asunto derivó en aprensión. Le afectaba ver fotos de personas muertas, el rostro. Se ponía en su piel, las imaginaba cuando estaban vivas, sin saber el final que les aguardaba, y la pena le partía el alma. Por ende, luego no había forma de quitarse aquellas caras de la cabeza. Pero la cosa adquirió tintes enfermizos cuando se trataba de amistades o familiares. Se le cerraba el estómago, comenzaba a tener palpitaciones y perdía el mundo de vista. Por este motivo, un día que su hermano Hugo le mostró un álbum de fotos con su madre de cuando eran pequeños, las rompió todas en un arrebato hasta hacerlas trizas, ganándose una buena paliza.

—Eras gilipollas —dijo—. Hoy darías lo que fuera por tener una foto de ella. Lo que fuera.

Se puso boca abajo y empezó a hacer flexiones con furia. Se detuvo enseguida. El hombro derecho le molestaba. El dolor. Sentado en el suelo, contempló la muñeca despellejada, la sangre reseca. Le asaltó un recuerdo. Navegando a bordo de una lancha neumática. No, a bordo no. Con el cuerpo fuera de la embarcación. Rebotando sobre uno de los costados de goma. La mano atada por un cabo a uno de los asideros. El hombro medio descoyuntado. Un escalofrío le recorrió la columna. La persona que la timoneaba no pudo sacarlo del mar y auparlo dentro de la lancha. No tenía suficiente fuerza. Él no era gordo; al contrario,

estaba en los huesos. Pero medía casi dos metros y había que sumarle el peso de las ropas empapadas. Aun así, la carga no era excesiva. Y además, él habría puesto de su parte. Estaba drogado, no inconsciente. Era posible subirlo a bordo. Menos para alguien poco vigoroso. Un hombre enclenque. O una mujer.

—¿La patinadora?

Desde su posición, Mercader divisaba todo el pasillo que se adentraba por el yate y finalizaba en la cabina de mando. Rehízo visualmente el camino de vuelta, repasando uno a uno los espacios hasta llegar a la sala de estar. El comedor, la cocina, la pared divisoria de cristal tintado. Volvió atrás. Las escaleras de la cocina. Según las pisadas, por allí subió Malart. El *Somerton* ya navegaba en mar abierto. Uno de los dos, supuso que Ivo, ya había fijado el rumbo, la velocidad, y activado las alarmas del radar, las luces de posición encendidas. Mónica espera en la sala. Se ha desprendido de la chaqueta, como él de la cazadora, y las han dejado en uno de los sofás para estar más cómodos. Prepara unos gin-tonics, las rayas de cocaína. Ivo se une a ella. La abraza, se besan. Están a cien. El deseo se palpa en el aire. Han empezado el juego en el Rosebud y se disponen a culminarlo, a dar rienda suelta a su intimidad, en el yate. Son unos privilegiados y para eso lo tienen, entre otras cosas. Una salida inocente. ¿Con niebla? Arrugó la nariz y lo dejó para más adelante. Sexo en alta mar, a bordo de una embarcación que quita el hipo. Acunados por el suave balanceo. Tal vez bailan. Entrechocan las copas. Esnifan. Los dos solos. La pasión. Pero no están solos. Malart los observa agazapado detrás de la pared divisoria. Aguardando la ocasión propicia. «Acabaré con vosotros.» Está obsesionado con ellos. Fuera de sí. «Pienso disfrutar del momento.» Los espía. Acaramelados. Toqueteándose. Tan tranquilos y felices. Despreocupados. «Sé lo que habéis hecho.» Candela Cuadrado. La pareja belga de novios. Los cuatro jóvenes durante las vacaciones en julio. Uno cada diez días. Dos chicas y dos chicos. Está convencido. No tiene pruebas, pero lo sabe. La ira crece en su interior. Son siete ya las víctimas. Y los ve ahí, delante de sus ojos. Libres. Se siente frustrado, impotente. Metiéndose mano. Libres. Las risas, las caricias. Gozando de la vida. Libres. «A la mierda con todo.» El furor lo ciega. No piensa en su carrera ni en sus compañeros. No tiene nada a lo que aferrarse. Salvo su trabajo. Pero está harto de los politiqueos. De que le pongan palos en las ruedas. Solo le resta un objetivo. Pararlos de forma definitiva, como sea. «Vais a recibir vuestro merecido.» Es lo único que lo ha mantenido en pie durante los últimos seis meses. Sin descanso, sin tregua. Y siguen libres. Lo ve todo rojo de repente. Ya no hay escala de grises. Ahora es blanco o negro. Y escoge el negro. «Palabra.» Sale de detrás de la pared divisoria. Dispuesto a cruzar el límite…

Sacudió la cabeza. ¿Por qué anoche, en noviembre? Tuvo que haber alguna razón de peso, algo que lo justificara. Apretó los labios. No supo qué contestar y también lo dejó para otro momento. Llega hasta ellos en dos zancadas. ¿Cómo reaccionan al verlo? Primero, con sorpresa. Luego, con soberbia. Saben que está atado de pies y manos a una placa. Y que ha invadido su propiedad. Se sienten amparados por la ley. Nada malo les puede ocurrir. Le preguntan si tiene una orden. Se ríen de él. Están achispados, colocados. Ellos son ricos, poderosos. Y Malart solo un policía de la judicial que acaba de cometer el error más grave de su vida. Lo desafían, se mofan. «Vas a ir a la cárcel por esto, inspector de pacotilla.» Ignoran que bordea la linde del precipicio. «Podemos comprar lo que nos dé la gana.» Que están jugando con fuego. «A jueces, policías, políticos, lo que haga falta.» Y Malart responde. Encendido de ira. Los esposa y…

—No, esos dos no se dejarían esposar sin oponer resistencia.

El táser. Les suelta una descarga a cada uno. Primero a él. Ivo es más fuerte. Y luego a ella. Caen en la alfombra. Y entonces les pone las esposas. «Palabra.» Están en su poder. Los ojos desorbitados. El espanto. En el suelo. Ya sin rastro de arrogancia. «Pienso disfrutar del momento.» A continuación…

—Y una mierda —dijo—. Esto no encaja ni con calzador.

Nada de aquello tenía lógica. Malart nunca actuaría de esa forma. Si hubiera querido neutralizarlos, habría usado su arma. ¿Qué demonios hacía él con un táser? Era ridículo. No, si se había colado en el *Somerton* era por otro motivo. La sucesión de hechos que Márquez había hilvanado a partir de las pruebas halladas debía de haberse desarrollado de otra manera, una más sensata y coherente. Como, por ejemplo, una que incluyera la intervención de un segundo intruso. Estaba segura. Se levantó con agilidad y anduvo cabizbaja por la sala. No tenía más remedio que volver a empezar. Y esta vez, desde el principio.

—Rebobina, tía.

Salió al porche y tomó aire. No sabía por qué, pero el interior del yate le semejaba una cueva. Pese a ser tan espacioso, le dificultaba respirar con normalidad. Y si precisamente ahora necesitaba algo, era oxígeno. Para pensar con lucidez.

Los dos guardias civiles le hicieron un gesto desde el muelle y ella les dijo que todo iba bien. Acto seguido, volvió a sentarse en el suelo, de espaldas a los agentes. Se recostó contra la borda y contempló la zona de sofás. Las puertas correderas abiertas.

—Ya me gustaría que todo fuera bien —murmuró para sí.

Cerró los ojos.

La vigilancia. Malart está en el coche. Cansado, probablemente aburrido. Como esos dos agentes de la Benemérita. Ve al Evoque entrar en el aparcamiento y se deja resbalar en el asiento para que no lo descubran. Minutos después, observa al matrimonio dirigirse al yate.

Cuando desaparecen en el interior, sale corriendo, encorvado, hacia el *Somerton*. ¿Por qué? Meditó unos instantes. Porque vio al segundo intruso subir a bordo poco después que el matrimonio. ¿Le preocupaba la seguridad de esos dos? ¿De una pareja que despreciaba? Podría ser. Al fin y al cabo, y al margen de cuestiones personales, era su obligación. Velar por la integridad de dos ciudadanos. Pero las cámaras del muelle no grabaron al segundo intruso acceder a la embarcación. Lo hizo por el punto ciego, de acuerdo. Otra posibilidad es que ya estuviera a bordo, que se hubiese colado antes de su llegada. Aguardándolos. Cabeceó con desgana. Le pareció improbable. ¿Cómo sabía que iban a escoger justo esa madrugada para salir a navegar? Tenía más sentido que hubiera ido tras sus pasos durante toda la noche. ¿A pie? Si el matrimonio había llegado en su vehículo, ¿cómo se las había ingeniado el segundo intruso para seguirlos? Vale, en su propio coche. Lo deja fuera del recinto y entra a pie en el aparcamiento. El Evoque llega a la 1.44 y Malart se cuela en el yate a la 1.52. ¿En menos de ocho minutos tuvo tiempo de aparcar a cierta distancia, saltar la valla y atravesar el muelle a la carrera hasta el barco? Era un intervalo muy justo, pero factible.

—Joder, eres tonta —dijo—. Tonta de remate.

Cualquiera de las dos cámaras lo hubiera grabado. El dichoso punto ciego era estrecho, cosa de un metro, máximo metro y medio. Dejaba fuera de encuadre solo parte del trayecto desde la plaza donde habían aparcado el Evoque hasta el yate, y un tercio de la popa de este hasta el noray, ambos de estribor. Un espacio muy concreto y definido. Tanto la primera como la segunda barrían toda la zona restante del embarcadero. No, el segundo intruso no iba detrás de ellos.

—Iba *con* ellos.

Un temblor le sacudió la espalda. Presa de los nervios, extrajo el móvil y clicó la grabación de la primera cámara. Ivo camina a la 1.46 hacia el *Somerton*. A su lado, medio cuerpo de Mónica, el rostro sonriente de perfil un momento para salir acto seguido de plano. Tras subir por las escaleras de babor, Ivo teclea el código de seguridad, abre las puertas correderas, entra y cierra la hoja de la izquierda. No recoge la entrada de su esposa. Con tal de no volver a ver cómo Malart se colaba en el yate, hizo avanzar rápido las imágenes hasta las 2.03, el instante en que Mónica soltaba las amarras de babor. Activó la filmación de la segunda cámara, la que nadie del Grupo había visto por falta de tiempo, haciendo caso solo a las explicaciones de Márquez. También a las 2.03, mostraba una mano soltando las de estribor. Detuvo la imagen. La amplió. Era una muñeca delgada. Fijó los ojos en el margen izquierdo. Parte del puño de una camisa blanca debajo de una manga negra, tal vez de una americana. Algo no cuadraba. Volvió a la primera grabación. Mónica vestía chaqueta de piel color hueso sobre un *twin set* rojo cereza. Y por lo que recordaba, era de complexión normal, con algo de sobrepeso. Avanzó rápido hasta el momento en que desamarraba el cabo

de babor. Amplió la imagen de una de sus manos. No solo iba vestida con otras prendas, sino que el tamaño también era diferente. Reprimiendo la excitación, puso de nuevo las imágenes grabadas por la segunda cámara. Se detuvo en la de la mano. Agarraba un cabo, el brazo estirado hacia el noray. La amplió otra vez. No había ninguna duda. Las ropas eran distintas, como los colores. Y la muñeca, más fina. Pertenecía a otra persona. A un joven menudo. O a una joven.

—El segundo intruso.

Se preguntó por qué había pensado en la patinadora. Cuál era el motivo de que su cerebro hubiera realizado aquella asociación de ideas. La alucinación. Una de ellas. Todo se mezclaba en su cabeza. Pero la nebulosa empezaba a disiparse, permitiéndole atisbar entre los resquicios. Ejercicio. Tenía que hacer más ejercicio para eliminar la sustancia que le habían inyectado. Se tumbó de nuevo en el suelo y realizó otra tanda de abdominales, esta vez más larga que las anteriores. A continuación, les llegó el turno a las sentadillas. Y cuando notó que los músculos de las piernas comenzaban a quemarle, volvió a hacer flexiones. El pinchazo en el hombro lo atravesó como un hierro candente. Apretó los dientes. El dolor era bueno. Le hacía sentir vivo. Y le despertaba no solo el sistema nervioso, sino también las neuronas. Una patinadora. Sus evoluciones. Despidiéndose de él. El ademán de llamar por teléfono. Un pulgar hacia abajo. Apartó aquellos gestos para analizarlos después y trató de internarse entre la niebla, que ya no era espesa como una jungla. ¿Por qué su mente había captado en pleno desvarío mientras flotaba en el mar la imagen de una patinadora? Se le ocurrió una teoría plausible. Cuando podía, disfrutaba viendo por televisión los campeonatos de patinaje artístico sobre hielo. Masculino, femenino, por parejas, le daba igual. Verlos deslizarse con aquella elegancia al ritmo de la música, encadenando saltos y piruetas, le ponía la piel de gallina. Parecía tan fácil, tan natural. Y en cambio, debía de entrañar una gran dificultad. Muchas horas de entrenamiento, caídas, repeticiones. Un esfuerzo descomunal. Como la fuerza de voluntad. Gracia, belleza, armonía. Aquellos jóvenes tan esbeltos eran la mezcla perfecta de artista y atleta. Danza y deporte. Sobre una superficie de hielo. Tal vez a eso se debía su fascinación. El mérito era inmenso, innegable. Y el resultado le impactaba. Por su atractivo. No era de extrañar que su subconsciente lo registrara. Ellas. Principalmente ellas. Ligeras, fuertes, estilizadas. Muy femeninas. Enfundadas en aquellos maillots.

Aplastó la cara contra el suelo.

—Una patinadora con el flequillo mal cortado —jadeó.

Se dio la vuelta y cerró los ojos, el pecho subiendo y bajando. Regresó al punto de partida. No tenía bastante fuerza para meterlo en la lancha y

lo ató por la muñeca hasta llevarlo a la playa, donde lo abandonó. ¿De dónde había salido? Del *Somerton*, claro. Estaba a bordo. No podía ser de otra manera. Una imagen se abrió paso lentamente entre la maleza. Ivo Parés y Mónica Morera caminaban hacia el yate. Una tercera persona iba con ellos, las manos en los bolsillos. Intentó concretar su apariencia. Poca altura. Complexión delgada. Andar felino. Un macuto colgando en bandolera. Deportivas blancas. Con la camisa por fuera de los pantalones. Americana negra. ¿Quizás un traje? Extraña vestimenta para una patinadora. ¿Otra vez a vueltas con lo mismo? ¿De dónde sacas que era una chica?

—Ni puta idea —resopló.

Se puso en pie y echó a andar de manera fatigosa de un extremo a otro de la habitación. Echó un vistazo al camastro. Necesitaba reposar unos momentos. Aunque no allí. La cama era el mejor invento del mundo, sin duda, pero también muy peligrosa. Cuantas menos horas tumbado encima, mejor. Era preferible estar incómodo, sentado, reclinado o acostado sobre algo duro y desigual. Las camas mataban el cuerpo.

Se dejó caer en el sillón desvencijado. Reclinó la espalda y estiró las piernas al máximo. Apoyó las manos sobre los muslos. «Estás a salvo, ya no pueden hacerte daño.» El muslo. Un dolor afilado en la ingle. Como un pinchazo. Y el mundo se había esfumado de repente. Se bajó un poco los tejanos. Allí estaba el minúsculo punto rojo, rodeado por un leve abultamiento rosado. Muy cerca de la femoral. Pugnó por retener el instante, que no se le escapara su aspecto. Apretó los párpados. Orejas de soplillo. Cara pequeña. Con el pelo como un chico. El flequillo mal cortado. Ambigua. Sensual. La carnalidad. Menuda. Asustada.

—La joven del traje.

Dio un respingo y abrió los ojos. Vio la escena con nitidez. La chica se dirigía al *Somerton* junto al matrimonio, caminando con mansedumbre. Pero no entre ambos, sino al lado de la mujer. Muy cerca de ella. Como si la esposa fuera la acompañante de un ciego y guiara sus pasos por la senda correcta. Desde el coche le resultó extraño, llamativo. Rememoró perfectamente cómo se le encogió el corazón. Lo que sintió al verlos. Peligro. Aquella joven era una presa. La habían cazado. Iba a ser la octava víctima. El matrimonio había cometido el error que esperaba, la razón de su vigilancia durante los últimos meses. Y salió del coche a la carrera para colarse en el yate dispuesto a impedirlo. Un momento. Cuatro personas a bordo. Dos supervivientes.

—¿Por qué no estoy muerto?

19

Mercader repasó una vez más la primera grabación. Adelante y atrás. Esos dos sabían exactamente por dónde debían caminar sin que las cámaras registraran la presencia de un acompañante. El espacio del punto ciego era muy concreto y definido. Como un sendero. Ivo permanecía a la izquierda, Mónica a continuación y, supuso, la tercera persona a su derecha. La mujer era la encargada de mantenerla cerca de ella sin salirse del límite. Incluso era probable, se dijo, que hubiera pequeñas marcas en el pavimento del muelle para delimitar el trayecto. Memorizó el detalle para comprobarlo a la luz del día. Y otro tanto ocurría a la hora de subir al yate. No lo hacía cada uno por un lado, sino cada uno por *su* lado. El hombre por babor; la mujer y el acompañante por estribor, fuera de plano. Y de nuevo lo mismo para entrar en la cubierta principal. Ivo teclea el código de seguridad, abre las puertas correderas de par en par, accede al interior y cierra la hoja de la izquierda. ¿Por qué? Para obligar a la tercera persona a entrar por la otra, más allá del ángulo de filmación. Como una res al matadero. Sintió un cosquilleo en la nuca. Todas las precauciones del matrimonio para evitar que las cámaras grabaran a su acompañante solo podían significar una cosa.

—El segundo intruso era una nueva víctima.

Varias piezas encajaron de pronto en su cabeza con una intensidad que la dejó anonadada. La salida al mar no era una escapada inocente, sino para procurarse una nueva dosis de desenfreno total. Una noche de perversión y placer a costa del dolor ajeno. Una presa. Habían cazado a una presa. Un chico o una chica. Tenían experiencia. Un método. Y lo habían puesto en práctica, al igual que hicieron con la pareja belga de novios y, a falta de confirmación, con las cuatro víctimas durante el crucero del pasado verano. Lo del Rosebud solo había sido una actuación de cara a la galería. Para cimentar una coartada. Nadie los había visto con su nueva presa. Ninguna cámara los había grabado juntos. Luego, una vez a bordo del yate y navegando por mar abierto, les pertenecería por completo, podrían someterla a cualquier vejación que se les ocurriera. No tendría escapatoria. Y por último, tras satisfacer sus deseos, se desharían de ella. Ya tenían preparados los útiles en el arcón blanco.

—Justificaría causa probable para entrar en acción.

Pulsó un contacto en el móvil y se lo llevó a la oreja mientras se levantaba y volvía a entrar en la sala para que los agentes no oyeran sus palabras. Al cabo de varios pitidos, la jueza Cabot se puso al aparato, la voz adormilada.

—¿No me has dicho que te ibas a pasar la noche en vela?

—¿Llamas para comprobarlo, subinspectora?

Se disparó a contarle la sensación tan increíble de ponerse en la piel del otro, de querer ponerse en la piel del otro. Era algo brutal, una pasada. Le preguntó si tenía idea de lo que le hablaba y, antes de que la jueza respondiera, le dijo que empezaba a comprender lo sucedido, las razones que habían impulsado a Malart a colarse en el yate. Pero que no eran, ni por lo más remoto, las que habían esgrimido Boada o Márquez, esos dos gilipollas que solo estaban interesados en mantener el sesgo confirmatorio con tal de respaldar sus patéticas versiones de los hechos y sus ridículas conclusiones predeterminadas.

—Eso sí, las dudas se me reproducen como conejos —prosiguió, excitada—. Hay momentos en que no sabes si subes o bajas, si avanzas o retrocedes, pero es alucinante. Como escalar una pared de hielo. Siempre a punto de resbalar y darte la hostia. Es algo asombroso, Susana. Tienes que probarlo un día, te caerás de culo. Entender a Malart, la coherencia dentro de su incoherencia, es sencillamente prodigioso. A ver, no lo acabo de pillar todo, por supuesto, pero estoy en camino y…

—¿Milo está a salvo? —cortó la jueza con voz ronca.

—Es inocente. Descubrió a esos dos con una…

—Eso ya lo sabíamos.

—Sí, pero escucha. Iba a cometerse un asesinato y se vio obligado a intervenir para defender a una nueva víctima de…

Se detuvo. Algo no encajaba. Una presa cazada de forma aleatoria no cuadraba con alguien capaz de llevar a cabo una venganza tan cruel y retorcida. ¿Neutralizarlos con un táser, encadenarlos a popa, tirarlos al mar? No, una inocente víctima no actuaría de ese modo.

—¿Subinspectora?

—Un momento, jueza. Ahora no me interrumpas.

Cualquiera podía llevar encima un táser. Para protegerse. Una mujer, por ejemplo. Pero una pistola eléctrica también podía señalar a alguien *preparado*, armado, no a una víctima incauta. ¿Y esto dónde nos deja? Premeditación, maldita sea. Hubo premeditación. Malart creyó ver lo que no era.

—Rebeca, me estoy cansando de…

—Te llamo luego —dijo. Y colgó.

Malart concentró la vista en el agujero de uno de sus calcetines a la

altura del pulgar. La joven del traje lo dejó vivo. Se cargó al matrimonio, pero no a él. Le inyectó suficiente droga como para dejar fuera de combate a un elefante y después lo tiró al mar. Sin embargo, se lo pensó mejor y regresó con la lancha para rescatarlo, algo que le iba a acarrear graves problemas. Él había sido el único testigo y podría reconocerla. La chica del flequillo mal cortado tendría que esconderse, huir de la ciudad. Tuvo que ser consciente. Y pese a todo, volvió para salvarlo. ¿Por qué?

—Porque no es una asesina.

Azúcar, se dijo; daría un mes de sueldo por una cucharada de azúcar. Se puso de pie y anduvo hacia la cafetera. Apuró hasta la última gota y luego hizo otro tanto con la botella de agua. Acto seguido, la lanzó con hastío a la otra punta y echó a caminar, la cabeza gacha, estrujándose los sesos. «Estás a salvo, ya no pueden hacerte daño.» Trató de ponerse en su piel, empatizar con ella. Se imaginó la escena. En la sala, el matrimonio pone en marcha su ritual. Sentados los tres en uno de los sofás. Uno a cada lado de la joven. Pero no muy cerca, para no asustarla. «Si te quitas el macuto estarás más cómoda.» Mónica es quien habla y la chica niega con un gesto, cohibida. Ivo la distrae con una charla banal. La jeringuilla. ¿Dónde está la jeringuilla? Uno de los dos debe de haberla escondido debajo de un almohadón. Con dulzura, Mónica alarga la mano izquierda y le aparta el pelo de la frente mientras con la otra la alcanza. «Eres preciosa.» La joven no sabe qué responder. Presiente que se ha equivocado, que no tendría que haber subido con aquel matrimonio a su yate. Que ha sido una mala idea salir a navegar con dos desconocidos. Percibe señales de peligro y mete la mano con disimulo en el macuto. Agarra el táser. ¿Por qué lleva una pistola eléctrica consigo? Es atractiva, no muy fuerte, puede que haya sufrido otros intentos de agresión, de abuso. Y después del último, había decidido ir armada, para sentirse protegida. Como en aquel momento. Mónica se inclina hacia ella con intención de besarla. «Eres adorable, un encanto.» Cuando va a pinchar su cuello, le dispara una descarga en el pecho que le hace soltar la jeringuilla en medio de convulsiones. Ivo se abalanza hacia su esposa y la chica aprovecha para dispararle otra a él. Los dos se desploman en el sofá entre espasmos. Frenética, con la adrenalina desbocada, la joven se levanta y grita. Como una posesa. Fuera de sí. Presa de la histeria, vuelve a gritar. Libera todo su miedo. La locura. Un puño apretado, el otro todavía con el táser.

Malart se quedó inmóvil junto a uno de los puntales.

Ya no era necesario seguir imaginando la escena. Sin más, la recordó con claridad. Su cerebro por fin había descorrido parte de la cortina y ahora la veía diáfana, capaz de observarla hasta el más mínimo detalle.

Salió de detrás de la pared divisoria donde se había agazapado y fue a su encuentro, arma en mano. Era de baja estatura, tan pequeña que a su lado parecía una niña. Estaba temblando de pies a cabeza. Asustada.

Desvalida. Se guardó la HK en la funda a un costado y separó los brazos, las manos abiertas. Le mostró la placa. «Tranquila, soy policía. Estás a salvo, ya no pueden hacerte daño.» Dio un paso hacia ella, se acercó muy despacio. La vio dilatar los ojos por el estupor, sin saber qué hacer, cómo reaccionar. «No pasa nada —la apaciguó—. Pero suelta el táser, por favor. Ahora.» La chica obedeció en el acto. Lo dejó caer. Se llevó las manos a la cara, las piernas temblequeando, a punto de irse al suelo. «Calma, todo va a ir bien.» Apartó el táser con el pie. A continuación, la perdió de vista un momento para tumbar a Ivo boca abajo sobre la alfombra y, arrodillado, se apresuró a esposarlo, los brazos a la espalda. Extrajo del cinto el otro juego de esposas y repitió la operación con Mónica. Al terminar, enderezó sus casi dos metros de altura, vio que la joven se había desplazado y anduvo lentamente hacia ella, los brazos extendidos, para no asustarla, y la cogió con suavidad por los hombros. «Ya está, la pesadilla ha terminado. Estás a salvo.» La atrajo hacia sí. La abrazó con ternura. Ella recostó la mejilla en su abdomen. Revivió el instante al segundo. Solo le llegaba al estómago. Un pívot frente a una patinadora. Sus temblores. Tan menuda. Sin una lágrima. Debería haberse fijado en el detalle. Pero no lo hizo. Y entonces sintió el pinchazo en la ingle. Hundió el émbolo hasta el fondo, como la aguja. La dejó clavada y retrocedió un paso. Inexpresiva. Atónito, bajó la cabeza hacia la jeringuilla. La extrajo. La dejó caer. Levantó la mirada. «¿Por qué lo… has hecho?», balbuceó. Y se desplomó. A partir de ese momento, todo fueron brumas. Y luego, oscuridad.

Hasta ahora.

Se recostó contra el puntal. Del techo le cayó encima una nube de arenilla. Echó un vistazo, no parecía muy resistente, y volvió la vista al suelo. Había experimentado el terror, el terror absoluto, y por eso actuó como actuó. Ida. Trastornada. En pleno shock. No era la primera vez que una víctima de intento de violación reaccionaba de forma agresiva contra el desconocido que se había interpuesto, fuera policía o no. La experiencia era tan traumática que hacía resurgir los instintos más primarios de autoprotección, adentrándose en un terreno donde no imperaba la lógica, sino la necesidad de salir indemne.

Sacudió la cabeza.

—Pero te salvó. Vivo le suponías un riesgo, y te salvó.

Volvió a tomar asiento en el sillón. Se estiró cuan largo era y cruzó los pies. Descubrió otro agujero en los calcetines, este en el talón. Cuando saliera de aquel embrollo tendría que ir de tiendas. Resopló. Si salía, claro.

Una idea confusa le hizo fruncir el ceño. Por un lado, había una joven que solo se había defendido, que no era una asesina. Y por otro, estaba la misma chica llevando a cabo un doble crimen. ¿Con cuál de las dos se quedaba? Analizó la primera. Era necesaria mucha fuerza interior y determinación para cometer un asesinato, y ya no digamos dos, aunque

ignoraba cómo lo había hecho, si empujada por la conmoción, de forma salvaje, o bien de manera consciente, sabiendo perfectamente lo que hacía e improvisando sobre la marcha, sin planificarlo. Descartó esta posibilidad. Alguien así no daría media vuelta para recoger a un hombre que se ahogaba en el mar, y menos a un policía.

—No encaja con el perfil.

Analizó la segunda. Fría, calculadora, cruel. Con un móvil: la venganza. ¿Por lo ocurrido en el yate? Sacudió la cabeza. A falta de saber el arma utilizada, y la forma en que lo llevó a cabo, no acababa de cuadrarle el asunto. Cabía otro motivo. Por algo que el matrimonio le hubiera hecho con anterioridad. A ella o alguien de su entorno. ¿Tal vez conocía a alguna de las otras víctimas? De ser así, sabía a lo que se exponía, que no solo estaba en juego una violación, sino su vida. Cabeceó de nuevo. O era una insensata, o muy audaz. Hacía falta mucho valor para estar a solas con dos psicópatas en mar abierto, armada únicamente con un táser y el factor sorpresa. Porque lo que tenía claro es que no contaba con su presencia a bordo. ¿Y una chica con esos rasgos regresaría para rescatarlo? No estaba seguro. Y otro detalle. Antes debía lograr que la invitaran al yate. Cojonudo, así que en vez de cazarla ellos, ¿fue al revés? ¿La joven del flequillo mal cortado hizo de cebo? Arrugó la nariz y recordó su aspecto en la sala. De pie, temblando como una hoja. Sin que las piernas apenas la sostuvieran. Vulnerable. Frágil. Espantada.

—Callejón sin salida. Tampoco encaja con el perfil.

Faltaba una hora para amanecer y Rebeca se sentía exhausta, con la cabeza embotada. Poner en práctica el sistema de Malart comenzaba a desbordarla. Aquello no era lo suyo. Demasiadas puertas, demasiados pasillos. A ella le iba seguir el camino recto y seguro trazado por las pruebas, no el endiablado y lleno de curvas de la intuición. El problema era que las pruebas señalaban a su compañero. Aunque no todas. El táser y la jeringuilla no casaban con él. Reflexionó sobre el primero. ¿Se había precipitado al concluir que había habido premeditación? Quizás el hecho de llevar consigo la pistola eléctrica se debía a otros motivos y la víctima, la supuesta víctima, actuó de aquel modo empujada por el estado de shock. ¿Cómo podía saberlo sin haber estado presente en la sala? La sala. Anduvo hasta situarse cerca de los sofás y contempló la alfombra. Allí había encontrado la jeringuilla el equipo de Márquez. Con las huellas de Malart y su mismo grupo sanguíneo en la aguja. Un cóctel explosivo. Al margen de los relajantes musculares y alucinógenos, una alta concentración de benzodiazepinas, el psicotrópico más empleado por los violadores porque provoca efectos sedantes, amnésicos y un estado de indefensión en la víctima. La sumisión química. No había ninguna duda de que pertenecía al matrimonio. El estuche rojo con las

otras cuatro jeringuillas, guardado en la caja fuerte del *Somerton*. Todo preparado para asegurarse otra velada de diversión letal. Las huellas de Malart. Su sangre en la hipodérmica. Era imposible que él se la hubiera inyectado. De todas todas. Tuvo que ser uno de los dos; o la víctima. Pero no atinaba a comprender la secuencia. Debía buscar la respuesta debajo de la superficie. Un motivo. Se sentó otra vez en el suelo y analizó el método del matrimonio. Eligen a un chico o a una chica en un local. Lo abordan. Inician la charla. Al rato, le proponen ir al yate, tomar algo, una salida por mar. Una propuesta inofensiva y atractiva. La víctima accede, deslumbrada por la idea. De forma voluntaria. Se deja conducir. Malart los ve entrar en el *Somerton* y va tras ellos. Se esconde. Una vez lejos del puerto, empiezan la maniobra. Los tres en la sala, en uno de los sofás, con Malart al acecho en la pared divisoria. Mónica acaricia a Ivo, o al revés, y anima a la presa a participar. Tal vez se muestra reticente, incómoda. Sea como sea, percibe que algo va mal. Uno de ellos coge la jeringuilla con disimulo mientras el otro la distrae. Y cuando se la va a clavar, la víctima reacciona a la defensiva y le dispara una descarga del táser. Todo ocurre muy rápido. El asombro, la segunda descarga, la irrupción de Malart. De súbito, Mercader oyó la respuesta en su cerebro. Como una voz atronadora en medio del silencio. La víctima no reacciona. Ve a un desconocido alto como un campanario, con pinta de no haber dormido en una semana, ir hacia ella, apaciguarla, decirle que es policía, mostrarle la placa. Pero está aturdida por el impacto, aterrada. Desconfía. No oye, no entiende. Sorda, ciega y muda, ni siquiera lo ve arrodillarse para esposarlos. Solo sabe que está en peligro. Todas las señales se lo indican y recoge la jeringuilla antes de que lo haga el desconocido. Malart se levanta, se vuelve y ella se la hunde en el estómago. ¿Por qué no usa también el táser con él? Porque está más lejos de su alcance y no piensa con coherencia. Es un acto reflejo, por supervivencia. Reacciona empujada por el miedo. Malart se queda estupefacto, baja la cabeza, descubre la hipodérmica clavada. La extrae. Le fallan las piernas, la suelta. Ya tiene sus huellas, su sangre. Cae al suelo.

Mercader asintió.

—Sí, pudo ser así como fue la cosa. Más o menos.

Lo que sucedió a continuación era fácil de suponer. Tres agresores a sus pies. Dos, esposados. Uno, drogado. Todos a su merced. La adrenalina circulando a tope por las venas. Se siente desconcertada, pero también eufórica, desatada. Ha salido indemne y reacciona. Venganza. Sin piedad. Tiene que darles su merecido. Castigarlos. Piensa en cómo librarse de los tres. «El crimen más perfecto es aquel que se le ocurre a alguien dos minutos antes de cometerlo.» Las palabras de Cantero. Chandler. Empieza por Malart. Lo conduce a la cubierta superior. Sumiso, aturdido, camina por su propio pie. Lo apoya en la barandilla y lo empuja al mar. Adrede, ya no está ofuscada por el shock.

La supuesta víctima lo hace para deshacerse de un testigo, el único que sabe lo que ha ocurrido en el yate.

—Miserable hija de perra. Estaba indefenso.

Luego, se ocupa del matrimonio. Más o menos como dijo Márquez. La toalla. Uno detrás de otro. Con esfuerzo. Por las escaleras de estribor. Hasta la plataforma de popa. Las cadenas. Las cornamusas. Los tira al agua. Hace descender la Zodiac. Se sube a bordo y se marcha. Malart flotando a la deriva. Solo. Drogado. Semiinconsciente. Hundiéndose. Al límite de sus fuerzas. El centinela, su compañero.

Se llevó las manos a la cara.

—Muerto. Malart está muerto.

La rabia bulló en su interior. ¿Qué clase de víctima permite que un hombre, un policía que solo pretendía ayudarla, se ahogue en alta mar? ¿Qué mierda de víctima es esa?

Apartó las manos del rostro.

—Un joven menudo. Sin fuerza. O una joven.

La toalla. No pudo cargar al hombre ni a la mujer. Se valió de una toalla grande para arrastrarlos hasta la plataforma. No tenía suficiente vigor para acarrear su peso. Un latigazo la sacudió de arriba abajo. El informe inicial de Criminalística hablaba de unos restos de piel hallados en un cabo de la lancha varada en la playa. ¿Amarró a Malart? ¿Para qué? ¿Para aumentar su agonía? Era absurdo. Lo hubiera encadenado también al *Somerton*. ¿De quién eran esos restos de piel? De la supuesta víctima, no. Conducía la Zodiac. ¿Entonces? El peso. Tampoco fue capaz de sacar a Malart del agua. Alto, espaldas anchas, las ropas caladas. ¿Lo intoxica, lo tira al mar… y luego lo rescata? ¿Por remordimientos? Y si en efecto lo remolcó hasta la costa, ¿dónde se había metido? Demasiadas curvas otra vez. Tenía la cabeza como un bombo, a punto de estallar. Decidió dejarlo. Había hecho lo que podía, no daba más de sí. Se puso de pie y se palmeó los tejanos. Ya era suficiente por hoy. «No busques, dedícate a encontrar. Es tan clave ver lo que hay como lo que no hay. Si esperas hallar algo concreto, no verás lo demás.» Se quedó paralizada. Al cabo, maldijo para sus adentros. Cinco minutos, se dijo. Solo cinco minutos más y lo dejas. Se le escapó un suspiro.

—¿Qué leches es lo que no había allí?

Empezaba a sentirse agobiado por el encierro y se levantó del sillón. ¿Qué hora debía de ser? Se estiró como un gato y comenzó a caminar otra vez por la estancia, sorteando los puntales. Jamás habría pensado que algún día iba a echar tanto de menos salir a la calle. Llenarse los pulmones con el aire húmedo y contaminado de Barcelona. Mezclarse con la gente. Ver a los niños corriendo de aquí para allá, jugando alegres. Sobre todo, escuchar sus risas. Y los gritos, las sirenas, los bocinazos. La banda sonora original de la ciudad. De su ciudad. De la

vida. Contuvo las ganas de soltar un puñetazo a uno de aquellos soportes oxidados y siguió andando. Trató de retomar los pensamientos, hilvanar la secuencia desde el punto donde la había dejado. ¿Realmente esa chica había podido idear un plan para cazar al matrimonio? ¿Quién en su sano juicio haría algo parecido?

—Está claro, alguien que no está en su sano juicio.

Siguiente paso. ¿Cómo lo hizo? No era tarea fácil. Ivo Parés y Mónica Morera eran dos psicópatas experimentados, no iban a morder el anzuelo con facilidad. Piensa, tío, piensa, se dijo. Demuestra que sirves para algo. ¿Cómo una joven tan endeble pudo tenderles una trampa? Si dispusiera del sargento Crespo y su equipo para recabar información…

—Pero no lo tienes. Así que espabila, mamón.

Primero tuvo que someterlos a vigilancia, estudiar sus hábitos, conocer sus territorios de caza. Con paciencia. Debió de costarle varios intentos. Dispone de tiempo, no se apresura. Una vez averiguada la zona por donde se mueven, y el día de la semana en que suelen hacerlo, lleva a cabo el plan. La madrugada del miércoles al jueves. Hay mucha niebla, el mar está en calma. Es una noche fantasmal. Húmeda, pero no fría. Ideal para la caza.

—Su aspecto. Se valió de su aspecto.

Corta estatura, sensual, cuerpo ambiguo. Femenina, pero con cierta apariencia de chico. Se viste para la ocasión. Elige ropas masculinas. Pantalones, americana, todo negro. Camisa blanca, como las deportivas. Una imagen que pudiera resultar atractiva tanto para él como para ella. Moderna, desenfadada. Con estilo, elegante. Para realzar su carnalidad. ¿Lleva bufanda? ¿Un fular? Se cuelga en bandolera un macuto donde esconde el táser, la cartera, las llaves del piso. No lleva móvil. Quiere evitar el rastro de su localización. Ligeramente maquillada. Llega a uno de los locales, las manos en los bolsillos. Desvía el rostro al pasar ante las cámaras de la entrada. Pasea por el interior, indolente. Se deja ver. Los descubre. Impasible, se apoya en la barra. Sola. Las piernas separadas, tal vez un poco inclinada hacia delante. La cabeza gacha. Da una imagen desvalida, de vulnerabilidad. Permanece quieta. Como una cazadora antes de saltar sobre la presa. Alerta. En ningún instante cruza la mirada con ellos. Poco después, da una última vuelta por el pub, consciente de las miradas que atrae por su aspecto andrógino, diferente, y abandona el lugar. Intuye que han picado, que irán tras ella. Recorre la zona y entra en otro. Repite la operación con calma, la misma actitud de indiferencia. Y esta vez, toma asiento en una mesa cerca de la entrada. Pide una copa. Fija la mirada a lo lejos, fingiendo desinterés. Sin terminar la bebida, paga y se va. Escoge un nuevo local, ocupa un sitio también próximo a la puerta. Cruza los dedos. Al rato, el matrimonio entra y se sienta a un par de mesas de distancia. Los oye pedir una copa al camarero, y hace otro tanto. Percibe sus ojos clavados en ella. Ahora se trata de darles sedal, para que se confíen. Se levanta

con aire triste y va al baño. Mónica lo hace segundos después. En los servicios, entabla conversación con la chica. Su mirada es apreciativa. «Me gusta tu corte de pelo, ¿te lo arreglas tú misma?» Ella se hace la tímida. Mónica le ofrece una raya. «No sé, esta noche no estoy de ánimos.» La mujer se interesa. «¿Una mala noche?» La joven esboza una sonrisa desvaída. «Una mala semana.» «¿El trabajo?» «El trabajo, la novia… Mala racha.» Suspira. «Hagamos algo para romperla…, si nadie te espera.» Ella la mira a los ojos por primera vez y acepta la raya. Charlan unos minutos. Mónica le propone cambiar de local. Le habla de Ivo, del yate. La chica se hace la dubitativa. Salen del baño, cada una se dirige a su mesa. Bebe un par de sorbos, les dirige una mirada, paga y se va caminando despacio, cabizbaja. Empieza a recoger sedal. Pasea por la calle con lentitud, sin cambiar de dirección. El Evoque blanco se pone a su altura minutos después. A través de la ventanilla abierta, Mónica le pregunta si se apunta a otra copa. La joven hace un gesto hacia Ivo. «Es un buen chico, no nos causará problemas.» Ivo pone cara de inocente y se encoge de hombros. «Solo soy el chófer.» Mónica insiste. «Va, anímate. Puede ser una noche especial, nunca se sabe. Una copa más, la última.» Ella finge dudas y tira de la caña. «No sé, no soy buena compañía.» «Tampoco lo es Ivo —bromea la mujer—. Hazlo por mí, me gustas. No te hagas de rogar.» Hablan unos instantes. Al fin, la chica sube al coche. Ellos piensan que han cazado a su presa, una joven peculiar y sensual. Les pone su singularidad, ni carne ni pescado, su tamaño menudo, como una niña. Se excitan imaginando lo que va a suceder, anticipando lo que le van a hacer. Ninguna cámara los ha grabado juntos. Nadie los ha visto con ella. Ivo arranca. Debe de ser sobre la una y media de la madrugada. Mónica pasa al asiento trasero. Prepara tres rayas. Ivo pone música y le pregunta si le apetece salir por mar en un yate de lujo. «Solo soy el chófer.»

Malart apretó los puños y aceleró el paso.

—Hijos de la gran puta.

Los vislumbró en el muelle con dificultad a causa de la niebla, sin distinguir bien al acompañante. Por la ropa y el pelo, creyó que era un chico. Vio que Ivo era el primero en subir al *Somerton*. Abre las puertas correderas, enciende las luces. La chica hunde las manos en los bolsillos. No toca nada. Mónica la conduce hasta la cabina de mando. Ivo da a los motores y le pide a su esposa que les prepare unas copas. Mónica replica que no sea maleducado, que antes debe enseñarle el yate a su invitada. «¿Te parece, corazón?» Ella asiente. No se desprende del macuto en ningún momento. Sigue a la mujer. Los camarotes, la suite, los baños, la sala de máquinas, la lancha auxiliar. Lo recordaba porque tuvo que esconderse al otro lado de la Zodiac. Fue entonces cuando descubrió el arcón blanco, el contenido, y lo dejó abierto. Luego, la visita continúa hasta recorrer toda la embarcación. Sueltan amarras, zarpan. En la cabina, la chica pregunta a Ivo sobre el manejo del yate, el

mantenimiento de la velocidad, el rumbo. «Con tantos mandos parece muy complicado.» Ivo, henchido de vanidad, se lo explica. «Cariño, ¿qué tal ahora esas copas? Estoy sediento.» Ríen. La risa de ellos dos es sincera. La niebla favorece sus planes, y en mar abierto nadie oirá los gritos. La de la chica es de tensión, está hecha un manojo de nervios. Más coca, más copas. Ella apenas bebe, pero sí esnifa. Para armarse de valor. *¿Seré capaz de matar?* Juntas, salen a la cubierta exterior. Ivo, no. «El deber es el deber.» Se entretiene en la cabina, probablemente para hacerse con la jeringuilla y ocultarla en uno de los sofás. La joven se estremece por la sensación, el aire en la cara, el mar. Mónica lo nota y le pasa un brazo por los hombros. «Te lo he dicho, va a ser una noche especial.» Regresan a la sala. Los acontecimientos se precipitan y él sale de detrás de la pared divisoria. Avanza hacia la joven. «Estás a salvo.» Rememoró su expresión de sorpresa. Y de algo más.

Se frenó en seco.

—Un matiz de reconocimiento.

Oyó unos golpecitos en la puerta blindada, como si alguien llamara con los nudillos. Y acto seguido, el cuidadoso descorrer de los tres cerrojos para hacer el menor ruido posible. Corrió a situarse detrás de la hoja maldiciendo no tener un arma a mano.

Por la abertura sonó el susurro mortecino de una voz infantil.

—Chala, ¿estás dormido? Chala…

20

Mercader entrecruzó los dedos de las manos detrás de la nuca. ¿Qué es lo que no había allí? Repasó con la vista toda la sala por enésima vez.

—Piensa, maldita sea, piensa.

Se planteó qué haría Malart si estuviera en su lugar. Lo supo enseguida. Enfocar el problema desde otro ángulo. Olvidarse de las líneas rectas y analizar las cosas desde dentro, como si fuera Ivo Parés o Mónica Morera, los dos a la vez. Sentir sus actos, palpar sus deseos, introducirse en sus cerebros. Adoptar su personalidad y luego, una vez aprendidos los roles, interpretar sus movimientos. Ver la esencia íntima de su naturaleza y, a continuación, ponerla bajo la lupa, procesarla. Resopló.

—Pan comido.

Según los perfiles trazados por las dos sargentos, ambos fueron educados para ocupar la cima del poder, el nivel donde no hay consecuencias. Lo habían comprobado tras el crimen de Candela Cuadrado. Habían salido de rositas. La experiencia había sido reveladora, como una epifanía. «Se sintieron dioses.» ¿Y qué es lo primero que hicieron después? Sacarse de encima el yate y comprar otro nuevo, más grande. Un crucero para estrenarlo. Trató de hacer memoria. Partieron a finales de junio y regresaron a primeros de agosto. Cuarenta días. «La pulsión narcisista de creerse por encima del bien y del mal.» Se alejaron de Barcelona para librarse de la vigilancia de Malart. «El ansia de actuar sin coerciones morales.» Y dieron rienda suelta a sus necesidades. En principio, una víctima cada diez días. «Desenfreno total, insaciables.» Entonces volvieron a la ciudad. A sus rutinas. La vida aburrida. Sin alicientes. Las fiestas. Sin riesgos ni emociones.

—Debían de andar como locos, en pleno mono.

Recordó no sé qué sobre un accidente. Varios heridos, un par de gravedad. El hecho fue tapado, pero no pudieron evitar que apareciera un breve de agencias y luego se difundiera en las redes sociales. Un reportero estaba allí por casualidad. Sacó el móvil y lo confirmó. En el cruce de Diagonal con Balmes. El 17 de agosto. Unos diez días después de su llegada. Ciegos, borrachos. «Personalidad adictiva.» Los imaginó ansiosos por chutarse una nueva dosis de satisfacción total. «Ella era la dominante y él, el dependiente, aunque solo un grado por debajo.»

Inquietos, descentrados. Insomnes por el deseo intenso, vehemente. Con Mónica cada vez más impaciente, irritada, nerviosa. Impotentes. ¿Ellos, dos dioses tan poderosos, no podían saciar sus apetitos? ¿Quién se lo impedía? Nadie. Decidieron poner fin a la ansiedad y trazaron un plan. Calculado, con metodología. Salieron de caza. «Todo enfocado a satisfacer sus deseos.» Y dieron con la pareja belga de novios. «Ahora los de él, ahora los de ella.» Dos jóvenes de visita por Barcelona. «Ambos disfrutaban del placer del otro.» Dos turistas de paso, doble dosis. «Juntos.» Hizo un cálculo rápido. No se sabía a ciencia cierta la fecha de su desaparición, pero el aviso del propietario del piso de Airbnb donde se alojaban fue a finales de agosto.

—Más o menos diez días tras el accidente.

Los intervalos coincidían. Comenzó a invadirle la excitación.

Eloïse Lemaître y Nathan Boon. Dos pobres incautos seducidos para vivir una experiencia inolvidable a bordo de un yate de lujo, fascinados por la riqueza. «Rivalizaban en ver a quién se le ocurría la idea más vejatoria, la más cruel.» Y sus cuerpos acabaron en el fondo del mar, encallados en los arrecifes artificiales. Nadie fue tras el matrimonio. Presentaron una coartada que los situaba de viaje de negocios por Europa y los dejaron en paz. Órdenes de Jefatura. Lo habían logrado de nuevo. Eran invencibles. La sociedad que conformaban con sus respectivas oscuridades los hacía más fuertes, más eficaces. Y, otra vez, consiguieron irse de rositas. Su vínculo salió reforzado. Ya nada ni nadie los podía parar. Siempre y cuando no cometieran un error.

—Tomaron la decisión de aguardar, de no jugársela.

Los cuerpos de los jóvenes belgas aparecieron a mediados de octubre. Malart se enfurece, monta un escándalo en la Central y redobla la vigilancia. Entretanto, ¿qué hace el matrimonio? Sigue con su vida. Contenidos. A la espera. ¿Tanto tiempo?

—Mis ovarios.

Allí faltaba algo. Salieron otra vez de caza el miércoles pasado por la noche. El 27 de noviembre. ¿Casi tres meses de inactividad? La espera tuvo que resultarles insufrible, desesperante. ¿Cómo lo soportaron? La ansiedad debió de empujarlos a subirse por las paredes. ¿Cómo se lo montaron? ¿De qué forma obtenían satisfacción mientras tanto? Tres meses, tres jodidos y largos meses de abstinencia. ¿Recordando?

—No, reviviendo.

Bajó las manos y se puso a buscar como una enloquecida por todos lados. Ya sabía qué era lo que no había allí: frecuencia. Habían interrumpido la frecuencia. Y también supo qué era lo que faltaba en la sala. En su escenario, en su caverna de torturas. Una cámara. Para revivir las violaciones y los asesinatos. Una y otra vez. Y otra. Lo habían filmado todo.

Encendió la luz del móvil y no dejó un objeto ni mueble sin revisar. Se quedó inmóvil, doblada sobre una espantosa figura de decoración.

Márquez y su equipo tendrían que haberla hallado. Eran expertos, puntillosos con su trabajo. Ignoraban su presencia, pero no se les habría pasado por alto. Salvo que estuviera situada en un lugar de difícil acceso.

—Por ejemplo, en uno elevado.

Arrastró una silla del comedor y repasó palmo a palmo el techo, primero en línea recta desde la entrada y luego trazando paralelas. Fue moviendo la silla, subiendo y bajando del asiento, cada vez más nerviosa. Tenía que estar allí. Para grabar bien la escena. Sobre todo, la cara de la víctima. Su dolor. Llegó hasta la pared divisoria de cristal tintado que disimulaba una gigantesca pantalla de plasma. Recorrió toda la parte superior con la luz, sin éxito. A continuación, se ocupó del dintel de uno de los pasillos que se adentraban por el yate. Nada. Trasladó la silla hasta el otro y repitió la operación. La descubrió justo en la esquina. Minúscula. De color grisáceo. Como un ojo sin pupila. Una cámara inalámbrica. Perfectamente oculta en el ángulo y enfocada hacia la zona de los sofás.

—Me cago en la leche puta.

Le hizo varias fotos. Luego, extrajo un pañuelo de los tejanos y la despegó con cuidado. La sostuvo en la palma de la mano, sobre la tela. Era diminuta. Suficiente para grabar en alta definición. De última tecnología. Ató cabos en un segundo. El portátil. La activaban desde allí y los archivos podían ser guardados en el ordenador o bien en la nube, por almacenamiento remoto. Dado el carácter de las imágenes y su contenido explosivo, dedujo que solo en el dispositivo, por seguridad. Si la supuesta víctima era quien se había llevado el portátil, tenía en su poder un material valioso, muy valioso. Incendiario.

Bajó de la silla y llamó a Márquez. Tardó en descolgar. Por fin, oyó su voz aletargada. Lo interrumpió de forma áspera.

—Tú nunca te olvidas de nada, ¿verdad, maldito cabrón?

Contempló al niño. Descalzo, vestido solo con una camiseta blanca de manga larga, en el pecho estampado un escapulario azul. Recién levantado y con cara de susto.

Acabó de abrir la puerta y lo hizo entrar.

—Haris, ¿qué haces tú aquí?

El crío señaló hacia atrás.

—Todos están sobando, date el piro.

Malart sintió una corriente de calor por todo el cuerpo. Observó su expresión. Lívido. Los ojos muy abiertos. Se le cayó el alma a los pies.

—Va a ser que no, colega —dijo.

—¿Cómo que no? —murmuró, extrañado—. No hagas ruido y pírate, venga. ¿A qué esperas?

Malart meneó la cabeza con pesadumbre.

—¿Y tú qué? —dijo—. ¿Te crees que Goran no va a deducir que has sido tú quien me ha dejado escapar? No, ni lo sueñes. Sabrán que has sido tú, Haris, créeme. Así que olvídalo.

El espanto se reflejó en el rostro del niño.

—Pero Goran te va a… Y yo no…

—Haris —cortó—, te lo agradezco, de veras, pero no. Encontraré otro medio de salir de aquí, confía en mí. Vuelve a cerrar la puerta y vete a la cama. ¿Sabes la hora que es?

—¿Me preguntas la hora o me pegas la bronca?

—La hora, Haris. Te pregunto la hora.

El niño se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé! Tarde, de madrugada. ¿Por qué?

—¿Esto es un sótano? —Haris asintió varias veces, tembloroso—. ¿Hay una casa encima? —Volvió a asentir, cada vez más rápido—. ¿De cuántos pisos?

—Dos —susurró.

—¿Vive mucha gente? —El crío afirmó con tal vehemencia que Malart se dobló para ponerle las manos en los hombros y calmarlo—. Mírame, Haris. ¿Cuánta gente vive aquí?

—Tres niños más. Y dos mujeres. Y cuatro hombres.

—Mierda —maldijo, la voz soterrada.

—¿Por qué? —se asustó—. ¿Qué pasa?

—Cosas mías. Una pregunta más. ¿En qué barrio estamos?

—En Sant Adrià. Calle de la Pau —dijo. Se estremeció por la tiritera —. ¿Tú no tienes frío? —Se abrazó a sí mismo—. Si tiemblo es por la rasca, ¿eh?

—De hombre a hombre —dijo Malart, muy serio—, hace un frío que pela. Solo que yo tengo la piel más dura y disimulo. Vete a la cama, venga, que luego tienes cole.

—Si quieres puedo traerte algo… La cocina está cerca.

Malart dudó unos instantes.

—Solo si te das mucha prisa. —El niño volvió a asentir con violencia —. ¿Chocolate y una Coca? Pero no…

Haris salió a la carrera antes de que terminara la frase. Clavó la mirada en la puerta abierta. La tentación fue muy grande. Se lo sacó de la cabeza. No podía poner al crío en peligro.

—Eres gilipollas. Y lo sabes.

Se alejó un par de pasos y aguardó. Pensó en pedirle que hiciera una llamada a la Central para dar aviso. Pero tampoco. Demasiado arriesgado. El jefe del clan de Mostar tenía ojos y oídos por todas partes y se acabaría sabiendo. La única salida era enfrentarse con Goran y convencerle de que lo dejara libre. Intuía más o menos qué teclas pulsar, los argumentos. Pero esta vez no iba a ser como en un interrogatorio; observar, manipular, sonsacar. No, en esta ocasión estaba en juego algo más que una confesión. Su pellejo. Y no podría permitirse ningún fallo si

quería dar con la chica del flequillo mal cortado. Luego, le importaba un comino lo que le pasara. Su vida ya estaba arruinada.

Haris llegó jadeando. Le entregó una tableta de chocolate por estrenar y una lata de color rojo. Malart le preguntó si alguien podía echar de menos aquello y el niño negó con insistencia.

—¿Seguro?

—Seguro.

Lanzó las provisiones al camastro y se acuclilló ante el niño. Una vez con los ojos a la misma altura, volvió a cogerlo por los hombros.

—Haris, si notas que la casa empieza a temblar, sal por piernas, ¿me oyes? Tú y los demás. Cagando leches. ¿Oído cocina?

El niño sacudió la cabeza de arriba abajo.

Malart se aclaró la garganta. Procuró mantener la voz firme.

—Cuando todo esto acabe —dijo—, ven a verme a la Central. Si tienes algún problema, te plantas en Travessera de les Corts y preguntas por mí, ¿de acuerdo? Soy Milo Malart. El inspector Milo Malart. Repítelo. ¿Cómo me llamo?

—Milo Malart.

—En la Central de los Mossos. Travessera de les Corts. Y si por lo que sea yo no estoy, pregunta por Rebeca Mercader y le dices que vas de mi parte. La subinspectora Rebeca Mercader.

—Vale.

—Repítelo.

—La Central. Travessera de les Corts. Rebeca Mercader.

—Te caerá bien, es una tía muy enrollada. Con un par.

—¿Es tu piba?

—No lo digo en broma, Haris. Tenlo en cuenta. Te debo una y yo siempre cumplo mi palabra. Siempre. Que te quede claro.

—¿Me enseñarás a disparar? —Malart asintió. Al niño se le iluminó la cara. A continuación, se señaló el pecho—. ¿Y me dirás cómo adivinaste que soy del Europa?

—¿Yo? ¿Revelarte mis secretos? Ni en broma. —Sonrió de oreja a oreja y apartó las manos—. Ahora vete, chaval. Cierra la puerta, déjala como estaba y métete en la cama. Corre.

—¿Y tú? ¿Qué harás tú?

—Ya me las apañaré. Hablaré con Goran, no pasará nada.

—¿Seguro?

—Seguro. Venga, corre. ¿Cómo me llamo?

—Chala —dijo—. Te llamas Chala.

El sol estaba a punto de despuntar cuando Mercader aparcó sobre la acera y bajó del coche. Echó un vistazo a la playa del Fórum, en Sant Adrià de Besòs, donde había aparecido varada la Zodiac. La niebla, unida a la escasa iluminación de las farolas, le dificultaba distinguir

algo. Con un suspiro, se subió el cuello de la americana y anduvo con paso lento hacia la orilla. La arena, en vez de ser dorada y fina, estaba formada por piedrecillas que iban aumentando de tamaño conforme se acercaba al mar. Se detuvo ante el abrupto desnivel creado por el constante empuje de las olas. El fragor del agua al remover las piedras la destensó de golpe. Era como un susurro exhalado, rítmico y relajante, tan agradable que la dejó ensimismada por unos momentos. Al cabo, volvió al trabajo y oteó alrededor. No vio señales ni huellas del lugar exacto donde la supuesta víctima había embarrancado la lancha. Conjeturó que no habría sido muy lejos de donde estaba situada, debido a su proximidad con el muelle de Capitanía, y dio la espalda al mar. A su izquierda se extendía el Parc del Besòs, aún dentro del área metropolitana de Barcelona, el punto que marcaba la frontera entre dos realidades: la que había vencido a la droga y la que luchaba por hacerlo. Enfrente, vislumbró la planta incineradora de Tersa, con sus grandes depósitos e instalaciones donde valoraban los residuos. A su derecha asomaba la gigantesca central termoeléctrica de Endesa, plateada y llamativa, y más allá la central térmica, con las famosas tres chimeneas que podían ser observadas desde todo el litoral. El conjunto resultaba un panorama chocante tan cerca de una playa. Un paisaje postapocalíptico, el escenario ideal para rodar una película sobre distopías. Y envuelto por la niebla, la apariencia era siniestra. Se puso en la piel de Malart. A causa de los alucinógenos, la sensación debió de ser terrorífica, como una pesadilla. Desubicado, exhausto, y probablemente a solas, lo imaginó víctima de las visiones, el pavor, queriendo salir de allí como fuera, con urgencia. Lo imaginó caminando a gatas, arrastrándose por aquella arena tan punzante. ¿Hacia dónde? Con el corazón en un puño, Mercader dedujo el punto más lógico: la luz. Las farolas hicieron las veces de faro para él. Era la conclusión más razonable, y tomó la misma dirección. Una vez que hubo dejado atrás la playa, se detuvo en la acera. ¿Y ahora? A la izquierda, el parque. Lo descartó. Demasiado inclinado para alguien sin apenas fuerzas por los jodidos relajantes musculares. A la derecha, tampoco. Alguien con ácido lisérgico corriendo por las venas no se dirigiría hacia unas instalaciones tan espantosas, temería ver a una turbamulta de zombis corriendo hacia él en busca de carne fresca. La única posibilidad era tirar recto: solo pudo cruzar la calzada y coger por la primera calle. Mercader hizo otro tanto y vio el nombre en una placa: calle de la Pau. Sacó el móvil y la buscó en el plano. Se internaba hacia el barrio de La Mina. A quinientos cincuenta metros, siete minutos andando. Para Malart, en su estado, una hora de caminata. Como mínimo. Tuvo que buscar ayuda. Pero ¿de quién? Guardó el teléfono y emprendió el mismo camino. Pensó en La Mina. El barrio de Sant Adrià de Besòs limítrofe con la ciudad de Barcelona. Los famosos tres edificios. Venus, Marte y Saturno, símbolos del barraquismo vertical. Dosis a cinco euros o a cambio de artículos robados. Diez mil residentes. Varios clanes

de la droga eran los dueños del barrio. Los Baltasares, los Peludos, los Manolos, los Jodorovich… Un mal lugar por donde adentrarse uno de madrugada. Colocado, indefenso y sumiso, amnésico.

Vio a tres individuos de edad indefinida formando un corro, pateando el suelo a cada tanto, cigarrillos en los labios, encorvados, las manos en los bolsillos, y se acercó hasta ellos con el móvil en la mano, la foto de Malart en la pantalla. Se la mostró a los tres y les preguntó si lo habían visto por la zona. Ninguno respondió. Uno dio un empellón a otro y ni siquiera echaron un vistazo a la imagen, pero sí al aparato, los ojos brillantes. Mercader se lo cambió de mano y, con la libre, se abrió la americana para hacer visible la placa en el cinturón. Repitió la misma pregunta, esta vez con un tono más autoritario.

—Piérdete, zorra —dijo uno, con los dientes mellados.

—¿Quieres jaco? —preguntó otro, la voz cascada, gutural.

Rebeca levantó el móvil, se lo puso ante las narices uno a uno mientras desplazaba la mano derecha muy despacio hacia la cadera, y volvió a insistir.

—Ayer, más o menos a estas horas —agregó.

—Cómeme la polla, puta —dijo el tercero, alterado.

—Me estoy cabreando —repuso Mercader. Les mostró la foto una vez más—. ¿Os suena este careto?

El de los dientes mellados sacó la mano del bolsillo, le soltó un codazo al que estaba a su lado y señaló a Rebeca.

—Bro, lleva un fusco. Esta zorra lleva un fusco, no mola.

Ella le plantó el móvil delante de los ojos.

—Que mires la foto, joder —dijo—. La foto, mira la foto.

El tipo sacudió la cabeza de lado a lado, sin energía.

—¿Y tú? —preguntó al de la voz cascada—. La foto. ¿Lo viste ayer por aquí a estas horas? Un tío alto. Mira la foto.

Apartó el móvil de un manotazo.

—Que no, tía. Que no he visto ese careto en mi puta vida.

El tercero intervino. Escupió el cigarrillo al suelo y dijo:

—No toques los huevos si no quieres…

—Si no quiero ¿qué? —cortó Rebeca. Dio un paso hacia él—. Dime, si no quiero ¿qué? La foto. Mira la jodida foto.

El de los dientes mellados lo cogió del brazo.

—Loco, que nos damos el piro —dijo—. Es chunga. Esta zorra es chunga. Muy mal rollo. Mejor nos piramos.

Rebeca los contempló alejarse dando tumbos. Las cabezas gachas, sin mirar atrás. Haciendo eses. Se colocó bien la americana, dejó escapar un resoplido y pensó en Malart. Podría haber hecho aquel camino, pero también cualquier otro. Incluso coger un taxi. Examinó la calle desde el comienzo hasta donde le alcanzaba la vista. No había tráfico. ¿Y pedir uno por teléfono? Con qué móvil. A aquellas alturas tenía la certeza de que lo había perdido en el mar. O bien, estaba inutilizado. Observó la

calle, un instante, y dio media vuelta. Aquello era perder el tiempo. De nuevo, demasiadas posibilidades. Como pretender acertar los seis números de la Primitiva seis veces seguidas.

De camino al coche, se acordó de la jueza y la llamó enseguida. Tardó una eternidad en responder. Cuando por fin se puso al aparato, atajó sus protestas en seco.

—Juraría que Malart está vivo.

Susana se quedó muda unos segundos.

—Madre del amor hermoso —murmuró, al cabo. Y aliviada, agregó—: Sabía que ese cabeza de chorlito había sobrevivido, lo sabía. Es duro como el pedernal. Porque estás segura, ¿verdad?

Mercader se apretó el puente de la nariz.

—Jueza —repuso—, he dicho «juraría», en condicional. Es lo máximo a lo que llego, tendrás que conformarte.

—Madre del amor hermoso. ¿Tienes idea de dónde está?

—¿Te crees que soy adivina?

—Algún indicio tendrás, no sé, una suposición.

—Tú sueñas.

—¿Qué te dice el olfato?

—Que ahora no puedo entretenerme.

Colgó. Acto seguido, llamó al sargento Crespo. Descolgó al segundo pitido. Le explicó de forma escueta sus hallazgos.

—Me dejas de piedra, subinspectora. Buen trabajo.

—Olvida los halagos y toma nota. Hay varias cosas que quiero verificar y no tengo tiempo de hacerlo en persona.

—Adelante, estoy listo.

—Dile a una de las sargentos que averigüe la identidad del reportero que subió a la red las imágenes del accidente de Balmes con Diagonal. Tendríamos que ir a hablar con él por si vio algo o a alguien que le llamara la atención. Es un tiro al aire, pero nunca se sabe.

—Entendido. ¿Qué más?

—Que Cervera vaya al muelle de Capitanía y compruebe si hay pequeñas marcas en el pavimento, justo en el trayecto entre el Evoque y el yate, para señalar la senda del punto ciego. Sería muy útil para demostrar mi teoría. ¿La reunión de las nueve en la Central se mantiene?

—En efecto —confirmó Crespo—. Si te parece bien, puedo decirle que lo haga antes de venir a comisaría.

—Buena idea. Más cosas, y estas para ti. Solicita al Rosebud que te envíe las imágenes grabadas por la cámara de la entrada la noche del miércoles. Pongamos entre las doce y la una y media de la madrugada. No, mejor hasta la una y cuarenta y cinco, para asegurarnos. Y cuando las recibas, busca el momento en que Ivo Parés y Mónica Morera abandonaron el local.

—No entiendo, ya sabemos que salieron y…

—Nos servirá de punto de referencia —interrumpió—. A partir de ahí, retrocede y avanza diez minutos. Mejor quince.

—¿Qué buscamos?

—Una chica sola. O un chico. Con camisa o blusa blanca y americana negra. Delgado, menuda. Alguien flaco.

—A estas horas el pub estará cerrado.

—Pues despiertas al dueño y punto. Es urgente, podría darnos la cara del verdadero asesino. ¿Te parece poco?

—Disculpa, subinspectora. Me acabo de levantar y…

—No haberte ido a dormir —cortó de nuevo, el tono áspero—. Una última cosa. Llama a Márquez y dile que vuelva a analizar la jeringuilla en busca de otras huellas. Como mínimo la tuvieron que coger dos personas más, uno de los cónyuges, o los dos, y la supuesta víctima. Que las busque con mayor detenimiento debajo de las de Malart. No sé si es posible obtenerlas, pero por intentarlo que no quede. Si lo llamo yo, después de nuestra última conversación, vamos a soltarnos de todo y no quiero explotar con él, ¿me entiendes?

—Perfectamente. ¿Algo más?

—Sí, ya que estás con Márquez, ordénale que revise la filmación de la segunda cámara. Y si digo que se lo ordenes, es porque quiero que se lo ordenes, ¿queda claro, sargento? Sin contemplaciones ni milongas.

—Como…, como tú digas, subinspectora.

—La mano que suelta la amarra del noray de estribor no es la de Mónica Morera, sino la de la supuesta víctima. Pudo no caer en el detalle, es humano y blablablá, pero no nos mostró esa grabación. Quiero pensar que no fue por mala idea, ¿me copias? Sea como sea, es hora de que el Grupo le leamos la cartilla. Ha cometido varios errores, y todos perjudicaban a Malart.

Hubo un silencio al otro lado.

—¿Toni?

—Estoy aquí, otra vez de piedra. —Carraspeó, incómodo—. ¿Ha dado señales de vida?

—Ni la más mínima. Y si no lo ha hecho es porque no puede. Ahora tenemos que averiguar por qué no puede. —Hizo una pausa—. Oye, estoy nerviosa y me caigo de sueño, así que no tengas en cuenta si me comporto algo borde.

—Ya veo, como Malart. Ahora le comprendes, ¿no es así?

Rebeca colgó en el acto.

21

Abrió los ojos a causa del frío. Se dio la vuelta y vio que Pola, acostada a su lado, había arramblado con todo el edredón. Se incorporó sobre un brazo y contempló su espalda desnuda, la curva de la cadera. Resiguió con el índice la línea de su piel, las tres estrellas tatuadas en la nalga, y ascendió hasta la nuca. Estremecida por las caricias, la joven soltó un gemido y estiró las ropas de la cama para taparse la cabeza. Pola, la dulce y amable Pola, la que nunca hacía preguntas y le dejaba pasar la noche en su casa sin recriminaciones ni exigencias. El refugio perfecto.

Se alejó hasta el otro extremo del lecho y se hizo un ovillo. Ocupar el menor espacio posible, pasar desapercibida, la constante ansiada durante toda su vida. Y no destacar. Sobre todo, no destacar. Si pudiera pedir un deseo, sería hacerse tan pequeña como una mota de polvo. Minúscula. Para que nadie la viera. ¿Quién se fijaría en algo tan insignificante? Le chocó la paradoja. Justo la noche del miércoles pretendió todo lo contrario. Quiso llamar la atención del matrimonio, atraerlos, que se percataran de su presencia. Pero aquello fue solo para que picaran el anzuelo, una actuación. Parte del plan. El que inició cuando se puso a seguirlos. Disponía de tiempo, la habían puesto de patitas en la calle y no se le ocurrió nada mejor en que ocuparse. Además, hacerlo le ayudó a recuperar la energía, cierta paz y sosiego. Le dio un propósito, motivación. Algo que no sentía desde hacía muchos años. *¿Seré capaz de matar?* Se abrazó con fuerza para reprimir un escalofrío. El espanto, el terror, el pánico. Los movimientos erráticos tras dejarlos fuera de combate, sin saber qué hacer a continuación. Hasta que el rencor acumulado tanto tiempo acudió en su rescate. Eran dos orcos. Inhumanos, sin sentimientos, malvados. Debían ser castigados. Sin piedad. Y lo hizo. Aunque no con sus propias manos. Ella no era una asesina. Lo dispuso todo para que fuera el destino quien decidiera su suerte, no ella. Le supo mal por el policía. No contaba con él. Después de encadenarlos al yate y tirarlos al agua, tuvo que resolver el problema. Al principio lo vio como un daño colateral, cosas que pasaban. Le quitó sus pertenencias, las guardó en el macuto, y luego lo condujo, aturdido y sumiso, a la cubierta superior. Lo empujó al mar sin experimentar ninguna emoción. Era su deber, no podía permitirse un testigo. Y al fin y al cabo, el destino también decidiría su suerte, no ella. De paso, arrojó

su móvil al agua y regresó para comprobar que no se dejaba nada en el yate que la incriminara.

Un nuevo escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

El portátil. En la cabina de mando. Y en la pantalla, una imagen fija de la sala. Aquellos dos degenerados la habían filmado. Con el ordenador en las manos, buscó la cámara. La descubrió guiada por lo que aparecía en pantalla. Hasta que vio un primer plano de su cara. Se sintió ultrajada hasta el paroxismo. Los muy miserables habían querido grabar una película *snuff* con ella como protagonista. Ciega de ira, lo introdujo sin cerrarlo por completo en el macuto, el pulso disparado, y bajó a la sala de máquinas. Una vez a bordo de la Zodiac, sintió el alfilerazo de la duda. El policía alto no era culpable. Al contrario, había acudido en su rescate. Podía nadar. ¿En su estado? O al menos, flotar. ¿Por cuánto tiempo? Observó el yate alejarse entre la niebla, arrastrando los cuerpos de aquellos dos depravados. Maniobró con el timón y navegó en su busca. Iba a ahogarse, y ella no era una asesina. No fue fácil dar con él. Por fin, vislumbró el bulto. El peso era excesivo, no pudo auparlo. Y el poli no ayudaba, estaba muy colocado. Solo balbuceaba incoherencias. No hacía más que repetir algo sobre un delantal rojo y azul que patinaba sobre hielo, el nombre de una mujer, y que no recordaba un rostro. Le ató uno de los brazos a un asidero y puso rumbo en dirección opuesta al yate, hacia la costa.

Escondió la cabeza bajo la almohada.

A bordo de la lancha se sintió extasiada, nueva. El aire frío en la cara, abriéndose paso entre la niebla. Había logrado calmar parte de su rencor, vaciar mucha rabia y frustración. La venganza era la respuesta, tal y como había intuido. Embarrancó la Zodiac en la orilla y saltó a la arena. La playa estaba desierta, sin testigos ni cámaras. Amanecería al cabo de un par de horas. Desató al poli, lo ayudó a ponerse a salvo más allá del mar, y limpió las huellas. Lo abandonó a su suerte mientras se afanaba en llegar al asfalto. Entonces, tiró la toalla a un contenedor y, sin mirar atrás, echó a correr hacia su casa. Libre. Con una rara sensación de bienestar. Pero, al entrar en el piso, todo se desvaneció como por ensalmo. En pleno bajón, se tomó una fluoxetina. Se echó en el sofá. Las paredes se le cayeron encima y se tragó una más. Medio adormecida, se quitó la ropa, las deportivas, y se sentó a la mesa. Terminó de abrir el portátil, introdujo el programa para averiguar la contraseña y revisó el contenido. Archivos económicos, operaciones, contabilidades. Vencida por el sopor, lo enchufó a un cargador universal y se fue a la cama. La agitación le impidió conciliar el sueño. Se tomó una tercera pastilla y, esta vez sí, lo logró. Diez horas después, comió algo mientras curioseaba de nuevo los archivos financieros. Aquella información parecía confidencial, valiosa, y se preguntó si podría sacar algún beneficio, dinero. Luego, clicó sobre una carpeta llamada *Somerton* y abrió al desgaire uno de los seis archivos. Vomitó lo poco que había

ingerido. Asqueada por el vídeo, le invadió un rencor tan oscuro y violento que su cuerpo se agitó presa de las convulsiones. Lo cerró de inmediato. Iba a soltar el portátil cuando se le ocurrió buscar el último por las fechas. Al abrirlo, se vio sentada en el sofá, flanqueada por el hombre y la mujer. El intento de clavarle la jeringuilla, su reacción con el táser, la irrupción del policía en la sala. Lo guardó en un USB y luego lo eliminó, vaciando a continuación la papelera. Cerró la carpeta. No tuvo dudas: fue el marido quien activó la cámara en la cabina de mandos mientras la esposa la guiaba a la cubierta exterior. Los dos, todo sonrisas y cumplidos. Falsos. Perversos.

Retiró la almohada y se estremeció de pies a cabeza.

—Pudríos en el infierno —dijo.

Sabía que se expondría al peligro cuando decidió hacer de cebo y subir al yate con el matrimonio, pero no hasta ese extremo. Las imágenes del vídeo se le grabaron a fuego en el cerebro. Las atrocidades que infligían a aquella chica. Unas salvajadas que se sumaron a las restantes que había visto con anterioridad en su vida. Demasiada crueldad. De toda clase y condición. Contra niños, jóvenes, adultos, animales. Demasiadas heridas. Una locura. Insoportable. Y ella podría haber sido otra víctima más. De hecho, ya lo era. Empujada por la angustia, salió del piso y echó a correr sin rumbo fijo. Solo correr y correr, como si así pudiera dejar atrás las pesadillas. Como si con mover un pie tras otro a la carrera fuera posible dejar de sentirse violada. De mil maneras. En grupo, a solas, atada, torturada.

La violencia de la ciudad contra ella.

Contra las mujeres.

Una epidemia.

Avanzada la tarde, continuó reviviendo lo sucedido, con la mente disparándole imágenes, pensamientos, sensaciones. Todo terrible y repulsivo. Sin control. Al límite del aguante, concluyó que necesitaba compañía, consuelo, la calidez de un abrazo, y sopesó ir a casa de Nil. Lo desechó enseguida. Con él siempre pasaba lo mismo. Primero muy dulce y comprensivo, luego las peticiones y el enfado. Pola. Ella la acogería sin cargarla con más tensión y desasosiego. Como así fue. Un beso en cada mejilla, la casa a su disposición, una ducha caliente. Las primeras caricias bajo la cascada de agua, el vaho dentro de la cabeza, las sacudidas del cuerpo de la dulce Pola. Una cena ligera, sin preguntas, y luego a la cama, de la mano. Sin recuerdos recurrentes, involuntarios, intrusivos. Solo el sexo como medio, sin gozo, pero con satisfacción, dando la bienvenida al olvido. Y, con él, al descanso. Un sueño reparador.

El frío la obligó a levantarse.

Anduvo de puntillas hacia la ventana abierta, la cortina roja oscilando por la brisa. La apartó y, entre tembleques, contempló cómo la luz sustituía poco a poco a la oscuridad. El espectáculo del alba siempre la

reconfortaba. Desplazaba las expectativas negativas y daba una oportunidad a las demás emociones. Era consciente de que solo era un espejismo con fecha de caducidad muy corta; sin embargo, le bastaba. Al menos, le permitiría arrancar el día sin terrores, sin sentir culpa ni vergüenza. Quién sabe, se dijo; a lo mejor hoy eres capaz de controlar la angustia.

Sin asomo de cansancio, con la energía renovada, rehízo el camino de vuelta y se puso a buscar las bragas por el suelo. Luego, las mallas, los calcetines, las deportivas. Se vistió sin prisa. Por último, se ajustó la sudadera al cuello y, motivada para dar inicio a un nuevo día, se dirigió a la puerta. De un mueble junto a la entrada, recogió las llaves, el cúter y el táser.

—¿Te vas sin decirme adiós? —dijo Pola a su espalda.

—Pensaba que dormías.

—Es muy temprano. ¿Por qué te marchas tan pronto?

—Tengo trabajo.

—¿No te habían despedido?

Apretó el cúter con fuerza. Se dio la vuelta muy despacio.

—He encontrado otro, ¿algún problema?

Pola se incorporó hasta quedarse sentada.

—No te conozco realmente, Jana. No sé nada de ti. Vienes, estamos juntas y te vas. Nunca me cuentas nada.

Avanzó un paso hacia ella.

—Soy buena en la cama. ¿Qué más quieres saber?

—Todo, chica misteriosa, deseo saberlo todo. —Se tapó el pecho con el edredón y, con un mohín, añadió—: Creo que me estoy enamorando de ti.

—Quedamos en que nada de sentimientos.

—Es malo vivir tan aislada. Tienes que abrirte a los demás.

—Pretendes salvarme, ¿no es eso? Después de follar juntas, quieres ser mi salvadora.

—No te pongas así, anda. Es que eres tan reservada. Ni siquiera me has dado tu número de teléfono.

Dio otro paso hacia Pola. La señaló con la barbilla.

—No te metas en mi vida y yo no me meteré en la tuya. Este fue el pacto. Sin ataduras, sin compromiso. Y sin explicaciones.

—Lo sé, Jana, lo sé. Solo que me gusta mucho verte.

—A mí también —dijo, sin entonación.

—Me atraes. No te imaginas cuánto me atraes. Y no sé por qué. Eres una chica con cara de cristal y corazón de piedra. Como una muñeca de porcelana, pero insensible.

—No soy insensible —dijo, fría—. Tu cuerpo lo sabe, deberías escucharlo con más atención.

—¿No podrías decirme al menos a qué te dedicas, dónde vives, qué haces? Yo te lo he contado todo.

Empezó a ponerse nerviosa con tantas preguntas.

—Cuanto menos sepas, mejor para las dos —dijo, gélida.

Pola se bajó el edredón. Se acarició los pechos.

—¿Tú no sientes nada por mí?

Un destello de furia asomó en sus ojos.

—Te lo advierto, me estoy enfadando.

Ella volvió a taparse con rapidez.

—Vale, ya paro —dijo—. Solo quería provocarte. Me pones.

—Este tipo de juegos no me gusta. Me sacan de quicio.

—Pues anoche pareció todo lo contrario. Por cierto, llegaste muy pálida y alterada. ¿Te pasó algo?

—Tuve una bronca en el nuevo trabajo. ¿Contenta?

Pola se envolvió con la ropa y bajó de la cama. Caminó hacia ella. Extendió un brazo y le acarició la mejilla con dulzura.

—¿Te encuentras mejor ahora? —preguntó.

Acto seguido, quiso arreglarle el flequillo mal cortado.

Jana retrocedió.

—De lujo.

Abandonó el piso turbada. Bajó las escaleras del edificio de dos en dos. El espejismo había caducado. Reconoció la angustia, el malestar psicológico. Adiós a las demás emociones, hola de nuevo a las expectativas negativas y el rencor. ¿Por qué no podía tener paz más de cinco minutos? De forma mecánica, hizo unos rápidos estiramientos en el vestíbulo y salió a la calle Verdi. Arrancó a correr con un ritmo agresivo. Rabiosa.

Sin perder de vista el portal del inmueble, Mercader pidió un café bien cargado en la barra del bar Santa Marta. Solo apartó la mirada cuando el camarero se lo dejó en el mostrador. La crema había formado la silueta de un corazón. Rasgó el sobre del azúcar y lo volcó entero sobre el contorno hasta deshacerlo. A continuación, empezó a remover con la cucharilla para que no quedara ni rastro y lo bebió a sorbos, impaciente. Fue a los servicios. De vuelta, dejó un par de monedas y se encaminó hacia el edificio.

Apoyó la espalda contra la pared y aguardó. Pocos minutos antes de las ocho, lo vio avanzar hacia el portal. Vestía el mismo mono de color incierto, pero en esta ocasión sin polvillo blanco en la cara ni en el pelo. Se detuvo ante ella, se sacó el palillo de la boca e hizo una mueca.

—¿Otra vez usted por aquí? ¿Qué he hecho ahora?

Rebeca le preguntó de nuevo por el inquilino del ático, si lo había visto desde ayer por la tarde. Le mostró la foto.

—Ya sabe —añadió—, casi dos metros, delgado, con pinta de no haber pegado ojo durante meses.

—¿El policía amable?

—El policía, sí.

El albañil se encogió de hombros.

—A él no —dijo—, pero sí a otros. ¿Es que le ha pasado algo grave? Me sabría mal, es un tipo muy enrollado.

—¿A quiénes?

—Oiga, que yo solo soy un currante y no me meto en los asuntos de nadie.

—No me haga perder el tiempo y responda. ¿A quién vio?

Volvió a encogerse de hombros.

—Ver, lo que se dice ver, a nadie. Pero sí oí ruidos, pasos, voces. Las paredes de estos pisos son de papel de fumar, no sé si me entiende. Y cuando descanso del taladro, pues se oye todo.

—¿Podría decirme qué oyó exactamente?

El albañil se introdujo el palillo en la boca. Pensativo, lo movió por los labios, de una comisura a otra.

—Dos tipos —dijo—, hablaban cabreados. Muy alto. Soltaron varios tacos y después se largaron pegando un portazo.

Rebeca se imaginó el disgusto de Rojo y Cervera al registrar el ático de Malart y descubrir los indicios de su presunta fuga. El enfado cuando hallaron el valioso reloj plantado como prueba.

—Antes —señaló—, me interesa saber si oyó algo antes que a esos dos tipos. Trate de recordar, es importante.

El hombre se encogió de hombros por tercera vez.

—Ruidos, ya le digo, pero poco más. No sé cómo ayudarla.

Mercader soltó un chasquido con la lengua. Habría sido demasiada suerte disponer de un testigo. Pero tenía que intentarlo. Iba a marcharse cuando se le ocurrió una última posibilidad.

Se encaró con el albañil y procuró mostrarse amable.

—Usted arma mucho polvo con el taladro, ¿verdad? —El hombre asintió—. Y no usa mascarilla.

—¿Qué pasa, es ilegal?

—Me refiero a que saldrá a menudo a la terraza para tomar el aire y darse un respiro. Incluso es posible que se asome para mirar a la calle, el paseo. A las tías. A las tías buenas.

—Jefa, que yo soy muy hombre pero respeto a las mujeres, ¿qué se cree? No todos los albañiles vamos por ahí silbando a las señoras cuando vemos un buen culo, nos ha jodido.

—¿Se fijó en los hombres que entraban y salían del portal?

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Le pregunto por uno rubio, atractivo, con andares de modelo y sonrisa de anuncio de dentífricos. ¿Tal vez lo vio?

—¿Me toma por un sarasa? —dijo, ofendido.

—Está bien, olvídelo. Gracias por dedicarme unos minutos. Que tenga usted un buen día.

—¿Me ha llamado maricón? ¿A mí?

Sabía que Goran podía entrar en cualquier instante y poner fin de manera drástica a su encierro. El enfrentamiento era inevitable y necesitaba planificar los pasos que debía seguir. Como una partida de ajedrez. Visualizarla primero en la mente, adelantarse a sus movimientos, y disponer las piezas de tal modo que le fuera imposible hacer jaque mate. Solo que las únicas que tenía a su disposición eran las palabras. Ya lo había hecho con éxito en otras ocasiones; básicamente, con hombres. Eran más simples que las mujeres, y la tarea de fijar una idea en sus cerebros por medio de un vocablo resultaba más sencilla. El sistema era eficaz. Anclaje, lo denominaban los psicólogos. Y por una vez, a pesar de considerarlos unos charlatanes con más torpeza que pericia, tenía que reconocer que sus teorías eran válidas. Sin embargo, habría preferido un entorno menos hostil, más controlado, un lugar neutral donde llevar a cabo la partida. Y también, más herramientas. Juric era un rival demasiado impredecible, visceral. En un momento dado, sin previo aviso, podía barrer el tablero de un manotazo y echar por tierra su estrategia.

Apuró la lata de cola, la aplastó para reducir el tamaño, y luego la escondió debajo del camastro. A continuación, sin dejar de mordisquear chocolate, echó a caminar por la habitación esquivando los puntales mientras elaboraba una lista de palabras.

¿Seré capaz de matar?

De nuevo estaba ahí la chica del flequillo mal cortado. Pululando por su mente como una mariposa nocturna. «Ya estás a salvo.» Su expresión. La sorpresa. El reconocimiento. Aquel leve matiz en sus ojos. Si en efecto fue así, y sabía quién era él, solo cabía una explicación. Lo había descubierto acechando al matrimonio y ella, a su vez, lo había seguido. El vigilante vigilado. Pero ¿desde cuándo? Y lo más importante: ¿por qué? Reflexionó sobre la primera cuestión. Al principio, él los seguía a todas partes por la noche, siete días a la semana. Hasta que cayó en la cuenta de que no pasaba desapercibido y cesó de hacerlo, entre otras cosas para evitar una nueva denuncia por acoso y el consiguiente expediente disciplinario. A partir de entonces, únicamente vigilaba el *Somerton*. Si cazaban una presa, allí sería donde la llevarían. Estableció su puesto de centinela en un lugar apartado, cerca de la entrada del muelle de Capitanía, oculto junto a unos contenedores, dentro de su viejo y abollado Volkswagen. A salvo de miradas indiscretas, incluso la de aquella joven. Procuró hacer memoria. Dejó de seguirlos más o menos tras su vuelta del crucero, a mediados de agosto. Error. Permaneció al acecho todavía un par de semanas más. Fue testigo del accidente que provocaron en Balmes, de cómo se empotraron contra un autobús al llegar a Diagonal. O sea, tuvo que ser a finales de mes aproximadamente. Exacto, interrumpió la vigilancia cuando se fueron de viaje de negocios por Europa y la retomó a su regreso, a primeros de septiembre, pero ya solo desde el coche. Apretó los dientes al recordar

las fechas. El fallo imperdonable que cometió al saltarse la rutina justo la noche en que esos dos psicópatas cazaron a la pareja belga de novios. Por el cansancio. La fatiga acumulada durante tantas madrugadas sin apenas dormir. No tenía excusa. Ni el hecho de necesitar horas de sueño ni la fatalidad. No había disculpa y punto. Cargaría con aquella losa hasta el fin de sus días, y se lo tenía merecido.

¿Seré capaz de matar?

Se interrogó sobre por qué la joven del flequillo mal cortado se puso también a vigilarlos. ¿Qué la indujo? Sus rostros habían aparecido con frecuencia en los medios a raíz del juicio por el asesinato de Candela Cuadrado. Fueron noticia durante un tiempo. Pero había llovido mucho desde entonces. Tuvo que haber otro motivo, uno de peso que la impulsara a hacerlo. Nadie se ponía así como así a vigilar a alguien. Se quedó rígido, con la tableta de chocolate a pocos centímetros de la boca. Una imagen imprevista le obligó a dejar a un lado las razones. Los vio subir al yate con los jóvenes belgas. Si los acechaba, pudo ser testigo.

—Yo fallé, ella tal vez no.

Y luego, poco antes de amanecer, los vio bajar del *Somerton*. A la pareja belga no. ¿Por qué no lo denunció? Puede que pensara que habían desembarcado en otro muelle. No obstante, la noticia salió en los medios el 14 de septiembre, cuando se pidió la colaboración ciudadana para dar con los desaparecidos, y ella tampoco hizo nada. ¿Por qué?

—Porque no confía en la policía.

Recordó cómo le clavó la jeringuilla, la reacción defensiva en su contra pese a haberle mostrado la placa. La desconfianza podría justificarlo. Otra cosa más que tendría que averiguar. Aparcó el asunto y continuó. Los cuerpos aparecieron en los arrecifes a mediados de octubre. Tuvo que enfurecerse, como él. Sentirse impotente, como él. Y puede que entonces, empujada por la cólera, decidiera tomarse la justicia por su mano, hacer de cebo para pararlos a toda costa. Cosa que logró, no como él.

Bajó la cabeza.

La similitud de sentimientos lo dejó apabullado. Tal vez por eso, después del shock y de cumplir su venganza, dio media vuelta y fue a rescatarlo. Porque sabía que él era inocente. Y la joven del flequillo mal cortado no mataba a inocentes. Solo se ocupaba de culpables. Ella los había sufrido en primera persona.

—¿Quién eres tú, la Mujer Maravilla?

Golpeó la frente contra uno de los puntales y recapituló.

Los sometió a vigilancia durante más de tres meses. Empezó antes de la desaparición de la pareja belga de novios. Y a mediados de octubre, inició los intentos por darles caza.

Volvió a chocar la cabeza contra el soporte oxidado.

—¿Por qué? ¿Cuál fue el detonante que te puso en marcha?

22

—¿Las redes siguen dando la turra con el tema?

—Ni te lo imaginas, subinspectora —dijo el sargento Crespo—. Y para rematar el asunto, ahora se han sumado los medios a la campaña, empezando por la prensa. —Fue a recoger unos periódicos al mostrador de la sala de descanso y leyó a medias los titulares en voz alta—: «Inspector de los Mossos d'Esquadra envuelto en un doble crimen». «El sospechoso de…» «Miembro del GEHME con supuestos aprietos económicos…» «Acoso de los Mossos a la alta burguesía de Barcelona.» Fugado, díscolo, problemático… Lo están machacando a conciencia, soltando mentiras a diestro y siniestro. Hablan de sobornos, de inestabilidad emocional, de alcoholismo…

—Toni, la mentira es el ingrediente básico para gran parte de la prensa, el pan nuestro de cada día. No sé de qué te extrañas.

—Esto no es justo, Malart no se lo merece. Por suerte, y de momento, ninguno muestra su foto.

—Para evitar la demanda —dijo Mercader. Apuró el café—. Sería ilegal, y lo saben. Son unos vendidos, pero no tontos.

—¿Quién crees que está detrás?

—Los Parés, sin duda. No nos tragan. Les encantaría acabar con nosotros y poner a unos títeres al frente para manejarlos a su antojo más de lo que ya lo hacen. Esta campaña es un mensaje alto y claro a Jefatura: aquí mandamos nosotros y se hace lo que digamos.

—¿Y los Morera?

—También, pero en segunda línea. Son más experimentados y discretos, tienen menos en juego.

—Algunos empiezan a reclamar la cabeza de Malart. Y no hablo de cualquiera. Desde plaza Sant Jaume ya se alzan voces para crear una comisión de investigación sobre el caso.

—El poder ha activado la maquinaria para proteger a dos de sus familias —sentenció Rebeca—, el poder político con mayúsculas. Todo perfectamente sincronizado.

—No hay nada como tener influencia por todas partes, con un tentáculo en cada sector de la sociedad.

—Pero que no te quepa la menor duda, sargento. Todos esos voceros recularán con la cola entre las piernas cuando salga la verdad a la luz.

Del primero al último. Y si no, al tiempo.

—Puede, pero el trabajo de demolición ya estará hecho.

—Pronto será olvidado. Surgirá un nuevo caso de corrupción y nadie recordará su nombre. Pasó algo similar durante el caso del Verdugo de Gaudí y ya ves, todo quedó en agua de borrajas.

El sargento Crespo sacudió la cabeza y soltó los periódicos.

—A eso me refiero. ¿Quién puede soportar tantas sombras sobre su carrera? Acabarán por aplastarlo.

—Malart es fuerte, Toni. Puede aguantar esto y lo que le echen. Es de acero puro.

—Yo no estoy tan seguro. Todos tenemos un punto de resistencia. Y en función de la sobrecarga, quebrarnos.

—Mira, Toni, si él…

La sargento Humbert irrumpió en la sala agitando una nota.

—Acaban de llamar desde Brians 2 para informarnos de que el recluso Amedé Agbini ha aparecido muerto esta mañana en su celda —dijo—. Según los responsables del centro penitenciario, a causa de una sobredosis. Heroína, por lo visto.

Mercader y Crespo se quedaron mirando, estupefactos.

—Maldita sea —dijo Rebeca—. ¿Saben quién se la proporcionó?

—Lo están investigando —dijo Humbert.

Crespo reaccionó con rapidez.

—Sargento —dijo—, averigua si ha recibido visitas las últimas veinticuatro horas. Quiero una lista de nombres y el registro horario. Y también si algún celador no ha acudido al trabajo.

—A la orden.

Ambos la contemplaron salir a toda prisa de la sala de descanso. Mercader frunció el ceño.

—Demasiado oportuno —dijo—, ¿no te parece?

—¿Crees que alguien le ha cerrado la boca?

—Las casualidades existen, Toni. Pero no en este curro.

Entró en el piso jadeando. Era muy pequeño, algo claustrofóbico, pero con un alquiler barato. En su situación, sola y sin trabajo, cobrando una miseria del paro, era lo máximo que se podía permitir. Antes de que su madre falleciera, vivía con ella en uno de la Meridiana, también humilde, aunque algo más espacioso. Lo odiaba. Desde el papel de las paredes hasta los suelos de linóleo. Los ruidos, los olores, los gritos de los vecinos. De ahí que, cuando encontró un empleo, decidiera mudarse a la otra punta de Barcelona. Una de las pocas cosas que se llevó consigo fue el viejo *muk yan jong*, un maniquí de madera para practicar artes marciales, regalo del anciano chino que regentaba una escuela de defensa personal del barrio donde tomó clases a cambio de realizar las faenas de limpieza. Lo plantó en el centro de la sala. Solía ejercitar las

técnicas de combate para no olvidarlas, como hizo en ese instante nada más soltar las llaves, el cúter y el táser en un cuenco junto al sofá de dos plazas. Después de golpear durante veinte minutos los brazos del poste, se dio una ducha, se puso ropa cómoda y se sentó a la mesa, frente a los dos portátiles; el suyo, cerrado; el otro, abierto. En el primero, dio un repaso a la prensa digital. Se quedó atónita. El ensañamiento con el policía alto le pareció fuera de lugar. No se esperaba algo así. De forma inconsciente, dirigió la vista hacia el escondrijo donde había ocultado el USB con el vídeo de los hechos acontecidos en el yate. El lápiz de memoria podría exculparlo de un plumazo, apagar todo aquel ruido que se había levantado en su contra. Se lo quitó de la cabeza. También aparecía ella, y no estaba dispuesta a ocupar su sitio en el cadalso. Notó cómo la irritación empezaba a subirle desde la boca del estómago hasta estallar en su cerebro. Cuando aquellos dos malnacidos, ciegos de coca y borrachos, provocaron el accidente que causó varios heridos de gravedad, los periódicos apenas se hicieron eco del suceso. En cambio, ahora, ¿sacaban toda esa basura para hundir a un inocente? ¿Con qué pruebas?

Se levantó de la silla con rabia.

Recordaba perfectamente su frustración al buscar la noticia en la prensa. Solo encontró un breve, y no en toda. Lo de siempre. La cólera que la invadió. Estaban los ciudadanos de primera y luego, los demás. Todos los demás. La chusma. Dos patricios montaban un numerito en la calle, enviaban a varias personas al hospital tras pegarse una noche de juerga, y nadie hacía nada. Ni siquiera la policía. Todo el mundo miraba a otro lado.

Menos ella.

Se situó ante el maniquí y le dio una patada.

La furia acumulada, la ira, sin futuro, rodeada de violencia por todas partes, herida. Revivió el momento con la misma intensidad. No halló casi nada del incidente, pero sí la relación de aquel matrimonio con el asesinato de una joven. El juicio. Salieron libres. Estudió el caso Gotha a fondo por internet. Violación. Leyó la palabra en rojo. La removió por dentro.

Dio otro golpe al poste, esta vez con el puño.

Incapaz de dormir, de liberarse de la angustia, empezó a seguirlos, a aprender sus rutinas, domicilio y lugares de trabajo. Descubrió al policía alto haciendo otro tanto. Y también lo siguió. Averiguó quién era, a qué se dedicaba, dónde vivía. Y de igual modo, lo investigó por la red. Lo vio en varios vídeos relacionados con un caso antiguo y le cayó bien. Tuvo la impresión de que era un inestable emocional, como ella. Peculiar, diferente. Parecía cualquier cosa menos un poli. A simple vista, y por lo que decían algunas entradas, no era un vendido. Malart. Inspector Malart. Memorizó su nombre. Una noche de finales de agosto, sin el poli a la vista, observó a un chico y una chica subir al yate con el

matrimonio. Los filmó con el móvil. Aguardó toda la madrugada en el muelle desierto. El *Somerton* regresó. Los dos degenerados descendieron; el chico y la chica no. Lo grabó todo. Y de nuevo, la desaparición de aquellos jóvenes no salió en ningún medio. En ninguno.

Soltó otro golpe, ahora con el canto de la mano.

Cabía la posibilidad de que los hubieran desembarcado en otro muelle. Pero una voz en su interior le dijo que se engañaba, y los hechos se lo confirmaron cuando por fin los medios hablaron del asunto para reclamar la colaboración ciudadana. Sin embargo, todo se apagó al poco tiempo. Y ni una palabra sobre el matrimonio. Aquello acrecentó su furor. Otra vez lo de siempre. Los intocables, y la plebe. La cima, las cloacas.

Golpeó el maniquí con una combinación de manos y pies.

Le demostró lo que ya sabía, que la policía no era de fiar. Se había vendido al poder. No entró en contacto con Malart, ¿para qué? No podía confiar en nadie. Estaba sola. A merced de las pesadillas, la angustia grave, los pensamientos incontrolados. Despersonalizada, como si fuera otra, llegó a la conclusión de que únicamente había una salida. La venganza. Aquellos dos eran la reencarnación del mal y había que detenerlos como fuese. Haría el trabajo de los Mossos. Al fin y al cabo, no podrían encerrarlos. Eran inalcanzables para ellos, ya lo habían demostrado. Pero no para ella. Una insignificante mota de polvo a quien nada le importaba, ni siquiera el riesgo. Su vida no tenía valor, le daba igual ponerla en juego. Y ansiaba estar en paz con ella misma, calmar su profundo rencor. Era la única respuesta.

¿Seré capaz de matar?

Se detuvo y apoyó la cabeza en uno de los barrotes.

La única respuesta.

Volvió a tomar asiento y echó un rápido vistazo a las redes. Alucinó. Realmente, se estaban cebando con aquel poli alto. Contuvo el aire. Confió en que hubiera sobrevivido tras abandonarlo en la orilla. No había sido su intención clavarle la jeringuilla, fue un acto reflejo. Con la tensión y el miedo, se había olvidado de él. No imaginaba que pudiera aparecer. Siguió repasando las redes. Cada vez le resultó más injusto. Más irritante. Se encarnizaban con Malart a base de insultos y *fakes*. Todas a una. Con un hombre que solo había intentado protegerla. Recordó su expresión, los gestos para calmarla, el abrazo. «Estás a salvo, ya no pueden hacerte daño.» La única persona que había salido en su defensa durante toda su vida. Amable, fuerte, decidido. Aquello era indignante. Intolerable. No se lo merecía. Sintió el cosquilleo del rencor oscuro trepar por la espalda. Cada vez más negro.

Cerró el portátil y contempló el otro, abierto a su lado.

Tuvo claro lo que debía hacer. Dar una lección. De nuevo.

—Se van a enterar —dijo.

La sargento Humbert entró en la sala de revista cuando Mercader se disponía a contar sus hallazgos y deducciones en el *Somerton* a la comisaria Bassa y los demás componentes del GEHME. Le entregó una hoja a Crespo y aguardó instrucciones.

—«Ningún celador se ha ausentado esta mañana y todos están en sus puestos —leyó por encima—. En estos momentos, registrando las celdas de los demás reclusos en busca de droga. La pureza de la heroína es de un setenta por ciento, lo que le provocó una parada cardíaca casi inmediata.» —Levantó la vista—. Si el porcentaje habitual es entre un ocho y un diez, Amedé Agbini se inyectó por la noche una dosis letal sin saberlo.

—Con esa pureza, quien se la proporcionó tuvo que ser alguien de fuera —aseguró Rojo—, no de dentro. Alguien que conocía los efectos. Ha sido adrede, para silenciarlo. Una condena de veintiocho años te da mucho tiempo para pensar y era el único testigo de lo que ocurrió en el yate cuando el asesinato de Candela Cuadrado.

—Se la rebajaron a dieciséis después de apelar —repuso Sena—. Pero estoy contigo, sigue siendo demasiado tiempo.

—La última visita que recibió fue ayer jueves por la tarde —dijo Crespo—. Julia Gomila, la mujer con la que mantenía una relación desde el juicio. —Miró a Humbert—. ¿Sabemos algo de su paradero?

—Desconocido. Una dotación ha acudido a su domicilio y lo han encontrado vacío, sin efectos personales. Tampoco contesta a las llamadas ni se ha presentado en la gestoría donde trabaja.

—Se ha largado por piernas —señaló Cervera—. Nunca me tragué que se enamorara de un asesino convicto, todo ese rollo psicológico del trastorno de adoración excesiva. Era su perro guardián, vigilaba que no cayera en la tentación y soltase la lengua. Y justo cuando esos dos la palman, tuvo que ser muy grande para ese pringado. Papelina la hostia de pura, y si te he visto no me acuerdo. Cabo suelto atado.

—¿Otras visitas? —preguntó Bassa, inexpresiva.

Crespo repasó la lista.

—El inspector Malart. Fue a verlo cada quince días.

Todos guardaron silencio.

—Bien —dijo la comisaria—, daré orden de búsqueda y captura de esa mujer. Mientras el centro penitenciario sigue con su investigación, nosotros volvamos a la nuestra. Subinspectora Mercader, estabas a punto de contarnos algo relevante.

—Un momento, comisaria —dijo—. Sargento Humbert, ¿habéis averiguado la identidad del reportero que filmó las imágenes del accidente que provocó el matrimonio en agosto?

—Miguel Montaner, trabaja por libre. ¿Quieres su dirección?

—Uno de nosotros debería ir a hablar con él —dijo—, por si vio algo o a alguien que le llamara la atención.

—A mí me pirra hablar con la prensa —dijo Cervera—. Rojo, ¿te

apuntas? —Asintió con una mueca—. Asunto resuelto, Mercader. Y antes de que me lo preguntes, he pasado por el muelle de Capitanía de camino a la Central y sí, tenías razón, hay marcas en el pavimento. Pequeñas rayaduras aquí y allá, más o menos por donde va la senda del punto ciego. A simple vista pasan desapercibidas, pero si te fijas bien ahí están, y no por casualidad. ¿De golpe tienes superpoderes o qué?

—Toni —dijo—, ¿cómo van esas imágenes del Rosebud? ¿Ya las has conseguido?

—La sargento Corominas está en ello, desde primera hora.

—¿Y?

—El dueño del Rosebud no responde ni al fijo ni al móvil.

—Pues envía a una patrulla a su casa. Que echen la puerta abajo y lo saquen de la cama si hace falta. Te he dejado bien claro que son muy urgentes. ¿Sí o no?

—A la orden, subinspectora —dijo Crespo, ruborizado.

Abandonaba la sala cuando Rebeca lo detuvo.

—¿Has hablado con Márquez? —preguntó.

—Está con las huellas de la jeringuilla. El resto de las pisadas y huellas siguen a la espera de ser cotejadas. Y ya ha verificado una coincidencia del ochenta y cinco por ciento con el ADN de Malart en el cabo de la lancha.

—¿Y el quince restante?

—Lleva su tiempo, no está en su mano acelerar el asunto.

—Ya te diré yo lo que está en su mano o no —gruñó—. ¿Ha revisado la filmación de la segunda cámara?

—Está de acuerdo contigo. La mano que suelta la amarra de estribor no es la de Mónica Morera, corresponde a otro sujeto.

—Supongo que le habrás cantado las cuarenta.

Crespo se ajustó las gafas con gesto nervioso.

—Subinspectora, sabes que ese no es mi estilo y yo…

—Toni, las imágenes del Rosebud —cortó—. Encárgate en persona. Ahora. El tiempo apremia. Malart está en apuros.

Crespo y Humbert se dirigieron con rapidez hacia la puerta.

—¿Se puede saber qué te ha picado esta mañana? —dijo Boada—. Estás como una moto. ¿Te ha venido la regla?

—Contigo no hablo, capullo. —Se volvió hacia Cantero—. ¿Vas a darnos más datos de vuestra investigación sobre Ivo Parés, a colaborar de una puta vez con nosotros? —El subteniente negó con un gesto—. Vete a la mierda, picoleto, tú y la Guardia Civil entera. Te juro que si descubrimos algo por nuestra cuenta, que lo descubriremos, expondré en público hasta la última coma.

—Mercader —intervino el jefe Singla—, haz el favor de tomar asiento y serenarte un poco. ¿Cuántos cafés llevas ya?

Rebeca sostuvo su mirada un momento, y fue a sentarse.

—Demasiados, jefe —farfulló—. He perdido la cuenta.

En el atril, la comisaria Bassa carraspeó con enfado.

—¿Puede alguien explicarme de qué va todo esto? —dijo.

De nuevo, la angustia se apoderó de él sin previo aviso, y lo vivido en el mar le cayó encima como un alud de piedras. La experiencia cercana a la muerte, el terror inicial, la aceptación. Se miró las manos. Temblaban. La sensación de punto final. Se vio a sí mismo mecido en el gran azul. Como si fuera un observador externo, contempló su desasosiego al tratar de retener el aspecto de su madre sin lograrlo. Solo. Llorando. Sin un lugar al que regresar. Sin amor incondicional. Sin refugio ni cariño. Abandonado. Madre, mamá. Una idea. Ninguna imagen. Salvo la que afloró su subconsciente.

El ahogo de un bebé en la bañera.

La mujer del delantal rojo y azul.

Apoyó la espalda en la pared y se dejó resbalar hasta quedar sentado. Se abrazó a las piernas, hundió la cabeza entre las rodillas. *Intentó matarte, acéptalo*. Empezó a jadear. Un peso le comprimió el pecho, como si alguien se hubiera aposentado en los pulmones y le dificultara respirar. *No quería tenerte, y después de nacer trató de acabar contigo*. Se inclinó a un lado, gravitó hacia el piso, dio con la mejilla contra los escombros. *Llevaba su delantal, el mismo de siempre*. El fogonazo de una imagen cuando era un niño de seis años lo sacudió por entero. El cuerpo sin vida de su madre en el suelo de la cocina, a los pies de su padre. *El mismo delantal*. Su padre. Fornido, fuerte como un roble. El puño en alto. Un bebedor. Primitivo, cruel. *Rojo y azul*. Los súbitos cambios de humor, los arranques de violencia, los gritos sin motivo. Su madre soportándolo con resignación, sin protestar. *El rojo: sexo, infidelidad, celos, mentira*. Los golpes, el cinturón. «Te mataré; si le vuelves a poner la mano encima a mamá, juro que te mataré.» Y la risa de su padre como respuesta. Sardónica, enloquecida, con los ojos brillantes, de borracho, idos. *El azul: hogar, inocencia, amor conyugal*. Ella quiso protegerlo de aquella atmósfera enfermiza. Lo preparó todo para enviarlo al Port de la Selva, con los abuelos. *Si rojo y azul juntos: la contradicción, el caos*. Lo eligió a él, no a su hermano Hugo. «Siempre fuiste el niño bonito de mamá.» ¿Porque era el pequeño? ¿Lanzó una moneda al aire y tuvo suerte? *Pregúntate por qué no puedes recordar su rostro*. Recluido en sí mismo a los seis años. Y cuando regresó a los doce, su padre y su hermano ya eran unos extraños para él. *Porque no quieres, esa es la verdad*. Sin vínculos. Un solitario empecinado en explicarse el porqué del comportamiento humano, comenzando por el de su familia. *No seas nenaza y concluye tú mismo por qué no quieres*. Los síntomas de esquizofrenia en su padre, el ingreso en el psiquiátrico, su suicidio degollándose con un trozo de cristal. *Por lo que te hizo*. Desde que tuvo uso de razón deseó que su padre desapareciera de su vida. Le culpó de la

muerte de su madre, de todos sus problemas, de su inadaptación. Luego, le llegó el turno a su hermano. *Y borraste su aspecto de la memoria*. El desarrollo de la misma enfermedad mental, el ingreso en el mismo psiquiátrico. «De aquí no se sale. El que entra ya no sale. Hijoputa, ¿por qué me quieres castigar a mí también?» Una familia sin fotos, sin momentos felices. Destruida. *Ahora toca deducir por qué intentó ahogarte*. En el mar bajó los brazos, aceptó su suerte, sin oponer resistencia. *Tienes todos los indicios, tú sabes hacer estas cosas, es tu trabajo*. Se encogió en posición fetal al revivir cómo había asumido que era el momento de partir. Apretó los párpados. *No, no cierres los ojos, enfréntate a la verdad*. Los recuerdos de infancia no eran más que una fantasía. La ternura de su madre, el amor, los abrazos, los besos. Todo era falso. *Piensa: ¿quién se lo impidió? La respuesta es fácil*. Sin un seno materno al que acudir ante la certeza de la muerte inminente, dejó de luchar. *Exacto, tu padre*. Con el agua a la altura de las fosas nasales, claudicó. *La figura salvadora no fue ella, sino él*. A punto de sucumbir a su mente, el enemigo interior, se enfrentó a sí mismo. Malart contra Malart.

—Cállate —musitó.

Conocía muertes peores, y se dispuso a beberse el mar entero. *Entró en el baño y la detuvo, te salvó la vida*. Estremecido por una inusitada sensación de calma. *Imagino que ya intuyes lo que ocurrió a continuación.* Al renunciar a comprender un sentido, sintió una tranquilidad casi placentera. *Que tu padre se volvió un alcohólico, para olvidar, y eso precipitó el desarrollo de la esquizofrenia*. Hizo frente a la idea sin miedo. Al contrario, con entereza, con arrojo. *¿Verdad que ahora tiene otra lectura el hecho de que tu madre te enviara lejos de casa?* El fondo lo atrajo como un imán. El lecho. Dormir. *No fue para protegerte de la violencia de tu padre, sino para no verte más*.

—Que te calles —dijo, entre dientes.

Un sudor frío le empapó la espalda, el corazón acelerado. *Porque te odiaba*. Llegó el momento de desactivar los esfuerzos por mantenerse a flote. *Tu presencia le revolvía las entrañas*. Canceló los intentos de respirar. *Desde que naciste*. Se dejó ir, acunado por las olas. *Y no fue por una depresión posparto, sácatelo de la cabeza*. Empezó a hundirse. *Sería bueno que te plantearas cómo se quedó embarazada*. Boca abajo, sin luz. *¿O te falta valor?* Hacia la nada. *Un tío tan fuerte y valiente como tú*. La oscuridad. *Te da miedo, reconócelo*.

—¡Cállate de una vez! —aulló—. ¡No quiero oírte más!

Soltó brazos y piernas y golpeó el suelo con saña. Unas lágrimas le resbalaron por las mejillas. Soltó otro puñetazo, y otro. Se sintió desarraigado, vacío, incompleto. Aquello solo era una jugarreta de su cerebro, otra más. *No te mientas.* El subconsciente registraba cosas que estaban fuera de su control, pero que no tenían por qué ser ciertas. *Ese episodio explicaría tu tendencia a ponerte constantemente en peligro en el mar, a nadar de forma compulsiva*. Se tapó la cara con las manos. *A*

buscar el elemento agua de manera obsesiva aquí, o en el Port de la Selva, o en sueños. Se negó a creer que hubiera reprimido los recuerdos, cerrado esa puerta y tirado la llave. Hasta aquel instante, cuando volvía a estar expuesto a la muerte. Y en esta ocasión no drogado, sino bien despierto. *Y también, tus problemas con las mujeres*. De rodillas, con la respiración agitada, alzó el rostro hacia el techo y gritó que la mente de un bebé no era capaz de almacenar sucesos. *Eres patético. O sí, por el miedo cerval. Dime quién tiene la certeza de lo que puede registrar o no un cerebro*.

—¿Y cómo sé que era yo? —sollozó.

El sonido de los cerrojos le hizo volver los ojos a la puerta.

23

Mercader terminó de exponer lo que había descubierto y deducido durante la noche y, acto seguido, aguardó impaciente las reacciones. Después de unos instantes de silencio, la comisaria Bassa fue la primera en abrir la boca.

—Un momento, vayamos por partes —dijo, sin salir de su asombro—. ¿Afirmas que hubo otro intruso a bordo?

—Lo dicen las pruebas —repuso Rebeca—. Márquez lo acaba de confirmar tras revisar las imágenes de la segunda cámara.

—¿Y que era una posible víctima del matrimonio?

—Iba con ellos, voluntariamente. Esos dos tomaron muchas precauciones para que no apareciera en los vídeos. Ya has oído a Cervera, lo guiaron por el sendero del punto ciego.

—¿Cómo es que ninguno contempló esa contingencia?

—Con todo el rollo de los indicios que señalaban la culpabilidad de Malart, el asunto quedó tapado. —Dirigió una mirada cargada de animadversión hacia Boada—. El puñetero sesgo confirmatorio nos distrajo al forzar los hechos para que cuadraran con una venganza llevada a cabo por él, según la conclusión predeterminada a la que algunos llegaron, y no con una víctima. Ahora, con la nueva información, todo encaja de forma verosímil. Malart se coló en el yate para salvarla, no para asesinarlos.

—Les paró los pies —dijo Boada, la voz queda.

—Los esposó para detenerlos —replicó Singla—. ¿No opinas lo mismo, comisaria? Solo cumplía con su trabajo, con su obligación. Causa probable de comisión de un delito grave. La protegió, y Malart es inocente. Creo que deberías retirar de inmediato la orden de detención en su contra.

Bassa arrugó los labios.

—Yo no veo la causa probable por ninguna parte —dijo—. El matrimonio subió al *Somerton* con una tercera persona, un invitado. ¿Dónde está aquí la comisión de un delito grave? De acuerdo, todo da a entender que lo del punto ciego es cosa suya, pero de ahí a pretender que fueran a cometer un crimen dista un largo trecho. —Señaló a Rebeca—. Subinspectora, háblame de esa supuesta víctima.

Mercader volvió a referirle que, a juzgar por el tamaño de la muñeca

recogido por la cámara, se trataba de alguien menudo, un chico o una chica, sin demasiada fuerza. Argumentó que no pudo con el peso de cada cónyuge ni con el de Malart, y que si le clavó la jeringuilla fue por miedo, bajo la conmoción.

—Pero según tu teoría —dijo Bassa—, lo empujó al mar.

—Y luego regresó para rescatarlo.

—Después de ocuparse del matrimonio. Sin dejar rastros. Esa supuesta víctima tiene muchos recursos, es alguien que sabe cómo borrar huellas y pisadas.

—O que ve series del CSI. Además, pudo no eliminarlas todas. Seguimos aguardando a que Criminalística termine de cotejar las restantes que halló en el yate. Y cuando el sargento Crespo logre dar por fin con el dueño del Rosebud, tendremos su imagen. Al menos, eso espero.

El jefe Singla se aclaró la garganta.

—Comisaria —dijo—, anoche nos diste veinticuatro horas para seguir con el caso antes de pasarlo a la DIC y a Asuntos Internos. Tras escuchar lo aportado por la subinspectora Mercader, ¿mantienes el plazo o consideras oportuno ampliarlo?

—Menos lobos, Singla —replicó—. Esta mañana he recibido una llamada del juez Losada y está que trina contigo. Afirma que le ocultaste información. ¿En qué estabas pensando, inspector jefe? Escaquear datos a un juez es algo muy grave. Te exige que vayas a verlo a la Ciudad de la Justicia con urgencia.

—Vaya, no ha tardado mucho.

—Las redes, la prensa —dijo Bassa—. No me explico qué tenías en la cabeza. Conociéndolo, te va a caer un paquete.

—Cargaré con las consecuencias, comisaria. Pero necesitábamos tiempo, y no toda la información de que disponíamos era correcta, como Mercader acaba de demostrar.

—El juez es quien instruye el caso, no tú. —Singla asintió en silencio —. En fin, veré lo que puedo hacer para disuadirlo.

—Comisaria —intervino Rebeca—, lo que sí es urgente es que ordenes dar una batida por La Mina. Estoy convencida de que Malart, desorientado después de dar tumbos por la playa de Sant Adrià de Besòs, se internó por sus calles; y en su estado…

—¿Sugieres un puerta a puerta? —cortó Bassa—. ¿Para qué? ¿De verdad piensas que algún camello nos va a contar algo sobre un policía desaparecido?

—En ese barrio también vive gente legal —repuso—, buena gente. Alguien pudo verlo.

—Alguien que se cuidará muy mucho de colaborar con nosotros por temor a ser señalado como un chivato.

Rebeca resopló con hartazgo. Sopesó contenerse y actuar con sentido común, sin perder la compostura, o bien todo lo contrario. En décimas

de segundo, razonó que no se había pasado toda la noche en vela para medir ahora sus palabras y decidió mandar la prudencia al carajo. Precisamente, aludiendo al sentido común. Se levantó y fue hasta el atril.

Se detuvo a pocos pasos.

—Comisaria, con el debido respeto —dijo—. Pones pegas a dar una batida para localizar el paradero de Malart. Te negaste a ordenar una búsqueda de emergencia cuando temíamos que se hallara en el mar luchando por su vida. Parece que no estás dispuesta a anular la orden de detención, no aprecias causa probable y, para colmo, dudas de que se trate de una víctima.

Bassa la contempló en silencio, pasmada.

—Esos dos tenían un método —prosiguió Mercader—, te guste o no te guste. Captaban a una presa, la conducían al yate por un camino concreto y la hacían entrar por el lugar adecuado. Con la jeringuilla se aseguraban la sumisión química para abusar de ella. Luego, se deshacían de su cuerpo en mar abierto con los útiles del arcón y regresaban al muelle, tranquilos y satisfechos. La hipodérmica indica premeditación. Como la cámara. Filmaban las vejaciones y torturas para cuando les sobreviniera el mono, todo dispuesto para saciar sus apetitos. Ese chico o chica iba a ser la nueva víctima, la octava. Y Malart lo sabía, por este motivo actuó como actuó. Hay que estar ciego para no ver aquí causa probable. ¿Comisión de un delito grave? Dejémonos de hostias, comisaria. Lo hicieron con la pareja belga de novios, con cuatro jóvenes más durante el verano, como te conté en la reunión de anoche, y pensaban repetir la atrocidad en la madrugada del miércoles al jueves. Malart, por suerte, lo impidió. Si no, a estas alturas estaríamos hablando de una nueva desaparición. Si contamos a Candela Cuadrado, siete víctimas a sus espaldas y una en grado de tentativa. Que no te quepa ninguna duda: era una víctima. Nada de «supuesta». Una víctima como la copa de un pino que se libró de milagro. —Dio media vuelta mientras agregaba—: Y ahora ya puedes suspenderme, abrirme un expediente disciplinario o lo que te plazca, tú misma.

Se dejó caer en la silla como un peso muerto.

Bakir entró en la habitación del sótano y le preguntó a qué venían tantos gritos. Alzó un puño en su dirección, grande como un mazo, y le conminó a que dejara de armar ruido.

Malart lo miró con ojos ofuscados. De rodillas.

—Tengo que ir al baño —murmuró.

La mole de músculos le señaló la botella vacía de plástico.

—Tío, pienso quejarme a la dirección del hotel.

Bakir inició la marcha hacia la puerta.

—¿Hasta qué hora servís aquí el desayuno? —La montaña se detuvo,

giró la cabeza y lo miró imperturbable, sin responder—. Si me traes un café y dos cruasanes, te daré una buena propina.

El guardaespaldas continuó su camino y empezó a cerrarla.

—¿El jefe sigue en la subasta?

El portazo retumbó en sus oídos. Luego, los tres cerrojazos.

Malart se inclinó de lado hasta echarse en el suelo.

—¿Va a tardar mucho más esto? —gritó.

—¿De dónde sacas a esos cuatro jóvenes? —preguntó la comisaria, fría como un témpano de hielo—. Pruebas. Te repito lo mismo que anoche. ¿Hay alguna prueba?

—Tenemos razones para creer que…

—¿Quiénes?

—Malart y… —Hizo una pausa—. Y yo.

—Explícate.

Rebeca le relató, con voz desprovista de emoción, las investigaciones de su compañero. El testimonio de Leandro Schavelzon, el sobrecargo despedido durante el crucero, quien detalló los cuatro puertos donde había amarrado el *Somerton*, coincidiendo con los permisos que el matrimonio había concedido a la tripulación para bajar a tierra y alojarse en un hotel. Las consultas a las correspondientes policías extranjeras. Las edades y el género de los jóvenes desaparecidos en esas mismas cuatro localidades por aquellas fechas. Una chica en Puerto Banús, un chico en Miconos, una chica en Split y otro chico en Saint-Tropez. Todos, entre los veinte y los veinticinco años. La imposibilidad de avanzar en el asunto a causa de la prohibición de Jefatura de investigar a Ivo Parés y Mónica Morera, y la obligación de paralizar las gestiones por no disponer de la orden de un juez que las autorizase.

—¿Algo más? —quiso saber la comisaria.

—¿Te parece poco? Fue suficiente para que Malart ocupara su puesto de centinela en el muelle casi todas las noches.

—Menos la que ocurrió lo de la pareja belga, supuestamente.

—¿Y de quién fue la culpa? —repuso Mercader—. ¿De él? Intentó arreglarlo. Nos lo dijo a todos, aquí, en la Central. A gritos, fuera de sí. ¿Y qué hicisteis los jefes? Oídos sordos, como siempre cuando esa gente estaba por medio. Eran intocables.

—Desbarraba —señaló Boada—. ¿Quién podía creer las palabras de un chiflado con una evidente fijación en ese matrimonio? Desde luego, yo no.

—Comisaria —dijo Rebeca—, levanta la prohibición y habla con un juez para que firme la orden. Si quieres evitar a los Mossos el ridículo policial más grande de Europa, pon en marcha de nuevo la investigación que inició Malart y activa los mecanismos para trabajar de forma conjunta con las policías de los demás países, incluida la belga.

Bassa frunció el ceño.

—¿A qué ridículo te refieres?

—Imagínate por un instante que las filmaciones de las violaciones y asesinatos salen a la luz. ¿Cómo quedaremos? Los culpables ante nuestras narices y nosotros mirando hacia otro lado. ¿Ves a dónde quiero ir a parar? Lo grabaron todo. ¿Para qué si no instalaron la cámara en la sala del *Somerton*? Alguien se llevó el portátil con esos vídeos, y solo pudo ser la octava víctima. La debió de descubrir en la cabina de mandos por accidente, supongo que mientras borraba sus huellas. Y si acabó con ellos de un modo tan cruel por venganza, piensa: ¿cuál sería el colofón perfecto para desquitarse? Revelando su siniestra identidad, su verdadero rostro. Los vídeos aparecerán, estoy segura.

—El escándalo será mayúsculo —indicó Singla.

—Un escarnio para las dos familias —dijo Rojo.

—Y para nosotros, una humillación colosal —aseguró Sena—. Para no levantar cabeza en cien años.

Rebeca se limitó a asentir en silencio.

—¿Y por qué no han aparecido ya? —dijo Cantero.

—No tengo ni idea —reconoció Mercader—. Pero lo harán.

Bassa se mordió el labio inferior.

—Entonces —dijo, reticente—, además de reanudar la investigación de Malart por media Europa, ¿qué sugieres que hagamos para parar el golpe, subinspectora?

—Evitar males mayores.

—Explícate.

—No te va a gustar —dijo Mercader. La comisaria hizo un gesto con la mano para que prosiguiera—. En primer lugar, daría una rueda de prensa esta misma mañana para anunciar que la orden de detención en su contra queda anulada.

Cervera se inclinó hacia Rojo.

—Toma ya —le susurró al oído—, con un par.

—Olvídalo —dijo Bassa—, es muy pronto para eso.

—Y declararía su inocencia —prosiguió Rebeca, impertérrita—, afirmando que con los nuevos datos que poseemos su integridad queda fuera de toda duda, dejando bien a las claras que todo el Cuerpo se alinea con él. De paso, denunciaría que los rumores que circulan por redes y medios son infundios sin base alguna, insidias que no merecen ningún crédito, y que avanzamos siguiendo la línea de investigación correcta. El redactado es mejorable, pero más o menos es esto.

—La prensa se nos echará encima como lobos hambrientos.

—Lo habitual, ya estamos acostumbrados. ¿Continúo con mis sugerencias? —La comisaria asintió con un golpe seco—. Pinchar los teléfonos de todos los miembros de la familia Parés y conseguir una orden para obtener sus registros durante las últimas veinticuatro horas.

—¿Y de los Morera? —dijo Bassa, con sorna.

—También.

—Deliras. El juez Losada jamás firmaría esa orden.

—Pues que se inhiba y buscamos a otro. Yo conozco a una.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. A mi juicio, los Parés son los impulsores de la campaña contra Malart. Alguien les ha ido con el cuento y ellos han centrado su ira y su frustración en la diana equivocada.

—Eso no es motivo suficiente para obtener sus registros.

Boada se removió inquieto en la silla.

—Tía, vas de mal en peor —dijo, con desprecio—. Cada vez más chalada, como Malart. Directa al precipicio.

—No he terminado, comisaria —repuso Mercader—. ¿Sigo?

—Adelante. Pero sin irte por las ramas.

—En línea recta, muy bien —dijo. Tomó aire y enumeró—: Intimidación de testigos, compra de silencios, probablemente también de un topo, manipulación de pruebas, obstrucción. Y ahora, me temo, pueden querer tomarse la justicia por su mano. La gente de la cúspide no deja las cosas al azar. Son el poder.

Un silencio tenso se extendió por la sala. Hasta que lo rompió el subteniente Cantero.

—¿Quieres decir que lo han eliminado o piensan hacerlo?

—No da señales de vida. Si son capaces de lo que acabo de enumerar, los veo capaces de todo. Familiares de una víctima de asesinato. De uno especialmente degradante y atroz. Ira y frustración, incrementadas por ser quienes son. Si creen que ha sido el autor, su objetivo es claro: acabar con él. Primero con su prestigio, por medio de la dichosa campaña. Luego, con su vida.

—Subinspectora, son industriales, no asesinos.

—Eso explícaselo a Amedé Agbini.

—¿Sugieres que están detrás de la sobredosis? Te recuerdo que ese tipo tenía antecedentes por tráfico de drogas. Consumía.

—De ahí el sistema utilizado. Cualquier matrimonio es una sociedad secreta, nadie sabe qué pasa realmente entre los cónyuges. En este caso, doblemente secreta. ¿Quién conocía las perversiones que realizaban juntos? Tal vez alguien lo sospechaba, pero nadie tenía la certeza. Salvo Amedé Agbini, el único testigo. —Se encogió de hombros—. Están cerrando todos los cabos. Solo quedan tres. Dos ya han desaparecido, Julia Gomila y Malart. Falta el tercero y último: el joven o la joven. Cuando se enteren de su existencia, también correrá peligro.

—No jorobes, Mercader —dijo Bassa—. No jorobes.

—¿Tú sabes lo que estás diciendo? —soltó Cantero.

—Nos odian, comisaria. A muerte. Tú misma lo oíste de labios de la matriarca del clan. —Bassa enrojeció—. Está convencida de que asesinó a su nieto. Cuando esos dos contrajeron matrimonio, supongo que para ella debió de ser algo así como alcanzar la realeza. El apellido del poder

financiero unido al del poder político. ¿Y cuál sería el sueño para una mujer de su edad? Ver en vida a un descendiente Parés Morera, una especie de rey. ¿Hasta dónde crees que el odio puede cegarla con tal de castigar a quien truncó su mayor deseo?

—Nunca lo harían con sus propias manos —aseveró Sena.

—Las altas esferas siempre se mantienen limpias —dijo Rojo—. El trabajo sucio se lo encargan a otros. Tienen contactos.

—Y memoria —añadió Cervera—. Malart siempre fue una mosca cojonera con esos dos.

—Los registros telefónicos pueden sernos muy útiles —dijo Rojo—. Aunque yo ampliaría el plazo. De ser cierto lo que apunta Mercader, tuvieron que contactar con Julia Gomila para encargarle lo de la sobredosis.

—Entonces, a partir del momento en que sus cuerpos fueron hallados en alta mar —matizó Sena—. Mejor dicho, cuando supieron la noticia. Ayer jueves al mediodía, aproximadamente.

—Más tarde —corrigió Cervera—, cuando Márquez formuló la absurda sucesión de hechos que culpaban a Malart. Y alguien a bordo en esos instantes se fue de la lengua. Por pasta gansa.

Todas las cabezas se giraron hacia Cantero.

—Eh, parad el carro —protestó—. A mí no me miréis. Soy el recién llegado, pero os juro que no he tenido nada que ver en el asunto. —Ninguno apartó la mirada—. Maldita sea, aquí tenéis mi móvil. —Se lo entregó a Boada—. Revisadlo de arriba abajo, no encontraréis nada.

—Puedes haber empleado un desechable —comentó Boada.

—Como cualquiera de vosotros, no te jode.

—Basta —intervino Singla—. Así no vamos a ninguna parte. Lo averiguaremos, pero en otro momento. Ahora tenemos entre manos un problema más grave.

Todos se volvieron hacia el atril.

Bassa mantenía los ojos clavados en el suelo, pensativa.

—Inspector jefe —dijo, al rato—, ¿tu opinión?

—Estoy con Mercader. Hasta ahora es la única que ha proporcionado datos de peso. Su teoría no es descabellada, y lo que propone es razonable.

—Se nos tirarán a la yugular —dijo Bassa—. Cuando se sepa que hemos pinchado sus teléfonos, y se sabrá, no dejarán títere con cabeza. Puede salirnos muy caro. A todos.

—¿Desde cuándo nos asustan los tambores de guerra?

La comisaria repasó uno a uno los rostros de todos los componentes del GEHME. Dejó escapar un suspiro.

—Muy bien —dijo—. Consultaré con Jefatura.

—No hay tiempo para consultas —dijo Mercader.

—Consultaré con Jefatura —repitió, rígida—. Y si me dan la aprobación, intentaré convencer al juez.

—¿Y la rueda de prensa? —insistió—. Corre prisa.

—No me aprietes, subinspectora. Y oye, ni se te ocurra puentearme, que te conozco. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua. ¿Y lo de anular la orden de detención?

La comisaria abandonó la sala. Cervera hizo un gesto a Rojo hacia la puerta, este asintió, y dijo que ellos iban a hablar con el reportero que filmó las imágenes del accidente. Boada siguió sus pasos mientras Cantero, enfurruñado, hacía otro tanto.

Rebeca, en la silla, se frotó la cara con las manos.

—Descansa un poco, Mercader —dijo Singla—. Has hecho un magnífico trabajo.

—Te agradezco el apoyo, jefe, pero yo no estoy tan segura. Los registros toman su tiempo, y si esa familia ha puesto precio a su cabeza… —Alzó el rostro—. ¿Alguien ha comprobado si ha habido actividad en las tarjetas de Malart?

—El sargento Crespo. Negativo.

Ella encajó el golpe con una mueca.

—¿Has hablado con Patrimonio y Fraude? —dijo.

—Anoche, con el inspector jefe Obispo. Están en marcha, de forma discreta, tal y como pediste.

Separó los brazos, abatida.

—No sé qué más puedo hacer —murmuró—. ¿Y sabes qué es lo peor? La sensación de que todo depende de horas. —Se llevó una mano al estómago—. La tengo aquí, clavada en las tripas. Su vida pende de un hilo, y no sé qué más hacer.

Singla sostuvo su mirada.

—Es fuerte, tiene recursos —repuso.

—Es humano, jefe. Como tú y como yo. Todo el mundo habla de su fortaleza, pero solo es un ser humano. De carne y hueso. Nada más.

24

La montaña de músculos abrió la puerta, se apartó, y Goran Juric entró en la estancia con expresión circunspecta. Se detuvo ante Malart, quien se hallaba en el suelo haciendo abdominales.

—¿Cómo ha ido la subasta? —jadeó.

—La propuesta me ha llegado ya por varias fuentes. La han hecho correr como la pólvora, nunca había visto nada igual.

—Barcelona será la leche en verso por fuera, pero lleva las bragas sucias. Y esa gente es uno de los palominos.

Juric soltó una risotada seca.

—Me caes bien —dijo—. Los sonados me caéis bien. Te odian a muerte, están dispuestos a pagar una fortuna por tu cabeza, y tú estás ahí, preparándote para las olimpiadas. Tan tranquilo, como si la cosa no fuera contigo.

Malart paró el ejercicio. Inspiró hondo varias veces, se puso boca abajo y comenzó una tanda de flexiones al tiempo que iniciaba el anclaje de ideas, la partida de ajedrez.

—El Coyote nunca atrapó al Correcaminos —resopló—. Que yo sepa.

Juric lo miró con extrañeza.

—¿Estás hablando de dibujos animados?

—Hablo de la naturaleza de cada uno.

—¿Y se puede saber cuál es la mía, entonces?

—Ser solo una herramienta, de la marca ACME. Los papeles ya están repartidos y a ti te ha tocado el más chungo.

Goran apretó los puños.

—Si no lo hago yo, lo harán otros —dijo—. Y es un encargo que me interesa. Pueden ser futuros inversores de mis negocios.

—Veo que ya has tomado una decisión.

—La pasta es la pasta.

—¿Solo te mueves por dinero?

—Hace que se mueva todo lo demás.

Malart dejó de hacer flexiones y se levantó muy despacio.

—Mis huevos —masculló—. Hay otras cosas.

Juric avanzó un paso hacia él.

—Dime una.

—El poder.

—Lo que digo —repuso Juric—. El poder que da el dinero.

—Me refiero a uno de otra clase. —Acortó la distancia lentamente—. Nuestro mundo apesta. La norma: sálvese quien pueda. La ley: yo primero. El método: vale todo. —Extendió el índice en su dirección—. Pero yo no sigo esa norma ni esa ley ni ese método. Tengo poder, y no soy multimillonario.

—Tú no tienes nada —espetó, con desdén.

—Puedo destruir a la familia más poderosa de la ciudad.

—No me hagas reír. ¿Un madero, un donnadie?

—Que los tiene acojonados. —Frenó a un palmo de su cara—. Por eso quieren borrarme del mapa. Tienen miedo y acuden a ti para que les hagas el trabajo. Solo eres un peón.

—Que puede ganar una fortuna.

—Seguirás siendo solo un peón. Ni jefe de un clan ni hostias. Solo un peón a su servicio. Un mayordomo.

Juric se aproximó un par de centímetros, los ojos en llamas.

—Seré respetado.

—Nadie respeta al chico de los recados.

—¡No me toques las pelotas!

—Te cabrea escuchar la verdad. Chasquean los dedos y saltas. ¿Para esto has luchado toda la vida? Eras un guerrero. Hace treinta años, en los Balcanes. Viste morir a tu familia. Tus hijos, tus padres, tu mujer. Viviste el horror absoluto, y las pasaste putas en la guerra, muy putas. Lo perdiste todo.

Goran ensombreció el rostro. Retrocedió un paso.

—No hables de la guerra —gruñó—. No te atrevas.

—Sufriste en tu propia carne el mal en todas sus formas. Pero te alzaste. Entre las ruinas, volviste a ponerte de pie y te hiciste hombre de golpe, de un día para otro. Duro como una piedra. Audaz, valiente, indomable. Y te abriste camino.

Reculó otro paso.

—No hables de la guerra —repitió, la voz queda.

—Te hablaré entonces de la que yo libro —dijo Malart, crecido—. De la que no me dejan librar. Me obligan a mirar para otra parte, a bajar la cabeza. Y yo no me resigno a ver pasar los cadáveres sin hacer nada. Tú tampoco lo hiciste. Eras un guerrero, y los guerreros no abandonan. Se levantan y siguen peleando. ¿Ya lo has olvidado?

—No hay un día que no piense en ello.

—Pero mis enemigos son diferentes. Son unos titanes de la industria, unos oligarcas. Hacen lo que quieren, tienen el sistema amañado. Son los dueños del circo. Lo poseen todo, lo invaden todo. Son como el plástico. Lo contaminan todo. Y nunca desaparecerán. Son indestructibles, insaciables, unos adictos al poder que nunca tienen bastante. Esos son mis enemigos. Los mismos que te han comprado.

Juric lo observó en silencio, con rabia contenida.

—¿Quieres saber cómo creo yo que irán las cosas? Tú haces el trabajito, cobras la pasta y a vivir que son dos días. Más adelante, alguien llamará a alguien, una cosa llevará a otra y, como por arte de magia, estarás en el centro del blanco. Todo lo que has construido se derrumbará como un castillo de naipes. No serás detenido. Simplemente, desaparecerás. Los tuyos lo perderán todo. Sin ti, sin tu protección, serán unos parias. Y los dueños del circo dormirán tan tranquilos. Primero te deslumbran con la pasta, y luego te borran de la ecuación. Por supuesto, pagando para que A nunca pueda ser vinculado con B. Así es como creo yo que irán las cosas después de que cumplas el encargo. Quien se acuesta con ellos no es que se levante mojado, es que no se levanta. Esta es su forma de actuar, no te engañes.

Goran permaneció ceñudo unos instantes.

—Gracias por el aviso —dijo—. ¿Algo más?

Malart dio una vuelta entera poco a poco sobre sí mismo, meditabundo. Cabeza fría, se recomendó. Hasta ahora no había obtenido resultados, pero todavía le quedaban varias palabras en la recámara. Se encaró de nuevo con él.

—Tres favores —dijo.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. En mayo viniste a mi casa a pedirme un favor. Te lo hice. Ahora es mi turno.

—No sé de qué me hablas.

—Recuperaste el oro y las joyas. Me lo debes.

—Era mío.

—Unos doscientos cincuenta mil euros. Guardé silencio.

—Era mío —repitió, más alto.

—Un cuarto de millón, más o menos. Y no dije ni mu.

—¡Era mío!

—Porque a mí me dio la gana. Cerré la boca. Me lo debes.

—¿Quieres una parte? —preguntó, receloso.

—Solo tres favores. Nada más. Un *quid pro quo* con retraso.

Juric se giró hacia Bakir y se encogió de hombros. La montaña de músculos le respondió con el mismo gesto. El jefe del clan de Mostar volvió a enfocar a Malart.

—¿Cuál es el primero? —quiso saber.

—Quiero mis botas. —Sostuvo su mirada—. Si me vas a mandar al otro barrio, quiero ir con las botas puestas.

Juric arrugó los labios, un momento, e hizo un gesto a Bakir, quien abandonó de inmediato la habitación.

—Estás chalado perdido. —Sacudió la cabeza—. Se te acaba el tiempo y me pides tus botas, no te pillo. ¿Crees que esto es una broma, que no va en serio? ¿O es que no te importa morir?

—Todos somos como la bola en un *pinball* —dijo Malart—. Vamos de un lado a otro y siempre acabamos en el cajetín. Todos, tú y yo también.

Solo es cuestión de tiempo. Además, la otra noche me preparé para el viaje. Ya tengo hecha la maleta, estoy listo. Si crees que voy a suplicarte por mi vida, te equivocas.

—No me lo trago, sería antinatural. Eres como cualquiera.

—¿Alguna vez te he mentido? —Juric volvió a encogerse de hombros, confuso—. Bien, pues aquí viene el segundo favor. Quiero un tiempo muerto. Antes de que me cierres el negocio, necesito encontrar a una chica. Después, haz conmigo lo que te dé la gana. No me resistiré, tienes mi palabra.

—¿Una chica? —dijo, cada vez más desconcertado—. ¿Para darte una última alegría?

—Para salvarle el cuello. Cuando los dueños del circo descubran que no fui yo, querrán ir a por ella para ajustar las cuentas. No puedo permitirlo. Y tú tampoco.

—¿De qué coño hablas?

—Las mujeres no se tocan. Son tus palabras. No se tocan.

—No sé nada de ninguna chica.

—Te lo propondrán, como han hecho conmigo. ¿Y qué harás entonces? ¿Negarte? No podrás, te obligarán. Bajo amenaza de acusarte de lo mío a la policía. Estarás atado de pies y manos, como les ocurre a los peones. Ya te lo he dicho.

Bakir regresó con las botas y se las lanzó a Malart. Las recogió, fue a sentarse en el sillón y se las puso con calma.

—Aún están un poco mojadas —comentó. Al cabo, se levantó y zapateó un par de veces antes de andar de un extremo a otro de la habitación—. No te imaginas cómo las echaba de menos.

—Basta de bobadas —zanjó Goran, crispado—. ¿Cuál es el tercer favor?

—Antes dime cómo queda lo de la chica. ¿O eso de que las mujeres no se tocan era solo de boquita? Tú haz lo que tengas que hacer, pero antes yo debo ponerla a salvo. Es mi trabajo.

—¡Suelta de una puta vez ese tercer favor! —aulló.

—Quiero saber qué decía yo de mi madre cuando tu hombre me recogió en la playa. —Golpeó el suelo de nuevo con las botas un par de veces más y se plantó ante Juric—. Cuando abrí los ojos aquí en tu casa franca me contaste que murmuraba cosas sin sentido. Quiero saberlas, es importante para mí.

Goran dilató los ojos.

—¿Y cómo quieres que me acuerde?

—Te facilité un cuarto de millón de euros. Suficiente para que hagas un esfuerzo.

Juric se rascó detrás de la oreja.

—Estabas medio inconsciente, con un ciego de cojones.

—Las palabras, quiero saber las palabras exactas.

—Chifladuras de colgado —dijo. Sacudió la cabeza—. Repetías que no

recordabas una cara, creo. Algo así. Que no recordabas la cara de tu madre, y un nombre.

—¿Un nombre? ¿Qué nombre?

—Uno de mujer.

—¿Qué nombre?

—¿Te crees que llevaba una jodida grabadora? Un nombre de mujer, eso es todo.

—¿Qué más? —preguntó Malart, tenso.

—No sé qué sobre un delantal patinando sobre hielo. Alucinaciones, chorradas por el estilo.

Malart empalideció.

—¿De qué color era ese delantal? —dijo, en un hilo de voz.

—¿Y a mí qué me explicas?

—El color.

Goran volvió a rascarse detrás de la oreja.

—Rojo y negro. No, rojo y azul. Eso es, rojo y azul.

—¿Por este orden, rojo y azul? ¿Estás seguro?

—¡La madre que me…! ¿Y qué mierda importa eso?

—Piensa. ¿Dije rojo y azul, o azul y rojo?

—Si es uno de tus jueguecitos te juro que…

—El orden —musitó—. Trata de recordarlo.

—¡Rojo y azul! ¡Ya te lo he dicho! ¡Rojo y azul!

Malart se quedó bloqueado unos segundos.

—¿Pasa algo? —dijo Juric—. ¿A qué viene todo esto?

Se sintió mareado, sin aliento. Un dolor en el pecho.

—Pasa que me acabo de asomar a mi precipicio personal —dijo. Tragó saliva—. Y la altura me da vértigo. Como te ocurre a ti cuando piensas en tus hijos muertos.

Tras casi una hora, los dos seguían aguardando en la biblioteca de la mansión a que Guillermina Xivixell, viuda de Parés, hiciera su entrada y se dignase a hablar con ellos. Cantero, harto de esperar, curioseaba las fotografías donde miembros de la familia aparecían junto a diferentes presidentes de la Generalitat, mandatarios extranjeros y otras personalidades destacadas. Mercader permanecía sentada, los ojos cerrados, repasando mentalmente los datos que había leído antes de salir de la Central en los papeles recopilados por Malart sobre el Grupo Corporativo TAMM.

El imperio había comenzado cuando el abuelo, Rubén Parés, un humilde boticario, patentó a mediados del siglo XX un analgésico, el Paratil. A partir de ahí, el ascenso de la farmacéutica fue imparable, desarrollando otros fármacos y comprando patentes. Tres hijos varones; el mayor, Rubén, de sesenta y nueve años, con tres hijos a su vez; el mediano, Josep, de sesenta y siete, con cinco vástagos; y el pequeño,

Alfons, de sesenta y cinco, solo con uno, Ivo. En total, nueve primos, seis hombres y tres mujeres. Los tres hermanos, aún en activo, y con la progresiva incorporación de sus respectivos hijos, ampliaron los sectores de inversión hasta convertir el Grupo Corporativo en lo que era en la actualidad: un gigante con múltiples intereses en casi todos los ámbitos económicos, gracias tanto a numerosas sociedades propias como a las participaciones en muchas otras empresas, destacando los sectores farmacéutico, inmobiliario y financiero. Malart había subrayado en rojo un movimiento. La abuela Guillermina había obligado a su hijo menor a comprar el diez por ciento de Parés Pharma a cada uno de sus hermanos para que, de este modo, Alfons fuera el accionista mayoritario y, por testamento, Ivo terminara siendo el heredero, lo que dejaba muy a las claras quién era, entre todos los nietos, su preferido. Otra cosa que le llamó la atención fue cómo había redondeado el nombre de Guillermina, casi con saña, y repartido varias G entre interrogantes en los márgenes de algunas páginas.

Después de leer toda aquella información, y medio desfallecida de sueño, había salido de la sala de visionado en busca del enésimo café. Fue entonces cuando, a pesar de las órdenes, tomó la decisión de acudir directa a la fuente y le propuso a Cantero ir juntos. Él se mostró reacio al principio; pero al verla dar media vuelta y seguir con el empeño, se sumó a la iniciativa. Realizaron el trayecto hasta Pedralbes sin cruzar una palabra. Al llegar a la mansión, de estilo victoriano, ella aproximó la ventanilla al interfono, pronunció sus nombres y rangos con voz firme y expuso los motivos de la visita. Al cabo de unos minutos, la imponente verja se abrió lentamente y condujo por un sendero de grava hasta el edificio rodeado de árboles centenarios, donde un sirviente les franqueó la entrada y les hizo pasar a la biblioteca.

—¿Estás durmiendo? —dijo Cantero.

—Ganas no me faltan —repuso Rebeca, con un gruñido.

—Sigo sin entender muy bien qué hacemos aquí.

—Quiero hablar con esa mujer.

—No te va a contar nada que no sepamos, y a la comisaria no le va a hacer ninguna gracia que hayamos venido a visitarla.

Rebeca permaneció con los ojos cerrados.

—La idea es que hable —dijo—. Cuanto más lo hagan las personas del entorno de una víctima, más posibilidades hay de que surja un dato que pueda cruzarse con otro. Así funciona este trabajo, picoleto. Y cuanto más suelte la lengua, mayor será la probabilidad de que se le escape algo interesante.

—Ya, por la boca muere el pez.

—Vas comprendiendo, tío listo. —Abrió los ojos y se enderezó. En voz baja, dijo—: Tú te ocupas de charlar de forma civilizada, metiendo baza sin perder la calma, y yo me encargo de pincharla con mis preguntas. Oigas lo que oigas, tú mantén la compostura, ¿entendido?

—¿Es así como trabajabas con Malart?

Mercader hizo una mueca al recordarlo. Las veces que la había dejado fuera de juego con sus salidas extemporáneas delante de un testigo o un familiar, la eficacia de su sistema.

—Más o menos —respondió.

—Deja que adivine. Tú interpretabas el rol educado y paciente y él, el de provocador y descarado. ¿Me equivoco?

—Nos las vamos a ver con un testimonio hostil, no lo olvides. Ella va a desafiarnos, a buscarnos las cosquillas. Si caes en la trampa, más vale que te largues ahora mismo. Nosotros somos la autoridad, pero esa mujer encarna el poder. Este es el reparto real de papeles, sin hostias. ¿Me copias?

Cuatro hombres, vestidos con elegantes trajes hechos a medida, entraron en la biblioteca. Tres de ellos eran de edad avanzada, estatura media, y guardaban cierto parecido. El cuarto, en cambio, mucho más joven y espigado, solo se asemejaba a los otros en la seria y adusta expresión de su rostro.

Rebeca se levantó con presteza y fue hacia ellos, la mano extendida, al tiempo que decía su nombre y rango, así como los de Cantero. El alto fue el único que se la estrechó, y luego hizo las presentaciones de los tres hermanos Parés. Por último, señaló que era Mateu Camins, el abogado de la familia.

—Disculpen la espera —agregó, envarado—. Como comprenderán, la señora Guillermina no iba a hablar con ustedes sin estar nosotros delante. Es más, consideramos una falta absoluta de decoro por su parte haberse presentado aquí sin previo aviso.

—Nuestra intención era expresarle nuestras condolencias —dijo Mercader—. Lamentamos la pérdida que han sufrido.

—Les acompañamos en el sentimiento —añadió Cantero—. Lo que ha ocurrido es terrible y…

—Déjense de palabrería —cortó el abogado Camins—, y dígannos qué podemos hacer por ustedes.

Rebeca se dirigió a los tres hermanos.

—¿Su madre no va a asistir a la reunión? —dijo.

—Está indispuesta —respondió el abogado—, supongo que se harán cargo. Y señorita, formúleme a mí las cuestiones, no a los señores Parés. ¿Cuál es el motivo real de su visita?

—Subinspectora —corrigió ella, sin mirarlo. Volvió a preguntarles directamente—. ¿Han cruzado la ciudad a toda prisa para quedarse ahora ahí, en silencio, como pasmarotes?

Rubén y Josep bajaron la cabeza. El hermano menor, Alfons, le lanzó una mirada de odio, la barbilla echada hacia delante.

—Aún no hemos podido dar cristiana sepultura a mi hijo Ivo —dijo— y ya están aquí husmeando sobre sus asuntos.

—Pienso elevar una queja contra ustedes por el trato recibido —tronó

Camins—. Pagará caro su insolencia, señorita.

—No hemos venido por los asuntos de su hijo —repuso Mercader sin apartar la vista del hermano menor—, sino por su asesinato. Nuestro trabajo es averiguar quién lo llevó a cabo. Y le repito que soy subinspectora, no señorita.

Cantero se apresuró a intervenir.

—Señores —dijo—, no perdamos los nervios. Sé que están alterados por lo sucedido, pero nosotros debemos llevar adelante la investigación. Comprendan a mi compañera.

—Son ustedes quienes deben comprender que no son bienvenidos en esta casa —dijo Alfons—. Le hicieron la vida imposible a mi hijo y…

—¿Sabe si Ivo tenía algún enemigo? —atajó Rebeca—. ¿Si había recibido amenazas?

El estupor se reflejó en los ojos de Alfons.

—Señor Parés, no conteste —dijo el abogado—. Escuchen, Ivo Parés era un miembro destacado de la sociedad, conocido por sus generosas donaciones a toda clase de causas benéficas y muy respetado por sus iniciativas empresariales.

—No, óiganme ustedes a mí —dijo Mercader, la mirada clavada en Alfons—. Pueden tirar de abogados todo lo que les plazca, pero nuestro único interés es hallar al asesino de su hijo. Repito: ¿enemigos, amenazas? —Alfons negó con un cabeceo—. ¿Ni siquiera de alguien de la familia?

—¡Esto es intolerable! —exclamó el abogado—. La reunión se termina ahora mismo y voy a…

—No se exalte, letrado —interrumpió Rebeca una vez más—. En la investigación ha surgido un nombre repetido por varias fuentes, alguien de su familia, señor Alfons. Me limito a preguntarle si conoce algo al respecto.

Rubén y Josep se miraron entre ellos.

—¿En la familia? —dijo el primero—. ¿A qué se refiere?

—Dejemos que sea su hermano quien responda —dijo Rebeca—. ¿Qué sabe usted de los asuntos de su hijo Ivo, señor Alfons? Hace un rato los ha mencionado.

Sonó un golpe seco, y la puerta se abrió de par en par dando paso a una anciana que se apoyaba en un bastón. Enjuta, de rasgos afilados, caminó encorvada hacia ellos. Cabello con tinte morado, vestida de negro, varias pulseras de oro en ambas muñecas. Su rasgo más llamativo era la escasa estatura. Rebeca calculó que rondaría el metro y medio, algo que contrastaba con un ego muy alto, como dedujo al observar su lenguaje corporal.

Se detuvo a pocos pasos de Mercader y Cantero.

—Madre, no deberías estar aquí —dijo Josep—. Habíamos quedado en que nosotros nos encargábamos.

—Cállate, callaos los tres —ordenó—. No se os puede dejar solos. Esta

mujer está jugando con vosotros y ni siquiera os dais cuenta de lo que pretende.

Rubén y Josep se ruborizaron. Alfons se mantuvo erguido.

—Señora, escuchar detrás de las puertas no es de buena educación —dijo Rebeca—. Mis condolencias, por cierto.

—Déjese de sandeces. Los Parés cuidamos de los nuestros. Somos una familia unida, lo que sugiere es ridículo.

—Me atengo a los indicios, señora.

—Puedo distinguir un farol a cien millas de distancia, no apueste conmigo. Solo sacude el árbol para ver qué cae.

—Disponemos de pruebas que señalan que Ivo Parés tuvo la intención de poner en peligro el Grupo Corporativo.

—Nada puede ponerlo en peligro. Ni nadie.

—Según la Guardia Civil, aquí presente, Ivo sí.

—Más sandeces. —Agitó el bastón en dirección a Mercader—. En breve se hará público el archivo de esa investigación a la que se refiere por insuficiencia de indicios incriminatorios y el buen nombre de la familia quedará restablecido.

—Justo cuando van a sacar un nuevo fármaco al mercado, menuda coincidencia.

Cantero dio un paso hacia la anciana. Se inclinó levemente.

—Le acompaño en el sentimiento, señora —dijo.

—Cállese usted también —replicó la mujer—, no da la talla. Al menos ella los tiene bien puestos.

—Como mi compañero, el inspector Malart —dijo Rebeca.

—No me hable de ese demonio —se revolvió, colérica—. Es el responsable del calvario que sufrió mi querido Ivo. Lo persiguió, lo calumnió, lo amenazó de muerte, se obsesionó con él. Y culminó su venganza de la forma más degradante que pudo. En esta ciudad no hay sitio para ese Malart, ese demente asesino.

Rebeca se tensó de pies a cabeza.

—¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? —preguntó.

—Señora Parés, no responda —recomendó el abogado.

—Madre, por lo que más quieras, sal de aquí —pidió Rubén.

La anciana los miró uno a uno con desprecio.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer —repuso, airada—. ¡Esta es mi casa y digo lo que quiero!

Mercader se aclaró la garganta.

—Señora —dijo—, no tendré en cuenta sus palabras debido a la situación que atraviesa, pero si vuelve a insinuar algo parecido le aseguro que no dudaré en presentar cargos contra usted por amenazas a un miembro de los Mossos.

Ambas se sostuvieron la mirada.

—Usted, señorita, no es nadie —dijo la anciana—. Nadie, ¿me oye usted bien? ¡Nadie!

—Le aconsejo que no siga por ese camino. Y soy subinspectora, no señorita. Ya me estoy hartando.

La matriarca del clan volvió a sacudir el bastón en su cara.

—Acabaré con el inspector Malart —dijo, muy despacio—. Haré que lo despidan, que no encuentre trabajo ni como vigilante de un garaje. Ni aquí, ni en ninguna parte. Nadie ensucia el buen nombre de la familia sin sufrir las consecuencias.

—Madre, déjalo ya —suplicó Josep—. Por favor.

—Estás muy nerviosa, te conviene descansar —dijo Rubén.

Intentó cogerla por los hombros para conducirla fuera de la biblioteca, pero ella se desasió con un movimiento.

—Panda de damiselas —espetó—. Soy vuestra madre y me merezco un poco de respeto. ¡A mí no me asusta una placa!

—Subteniente Cantero —dijo Mercader—, nos vamos.

—¡Eso! ¡Salgan de mi casa, márchense de una vez!

Rebeca se dio la vuelta. Se encaró con ella.

—Usted vive una mentira. Ivo era un psicópata, como su esposa, y lo sabe. Todos lo sabían. Tenían que saberlo por fuerza.

—¡Mi hijo no era ningún asesino! —se desgañitó, frenética—. ¡Ella lo llevó por el mal camino!

—Señora, Ivo era su nieto.

El rostro de la mujer exhibió un profundo desconcierto.

Rubén y Josep bajaron la cabeza, abochornados.

—Madre —intervino Alfons, desde lejos—, cállate ya.

—Ivo iba a ser un…

—¡Que te calles!

Cantero y Mercader iniciaron la marcha. Antes de llegar a la puerta, Rebeca volvió sobre sus pasos y dijo que la investigación en curso demostraba la inocencia del inspector Malart en el doble crimen, tal y como sería declarado en una rueda de prensa.

—Señores —añadió, la voz templada—, un consejo. Controlen a su madre. En su estado la creo capaz de cualquier cosa. Si por un casual ha puesto algo en marcha, oblíguenla a desactivarlo. De lo contrario, se arriesgarán a ser acusados de complicidad. Los cuatro. Ustedes tendrán todo el poder del mundo, pero yo tengo dos ovarios y una placa. Espero haberme expresado con claridad. Que tengan un buen día.

25

—Yo no pienso en mis hijos muertos —masculló Goran, feroz.

—Error mío. Quería decir hijas. En tus hijas muertas. Porque eran niñas, ¿verdad? Todo dulzura y candor. Te adoraban.

Goran se tambaleó como si hubiera recibido el impacto de un mazo en la boca del estómago. Retrocedió un par de metros.

—Las ves en tus sueños —arremetió Malart—, en tus pesadillas. Te asalta su imagen y no puedes hacer nada para evitarlo.

Lo observó boquear, la grieta abierta en su rostro tallado en piedra. Los ojos brillantes, fijos en ninguna parte. El dolor.

—Y te sientes culpable —prosiguió, sin piedad—, no lograste salvarles la vida, protegerlas. Como tampoco a tu mujer.

—Cierra la boca. No hables de ellas.

—El tiempo no cura las heridas, las infecta. Tú lo sabes por experiencia. Como los padres de las víctimas que ese matrimonio tiró al mar como si fueran basura, y como los de Candela Cuadrado. Cuatro chicas y tres chicos. Después de vejarlas a su antojo. Por placer, por capricho. Condenando a siete familias a un dolor inhumano de por vida. Como el tuyo. Cuatro hijas. Cuatro ausencias. Cuatro estacas en el corazón. Y la vida de la quinta pendiendo de un hilo. Esto no está bien, Goran. El mundo se va a la mierda, y tú tienes que hacer algo para impedirlo. Las mujeres no se tocan.

—La pasta es la pasta —dijo.

—Los actos siempre tienen consecuencias. Menos para esa gente. Están por encima del bien y del mal. Y tú conoces el mal, no puedes permitir que se salgan con la suya.

Juric acortó la distancia.

—Sé lo que tratas de hacer —dijo—. Para salvar el pellejo.

—A la mierda mi pellejo, ya te lo he dicho. Ahora solo me preocupa la vida de la quinta chica. La misma gente que te ha comprado querrá acabar con ella. Mi trabajo es protegerla. Y tú tendrías que entenderlo mejor que nadie, joder.

—Mientes, hijoputa. Todo el mundo quiere sobrevivir.

Malart separó los brazos, sacudió la cabeza de lado a lado.

—¿Estás sordo o qué? —dijo, al borde de perder los estribos—. Te juro que no me importa morir. Cada día pienso en el suicidio, y cada día

me digo que hoy no, que mañana. ¿Me oyes? ¿Por qué te cuesta tanto creerme?

—Porque eres un manipulador y ahora tú…

—¿Y ahora yo qué? —cortó, exasperado—. Escucha, mi vida empezó mal desde el principio. Mi madre intentó ahogarme en la bañera cuando era un bebé. Sí, lo que oyes. Mi padre la detuvo y luego cayó en el alcoholismo. Aquello hizo pedazos a mi familia. La violencia en casa, la atmósfera malsana, el puto gen de la esquizofrenia. ¿Te imaginas el cuadro? Ella decidió enviarme lejos, aún no sé el motivo. Yo me salvé. Mi hermano, no. Mi madre murió poco antes de irme. Todavía la veo en el suelo de la cocina. Infarto, dijeron. Pero tenía la cara tumefacta por los golpes. Juré matar a mi padre. Solo tenía seis años. Un crío precoz, ¿no te parece? Lo ingresé en un psiquiátrico no hace mucho. Se degolló. Mi sobrino Marc se suicidó con mi arma cuando era un adolescente. Mi hermano enloqueció, comenzó a beber. Se repitió la historia. Violencia doméstica, alcohol, otra vez el jodido gen. También lo ingresé. Todos arrastramos tragedias, pero lo mío ya pasa de castaño oscuro. Estoy solo, divorciado, sin hijos. Lo único que tengo es mi trabajo, ¿entiendes? Esta es mi vida. Un cuento de hadas.

Goran se mantuvo inmóvil, en silencio, los ojos entornados.

Malart lo vio debatirse entre el intelecto y los sentimientos, y decidió gastar los últimos cartuchos para decantar la balanza.

—Tú perdiste a tu familia en una guerra —dijo—. Yo, por una enfermedad mental. Dos de tres. No, tres de cuatro si contamos a mi madre. Cuatro de cinco con mi sobrino. Tú has perdido. Yo, también. Empatados. Tú eras un guerrero, yo un policía de la judicial. Y míranos, ¿qué somos ahora? Un mafioso y un… un pirado, imagino. Un suicida. ¿Por qué tanto esfuerzo por sobrevivir? Hay un momento en que hay que decir basta, por respeto a uno mismo. ¿Para qué leches quiero salvar mi pellejo?

—¿Por esa supuesta chica de la que hablas?

—Ni supuesta ni gaitas —dijo, con ira creciente—. La pongo a salvo y luego haz conmigo lo que te salga de las pelotas. Pero ahora no. Ahora tienes que sacar al padre que llevas dentro, no al mayordomo. Quiero hablar con ese hombre que proclama que las mujeres no se tocan. ¿Está todavía ahí o ya lo has sepultado bajo toneladas de plástico?

Las pupilas de Juric se convirtieron en dos agujeros negros.

—Estoy harto de discursitos —dijo, la voz ronca—. Acabemos de una vez.

—Muy bien, que tengas suerte. A la mierda con todo.

Goran hizo una seña a Bakir y la montaña de músculos se dirigió hacia Malart, quien se apostó con rapidez detrás de uno de los puntales que afianzaban el cielorraso.

Apoyó el hombro en la barra.

—¿Qué hora es? —quiso saber.

—La una. ¿Por qué?

—Los críos están en el cole.

Malart empujó con fuerza el soporte oxidado. Empezó a caer un polvillo del techo. Bakir se detuvo, perplejo.

—¿Qué coño haces? —soltó Goran.

—Lo correcto. —Acometió con ímpetu, una vez más, y derribó el puntal, que cayó levantando una nube de polvo. Los dos bosnios retrocedieron. Se acercó a otro—. O jugamos todos, o matamos al crupier.

—¿Qué pretendes, inmolarte?

—La casa también te caerá encima, chico de los recados.

Embistió el segundo soporte.

—¡Estás loco!

—Puede. —Volvió a arremeter con furia—. Abramos mi cabeza para ver qué contiene, ¿no te pica la curiosidad?

El puntal se desplomó sobre el otro con estrépito. Se dirigió a toda prisa a un tercero. Repitió la operación.

—¡Detente, loco de los cojones! ¡Arriba vive gente inocente!

—Como esa chica —jadeó. Soltó un empellón, y otro. La barra empezó a ceder. Sonó un crujido. Algo se había quebrado en el techo—. Pienso llegar hasta el final, como tú hiciste en la guerra. En esto no somos tan diferentes.

—¡Bakir, agárralo! —ordenó Juric, alterado.

El gigante sorteó los dos puntales del suelo y fue hacia él, las manos extendidas como garras. El tercer soporte le cayó encima junto a varios cascotes. Malart corrió hacia el cuarto. Pateó la base con saña. Comenzó a desnivelarse. Retumbó otro crujido.

—Adoro mis botas —resopló Malart—. Duras como martillos, pesadas como piedras. —Pegó una última patada y el puntal se precipitó sobre los escombros envuelto en una gran polvareda—. Ya quedan menos, chico de los recados. —Se plantó en un par de zancadas ante el quinto y empezó a cocearlo, frenético—. ¿Por qué no vienes tú mismo a pararme, tipo duro? Da la cara, ten huevos.

Bakir se aproximó por la izquierda. Goran, por la derecha. Malart derribó el soporte. Parte del encofrado se desplomó sobre sus cabezas; planchas de madera desgajadas, trozos de hormigón, varillas dobladas. Los esquivó como pudo, atajó por encima del camastro y llegó hasta la sexta barra aullando como un poseso, salvaje. A continuación, la pateó con toda la energía que pudo reunir, fuera de sí.

—¡Bakir, ve a por tu arma! —gritó Juric—. ¡Corre!

La montaña de músculos salió del sótano a toda prisa.

—Bien pensado —farfulló Malart, sin aliento. Se detuvo un instante, los brazos apoyados en las rodillas—. A tiros. Aunque las balas dejan rastro. Tienes que aprender a controlar los nervios, soldado. Tu plan se va a ir al carajo. Y el derrumbe de la casa saldrá en los medios. Empieza

a preparar las respuestas. Esto se llenará de ambulancias y bomberos. Y de policías.

Se irguió y coceó el soporte sin miramientos hasta que cedió, arrastrando consigo más fragmentos de hormigón y madera. El estrépito, unido al chirrido del inmueble, restalló amenazante.

Se dirigió con calma hacia el séptimo puntal. Lo sacudió con la mano para comprobar su firmeza.

—Lo tumbo de una patada, ¿te apuestas algo?

Juric lo contempló a través del polvo sin podérselo creer.

—Un momento —dijo—, negociemos.

—Demasiado tarde, recadero. Así es la vida. Las cosas suceden, y uno tiene que improvisar. Tú has tomado una decisión. Yo, otra. Todo va a cambiar para nosotros. Valor, machote. —Coceó la base con un golpe seco y el soporte cayó a la primera. Malart levantó los brazos al tiempo que soltaba una risa sardónica, de triunfo—. Ya solo quedan tres. Por mis muertos que no pienso dejar ni uno solo en pie —dijo.

Una parte del techo se desmoronó entre ambos, abriendo un boquete en el cielorraso.

—¡Tú ganas! —exclamó Goran—. ¡Para ya de una puta vez!

—Malas noticias —dijo Malart, con fiereza. Se aproximó al octavo puntal—. No te creo.

Bakir entró en la estancia con un portátil abierto y el arma. Titubeó unos segundos, los necesarios para que Malart se dedicara a patear la base de la barra con denuedo. Le entregó el ordenador a su jefe y caminó hacia él con celeridad. Frenó a medio metro, le apoyó el cañón en la sien.

—Dispara —animó Malart—. ¡Dispara!

Juric echó un vistazo a la pantalla.

—Baja el arma, Bakir —dijo—. Ahora.

La montaña de músculos obedeció en el acto. Malart percibió un tono extraño en la voz de Goran. Se detuvo. Lo vio empalidecer, llevarse una mano a la cara. Supo que ya no tenía sentido continuar. Que la partida había terminado. Las rodillas le flaquearon, incapaces de sostenerlo por más tiempo, y se dejó resbalar al suelo hasta quedarse sentado, el polvillo y las esquirlas lloviendo a su alrededor.

Como si saliera de un trance, cerró los ojos y suspiró.

Costaba mantener la mirada en las imágenes. Los componentes del Grupo las contemplaban en silencio, sobrecogidos. La tensión era palpable en la sala de revista. En un montaje diabólico de no más de tres minutos, mostraban escenas de cinco filmaciones distintas en donde varios jóvenes eran sometidos por Ivo Parés y Mónica Morera a toda clase de retorcidos abusos y violaciones, a cuál más perverso y cruel. La sala del *Somerton* era el escenario; los protagonistas, los dos cónyuges;

los invitados, tres chicos y tres chicas, cada uno en solitario salvo en el caso de la pareja de novios. Como muñecos inanimados, sufrían las salvajadas entre muecas de dolor y aturdidas expresiones de desconcierto. Sin casi poder moverse ni, menos aún, resistirse. Drogados, vulnerables, en un estado de absoluta sumisión química.

—Qué animales —murmuró Sena.

—Tenía razón —dijo Cervera. Hizo una pausa—. Otra vez.

—¿Te refieres a Malart? —preguntó Cantero.

La comisaria Bassa ordenó detener el vídeo.

—Ya tenemos suficiente, sargento —dijo, asqueada—. ¿Habéis comprobado que no sea falso?

—Es auténtico —confirmó Crespo—. No hay ninguna duda.

—Ahí tienes a las cuatro víctimas durante el crucero que realizaron en verano —señaló Rebeca— y a la pareja belga. Tal y como dijo. Y nosotros mirando hacia otro lado.

—Mercader, ahora no es momento de venirse arriba —dijo. Se volvió hacia Crespo—. ¿De dónde ha salido?

El sargento explicó que el vídeo había aparecido en Twitter a media mañana, en una cuenta a nombre de Diana Guerrero, con los hashtags #¿mossoasesino?, #inspectorMalartInocente, #dúosatánico, #IvoParésMónicaMoreraDepravados y otras etiquetas similares, junto a numerosas direcciones nacionales e internacionales, como medios de comunicación, plataformas, organizaciones mediáticas, colectivos cibernéticos, comunidades virtuales, además de la de los Mossos, el Grupo Corporativo TAMM y Parés Pharma. De ahí había saltado a Facebook, Instagram y demás redes sociales hasta hacerse viral como *trending topic*, suscitando multitud de comentarios de repulsa.

—Para que os hagáis una idea —añadió—, desde BBC News hasta WikiLeaks, pasando por la CNN y Anonymous. Habida cuenta de lo extremadamente violento del vídeo, lo hemos bajado para poder analizarlo a fondo antes de que lo bloqueen.

—La usuaria de esa cuenta, la tal Diana Guerrero —dijo Cervera—, buscaba la máxima difusión, quitarles la máscara a esos dos degenerados y mostrar su verdadera cara ante el mundo entero. Una venganza en toda regla. Tuvo que ser ella quien se llevó consigo el portátil del yate. Ya sabemos la identidad de la víctima que se libró por los pelos y cometió el doble crimen.

—Si no es una cuenta falsa —repuso Rebeca—. No creo que sea tan ingenua. Hasta ahora ha cubierto muy bien sus pasos.

—Sea quien sea, se va a cargar al Grupo Corporativo, lo va a hacer estallar por los aires. Este vídeo es pura dinamita.

—Lo dudo —indicó Rojo—. Las corporaciones están por encima de terremotos y tsunamis. Tal vez a la farmacéutica, aunque también tengo mis dudas. No cotizan en bolsa, son una *family office*, se autofinancian entre ellos.

—Pero sí va a hundir el lanzamiento del nuevo fármaco —replicó Cervera—, ¿o no? Una inversión que ni te cuento.

—Lo aplazarán, y listo. Lo que sí va a conseguir es dejar patente la inocencia de Malart.

—Yo no estaría tan segura —dijo Bassa—. Las imágenes muestran las vilezas del matrimonio, no lo que ocurrió durante la madrugada del miércoles al jueves. A ojos de la opinión pública, no queda descartada su autoría del doble crimen. Y Mercader —agregó al ver su reacción—, antes de que me saltes al cuello, reitero lo de «a ojos de la opinión pública», no a los míos ni a los del Cuerpo. Los medios y los políticos afines a la corporación podrán seguir acusándolo a su voluntad, nada demuestra lo contrario. El vídeo debilitará la campaña en su contra, pero poco más. Es como para cabrearse, lo sé, pero es lo que hay.

—Comisaria —dijo Singla—, apuesto a que esos políticos de los que hablas empezarán a desertar poco a poco hasta provocar una estampida general en la prensa de mañana. Ninguno se jugará la carrera por dos amorales. Me imagino los titulares en los medios que no controlan, se pondrán las botas con su vida privada, los secretos de alcoba.

—Estamos de acuerdo, pero eso no cambia nada.

Rebeca se aclaró la garganta.

—Y entonces… ¿la rueda de prensa? —quiso saber.

—El vídeo nos obliga a replantearnos todo de nuevo, a medir nuestras declaraciones. Quizá mañana sábado, veremos.

—Cometes un error. Las imágenes nos acarrearán acusaciones de incompetencia, cuando no de algo peor. El silencio, a ojos de la opinión pública —dijo, con retintín—, será interpretado como una admisión de nuestra torpeza. Tenemos que actuar rápido y de forma contundente para evitar las sospechas de encubrimiento que nos van a caer encima como un alud.

—Las prisas no son buenas consejeras, pisamos terreno resbaladizo. Debemos obrar con cautela.

—¿Y un comunicado mientras tanto? —insistió.

La comisaria meditó unos segundos.

—Podría hacerse —dijo—. Hablaré con Jefatura.

—¿Y la anulación de la orden de detención?

—Cada cosa a su tiempo, subinspectora. No nos precipitemos. Hablaré con Jefatura.

Rebeca fue a replicar, pero Singla se lo impidió al avanzarse en señalar que debían ponerse en contacto urgente con la Policía Nacional, además de con la croata, la griega y la francesa, enviarles las imágenes para que pudieran efectuar la identificación de las víctimas, así como con la belga para obtener la confirmación. Por último, preguntó si contaban con la autorización para poner el asunto en marcha y la comisaria, tras vacilar un instante, accedió. Cuando abandonó la sala de revista, Mercader soltó un resoplido de hartazgo.

—Un minuto más y te juro que la…

—Al menos ha levantado el veto a la investigación —dijo Singla—. Algo es algo.

—Llegamos tarde, jefe. Así no se puede trabajar. Esta mierda de ir de puntillas me saca de quicio. ¿Sabes si Bassa ha logrado el visto bueno para pinchar los teléfonos de los Parés y acceder a los registros?

—De Jefatura, sí. Pero aún no ha convencido al juez. Dejemos que haga su trabajo y nosotros concentrémonos en el nuestro. Sargento, ¿datos de esa tal Diana Guerrero en el perfil de Twitter?

—Jefe, un segundo —dijo Mercader—. Toni, ¿has conseguido ya las imágenes del Rosebud? Dime que sí, por lo que más quieras. —El sargento Crespo negó con la cabeza—. ¡Pero qué coño pasa aquí! No es tan difícil, maldita sea.

—He enviado una patrulla a su domicilio. No está, y sigue sin contestar al móvil. La gente de la noche duerme de día, subinspectora. En estos momentos otra dotación va al piso del encargado del local. Crucemos los dedos.

Rebeca se volvió hacia Rojo y Cervera.

—¿Habéis tenido más suerte vosotros con el reportero?

—Sin problemas —dijo Cervera—. Miguel Montaner es un tipo majo y ha aceptado colaborar enseguida. Nos ha enseñado las imágenes que no subió a las redes. Son planos generales del cruce de Diagonal con Balmes y apenas se ve gran cosa. Unos pocos ciudadanos paseando a sus perros, una pareja dándose el lote en un banco, un par de corredores. Nos las ha enviado.

—Házmelas llegar, quiero echarles un vistazo.

—¿Algo más, Mercader? —dijo Singla, impaciente.

—Todo tuyo, jefe. Bueno, sí, ¿cómo te ha ido con el juez Losada? ¿Te ha calentado mucho la cabeza?

—Nada que no pueda soportar. Sargento, los datos.

Crespo tecleó en el portátil hasta que en la pantalla que presidía la sala apareció la página de Twitter con el perfil de Diana Guerrero. En vez de la fotografía de un rostro enmarcado en el habitual círculo, figuraba el retrato de Angelina Jolie caracterizada como bruja en la película *Maléfica* sobre el fondo de un siniestro bosque envuelto en la niebla. Debajo de la dirección DianaGuerrero92, todos pudieron leer su biografía, «Zorra de corazón impuro, la venganza es la única respuesta contra los violadores», la ubicación, «Barcelona, ciudad muerta», y la fecha en que se unió a la red social, el pasado verano, concretamente el 24 de julio.

—Como veis —dijo Crespo—, tiene pocos seguidores, un par de cientos, y sigue a una centena de cuentas, todas a las que ha enviado el vídeo, su único tuit, del que ya ha recibido más de sesenta mil retuits y *likes*, una cifra que aumenta sin cesar.

Cervera soltó un silbido.

—Coño con la tal Diana Guerrero —dijo—, no se anda con chiquitas. Es poco activa, pero rotunda. ¿Esa Maléfica no era una joven bondadosa que se convertía en una mujer despiadada después de una traición?

—Cervera, cierra la boca —dijo Singla. Se volvió hacia Crespo—. ¿Diana Guerrero es una persona real?

El sargento se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz.

—Hemos localizado a cuatro en Barcelona. Pero hay una que nos ha llamado la atención. Diana Guerrero López. Nació en 1992, lo que encajaría con su dirección de Twitter, y trabaja en Facebook, en la Torre Glòries, como moderadora de contenidos.

—¿Facebook tiene sede en Barcelona? —dijo Sena.

—Abrió una oficina aquí hace unos años y en la actualidad cuenta con cerca de quinientos empleados.

—Puede haber puesto la fecha para despistar —indicó Rojo.

—Tendremos que ir a visitarlas a todas —rezongó Rebeca—. Si tuviéramos las imágenes del Rosebud, podríamos cotejarlas con sus fotos del DNI y ahorrar un montón de tiempo.

—Será rápido —dijo Singla mientras Crespo bajaba la cabeza—. Según tú, es flaca, menuda. Bastará con echarles un vistazo para descartarlas.

—Siempre y cuando las encontremos en casa o en su lugar de trabajo —repuso, con enfado—. Además, esa cuenta puede ser falsa y tratarse de un suplantador con habilidad en las redes.

—Subinspectora —dijo Crespo—, la cuenta está vinculada a un correo de Gmail, que a su vez lo está a un móvil prepago y este al DNI de Diana Guerrero. Tiene que ser ella.

—¿Sabéis la dirección IP desde donde fue subido el vídeo? —preguntó Cantero.

—Un bar en Diputació con Viladomat, El Cargolet.

El jefe Singla consultó su reloj de muñeca.

—Subteniente, ahora id a comer algo, y luego tú y Boada os personaréis en ese bar para averiguar lo que podáis —dijo—. Y quiero imágenes de las cámaras de la calle en un radio de tres o cuatro manzanas. Que os acompañen Rojo y Cervera.

—Hasta que no tengamos las del Rosebud…

—Mercader —interrumpió, tajante—, no insistas. Nos ha quedado claro. A todos. Tú y Sena visitaréis la Torre Glòries, la oficina de Facebook. A interrogar a Diana Guerrero López.

Rebeca frunció el ceño.

—Esto no me cuadra, jefe. No tiene sentido.

—¿Qué no tiene sentido?

—Ponte en la piel de esa chica. Sufre un intento de violación hace dos madrugadas, se carga al matrimonio y luego se escabulle limpiamente, sin dejar rastro. ¿Crees que ahora ha dejado un reguero de migas de pan que nos conduzca directo hasta ella?

El inspector jefe Singla enmudeció.

—Pero pongamos que así sea —prosiguió Rebeca—. Después de una experiencia tan traumática, ¿piensas que acudirá al trabajo como si tal cosa? Sabe a ciencia cierta que nosotros vamos a ir tras ella, ¿nos aguardará tan tranquila? Si no es tonta, y no lo es, deducirá no solo nuestros pasos, sino también la posibilidad de que alguien haga otro tanto. En mi opinión, se ha escondido en un lugar seguro a esperar a que pase el temporal.

—Un temporal que ella misma ha provocado —dijo Boada.

—¡Joder! —exclamó Cantero. Contemplaba el móvil con asombro—. Guillermina Xivixell estaba en lo cierto. Mis jefes acaban de notificarme el archivo de la investigación a Ivo Parés. —Alzó la mirada—. Por insuficiencia de indicios incriminatorios. Exactamente lo que dijo la anciana. Palabra por palabra, como si ella lo hubiera redactado. Y era un fraude de proporciones épicas, de cientos de millones —agregó, sin poderlo evitar.

—Jefe Singla —dijo Rebeca—, ya puedes cancelar la búsqueda de Patrimonio y Fraude que te pedí. Por fin el subteniente nos ha contado de qué iba la cosa.

—Han limpiado el buen nombre de la familia —murmuró Cantero, ruborizado—. No me lo puedo creer.

—Tranquilo, tío listo. El vídeo lo ha vuelto a ensuciar.

26

El rostro pétreo de Goran había envejecido varios años cuando apartó la mirada del vídeo *snuff*. Señaló la pantalla.

—Las expresiones del hombre y la mujer —dijo, la voz cansina—. Las reconozco. Son las mismas que vi en otra vida. En soldados, en mandos. Personas normales y corrientes que se convirtieron en perros asesinos de la noche a la mañana azuzados por los medios. Criminales de guerra sin la menor compasión, ni siquiera por los niños. —Se volvió hacia Malart —. Ni las bestias son capaces de hacer algo parecido.

—Hay una diferencia. Esos dos no libraban ninguna batalla ni obedecían orden alguna. Lo que has visto era solo para obtener placer. A costa de seis jóvenes, seis infelices que se sintieron atraídos por su riqueza. ¿Me entiendes ahora? —Juric asintió en silencio—. Y estuvieron a punto de cometer otra salvajada con la chica de la que te he hablado.

—Se merece una medalla. Por mandarlos al otro barrio.

—Pero me rescató, no es una asesina —repuso. Las piezas encajaron una tras otra en su cabeza. El vídeo editado a partir de cinco filmaciones. Cuatro correspondientes a cada una de las víctimas durante el crucero, y la quinta con la pareja belga de novios. Ivo Parés y Mónica Morera instalaron una cámara en la sala del *Somerton* tras quedar libres en el juicio por el asesinato de Candela Cuadrado y cambiar de yate. Un ordenador recogía las imágenes que grababa la cámara, no podía ser de otra manera. La chica del flequillo mal cortado debió de descubrirlo antes de largarse en la Zodiac y se lo llevó consigo. Tuvo la certeza de que había un sexto vídeo. Con ella como actriz estrella y él como invitado sorpresa. Una filmación que mostraría qué había ocurrido exactamente la noche de autos. El motivo de que no hubiera añadido esas imágenes era claro como el agua: la inculpaban, expondrían su cara en público. Estaba seguro de que la tenía en su poder, al igual que el portátil. Un ordenador que bien podía contener otros archivos. Igual de confidenciales y valiosos. Tal vez de los manejos financieros del matrimonio. Una baza. Aquello le daba una baza. Caída del cielo. De súbito, otra certeza se abrió camino en su cerebro. Al subir el vídeo *snuff* a la red social, la joven le había salvado la vida por segunda vez. Estaba en deuda con ella. Doblemente obligado. Tomó aire y agregó—: La

misma gente que me la tiene jurada va a ir a por ella. Está en peligro y debemos protegerla, Goran. No puedes ser cómplice de esta mierda.

—Me gusta esa chica —murmuró, pensativo—. Diana Guerrero es fuerte, con carácter. Me gusta mucho.

—Por eso tienes que dejarme ir. Para encontrarla antes de que otros lo hagan.

—Estás en búsqueda y captura, sin placa ni arma. Eres un simple ciudadano sin atribuciones. Poco podrás hacer por ella.

Malart puso cara de sorpresa.

—¿No tienes mi placa y mi arma?

—Ni tu cartera —respondió Juric—. Mi hombre me juró que en la playa no llevabas nada encima. Ni el móvil.

—¿Y lo creíste? Maldita sea, pudo haberte engañado.

Goran hizo un gesto hacia Bakir.

—Olvídalo. Él se ocupó de verificarlo.

—El arma da igual, pero la placa… En fin, me las apañaré.

—No veo cómo. Tendrás que dejarlo en manos de la policía.

Malart sacudió la cabeza con desdén.

—Tenemos un topo —dijo—, un desviador al servicio de esa gente. Y tú y yo sabemos su nombre. —Juric se mantuvo impasible—. Estará al tanto de los pasos del Grupo y les irá con el soplo. No, debo encontrarla yo primero. Y oye, tendrás que darles largas. Necesito tiempo antes de que se lo encarguen a otro.

—¿Quién te ha dicho que tenemos un trato?

—¿No lo tenemos?

—¿Qué saco yo de todo esto?

—Mi respeto —dijo Malart, con aplomo.

—¿Y de qué me sirve?

—Algún día puede hacerte falta.

—Sé cuidarme.

—¿Por cuánto tiempo?

—Me tomas el pelo —gruñó Goran—. Destrozas mi casa y ahora me tomas el pelo. ¿Te crees que soy idiota?

—Mi respeto no es moco de pavo. Es lo más valioso que poseo. Y no se lo concedo a casi nadie.

—Tengo socios, jodido vendedor de humo. ¿Pretendes que vaya y los convenza a cambio solo de tu puñetero respeto?

—Puedes decirles que valgo más vivo que muerto —indicó, con calma —. Como esa chica.

Juric lo fulminó con la mirada.

—¿Con qué coño me sales ahora? —espetó.

—Mi oferta es la siguiente. Tú me dejas ir para que localice a la joven y yo, a cambio, me comprometo a entregarte un portátil con información muy valiosa, mercancía de primera. Archivos que os pueden proporcionar a ti y a tus socios mucha pasta.

—¿De qué archivos hablas? —dijo, los ojos entornados.

—Tejemanejes del Grupo TAMM, contabilidad imaginativa, movimientos de cuentas en empresas pantalla, todo ese rollo. El mismo portátil de donde salió el vídeo *snuff* que acabas de ver.

—¿Y cómo sabes que también contiene ese tipo de información?

—Los trapos sucios se tiran al mismo cubo de basura.

—¿Das por sentado que realizan manejos turbios?

—Son industriales del más alto nivel, su fortuna es obscena. Es imposible que no lo hagan. Por eso son ricos.

Malart tuvo la impresión de oír cómo se ponía en marcha la calculadora en el cerebro de Juric. Decidió aumentar la presión.

—¿Te imaginas lo que esos archivos valen para ellos? De hacerse públicos, podrían significar el fin de su imperio. Tendrías a los dueños del circo agarrados por los huevos, a tu merced. Incluso podrías pedirles el doble de lo que te ofrecían por mi cabeza, o el triple. Lo que te dé la gana. Pasta, mucha pasta. A raudales. Serías el rey del mambo.

Juric lo observó con desconfianza.

—A ver si lo he entendido —dijo—. Tú, un madero de la judicial, vas a darme un portátil cargado de información comprometedora para que someta a chantaje a dos de las familias más importantes del panorama económico y político. ¿Es eso?

—Yo no lo expresaría de ese modo. Solo se trata de una compraventa. Es el mercado, tú sabes de esto más que yo. Aunque en vez de en un ordenador, mejor en lápices de memoria. No es la primera vez que lo hago, y para joder a los mismos. —Lo vio vacilar—. Diría que es suficiente para convencer a tus socios.

Goran extendió un dedo en su dirección.

—Si descubro que mientes —dijo—, te juro que desearás no haber nacido.

—Creía haberte dejado claro que no me alegro de haber venido a este mundo, precisamente.

Guardaron silencio.

—¿Tenemos un trato? —dijo Malart, al rato.

—Me lo estoy pensando.

Siguiendo las indicaciones de la recepcionista, Sena y Mercader cruzaron la amplia oficina circular repleta de blancas mesas alargadas donde jóvenes de ambos sexos, sentados cada cual ante varios ordenadores, no separaban los ojos de las pantallas. Al aproximarse a uno de los ventanales, una chica se levantó de golpe y, con cara de susto, se estrujó las manos hasta que llegaron a su altura. Rebeca arrugó la nariz. Debía de rondar los veinticinco años, pero su constitución era robusta, con sobrepeso.

—¿Diana Guerrero López? —preguntó.

Las mejillas de la joven se sonrojaron al tiempo que asentía.

—Yo no tengo nada que ver con el vídeo de Twitter —dijo, intimidada al ver sus credenciales—. Esto es absurdo, mi trabajo consiste en retirar imágenes violentas, no en subirlas. —Se colocó el pelo largo por detrás de las orejas con nerviosismo—. No sé quién habrá sido, pero les aseguro que yo no…

—Tranquila —dijo Mercader—, lo sabemos. Solo queremos formularte unas preguntas, aclarar las cosas. ¿Podríamos hablar en un sitio más privado?

Diana Guerrero observó a Sena, luego a Rebeca, y señaló una sala de paredes de cristal situada no muy lejos. Acto seguido, cogió el bolso y, cabizbaja, abrió la marcha entre las mesas. Consciente de las miradas clavadas en su espalda, aceleró el paso. A Rebeca le llamó la atención el gesto robótico de sus compañeros. Al circular por su lado, torcían el cuello, curioseaban la escena, un instante, y retornaban de inmediato la vista a los ordenadores. Uno detrás de otro, como en una coreografía desprovista de emoción, mostraban un atisbo de interés ante un hecho inusual, los rostros inexpresivos. Se preguntó qué era lo más inhabitual para ellos, si el hecho, el interés o la emoción.

Llegaron a la sala y Diana los hizo pasar, cerró la puerta, y tomó asiento con ademán alterado. Soltó el bolso sobre la mesa.

—Esto me va a causar problemas —dijo—, muchos problemas. Y ahora no puedo perder este empleo, ¿me entienden?

Mercader contempló las bolsas debajo de sus ojos, la piel estriada, el aspecto demacrado. Los estragos de la ansiedad. Le extrañó en una chica tan joven.

—¿Te importaría enseñarnos el carnet? —dijo.

Diana lo extrajo con rapidez y se lo entregó.

Rebeca lo leyó con detenimiento. Veintisiete años, con domicilio en la calle Espronceda, en el barrio de Poblenou. Se fijó en la fecha de validez e hizo el cálculo.

—Veo que lo has renovado hace poco —comentó.

—En julio, sí. Me lo robaron. Por segunda vez.

—Por eso llevas el bolso contigo a todas partes. —Se lo devolvió—. Incluso en el trabajo.

La joven encogió los hombros.

—Ya he aprendido la lección —repuso. Lo guardó en la cartera y sujetó el bolso con fuerza en el regazo—. Últimamente solo tengo disgustos. Y ahora este vídeo, lo que me faltaba.

—Diana —intervino Sena—, sabemos que no has sido tú la responsable. ¿Tienes idea de quién puede haber querido complicarte la vida? —Hizo una pausa al ver su expresión de desconcierto—. No sé, alguien que te guarde rencor, enemigos, ya sabes. En tu vida personal, laboral. Algún novio despechado, un colega del trabajo, una compañera, cosas así.

Los miró con estupor, los labios fruncidos.

—Alguien con muy mala leche —añadió Rebeca—. Quien sea que haya suplantado tu identidad en Twitter te define como «zorra de corazón impuro».

—No…, yo no… No se me ocurre nadie.

—Piensa un poco, Diana —dijo Sena—. ¿Has tenido alguna discusión, algún conflicto con alguien, un enfrentamiento?

—Pero si yo no tengo problemas con nadie, me llevo más o menos bien con todo el mundo. Vamos, que yo sepa.

—¿También aquí, en el curro? —quiso saber Rebeca. Asintió, cada vez más atónita—. ¿Acaso esto es Disneylandia?

—Bueno, hay roces de vez en cuando —admitió—. Es lo que tiene ser la responsable del departamento. A veces me toca tomar decisiones desagradables y entonces pasa lo que pasa.

—¿Puedes explicarte mejor? —dijo Sena—. ¿De qué departamento hablas y a qué decisiones te refieres?

—Del de Moderación de Contenidos Extremos. Me pusieron al frente hace año y medio y yo me encargo de supervisar a un centenar de moderadores. A ver, es un trabajo duro, las cosas como son, y no todo el mundo lo resiste. Cuando alguno empieza a presentar síntomas de problemas, me toca despedirlo. Hay quien lo entiende enseguida y se larga de forma pacífica, y hay quien pierde los estribos y se pone como una fiera. Nada del otro jueves, lo habitual. Va con el cargo. Y con el sueldo.

Sena y Mercader intercambiaron una mirada.

—Necesitamos saber más de vuestro trabajo —dijo Sena.

—Sobre todo de esos síntomas que dices —indicó Rebeca—. Nos has dejado intrigados, la verdad.

Diana los contempló sin comprender aquella extrañeza. Su labor era bloquear la aparición de imágenes violentas en la red social, según les contó, y enfrentarse a ese tipo de vídeos podía, a la larga, dejar huellas en la psique e implicar el desarrollo de patologías como depresión, estrés postraumático y adicciones para paliar los daños en la mente. Con naturalidad, agregó que ese era el precio por visualizar cada día mutilaciones, maltrato animal, suicidios en directo, torturas, asesinatos y toda clase de violaciones, incluidas a niños. Para que se hicieran una idea de la magnitud de la tarea, les detalló que cada semana se reportaban en el mundo unos seis mil quinientos millones de publicaciones con contenido extremo. Y, con sonrisa tensa, les confesó que un fallo de la corte de California había considerado que la profesión de moderador de contenidos en Facebook era de alto riesgo psicológico.

—¿Y lo dices así, tan tranquila? —dijo Rebeca, escandalizada—. Es un trabajo demencial, una barbaridad. Al menos estará bien pagado, digo yo.

—No crea —respondió Diana—. Las condiciones laborales son duras,

ya se lo he dicho. Con horarios rotativos las noches y fines de semana, y el salario, con pluses incorporados, no es para echar cohetes. Pero más vale eso que nada.

—Y además, tenéis que ver esos contenidos —apuntó Sena.

Diana volvió a colocarse el pelo largo detrás de la oreja.

—Correcto. Cuando firmamos el contrato, sabemos a lo que nos exponemos. Y al final, una se acostumbra a todo. Yo me lo tomo como si fueran pelis de ficción, no pelis reales.

—Pero no todos —replicó Mercader—. Hay quien no lo aguanta. ¿Qué hace la empresa con ellos? Supongo que les costeará un tratamiento psicológico o algo parecido.

Diana se echó para atrás en la silla.

—¿Aquí, en nuestro país? —dijo—. No me haga reír. Un finiquito pequeño, veinte días por año trabajado más dos mensualidades, y una mierda de paro al mes. No como en Estados Unidos. Allí, además de una indemnización, los moderadores diagnosticados de alguna patología psicológica grave reciben compensaciones extra por daños y perjuicios que pueden alcanzar hasta los cincuenta mil dólares. Me he informado.

—Por curiosidad —dijo Sena—, ¿sabes cuántos beneficios obtuvo Facebook el año pasado?

—Casi quinientos millones de dólares.

—¿Y tienes idea de a cuánto ascendió el importe total de esas indemnizaciones y compensaciones?

Diana desvió la mirada.

—Algo más de cincuenta millones —dijo.

Sena arrugó la cara sin hacer ningún comentario.

Rebeca se echó hacia delante.

—Y solo indemniza en Estados Unidos —concluyó.

—De momento.

—Pero aquí puede haber moderadores que también desarrollen alguna patología grave, ¿es así? —Ella asintió sin establecer contacto visual—. Y quien presenta síntomas, es despedido. Lo ponéis de patitas en la calle. Diana, no te estoy acusando de nada. Mírame, por favor, y dime qué clase de síntomas.

La joven volvió la cara poco a poco.

—No soy psicóloga —dijo, sin entonación—, antes me he expresado mal. Mi deber es detectar el bajo rendimiento. O un comportamiento inadecuado.

—¿Como por ejemplo?

—Arrebatos súbitos, agresiones verbales a compañeros, irritabilidad. Siempre empiezan igual. Se enrarece el clima de trabajo, se deteriora, y esto perjudica a todos. Hay que cortarlo.

—¿Hay muchos casos así? —preguntó Sena.

De nuevo, Diana volvió a ponerse el pelo detrás de la oreja.

—Depende —dijo—. En verano, unos veinte al mes.

—¿Recuerdas alguno que fuera especialmente violento?

—Ya he respondido a esa pregunta. Hay quienes aceptan el despido con alivio, como una liberación, y otros que se enfrentan con ira exagerada. No me acuerdo de ninguno en particular, solo es parte de mi trabajo. —Miró a uno y a otra de forma alternativa—. ¿Va a durar mucho más esto? Debo volver a…

Rebeca no le dejó terminar la frase.

—Queremos una lista de todos los empleados despedidos durante los últimos seis meses —dijo—. No, mejor del último año, para curarnos en salud. Y la queremos ya mismo.

—Hablen con Recursos Humanos, ellos se la proporcionarán. —Se puso en pie—. Ahora, si me disculpan…

Sena y Rebeca se levantaron a la par.

—No me has entendido, Diana —dijo Mercader—. Quiero que tú nos consigas los currículos de todos los empleados que has despedido de tu departamento, incluyendo una foto. —Aguardó un instante—. ¿Ha quedado claro? —Diana agarró con fuerza el bolso y asintió—. Te esperamos aquí, no tardes.

Ambos la vieron salir de la sala de cristal, caminar entre las mesas con celeridad, y cómo las cabezas de los jóvenes se volvían a su paso para, de inmediato, enfocar los ordenadores otra vez en aquella extraña coreografía mecánica.

Sena dejó escapar un suspiro.

—Ahora entiendo lo de «zorra de corazón impuro» —dijo.

—No te ensañes con ella —repuso Rebeca—. La ansiedad la devora por dentro, ¿no has visto las señales? Diría que está a punto de padecer «síntomas de problemas». Y todo por trabajar en el paraíso de una red social.

—Que tiene de social lo que tú y yo de cangrejos.

—Y de paraíso, lo mismo que el Caribe.

—¿Crees que el suplantador o suplantadora trabajó aquí? ¿Que pudo haber desarrollado alguna patología grave?

Sonó el móvil de Rebeca. Leyó que llamaba Crespo.

—Es una posibilidad —dijo, mientras descolgaba. Lo puso en manos libres—. Dime, sargento.

—Varias cosas. Jefatura ha accedido a redactar un comunicado. Aunque no te esperes gran cosa. Es política. Lo harán público en unas horas, coincidiendo con el telediario de la noche.

—Algo es algo. Continúa.

—La policía belga acaba de confirmarnos la identidad de la pareja de novios, Eloïse Lemaître y Nathan Boon. Estamos a la espera de la respuesta de los demás cuerpos policiales.

—¿Bassa ha convencido al juez Losada para pinchar los teléfonos y obtener los registros?

—Está en ello, pero el juez no ve causa que avale la orden.

—Maldito lameculos. ¿Y ha habido suerte con la visita de Cantero y Boada al bar donde se subió el vídeo *snuff*?

—Relativa. Según el camarero, se trata de un chaval que se sentó en la terraza, le preguntó la clave del wifi y estuvo trabajando en un portátil.

—¿Descripción? —quiso saber Sena.

—Baja estatura, delgado. No ha podido añadir mucho más. Iba con gorra de visera, calada hasta las cejas, y la capucha de la sudadera puesta. Un muchacho tímido.

—¿Algo de las cámaras de la calle?

—Cervera y Rojo aún no han reportado.

—¿Alguna cosa más, Toni?

—Sí, dos. La General nos ha notificado que Parés Pharma y el Grupo Corporativo TAMM, además de las sociedades IMI y MIES, están sufriendo ciberataques. En opinión de los técnicos, el boicot y el acoso provienen del extranjero, por parte de *hackers* internacionales. Y a su juicio, el asunto no ha hecho más que comenzar.

—¿Y la segunda?

—Por fin tenemos las imágenes del Rosebud. Hemos seleccionado los dos fotogramas más nítidos. Te los envío.

Diana Guerrero entró en la sala de cristal, el bolso bajo el brazo y un portátil abierto en las manos. Dejó ambos en la mesa.

—Toni, hablamos luego —dijo Mercader. Y colgó.

Sostuvo el móvil en la mano, atenta a la recepción de los dos archivos, al tiempo que Diana señalaba la pantalla.

—Por ahora ahí tienen los currículums de los empleados despedidos en los últimos seis meses —dijo—. Unos noventa, con su foto correspondiente. Me he dado toda la prisa que…

—Un momento —atajó Rebeca. Escuchó las alarmas de entrada y se apresuró a abrir los dos mensajes. Sena se situó a su lado. En el primero, ambos pudieron ver la imagen con poca resolución de medio cuerpo. Flaco, menudo en comparación con las personas de alrededor, vestido con americana negra y camisa blanca, la cabeza mirando el suelo, las manos en los bolsillos, un macuto de color caqui colgando en bandolera. El rostro, de perfil, apenas se vislumbraba. Rasgos suaves, cabello corto. Abrió el segundo. Por la posición, dedujeron que correspondía a su salida del local. El fotograma mostraba el rostro alzado, casi de frente. Orejas de soplillo, el flequillo cortado de forma extravagante. Le enseñó el móvil a Diana—. ¿Lo reconoces?

La joven lo contempló unos instantes. De golpe, empalideció. Sin decir una palabra, se dobló sobre el teclado y fue pasando páginas hasta dar con la que buscaba. Aumentó el tamaño de la foto. Acto seguido, la indicó con un dedo.

—Jana —dijo—. Es Jana Jalabert.

Sena y Mercader compararon las dos imágenes. En la del currículum tenía el cabello negro más largo, le llegaba a los hombros, tapándole las

orejas. Y sus mejillas eran menos angulosas. Cara pequeña, algo de maquillaje, ojos grandes, labios finos. No especialmente atractiva, aunque tampoco anodina.

—¿Crees que es ella? —preguntó Sena a Mercader.

—Es ella —se adelantó Diana—. Pero en vuestra foto la veo cambiada, no sé, parece un chico, ¿no? Antes era más mona, no tan… ¿andrógina? Ese pelo es horrible. Y está mucho más delgada. Con la ansiedad a unos les da por adelgazar, a mí por comer. —Señaló el móvil—. Se ve borroso, pero es Jana.

—¿Estás segura?

Asintió con firmeza.

—Fuimos compañeras de trabajo unos tres años. Nos llevábamos bastante bien, más de uno decía que éramos como hermanas porque nos dábamos un aire y comíamos juntas cada día. Hasta que a mí me ascendieron y a ella…, bueno, ya saben, tuve que despedirla.

—¿Cuándo fue eso?

—En verano, creo. Esperen. —Consultó el ordenador—. El 12 de julio, sí. Verán, no le gustaba recibir órdenes. Tuvimos varios encontronazos. Y las cosas fueron de mal en peor. En el último, le reproché por enésima vez que su rendimiento era cada vez más bajo y ella estalló, aquí, en la oficina, delante de todos. Me vi obligada, no tuve más remedio.

—¿Cómo se lo tomó?

—Mal, muy mal. Me llamó de todo y tuve que avisar a los de seguridad. Fue terrible, espantoso. No he vuelto a verla.

—¿Cómo era Jana al principio, cuando entró en Facebook?

Diana meditó unos segundos.

—Una chica introvertida, de pocas palabras. Le costaba relacionarse con la gente. Algo rara, ya me entienden. No sé, quizás era por su timidez. Conmigo tardó un tiempo en abrirse.

—¿Problemática?

—Para nada. Le gustaba pasar desapercibida, no llamar la atención. Y eso era lo más extraño. Con su tipo, si hubiera querido, podría haberse llevado a todos los tíos de calle. —Se ruborizó—. Por Dios, no me malinterpreten. Quiero decir que si le hubiera dado la gana, podría haber sacado mucho más partido de su aspecto. Yo siempre se lo decía. Pero ella, ni caso. Prefería vestir ropas holgadas, como una friki vagabunda, en vez de algo más femenino, en plan guay. Nunca lo comprendí.

—Necesitamos sus datos y la foto en papel —dijo Sena. Le dio un email—. Y también que nos los envíes a este correo.

—Enseguida —dijo Diana. Cogió el bolso, se lo puso bajo el brazo y luego agarró el portátil. Se detuvo—. ¿Creen que ha sido Jana quien ha creado una cuenta en Twitter a mi nombre para colgar ese vídeo y fastidiarme la vida?

—La misma que te define como zorra, me temo —confirmó Rebeca.

Pulsó el número del sargento en el móvil y activó el altavoz—. ¿Nos dejas a solas?

Diana salió de la sala a toda prisa mientras ella explicaba a Crespo que la cuenta era falsa y le daba el nombre de la sospechosa y la dirección de su domicilio, en la calle del Clot.

—Toni, que esta información quede entre nosotros de momento —agregó—. Entre tú, Sena y yo, ¿entendido?

—A la orden, subinspectora. ¿Vais para allá?

—Vamos los dos para allá. Solos. Te mantengo informado.

Nada más colgar, se volvió hacia su compañero. No hizo falta que dijera nada. Sena asintió con gravedad.

—Pues eso, maldita sea.

27

Goran colgó el móvil y se volvió hacia Malart.

—Tenemos un trato —dijo.

—Ya era hora. —Se levantó del sillón desvencijado y fue hasta él—. Voy a necesitar mi cazadora.

—No corras tanto. Antes debemos aclarar un par de cosas.

—Cómo y cuándo te hago llegar los lápices de memoria, ¿no es eso? —Juric asintió—. Lo más fácil es que uno de tus hombres los pase a recoger en el mostrador del vestíbulo de la Central. Los habré metido en una bolsa, a nombre de quien me digas, y asunto resuelto.

—No pienso enviar a nadie a una comisaría.

—¿Un bar, entonces? El Santa Marta, debajo de mi casa. En cuanto los obtenga, te los dejo allí.

—¿Y cuándo será?

—Pronto, por la cuenta que me trae. Si me das un número de teléfono, te aviso. —Goran entornó los ojos—. Joder, tienes que mejorar un poco tu confianza. Seguro que dispones de alguno limpio. Luego te deshaces de él y punto. ¿Qué más?

—Una curiosidad —dijo—. Me pregunto si un día harías por mí lo mismo que estás dispuesto a hacer por esa chica. Lo que ya has hecho. —Desvió la mirada, un instante, y lo enfocó de nuevo—. Yo también te he salvado la vida.

Malart lo miró con fijeza.

—Respecto a la joven, solo intento hacer mi trabajo. Y tú me has tenido secuestrado en este sótano. A un miembro de las fuerzas del orden. No es lo mismo.

—Te he protegido. Y te he salvado la vida —repitió.

—No voy a denunciarte por retención ilegal, yo de ti me daría por satisfecho. Te librarás de un nuevo cargo.

—Te has jugado el cuello por una desconocida. En cambio, a mí me conoces.

—Pero tú solo te mueves por dinero. Ella, que yo sepa, no.

—Que tú sepas, esa es la clave.

—Mira, no voy a decirte lo que quieres oír —zanjó Malart—. No estoy en deuda contigo ni tú conmigo. Si me das mi cazadora, me abro. Por mi parte, nunca he estado aquí. Y en paz.

—Casi tiras mi casa abajo. —Señaló los soportes en el suelo—. ¿Quién va a pagar todo este estropicio?

—¿Bakir?

—Déjate de chorradas —repuso Juric—. El inmueble puede entrar en colapso, jodido lunático.

—Y yo creo que me he dislocado el hombro, ¿a mí qué me explicas? Quedan en pie tres puntales, no exageres. Pasa la factura a esa gente, está forrada. Dame la cazadora y me largo.

—Te irás esta noche. Te sacaremos de madrugada, para que nadie te vea, y con una capucha en la cabeza. Alguien te llevará en el maletero hasta la dirección que nos digas.

Malart lo escrutó con detenimiento. El tamaño de las pupilas, algún síntoma de aceleración del pulso, las microexpresiones del rostro, cambios en el tono de voz, la sudoración. No detectó ninguna señal de que estuviera mintiendo.

—Tú también tienes que mejorar la confianza —dijo Goran.

—*Touché* —admitió—. ¿Y qué hago hasta entonces?

—¿Barrer el suelo y recolocar los puntales?

Malart sacudió la cabeza.

—Aprendes rápido —dijo—. Oye, ¿qué tal algo de comer? Llevo en ayunas casi veinticuatro horas y se me acaba de abrir el apetito. —Se volvió hacia Bakir—. Unos libritos de lomo con aros de cebolla me sentarían de fábula. Y mucho café.

La masa de músculos miró a Juric.

—Que le preparen algo —dijo. Y a Malart—: ¿Algo más?

—Un último favor.

—No pienso darte un arma.

—Tengo mi cerebro.

—Ni tampoco un móvil.

—¿Para qué lo quiero? Salvo el mío, y no siempre, soy incapaz de memorizar un número.

—¿Entonces?

—Quiero que me llevéis a un sitio —respondió Malart—. Pero solo es posible con un medio de transporte muy concreto. La ventaja es que dijiste que no tenías problemas en conseguirlo.

Goran lo atravesó con la mirada.

—Estoy de ti hasta las narices. ¿De qué se trata esta vez?

—¿Y ya no vive en la calle del Clot? —quiso confirmar Boada.

Sena negó con un gesto y explicó que habían hablado con varios vecinos del inmueble. Ninguno conocía su nueva dirección. La anciana que residía en el piso de al lado la recordaba perfectamente. Una buena chica, algo callada, muy obediente y servicial, que cuidó a su madre, con quien vivía, hasta que falleció de cáncer de hígado unos cinco años

atrás.

—Según la mujer —contó—, era una alcohólica que no pudo asimilar la muerte de su marido en un accidente. Trabajaba en lo que podía para sacar a su hija adelante y pagar sus estudios. Era muy posesiva con Jana Jalabert, siempre le decía lo que tenía que hacer y la cría bajaba la cabeza y acataba las órdenes. Nos la ha descrito como una joven sumisa y sin mucho carácter, deportista, estudiante de matrículas, que obtuvo becas para seguir con la carrera, y muy trabajadora. Por lo visto, ya sin su madre, sobrevivió a base de trabajillos por el barrio para ganarse la vida.

—La versión coincide con la de otros vecinos —añadió Rebeca—. Y según los datos del currículum, logró sacarse una ingeniería técnica informática, especializada en telemática, una preparación muy superior para el empleo de moderadora de contenidos en Facebook, pero supongo que debió de conformarse. —Señaló su foto en la pantalla de la sala—. En la actualidad tiene veinticuatro años, sin parientes, huérfana desde los diecinueve. Una solitaria. Y si hacemos caso a los testimonios, una chica insegura, reservada, tímida. Con problemas de interacción social, probablemente con poca autoestima. Acostumbrada a resolver sus propios problemas sin contar con nadie.

—Una chica de apariencia frágil, pero dura —resumió Sena.

—Una asesina despiadada —dijo Boada—. Acabó con la vida de los dos cónyuges de forma fría e implacable.

—Estuvo tres años viendo contenidos extremos —razonó Sena—. Tres años expuesta a un desgaste psicológico brutal.

—Sargento, ¿tiene antecedentes? —intervino Singla.

—Ni una multa de tráfico —dijo Crespo.

—Y según la vecina —dijo Mercader—, se mudó de piso el pasado verano, creemos que tras ser despedida.

—Hemos revisado los registros y no consta en ninguna parte —explicó Crespo—. Como si se hubiera desvanecido en el aire.

—Por fin ha conseguido ser invisible —murmuró Rebeca.

—¿Cómo dices?

—Nada, pensaba en voz alta.

Se removieron en las sillas sin apartar la vista de su foto.

—En algún sitio tiene que vivir —dijo el jefe Singla—. Rojo, Cervera, ¿habéis obtenido algo de las cámaras de la calle?

—Hemos pateado un radio de tres manzanas desde el bar donde subió el vídeo *snuff* y la pista se pierde cuando entra en el metro de Gran Via, estación de Rocafort —dijo Rojo. Hizo una seña a Crespo y este activó una grabación—. Ahí la tenéis, en el cruce de Diputació con Calàbria, poco antes de perderla.

Observaron una figura delgada que caminaba mirando el suelo con andar ágil y desenvuelto, las manos en los bolsillos, vestida con tejanos, sudadera negra y deportivas blancas, la capucha puesta sobre una gorra

granate con visera. Un macuto caqui le golpeaba la parte baja de la espalda a cada paso.

—No parece gran cosa —opinó Cantero—, tan pequeña.

—Esa chica es veneno puro —dijo Boada—, muy peligrosa. ¿O ya hemos olvidado lo que hizo y cómo lo hizo?

—Vale, macho, no te exaltes —apaciguó Cervera—. Es pequeña pero matona, ¿mejor así? Sea como sea, las cámaras no aportan nada. Se metió en el metro, aguardó un rato largo y no se subió a ninguno. Lo hemos comprobado. Pensamos que salió por la otra boca de la estación y luego se escabulló entre la gente tras cambiar de sudadera. Desde ahí pudo desplazarse a cualquier barrio, de norte a sur y de este a oeste. Fin de la historia.

—Una chica espabilada —dijo Rebeca.

—Que se cargó a un matrimonio —insistió Boada.

Mercader se volvió hacia él con rapidez.

—Un matrimonio cuyo objetivo era hacerle lo mismo que a los jóvenes del vídeo *snuff* —dijo— y luego tirarla al mar, como un despojo. Tampoco te olvides tú de eso.

El sargento Crespo tecleó en el portátil hasta que en la pantalla aparecieron las imágenes del Rosebud. Se aclaró la garganta.

—La subinspectora está en lo cierto —dijo—. Ahí vemos a Jana Jalabert saliendo sola del local. Y exactamente seis minutos después —aceleró la grabación—, lo hacen Ivo Parés y Mónica Morera. —La detuvo. Ambos miraban hacia el frente, media sonrisa en cada cara—. Debieron de contactar con ella en el interior, sondearla, iniciar una conversación inocente.

—Dentro tiraron la caña —dijo Cervera—, y en la calle recogieron el sedal. Lejos de cámaras y testigos.

—Con la promesa de una salida por mar —dijo Rojo—. Y Jana Jalabert mordió el anzuelo. No es tan espabilada.

—Tal vez su madre nunca le dijo que no subiera al coche de unos desconocidos —soltó Cervera—. Y menos, si te ofrecen un caramelo. O la chica se pasó el consejo por el forro.

—La tomaron por una presa fácil —dijo Rebeca—. Al ver su complexión, pensaron que sería coser y cantar. Y el tiro les salió por la culata. Los cazadores cazados. Sorpresas te da la vida.

—Joder —espetó Boada—, parece que estés de su parte. Esa tía ejecutó a dos seres humanos sin compasión.

—Mira, capullo —se encaró—. No estoy de parte de nadie, pero desde luego jamás con esos dos cerdos. —Se mordió los labios y se giró hacia el sargento—: Toni, tenemos el número de su móvil prepago, el que empleó para abrir la cuenta falsa de Twitter. ¿Lo habéis rastreado?

—Lo tiene apagado o desmontado, no da señal. Y ya hace semanas. A esa chica no le gusta hablar por teléfono. Los técnicos de la General han solicitado a Twitter la IP del registro. Quizá tengamos suerte y cometió

el error de crear la cuenta desde su domicilio. Estamos a la espera de la respuesta.

—Ese es el problema. No andamos sobrados de tiempo.

—Por eso han descartado la opción de hacerse con la lista de direcciones MAC en el rúter del bar. A falta de otra para compararla y saber cuál es la buena, la búsqueda sería infructuosa.

—Necesitamos otro camino. ¿Cuentas bancarias? Si está en el paro, en alguna tiene que cobrar la prestación de desempleo.

Crespo se ajustó las gafas y tecleó en el portátil.

—Tiene una en CaixaBank —dijo—. La abrió a su nombre tres años atrás en una oficina de la Meridiana para domiciliar la nómina cuando entró en Facebook, y ahora la usa para cobrar el paro. Utilizó el DNI con su dirección en el Clot. Otro callejón sin salida. Retira cantidades en efectivo por cajeros repartidos por toda la ciudad, de ningún barrio concreto.

—Pobre Jana Jalabert —dijo Cervera—, me da lástima.

—¿Por qué? —se extrañó Cantero.

—CaixaBank la tiene que estar sangrando viva a base de cuotas trimestrales de castigo por haber reducido su nivel de ingresos —explicó —. Es la forma que tiene esa gentuza de joder a las personas con menos recursos. Cuanto menos tienes, más te penalizan. Es lo que le pasa a mi sobrino. Ha cambiado de curro, ahora tiene un sueldo mucho menor, y CaixaBank le cobra sesenta euracos al trimestre por no ingresar la cifra anual que ellos consideran rentable para mantener su cuenta, ¡como si lo hiciera queriendo! Le birlan doscientos cuarenta pavos al año por el morro, un robo en toda regla. Pero los chorizos son los que te mangan la cartera por la calle a punta de navaja, nos ha jodido.

—Que vaya a otro banco y sanseacabó —dijo Cantero.

Cervera lo miró como si fuera idiota.

—¿Y en qué cambia eso el asunto? Siguen siendo unos miserables codiciosos. ¿Sabes lo que les hacen a los ancianos? Les obligan a realizar todas las gestiones en cajeros automáticos, como si a su edad tuvieran idea de informática. Unos cabrones, eso es lo que son. Se creen los amos, con derecho a putear a jóvenes y mayores, los más vulnerables. Y nadie dice ni pío. Si estuviera en mi mano, les cerraría el chiringuito, por buitres.

—Regresemos al tema —ordenó Singla.

—Un momento, jefe —dijo Mercader—. Esa chica entra en el patrón de joven vulnerable, alguien con pocos recursos. Y según el perfil, es una solitaria. Partamos del supuesto de que no comparte la vivienda con nadie, de que vive sola. Para alquilar un piso hay que depositar una fianza.

—Subinspectora —intervino Crespo—, ya he explicado que no consta en ninguna parte.

—A su nombre. Pero ¿y al de otra joven?

—Si te refieres al de Diana Guerrero, las sargentos ya lo han comprobado. Han consultado con el INCASÒL antes de que cerraran las oficinas y solo tiene un piso alquilado a su nombre, en la calle Espronceda. Coincide con la dirección de su DNI.

Mercader se quedó pensativa unos instantes.

—El DNI, exacto —dijo—. Hagamos otra conjetura. Alguien le robó el carnet de identidad a Diana Guerrero en julio. Y Jana Jalabert fue despedida el mismo mes. —Se volvió hacia Sena—. El 12, ¿no es así? —Lo confirmó con un gesto—. Bien, supongamos que Jana fue la ladrona. Guardan cierto parecido, y quiso usarlo para vengarse de Diana. Por otro lado, todo indica que se mudó tras ser echada a la calle.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Singla.

—Si Jana lo hizo una vez, ¿por qué no pudo hacerlo dos?

El sargento Crespo frunció el ceño.

—¿Quieres decir que tal vez robó un segundo DNI para suplantar la identidad de otra joven?

Rebeca asintió lentamente.

—No me parece descabellado —dijo Rojo—. Si quiso pasar desapercibida, es una buena manera. Pero para alquilar un piso, la inmobiliaria te pide no solo el carnet, sino también una cuenta bancaria y un contrato de trabajo.

—Su cuenta en CaixaBank no tiene domiciliado el pago de ningún alquiler —señaló Crespo—. Y está en el paro.

—Joder, la tía tiene una ingeniería en informática —soltó Rebeca—. No creo que le resultara difícil falsificar un contrato de trabajo. Toni, ¿en internet hay modelos oficiales del Estado? —El sargento asintió—. Pues ahí lo tenéis. Descarga uno y lo falsifica a nombre de otra joven. Incluso puede haber usado su contrato real con Facebook. Un poco de Photoshop para cambiar los datos, lo escanea y punto.

—¿Y la cuenta bancaria?

—Online —dijo—. A nombre de la segunda chica. A lo mejor también tienen una semejanza, aunque sea remota. Puede que por eso se haya cortado el pelo. Acumula el dinero que retira de su cuenta real y lo ingresa en la online para pagar el alquiler. DNI, cuenta y contrato, todo a nombre de otra joven.

—Es factible, sí —admitió Rojo—. Pero hasta que no sepamos el nombre de la segunda chica estamos como al principio.

—O no —dijo Crespo—. Se me ocurren dos vías para averiguarlo. La primera, pedir a la Nacional una lista de los DNI robados durante los últimos seis meses en Barcelona a mujeres que ronden los veinticinco años. Y la segunda, hablar con el Instituto Catalán del Suelo para que consulten su base de datos. Allí consignan los alquileres y las fianzas depositadas, la información que les proporcionan las inmobiliarias tras efectuar un contrato de arrendamiento.

—El target es muy definido —dijo Cantero—. Tenemos el género y la

edad aproximada. Y también el tamaño del piso. De una habitación, previsiblemente, y un precio bajo, como la zona.

—Si cruzamos las dos listas, puede que salte un nombre.

—Toni, ¿puedes ponerlo en marcha? —preguntó Rebeca.

Crespo echó un vistazo al reloj del portátil.

—Con la Nacional no hay problema —dijo—, tengo un contacto que me debe más de una. Pero con el INCASÒL lo veo más complicado. Son casi las nueve de la noche, han cerrado. Tendremos que esperar hasta el lunes.

—De eso nada —repuso Rebeca. Se dirigió a Singla—. Jefe, ¿qué tal si haces una llamada a las alturas para que alguien se ponga en contacto con el director?

—Se habrá ido de fin de semana, Mercader. Hoy es viernes.

—Pues que delegue en un secretario, maldita sea. El tiempo corre contra nosotros. ¿No puedes llamar a la comisaria Bassa?

—Estará liada con el comunicado, seguro. Puliendo a última hora las comas y los puntos junto al intendente Guillamón, como si la viera. Dentro de veinte minutos, cuando lo hayan emitido.

Ella soltó un bufido de impaciencia. Se volvió hacia Crespo.

—¿Y cuándo dirá algo la General sobre la IP del registro?

—Depende de Twitter, no está en sus manos.

Cervera ahogó un bostezo al tiempo que se estiraba.

—¿Podemos hacer algo los demás mientras tanto? —dijo.

—Sí, ir a casa a descansar —respondió Singla—. Con los móviles abiertos y bien cargados, por si acaso. Mañana sábado va a ser otro día muy largo.

Empezaron a desfilar hacia la salida.

—Voy a tener pesadillas con la tal Jana Jalabert —dijo Sena.

—Ya somos dos —farfulló Cervera, con otro bostezo.

Rebeca permaneció sentada, observando con preocupación la espalda de Boada hasta que abandonó la sala junto a los demás.

Crespo le palmeó el hombro.

—Subinspectora, necesitas dormir como mínimo media hora —ironizó —. Debes de estar rendida.

Mercader hizo una mueca. Contempló su rostro bonachón, sin un ápice de maldad. Desvió la vista hacia Singla y le preguntó si podían hablar los tres a solas un minuto.

—Son malas noticias —dijo. El inspector jefe accedió con un gesto—. Toni, ¿te importaría cerrar la puerta?

Aguardó, cabizbaja. Al rato, Crespo se sentó a su lado, el portátil sobre las piernas, mientras Singla se plantaba delante.

—Tú dirás.

—No quiero tocar los huevos. Y menos, ser una chivata.

—Al grano, Mercader. ¿Esto tiene algo que ver con el hecho de que hayas ido con Sena a la calle Clot sin contar con apoyo?

Asintió.

—Jana está en peligro, jefe. No quería que nadie más del Grupo supiera su dirección y se nos adelantara. —Levantó los ojos—. Boada es el topo. Él es quien informa a esa gente de nuestros avances. De todos, incluida la identidad de la chica.

—¿Tienes pruebas? Es una acusación grave.

—Las tengo. Esta mañana he ido con Cantero a la mansión de los Parés. Ya sabes, para picarlos. Por si alguno se iba de la lengua y se le escapaba algo.

—Lo sé —dijo Singla, abrupto—. Bassa está que echa chispas contigo, y con razón. Has desobedecido una orden suya directa. Y ha recibido quejas muy serias del abogado de la familia.

—Tenía que hacerlo, jefe. Si no voy errada, la matriarca del clan está detrás de un plan para deshacerse de Malart… y ahora, me temo, también de Jana. Está resentida hasta la médula, corroída por la ira. Esa anciana destila soberbia, altivez. Le urge ser resarcida. Y sus hijos solo hacen lo que ella dice, no los creo capaces de tomar una decisión de este calibre. Quizás el menor, Alfons. Pero ella es quien manda, lo he visto con mis ojos. Y tras lo del vídeo y los ciberataques contra el Grupo TAMM, con más motivo se habrá reavivado su afán de venganza.

Los tres guardaron un tenso silencio.

—Me figuro que no lo ha reconocido —dijo Singla, al cabo.

—No con estas palabras, aunque sí de forma velada. Ha sido cautelosa. Jefe, lo odia con toda el alma. Quiere hundirlo, acabar con su carrera. Como sea y al precio que sea.

—Pues que se ponga a la cola. No es la primera persona ni será la última. Es parte de la habilidad de Malart, ponerse a medio mundo en contra. Y a la otra mitad, también.

—Estaba al corriente de que amenazó de muerte a Ivo y a su mujer —dijo, en un murmullo—. El mensaje de voz que dejó en el móvil de su nieto el 25 de octubre. —Desplegó un dedo—. Y eso solo podíamos saberlo quienes estábamos aquí en la sala, escuchándolo. Cuando a la anciana se le escapó lo de la amenaza, a Cantero le pasó desapercibido, ni se inmutó. No es él. Y me juego algo a que tampoco son Rojo, Sena o Cervera.

Singla puso los brazos en jarras y clavó la vista en el suelo.

—No solo nosotros, Mercader —dijo—. Ivo Parés pudo reproducir en persona el maldito mensaje de voz a su abuela nada más recibirlo. Habría sido lo lógico, lo más normal.

—Pero entonces hubieran puesto el grito en el cielo el 25 de octubre, ¿no te parece? Se habrían presentado al día siguiente en la Central con dos autobuses llenos de abogados y reclamado su cabeza en una bandeja. Y no lo hicieron. ¿Por qué? Porque lo acaban de saber hace poco. Anoche, por ejemplo.

—Es circunstancial, no una prueba de peso.

Rebeca extendió un segundo dedo.

—Boada fue el único que se largó del *Somerton* ayer por la tarde. Y alguien hizo el montaje en el ático, lo del reloj y los indicios de que se había fugado, más o menos a esas horas.

Singla meneó la cabeza de lado a lado.

—Tampoco es concluyente, subinspectora.

Desdobló un tercer dedo.

—Y alguien tuvo que llamarlos desde el yate para contarles que las sospechas iniciales recaían en Malart. Boada es el denominador común, ¿no lo ves? Tres ocasiones, tres oportunidades. Y no ha cesado de acusarlo. Tú has sido testigo, jefe.

Singla arrugó los labios.

—Esto apesta —dijo—. Boada forma parte del GEHME.

—Lo sé, pero no descarto que la cosa vaya a peor. Si lo han comprado, no quiero ni imaginarme hasta dónde puede llegar.

—¿Te refieres a lo que pienso?

—De estar en lo cierto, lo tienen pillado por las pelotas. O cumple y obedece, o lo dejan al descubierto, a su suerte. No tiene otra salida. Y conoce todos nuestros pasos.

Singla levantó la cabeza muy despacio.

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Apartarlo del Grupo, del caso —dijo, sin vacilar—. Y ahora mismo, para evitar males mayores. Y ponerlo de inmediato en manos de Asuntos Internos.

—Subinspectora —intervino Crespo—, estás dando palos de ciego. Es nuestro compañero y solo te basas en una corazonada. Reflexiona un poco. Sin pruebas, no podemos hacer a Boada lo mismo que Bassa a Malart. ¿No te pareció injusto? Sé que es diferente, lo sé, pero ponte en su lugar.

—¿Y tenerlo controlado en todo instante? —propuso a continuación —. Monitorizarlo a través del GPS, conocer su posición, a dónde va, qué hace. ¿Es posible?

—Tal vez lo haya desactivado —dijo el sargento.

—¿Pinchar su teléfono?

—¿Sin una orden? ¿Y si usa un desechable?

—No me puedo creer que estemos hablando de uno de mis hombres —masculló Singla—. ¿Hemos perdido el juicio o qué?

Los dos la observaron con cara de circunstancias.

—Entonces solo se me ocurre una opción —dijo Rebeca—. Engañarlo. Cuando averigüemos la dirección de Jana Jalabert, darle otra. Alejarlo de la verdadera, de ella.

—¿Y cómo lo hacemos? —soltó Singla, desabrido—. ¿Lo sacamos de la sala como a un niño pequeño? ¿Pero tú te oyes?

Rebeca se desinfló igual que un globo pinchado.

—Tienes razón, jefe —musitó—. Me faltan horas de sueño y me

sobran tazas de café, ya no sé lo que me digo. Las toxinas me hacen ver fantasmas por todas partes.

Singla dejó escapar un sonoro suspiro. Miró el reloj.

—Voy a hacer esa llamada a la comisaria —dijo—. Vete a casa, Mercader, y métete en la cama. No quiero verte el pelo hasta mañana sábado a las nueve, ¿entendido? Es una orden.

Rebeca se levantó con esfuerzo y asintió. Fue hacia la puerta sintiendo las piernas pesadas como sacos de arena, la cabeza embotada. Anduvo hasta su mesa, recogió la americana y se encaminó en dirección a los ascensores. Se detuvo en seco. Ladeó la cara, un momento, y cambió de idea. Arrastrando los pies, se dirigió a la sala de descanso.

Crespo la encontró sentada en un taburete, mordisqueando con desgana un sándwich, la mirada perdida.

—¿Pero no te habías ido a casa? —dijo.

—Ya ves —murmuró.

El sargento cerró la nevera y se sentó junto a ella.

—¿Quieres que te lleve en moto?

Rebeca dio un trago al botellín de agua.

—No hace falta, Toni. Dormiré en la Central. —Soltó el bocadillo en el mostrador—. ¿Cómo ha ido el comunicado?

—Palabrería. Muchas vueltas para acabar en el mismo sitio.

—La política es un asco. —Se levantó, recogió los restos y fue a tirarlos a la basura—. ¿Y la llamada a Bassa?

—Ha accedido a ponerse en contacto esta noche con la directora del INCASÒL. El asunto está en marcha, subinspectora. Déjalo en nuestras manos, te conviene desconectar.

—¿Algo de Twitter? —Crespo negó con un gesto—. ¿Quién está de guardia?

—Corominas.

—¿Puedes encargarle que investigue si había alguna relación previa entre Jana Jalabert y el matrimonio Parés Morera?

—Ya lo he hecho. Está en ello precisamente ahora.

Rebeca hundió los hombros.

—¿Antes he soltado muchas tonterías? —quiso saber.

—Nada del otro mundo. Son cosas que pasan cuando uno trabaja cerca de cuarenta y ocho horas seguidas.

—Mensaje recibido —dijo. Agarró el botellín—. Me voy a las literas. Si hay novedades…

—Le diré a Corominas que te avise.

Mercader le palmeó el brazo y, sin despegar la vista del suelo, salió de la sala, cruzó la oficina y entró en los vestuarios. Se quitó las deportivas, los tejanos. *Somerton*. Como una sonámbula, puso la alarma del móvil para tres horas después y luego se acostó en uno de los camastros. Cerró

los ojos. La pregunta rebotó en su cerebro. ¿Tenía Jana algún vínculo anterior con esos dos? Con el eco, se quedó profundamente dormida.

Sábado 30 de noviembre

28

Se despertó un minuto antes de que sonara la alarma. Sin saber muy bien dónde estaba, observó la hora: la una de la madrugada. Al incorporarse, le sobrevino un ligero mareo. Terminó de quitarse la ropa y se metió en la ducha. Dio al grifo del agua caliente, reguló la temperatura con la fría y acto seguido apoyó la cabeza en el alicatado. Si un matrimonio intentara violarla, ¿sería suficiente razón para matarlos? ¿De aquella forma tan atroz y singular? Podía comprender las ansias de venganza, pero ¿sería capaz de llevarla a cabo empleando aquel sistema? ¿En pleno estado de shock? Tuvo la certeza de que se le había pasado por alto algún detalle. No todas las piezas contaban la misma historia. Faltaba una conexión, el hilo que uniera todos los puntos. Y su mente lo había registrado poco antes de cerrar los ojos. Debía regresar al *Somerton*. Volver a ponerse en la piel de Jana Jalabert. A la hora del doble crimen, el método de Malart. Ahora disponía de más datos sobre su perfil. Cerró el agua caliente y contuvo la respiración mientras le caía encima el chorro helado. Al cabo, despejada por completo, se vistió con ropa limpia y fue en busca de algo de comer y un par de cafés bien cargados. En la oficina, vio a la sargento Corominas sentada ante el ordenador.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—La directora del INCASÒL ha autorizado a alguien de su equipo para que vaya a la sede a primera hora con dos de nuestros inspectores a realizar el chequeo de datos —dijo. Observó su rostro, las ojeras—. Tienes mala cara, ¿te presto maquillaje?

—¿Has hallado alguna relación entre Jana y el matrimonio?

—Negativo.

—Sigue buscando —dijo.

Continuó su camino. Se detuvo.

—¿Quiénes?

—¿Cómo dices?

—Que quiénes de los nuestros irán a la maldita sede.

—El inspector Sena y el subteniente Cantero.

—Cantero no es de los nuestros —rezongó.

Entró en la sala de descanso, eligió del armario un par de barritas energéticas y, mientras se metía una en la boca, introdujo una cápsula

en la cafetera. Al rato, salió con una taza en la mano. Se apoyó en el quicio de la puerta sin dejar de masticar.

—¿Los de Twitter han respondido?

—No ha funcionado —dijo la sargento—. La IP del registro es de un restaurante de Enric Granados, entre València y Mallorca. L'Enric. Jana Jalabert creó la cuenta en un sitio público.

—¿Y cuándo pensabas informarme? —dijo, con enfado.

—¿Después de que te tomaras el primer café?

Rebeca maldijo por lo bajo. Regresó a la sala de descanso, abrió la segunda barrita y se preparó otra taza. Minutos después, irrumpió de nuevo en la oficina.

—Corominas —dijo—, imagínate que has sufrido un intento de violación por parte de una pareja, un hombre y una mujer. Estás aturdida, confusa, muy asustada. Te tiemblan las piernas, y te encuentras en un yate en medio del mar. Has logrado neutralizarlos, los tienes noqueados, a tu merced. ¿Tú los asesinarías?

La sargento no empleó ni un segundo en meditar.

—A él lo caparía —dijo—, y a ella le metería el paquete en la boca. Mi umbral de tolerancia con este tema es cero.

—Vale, ¿pero te los cargarías?

—Depende de mi grado de enajenación mental. ¿Han sido muy asquerosos conmigo? ¿Especialmente repulsivos?

—Falsos. Te han tendido una trampa. Se han mostrado encantadores, pero pretendían tu sumisión química. Para vejarte.

—¿Yo estaba al corriente de lo que me había librado?

—Sí —dijo. Titubeó—. Bueno, pongamos que sí.

—¿Y ya he logrado dejarlos fuera de combate?

—Correcto. Inmovilizados. No te suponen una amenaza.

—Entonces, no. Avisaría a la policía. Pero solo después de castrarlo y hacerle tragar a ella las joyas de la corona, claro.

Mercader bebió un sorbo de café. Asintió.

—Bien —dijo—, todo esto partiendo de la premisa de que eran unos extraños para ti. ¿Y si hubiera sido al contrario?

—El conocimiento previo agrava el suceso. Me lo tomaría como algo personal, una traición. Me habría hecho más daño, enfurecido aún más, hasta el paroxismo.

—¿Por tanto?

—Con una enajenación superior, podría necesitar causarles más dolor. Una venganza mayor, para equilibrar la balanza.

—¿Que sufrieran o algo rápido?

—En función de lo que me pasara por la cabeza. Cada persona reacciona de manera diferente ante una agresión de este tipo. Pero sí, creo que podría desear su tormento, como un alivio emocional.

—¿Una muerte lenta, agónica?

—Depende, ya te digo. ¿De qué tipo de relación hablamos? ¿Laboral,

de amistad, familiar? ¿Estrecha o superficial?

—Es lo que tengo que averiguar. Y también tú.

El control de seguridad de la Policía Portuaria, el de la Guardia Civil, el *Somerton* envuelto en la niebla. Sin focos ni luces de cubierta. Mostró la placa a los dos agentes de la Benemérita que estaban de guardia, distintos a los de la noche anterior, y les dijo que necesitaba realizar unas comprobaciones. Saltó a la plataforma de popa, subió por las escaleras de babor hasta el porche y entró en la sala principal. Escogió una luz indirecta y dio al interruptor general de las lámparas situadas en las mesillas. Según el móvil, pasaban unos minutos de las dos y media de la madrugada. Se dirigió hasta el centro y se sentó en el suelo, la espalda apoyada en el mueble bajo. Observó la alfombra donde habían caído Ivo Parés y Mónica Morera. Vació la mente. Acto seguido, trató de ponerse en la piel de Jana Jalabert. Una chica solitaria, introvertida, sin trabajo después de tres años moderando contenidos extremadamente violentos. «Enfrentarse a ese tipo de vídeos puede dejar huellas en la psique.» Tres años. «E implicar el desarrollo de patologías graves.» Con problemas para relacionarse con la gente. «Como estrés postraumático.» Le gustaba pasar desapercibida, ser invisible. «Pelis reales.» Tal vez con problemas de autoestima. «Toda clase de violaciones, incluidas a niños.» Una joven de aspecto frágil, pero dura. «Sin tratamiento psicológico.» Jana estaba trastornada, era evidente. Aquel trabajo demencial le había pasado factura. Y estaba sola, sin familia. Cerró los ojos. La imaginó tras haberles soltado las descargas del táser. Con Malart anulado por las drogas. Allí mismo, de pie ante ellos, la única que permanecía erguida. «Me habría enfurecido hasta el paroxismo.» El corazón bombeando adrenalina. «Podría desear su tormento, como un alivio emocional.» Vengativa, ansiando liberar todo el odio acumulado contra ellos, enajenada, agresiva. «Me lo tomaría como algo personal, una traición.»

—Los conocía —susurró a la sala desierta.

Apretó los párpados. Directa o indirectamente, Jana había tenido que mantener algún tipo de relación con el matrimonio; como mínimo, sabía de ellos por los medios a raíz del juicio por el asesinato de Candela Cuadrado. Solo así se explicaba su reacción. Fría, cruel, visceral. Las cadenas, los grilletes, atados a popa, lanzados al mar, el yate en marcha. De súbito, una frase del perfil en Twitter la dejó noqueada. «La venganza es la única respuesta contra los violadores.» Se quedó sin aliento. Ella había descartado la premeditación. ¿En qué más se había equivocado?

Abrió los ojos.

—¿Esos dos gusanos te violaron?

Nerviosa, empezó a dar leves golpes al mueble con la nuca. Aquella cuenta era falsa. ¿También el texto del perfil? ¿O lo había aprovechado

para definirse a sí misma y hacer una declaración pública? Pero una violación no tenía sentido. Ivo Parés y Mónica Morera la hubieran reconocido, nunca la habrían invitado a subir a bordo. Además, no encajaba con su *modus operandi*; la habían dejado con vida. No, aquello no cuadraba. Tenía que haber otro motivo, algo que justificara una venganza tan personal y desmedida. ¿Qué era lo que faltaba allí?

—Un móvil —murmuró.

Bajó la barbilla, impotente. No lograba hallar el hilo que unía todas las piezas. Empatizar no estaba a su alcance. Se le escapaba lo primordial, la motivación que yacía bajo la urdimbre. Sintió un brusco escalofrío. ¿Un plan? ¿Todo aquello podía obedecer a un plan? Empujada por su obsesión con ellos, Jana pudo haber tejido uno para pararles los pies. El cerebro se le disparó a toda velocidad. Maquinó una estrategia para acercarse. Hizo de cebo. Las veces que hicieran falta. Hasta que picaron. Pero antes tuvo que estudiarlos, conocer sus rutinas. Los siguió. Igual que Malart, los vigiló. Todas las noches. Y, una de ellas, fue testigo de cómo la pareja belga de novios era conducida al yate por el matrimonio. Lo que él no consiguió. Más tarde se enteró de cómo habían acabado. En el fondo del mar. Atados con cadenas. Sin que la policía hiciera nada, sin detenerlos. Vio el hilo definido, claro como el agua: obsesión, plan, testigo presencial, venganza. Pero seguía sin esclarecer el origen de su fijación.

—¿Por qué, Jana? ¿Qué te hicieron?

Un ruido le llamó la atención. Había sonado en el techo, por proa. Apagado, sordo. Seguido de un suave balanceo del yate. Desvió la vista hacia las ventanas tintadas. No distinguió nada a causa de las luces. Al cabo, oyó otro ruido. Lo situó en la cubierta lateral, junto a la borda de estribor. Muy tenue, el roce de un peso al ser desplazado. Llevó la mano al arma de forma mecánica. Aguzó el oído, tensa. Silencio. Cinco segundos, diez. Se relajó. Todo había sido una jugarreta de los sentidos. Sonriendo, se preguntó por la razón de su alarma. Dos guardias civiles estaban apostados a pocos metros, y ella no era ninguna mujer desvalida. Algo avergonzada, estiró las piernas y acomodó la columna. De golpe, su visión periférica detectó una sombra a la altura de las puertas correderas. Giró la cabeza en el acto. Justo para ver la espalda de un hombre cerrando las dos hojas a toda prisa y correr las cortinas a continuación. Reconoció la cazadora, las botas. Se le disparó el corazón. Se puso de pie de un salto.

El hombre se volvió.

—¿Malart? —exclamó Mercader.

—Baja la voz, chica dura —dijo Milo.

Ninguno de los dos acortó la distancia.

Ella, petrificada, lo repasó de arriba abajo, sin podérselo creer. Él, con

las emociones hechas un nudo en la garganta, no supo cómo reaccionar.

—Estás horrible —dijo Rebeca, al fin. Se arrepintió enseguida y, tras un carraspeo, preguntó—: ¿De dónde sales?

Milo se rascó la cabeza.

—Me han traído en un bote de remos. He supuesto que te encontraría aquí más o menos a la hora del crimen, imitando mi método, y he subido por la barandilla de proa.

—¿Has empatizado conmigo? —dijo, sin salir de su asombro. Malart asintió—. ¿Y cómo que imitándote? Solo ponía en práctica una idea que…, da igual. ¿Dónde te habías metido?

—Por ahí, recuperándome.

—¿Cuarenta y ocho horas? —Lo señaló con el índice—. Me has tenido loca de preocupación. Y a la jueza Cabot. A todos.

Se frotó el hombro.

—Es una larga historia. Digamos que he estado haciendo trabajillos de demolición, excavando en la mina, reformas para la gente que me ha echado una mano. Estoy hecho polvo.

—¿Y no podías haberme llamado?

—Lo he perdido todo, Mercader.

Ella hizo un gesto de desdén.

—Das grima cuando te pones en plan victimista —dijo.

—Me refiero a que no tenía móvil ni placa ni arma.

Rebeca enmudeció. Dio un paso hacia él. Recuperó el habla.

—Empecemos de nuevo. Aparte de molido, ¿cómo estás?

Milo se sobrecogió al ver la intensidad de su mirada. Su primer impulso fue contarle todo lo que había vivido. El terror en el mar, la aceptación, el ahogo. Las visiones, el desconcierto y la oscuridad. El confinamiento, la añoranza del aire libre, el coraje y la generosidad de un crío. La fina línea que separaba la cordura de la locura. Una partida a todo o nada. Palabras, palabras, palabras. La soledad. El peso de una foto, la ausencia de un rostro, la revelación desvalijadora. Su vida basada en una mentira. Le urgió detallarle lo que había experimentado durante los dos últimos días. Y a continuación, acercarse a ella para refugiarse en sus brazos, sentir el calor de alguien real, auténtico, de confianza. El apoyo. Sin embargo, no pudo. Titubeó. Extraviado.

Se encogió de hombros.

—¿Lleno de sorpresas? —dijo.

Rebeca percibió el dolor en sus ojos. No lo dudó un segundo y corrió a abrazarlo. Recostó la cabeza en su pecho. Lo estrechó con fuerza. Y cuando notó los temblores de su cuerpo, lo agarró por la nuca y lo atrajo hacia ella.

—Tranquilo, no pasa nada —susurró—. Ya estás a salvo.

Lo condujo al sofá, se despojaron de la cazadora y la americana, ella

también del arma, y tomaron asiento muy cerca el uno del otro. Sin más dilación, le puso al corriente de todos los pormenores del caso; luego, de sus hallazgos y deducciones. Malart se quedó de una pieza. Perplejo, estiró el cuello para contemplarla.

—Socia —dijo—, te metes muy bien en la cabeza de los asesinos. Me saco el sombrero.

—¿Es un halago o una acusación?

—Demasiado bien.

—Acusación, ya veo.

—En serio, con lo de la cámara estuviste sembrada. De primera. Pensaba que lo tuyo era seguir el peso de las pruebas, no el camino de la intuición. Ignoraba que fueras una experta en heurística de la afectividad.

—Hay varios aspectos de Jana que todavía se me escapan.

—Así que ese es su nombre —dijo Milo, pensativo—. Jana Jalabert. La patinadora.

—¿Cómo dices?

—La chica del flequillo mal cortado. Jana Jalabert. Le debo la vida, me rescató en el mar.

—Después de drogarte y tirarte al agua. Una mujer pudo contigo, Malart —se mofó—. Una que no levanta medio palmo del suelo y que es flaca como un palo. ¿No te da vergüenza?

Milo hizo una mueca.

—¿Qué mujer no puede conmigo? —repuso. Acto seguido, la miró con fijeza—. ¿Cómo supiste que no lo hice yo?

—Te conozco. Serás una calamidad, pero no un asesino.

—¿Entonces no dudaste de mí?

—Nunca, en ningún momento.

—¿Ni siquiera al principio? —insistió.

Mercader vaciló un instante.

—Bueno, tal vez cuando vi la información en las paredes de tu ático. Pero solo fue un segundo, te lo aseguro.

—¿Estuviste en mi piso? —Ella asintió—. ¿Con o sin orden de registro?

—Sin. Pero no fui la única. —Le contó lo del montaje para simular su fuga, el reloj—. Desconocemos quién fue el responsable, aunque tengo alguna sospecha. Ah, y también estuvieron Rojo y Cervera, ellos con una orden.

—Genial, como si fuera La Rambla. Tendré que poner una cerradura de verdad. —Hizo una pausa—. ¿Así que alguien se llevó mi ropa y mis cosas?

Rebeca lo confirmó con un mohín.

—Y todo lo que había en las paredes —dijo—. Fuimos Crespo y yo. Pero para protegerte.

—¿Toni también estuvo? ¿Hay alguien de la dichosa Central que no

pasara por el ático? —Ella se mordió los labios—. En definitiva, que solo tengo lo que llevo puesto.

—Ya lo solucionaremos. —Evitó el contacto visual y agregó—: Me llevé algo más. La carpeta azul.

Malart se enderezó de golpe.

—¿Y se puede saber por qué?

—Para salvaguardarla de ojos indiscretos.

—¿Has leído lo que contiene?

—Por encima.

—Era privado.

—Lo sé. Y es algo que quedará entre tú y yo, palabra. Está a buen recaudo en una caja con todo lo demás, en comisaría. Te la devolveré cuando anulen la orden de arresto.

—¿Y tienes idea de cuándo será eso?

—Pronto, por la mañana. Al mediodía como máximo. Cuando hagan la rueda de prensa y te exoneren.

Milo se levantó. Empezó a dar vueltas por la sala.

—Maldita sea —dijo—, esto no tenía que haber ido así.

—¿A qué te refieres?

—Bassa habló conmigo unos días después de mi estallido, cuando perdí el norte en la oficina. En un bar, lejos de la Central. Intuía que no iba a dejar de investigar a esos dos y me insinuó que tenía vía libre para continuar, pero por mi cuenta y riesgo. Fue de lo más sutil. Acordamos que solo le reportaría a ella.

Mercader lo miró boquiabierta.

—No te pillo.

—Bassa quería mantener al Grupo fuera del asunto para que nada lo salpicara si algo salía mal. Ni tampoco a ella. Pero sin perder de vista al matrimonio. Era la única forma de tenerlo todo. Sacudió el señuelo ante mis narices y acepté. —Regresó al sofá. Apoyó los codos en las piernas y se llevó las manos al rostro—. Y por supuesto, no iba a cubrirme las espaldas. Si lograba algo, ganábamos todos. Si la fastidiaba, perdía yo solo.

—Pudiste negarte.

Se volvió hacia ella.

—Y haberme dedicado a la jardinería, no te joroba. Tenía a ese par de psicópatas entre ceja y ceja, ¿no lo entiendes? Alguien debía dar un paso adelante para detenerlos y me tocó a mí.

—¿Entonces Bassa sabía lo de las víctimas del crucero?

Cabeceó de lado a lado, con desgana.

—Seguía recabando pruebas. Con la ayuda de Toni. Necesitaba algo definitivo, para que no se fueran de rositas otra vez.

—O sea, que ella ha estado detrás durante los dos últimos días —dijo, furiosa—. Y ha callado todo el tiempo.

—No ha tenido más remedio, Mercader. Teníamos un segundo

objetivo. Descubrir al desviador, el topo entre nosotros. Y para que Boada mordiera el anzuelo, se habrá visto obligada a actuar como si estuviera al margen y cerrar la boca.

—¿También estabais al corriente de lo de Boada? —soltó.

—No grites, ¿quieres? —Señaló las puertas correderas—. Siempre lo he sabido, pero de nuevo me faltaba demostrarlo. Es una cucaracha, te avisé más de una vez. Sí, no pongas esa cara. Está al servicio de esa gente. Contaminó la recogida de pruebas en el caso Gotha, rompió la cadena de custodia, y así se lo dije a Bassa. Antes de aceptar este asunto, le puse como condición que hablara con Asuntos Internos. Lo tienen vigilado. Así matábamos dos pájaros de un tiro. Les ha pasado información, seguro.

—Juraría que fue él quien se llevó tu ropa del ático.

Milo apretó los puños.

—Carroñero de mierda —masculló—. Si los de AI no lo trincan, lo haré yo en persona. ¿Por qué me miras así?

—Porque me cabrea que me mantuvieras fuera de la operación sin contarme un carajo. Soy tu compañera, joder.

—Era necesario, para que resultara creíble. Espero que no le hayas puesto las cosas muy difíciles a Bassa.

—Ni me hables de la comisaria —dijo, iracunda—. Ha puesto pegas a todo. A ordenar tu búsqueda por mar abierto, a dar una batida por La Mina para localizarte, a anular tu orden de detención. ¡Me ha hecho la vida imposible! ¿Tienes idea de lo mal que lo he pasado? Y ella…, y ella…

—Interpretaba un papel —cortó—, no se lo tengas en cuenta.

—La muy cabrona, no la pienso perdonar en la vida. Pensaba que lo hacía para subir de rango en la General, que también trabajaba para esa gentuza. —De golpe, desorbitó los ojos—. La madre que me parió, si solo me ha faltado acusarla del calentamiento global…, y delante de todos.

La cogió por los hombros.

—Las aguas retornarán a su cauce, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Ya me puedo despedir de mi carrera. Y todo por vuestros secretitos de mierda.

—Mira, hablaré con Singla para que te promocione a un ascenso. Te lo mereces, has hecho una labor de la hostia. Inspectora Mercader, suena bien, ¿no crees?

Rebeca se desasió con un movimiento brusco al tiempo que se levantaba. Fue hasta las puertas, separó lo justo las cortinas y echó un vistazo al muelle. Entre la niebla, vislumbró las siluetas de los dos agentes en su puesto, el relucir de las brasas rojas de un par de cigarrillos. Regresó al sofá y se cruzó de brazos.

—¿Todo en orden? —quiso saber Milo. Ella no respondió—. Escucha, ninguno de los dos previmos lo que iba a ocurrir. Confiábamos en que

cometieran un error, como así fue. Trajeron aquí a una nueva víctima.

Mercader recostó la cabeza y, muda, contempló el techo.

—Pero no calculamos que fuera alguien como Jana Jalabert —prosiguió Malart—. Cuando esa chica subió al *Somerton*, todo se fue al garete. Y tanto Bassa como yo tuvimos que improvisar. La vida es una partida de ajedrez con constantes cambios de estrategia. Un movimiento inesperado puede sorprenderte, y entonces no queda otra que adaptarse.

—A otra con esa filosofía de tres al cuarto —dijo, huraña.

—Las cosas pasan por algún motivo que no controlamos.

—¿Más frasecitas de autoayuda?

—Y tuve que comerme el marrón. En solitario.

Lo miró de soslayo.

—Ya somos dos —dijo, la voz apagada.

—¿Qué tal si volvemos a trabajar en equipo? Yo también tengo varias cuestiones sin resolver sobre Jana Jalabert.

Ella se enderezó.

—¿Juntos?

—Para eso he venido, a pesar de los guardias de fuera.

—Te la has jugado.

—Quería reunirme con mi compañera. Con mi socia.

—Juntos. ¿De qué son esas marcas rojizas en la cara?

—Estamos programados para hallar respuestas. Medusas.

—Como sueltes otra de tus…

—¿Empezamos? —atajó Milo.

29

Le contó todo lo que había conseguido recordar de la noche de autos, luego sus deducciones y, por último, las dudas. Mercader reconoció que tampoco lograba explicarse el móvil. Hizo hincapié en los detalles del doble crimen, y agregó que la joven había actuado de forma fría y eficaz, cubriendo muy bien sus huellas, escabulléndose de forma limpia, como una profesional.

—¿Sugieres que pudo cumplir el encargo de alguien?

—Ivo Parés era una bomba de relojería para el Grupo Corporativo —argumentó—. Suponía una amenaza latente, capaz de dinamitarlo desde dentro con sus movidas financieras. Por no hablar de lo que hacía aquí junto a su mujer. No me trago que nadie de las dos familias no se oliera algo. A la larga, todo saldría a la luz, solo era cuestión de tiempo. Esto podría ser un buen móvil para acabar con ellos, ¿no te parece?

Milo reflexionó un instante. Le vino a la memoria la conversación con Juric. «Ella, que tú sepas, no se mueve por dinero.»

—No. Es decir, no lo sé —admitió Milo.

—Lo que no entiendo es por qué su padre no hizo nada para frenar o controlar a su hijo, por qué no lo expulsó del Grupo. Salvo que Ivo lo tuviera cogido por los huevos, claro. Ya sabes, con información delicada, archivos confidenciales, cosas así.

Malart sacudió la cabeza.

—Ivo era intocable. Por orden de la matriarca. Tenía carta blanca. Daba igual lo que hiciera. Podía ser un degenerado, pero alguien lo era más que él o su mujer. La que sabe y calla.

—¿La abuela Guillermina?

Asintió muy despacio.

—Era su niño mimado —murmuró—, el elegido para cumplir sus sueños de grandeza. Se engañaba con la fantasía de que algún día cambiaría. Nunca hubiera permitido a ninguno de sus hijos que atentara contra él, y dudo que se atrevieran a actuar a sus espaldas. No, no hay complot. Además, el hecho de que la joven subiera a la red el vídeo *snuff* lo descarta por completo.

—Quizá intentó vendérselo, no lo sabemos.

—Lo hubieran comprado sin rechistar —repuso, el tono neutro—. Algo me dice que a Jana le repugnaba esa familia. Pero no por ser ricos,

sino por creerse por encima de los demás.

—¿Una justiciera, entonces?

—Lo hubiera hecho de una forma menos peligrosa para ella. —Fijó la vista en un punto indefinido. Su corazón redujo el ritmo de los latidos y pasó a bombear sin fuerza, como anestesiado—. Yo solo veo a una chica herida que se asomó en exceso a un precipicio. Hasta que cayó al vacío. Una chica vulnerable.

—Una desequilibrada, dirás. Que sufre algún tipo de patología psicológica. Se obcecó con esos dos, y se dedicó a seguirlos. Lo que continuamos sin saber es por qué. —Aguardó un comentario que no se produjo—. Algo tuvieron que hacerle. Cuando concluyamos qué fue, tendremos el móvil. Y la violación está descartada.

Malart guardó silencio, sin moverse, la mirada errática.

—¿Te pasa algo? —preguntó Rebeca—. ¿Qué ocurre?

—No, nada. —Pareció regresar de un sitio muy lejano. Impávido, dijo con voz monocorde—: Jana se ocupa de culpables, no de inocentes. Por eso me dejó con vida.

—Oye, si quieres podemos continuar luego. Tenemos toda la madrugada. —De nuevo, no obtuvo comentario—. ¿Malart?

Ensimismado, la imaginó a merced de las pesadillas, de la angustia grave, de los pensamientos incontrolados. Víctima de los recuerdos recurrentes, involuntarios e intrusivos del suceso, con un estado emocional negativo persistente. El comportamiento irritable, imprudente, autodestructivo. Los arrebatos de furia. Despersonalizada, como si fuera una observadora externa de su propio proceso mental. Sintiendo una y otra vez el entorno de forma irreal, como en un sueño, distante, distorsionado. Identificó los síntomas. Eran los mismos que él también había desarrollado durante el ahogamiento. Y que seguía experimentando.

—Padece un trastorno por estrés postraumático —musitó.

—Sí, yo también he llegado a la misma conclusión. Aunque seguimos a oscuras sobre qué lo desencadenó.

—Un suceso sobrecogedor. Uno que la dejó devastada.

—Sí, vale, pero ¿cuál? Ya hemos dicho que no…

Malart la detuvo con un gesto.

—En el perfil de Twitter —dijo— utilizó una foto de *Maléfica*, ¿no es así? —Ella asintió—. Busca en la red de qué va esa película. Tuvo que hacerlo por algún motivo.

Rebeca extrajo el móvil y realizó la búsqueda. Al cabo, leyó:

—«Maléfica es una joven de buen corazón que vive… blablablá. Cuando un ejército invasor pone en peligro… Ella se erige como la temible protectora de… Una despiadada traición… La convierte en una criatura en busca de venganza.» —Levantó la vista—. ¿Y qué? Aparte de un exceso de adjetivos yo no…

—Ejército, traición, venganza —murmuró—. ¿Cómo se autodefine en

el texto que acompaña la foto?

—«Zorra de corazón impuro —citó de memoria—, la venganza es la única respuesta contra los violadores.»

—De nuevo la venganza. ¿Añade algo más?

—Sí, «Barcelona, ciudad muerta».

Milo hundió los hombros. Bajó la cabeza.

—Jana nos lo dice —comentó, la voz plana—. Entre líneas.

—Como no te expliques mejor…

—Esto va de sexo no consentido. —Clavó los ojos en el suelo. Al cerrarlos, apareció en su mente la imagen de la mujer del delantal rojo y azul. Ahogando a un bebé. *Porque te odiaba*—. De sexo forzado. —*Tu presencia le revolvía las entrañas*—. De violación. —*Sería bueno que te plantearas cómo se quedó embarazada*—. De agresiones sexuales a mujeres. —Abrió los ojos. Se agarró las manos para reprimir el temblor. Con voz desprovista de emoción, dijo—: Jana nos explica su transformación. En qué se ha convertido. La naturaleza del suceso que la traumatizó.

—Pero no tiene sentido que el matrimonio la violara. —Milo coincidió con ademán abatido—. ¿Crees que alguien lo hizo?

—No necesariamente. Una persona también puede desarrollar un TEPT tras presenciar una situación aterradora.

Rebeca se irguió de golpe.

—Cientos de situaciones aterradoras, miles —dijo—. En su trabajo en Facebook vio todo tipo de salvajadas contra las mujeres. Durante tres años.

Malart negó con un movimiento lento.

—La exposición repetida a escenas repulsivas agravó su trastorno, sin duda —dijo—. Pero el origen del trauma es anterior. De haber sido entonces, no hubiera soportado moderar esos contenidos más de una semana.

—Puedo pedirle a Crespo que averigüe si interpuso una denuncia por violación hace años. Tal vez le pasó a ella.

—Hazlo, no está de más. Pero no me cuadra. Si Jana vivió una experiencia tan terrible, dudo que subiera a un yate por voluntad propia con dos sujetos que pretendían someterla a toda clase de abusos. Y lo sabía perfectamente.

—¿Le ocurrió a alguien cercano? ¿Una amiga?

Milo se abstrajo otra vez. Trató de ponerse en la piel de Jana. Lo que pudo sentir. Sola. Angustiada. Sin confiar en nadie. La invisibilidad como meta. Acumulando rencor. Un rencor oscuro.

—La violencia de la ciudad contra ella —recitó, como una letanía—. Contra las mujeres. A escala mundial. Por todas partes. Como una epidemia. Peor, como una pandemia.

Rebeca se sobresaltó al ver su expresión sombría.

—¿Cómo dices?

Malart torció el cuello muy despacio en su dirección.

—Ahí tenemos el ejército, uno de agresores, de violadores. La Barcelona que no la defiende, que no lo impide, pasiva, muerta. Por ahora no veo la traición por ningún lado, pero sí la venganza. Jana experimentó la sensación de estar constantemente expuesta al peligro en la calle. Su integridad física. Quizá fue asaltada, incluso en más de una ocasión.

—Lo que explicaría por qué lleva un táser consigo.

—Y el malestar psicológico intenso al toparse con factores externos que la remiten al suceso que le provocó el TEPT.

—Sintiéndose violada. Igual que si lo hubiera sufrido en su propia piel. Hundida, rota, humillada.

—Con las obsesiones agudizadas. El equilibrio mental pendiendo de un hilo, a un milímetro de estallar en pedazos.

—Y entonces tropieza con Ivo Parés y Mónica Morera.

—Y los pone en el punto de mira.

Ambos se escrutaron fijamente, rígidos.

—¿Piensas lo mismo que yo? —dijo Milo.

—Tuvo que ser antes de la desaparición de la pareja belga.

—Sí, antes de finales de agosto. Por ejemplo, el 17.

—El accidente. Fue testigo del accidente que provocaron en el cruce de Balmes con Diagonal. O era uno de los pasajeros del autobús, o se libró por los pelos de ser atropellada, de que se la llevaran por delante.

Incrédulo, sacudió la cabeza.

—¿Qué sucede? —quiso saber ella.

—Yo también estuve allí. En mi coche. Circulaba detrás de ellos, a medio centenar de metros, vigilándolos. Frené algo más abajo y fui uno de los que dio aviso a las ambulancias. Pero no tenemos la certeza de su presencia.

—Vamos a comprobarlo —dijo Mercader.

Buscó en el móvil el mensaje de Cervera con las imágenes tomadas por el reportero, las que no colgó en las redes. Por falta de tiempo aún no las había revisado. Abrió el archivo y activó el vídeo. Era de baja calidad, muy movido, como si lo hubiera filmado a la carrera, pero suficiente para distinguir a unos pocos ciudadanos con sus perros, a un par de corredores, a una pareja abrazada en un banco. Todos mirando en la misma dirección, quietos. Lo hizo retroceder. Acto seguido, lo detuvo en cada uno y aplicó el zoom. Repitió la operación con los deportistas. El primero era un varón de mediana edad. El segundo, una chica. Flaca y menuda. Con el pelo corto.

—Jana —dijo Milo—. Es Jana.

—Vio el accidente. Y algo se puso en marcha en su cabeza. ¿Este fue el detonante de su fijación con el matrimonio?

—Ponte en su lugar —dijo Milo—. Acabas de presenciar un suceso dramático. A escasos metros de ti. Algo inesperado, súbito. Un estruendo, sangre, gritos, heridos, no sabes si muertos. Podrías ser uno de ellos. Has corrido peligro. Tu corazón late disparado. ¿Y qué ves? Lo mismo que vi yo. A los responsables solo preocupados por ellos mismos, sin importarles un pimiento el estado de los pasajeros. Ciegos de coca, borrachos.

—Los identifico como agresores. Empiezo a temblar. Mi malestar psicológico se intensifica, la angustia, y quiero huir, largarme de allí por piernas. Ponerme a salvo, sentirme a salvo.

—Y mientras lo haces, las expectativas negativas te dicen que los culpables no van a pagar por su agresión. Que no se puede confiar en la justicia. Que va a pasar lo de siempre. Nada.

—Como así fue. La noticia no apareció en los medios, se echó tierra sobre el asunto y solo recibieron una multa, una minucia para ellos. Pero un momento, ¿cómo sabía de quiénes se trataban, que eran intocables?

—No lo sabía —repuso, inexpresivo—. Se lo dictó su estado emocional negativo. Lo averiguó luego, buscando el suceso en las redes. Descubrió quiénes eran, su relación con una violación y un asesinato, el caso Gotha. El juicio que los dejó en libertad. De nuevo, la ciudad que no defiende a las víctimas, que está muerta. La carta blanca de los poderosos, el abuso. La desconfianza hacia la justicia y la policía. —Hizo una pausa—. Aquí veo la traición. Por la pasividad. Sí, pudo sentirse traicionada.

—Algo que la llenó de rabia y frustración, de ansias por canalizar sus males a través de la violencia. De la venganza.

Milo negó con un cabeceo afligido.

—Demasiado pronto —dijo, la voz muy baja—. No, primero decide hacer algo. Como someterlos a seguimiento. Dispone de tiempo, la han despedido. Y me ve haciendo otro tanto.

—Imagino la sorpresa que debió de llevarse.

—Pero ella lo hizo bien —murmuró—, no como yo. Los vio cazar a la pareja belga de novios a finales de agosto, subir a bordo del *Somerton*… y no bajar. Ella fue testigo.

—¿Y por qué demonios no los denunció? Pudo alertarnos, ponernos sobre la pista. Incluso de forma anónima.

—¿No me oyes o qué, joder? —se revolvió, feroz—. No se fiaba de la policía. Por algún motivo nos consideraba unos vendidos, ¿te enteras? Y no andaba tan errada, yo me harté de decirlo y ninguno me hizo puto caso. A mí, que tenía placa.

—Vale, no te sulfures. Solo apuntaba lo que haría cualquier persona normal, nada más.

—Jana no es normal, no puede ser normal —dijo. Recuperó el tono lánguido tan rápido como lo había perdido—. Le gustaría, pero requiere

un tratamiento para el TEPT. En un estado que le provocaba reacciones disociativas, optó por callar a la espera de ver qué pasaba. Entonces leyó la noticia de la desaparición, y más adelante el hallazgo de sus cuerpos en los arrecifes artificiales. Eso precipitó lo que decías.

—Trazó un plan. «La venganza es la única respuesta contra los violadores.» Hacer de cebo. Cazar a los cazadores. Hubo premeditación.

—Hasta que entró en esta sala, sí. Luego, improvisó. Reaccionó en función de los acontecimientos. Y al ser agredida, se defendió. Nada de lo que empleó luego era suyo. La jeringuilla y las cadenas estaban en el yate. Ella no podía saberlo. Y las esposas eran mías. El doble crimen no entraba en sus planes.

—¿Te estás quedando conmigo?

Malart inspiró con hondura.

—Ignoraba si sería capaz de matar. Pero perdió el control.

Cada uno se recostó en un extremo del sofá. Estiraron las piernas, cruzaron los brazos y guardaron silencio. Al rato, ella comentó como al desgaire que trabajaban muy bien juntos. Malart se limitó a asentir con un murmullo.

—Lo echaba de menos, la verdad —dijo Rebeca—. ¿Tú no? —Él repitió el sonido—. Ahora toca esperar la llamada de Toni. Con un poco de suerte, habrá saltado un nombre y sabremos dónde vive esa chica. —Milo emitió un leve ronquido. Ella estiró el cuello y vio que había cerrado los ojos. Golpeó una de sus botas con el pie—. ¿Puedo decirte una cosa?

—Que huelo fatal —gruñó—, lo sé.

—No, que te veo extraño, distinto. Pareces otro. ¿Qué ha sucedido estos dos días?

Malart se frotó el hombro. A continuación, los ojos.

—Es el cansancio, Mercader. No le des más vueltas.

—¿Más secretitos de mierda?

—Te lo explicaré, palabra. Pero en otro momento.

—¿Cuándo?

—Cuando no me duela todo el cuerpo. Escucha, necesito dormir un poco, estoy que me caigo. Y tú también.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—O en alguna de las cabinas. Hay dos suites. Solo una cabezada hasta poco antes de que amanezca, a eso de las siete.

Rebeca miró el reloj del móvil: las cinco menos cuarto.

—Los guardias que custodian el yate verán las luces.

—No tenemos por qué encenderlas. —Observó cómo enarcaba las cejas—. Mercader, ahora no podría ni levantar un brazo, así que no me mires de ese modo.

—No te miro de ninguna manera —repuso, al punto—. Y oye, yo no

pienso utilizar nada de esa gentuza.

—¿Tampoco los baños? Tendrás que ir en algún instante, al igual que yo. Y a mí no se me van a caer los anillos.

—Hablando de guardias, ¿cómo lo haremos para salir?

—Tú los distraes, y yo me escabullo en la oscuridad. Con la niebla, únicamente necesitaré que se pongan de espaldas al yate unos minutos. Entabla conversación, pídeles tabaco, tú misma.

—¿Y después?

—Iré hasta tu coche. ¿Has aparcado cerca? —Asintió—. Pues te espero allí. Y cuando llegues, me meteré en el maletero para cruzar los controles.

—No cabrás.

—Cabré. Una vez salgamos del puerto, podré pasar al asiento delantero y circular hasta algún sitio sin cámaras, donde aguardaremos la llamada de Crespo. Por cierto, cuando hables con él no le digas que estamos juntos. Mientras no se anule la orden de detención, no quiero crearle más problemas.

—Sería bueno que llamaras a la jueza, para tranquilizarla.

—¿De madrugada? Ya no viene de unas horas, mejor dejarla descansar. Como deberíamos hacer nosotros. ¿Suite o cabina?

—Podemos acomodarnos aquí, en el sofá.

—Muy bien, lo que tú digas. —Levantó las piernas con esfuerzo y se tumbó a lo largo. Entrelazó las manos sobre el torso, cerró los ojos—. No te olvides de poner la alarma en el móvil.

Ella lo hizo de inmediato. Luego, intentó imitarlo. Sin éxito.

—Aparta un poco, que no me dejas sitio.

—Hay otro sofá —balbuceó Malart.

—Ni hablar. Acabas de decir que estamos juntos, así que vamos a estar juntos. ¿Quieres hacer el favor de colocarte de costado? —Milo obedeció sin despegar los párpados y ella se echó a su lado con decisión —. Ahora, si no es mucho pedir, suelta las manos y rodéame con los brazos. Muy bien, perfecto. Por último, puedes pegarte a mí, tranquilo. Es que estoy harta de estar sola, entiéndelo. ¿No te pasa lo mismo?

—Tómatelo con calma —farfulló, adormilado.

Rebeca dejó escapar un sonoro suspiro. Terminó de ponerse cómoda. Permanecieron unos instantes en silencio.

—No quiero volver a perderte —susurró Mercader, al cabo—. De vista, quiero decir. No me malinterpretes.

—¿Estás dormido?

—Mmm…

—El número de tu ex constaba en los contactos de Ivo Parés.

—Se mueve en parecidos ambientes —dijo, la voz ronca.

—¿No te parece raro? —Aguardó—. ¿Sabes algo de ella?

—Mmm… ¿De Irene? No.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué esos dos no se fueron a una de sus casas en el extranjero? Teniendo varias villas repartidas por el mundo, no me lo explico. Porque dudo que se quedaran para estar cerca de la familia o el negocio, ¿no te parece?

Milo soltó un bufido.

—Por orgullo —dijo, amodorrado—. Nadie los alejaría de su ciudad. Y menos un mindundi como yo, un policía.

—¿Tú también crees que Jana corre peligro?

—Estoy seguro.

Mercader se apretó más contra él.

—El juez Losada se niega a firmar la orden para obtener los registros telefónicos de los Parés —comentó.

—¿Qué te esperabas? —dijo Malart, somnoliento—. Es Losada, el perro fiel siempre en defensa de sus amos.

—Aunque si Asuntos Internos tiene vigilado a Boada como has dicho, es posible que no los necesitemos. Con su móvil puede que sea suficiente para encausarlos. O móviles.

—Otro perro obediente de sus amos. Veremos.

—Lo que me gustaría saber es por qué esa familia te tiene tan atravesado. Montaron una campaña en redes en tu contra con la intención de establecer un patrón de conducta inapropiada, para hundir tu carrera. Y eso no ha sido lo peor.

—No, no lo ha sido —repuso, tenso de repente—. Han cruzado la línea roja. Por partida doble.

—¿Y de dónde viene toda esa ojeriza?

—De cuando el caso Jaque, los lápices de memoria que se esfumaron. En uno Ivo Parés presionaba a un político muy cercano a Presidència para conseguir una concesión. Creen que los tengo guardados. De aquellas lluvias, estos lodos.

—No se esfumaron, tú los escaqueaste.

—Y dale —rezongó—. ¿Tienes alguna prueba? Esa manía de pensar que yo vivo para tocar los cojones a los poderosos…

—¿Con lo de «por partida doble» te refieres a ti y a Jana?

—Mmm…, sí.

—¿Y Boada está en el ajo? —Volvió a asentir con un murmullo—. Entonces debe de tener su propia póliza de seguros por si las cosas se complican, lo conozco. —Milo guardó silencio—. ¿Has pensado cómo vamos a pillarlo?

Malart exhaló un ronquido. Ella le soltó un codazo suave.

—¿Qué…? —Abrió los ojos—. ¿Qué pasa?

Le repitió la pregunta.

—Devolviéndole la jugada —dijo, traspuesto.

—¿Qué tienes en mente? ¿Tenderle una trampa?

—Ya lo pensaremos. Tu Cantero podría echarnos una mano.

—Olvídalo, ese tío solo juega en casa. Y metes la pata si piensas que tengo algo con él.

—¿Cuándo me he equivocado yo con tus rollos?

Rebeca se revolvió para mirarlo.

—¿Cuándo? —dijo—. Constantemente. —Recuperó la postura—. Bueno, muchas veces. —Se apretujó todo lo que pudo contra su cuerpo —. Vale, solo de vez en cuando. —Le cogió las manos con fuerza—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—¿Dejarme dormir?

Ella no aflojó la presión.

Notó que respiraba de forma calmada, rítmica, profunda.

—Mercader —cuchicheó—, ¿duermes?

—Mmm —dijo, aletargada.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—¿Tiene que ser ahora?

—Imagínate a alguien al borde de la muerte. ¿Crees que puede abandonar el cuerpo, observarse a sí mismo desde fuera, en plan cenital, y luego regresar?

Rebeca se despejó en el acto. Sin moverse, reflexionó unos instantes. Tardó en dar una respuesta.

—No tengo ni la menor idea —dijo, por fin—. Pero he oído que algunas personas diagnosticadas de muerte clínica, sin signos vitales como pulso, respiración y conciencia, luego han vuelto a la vida. A ver, Bonhora podría responderte mejor que yo, pero creo que si las células cerebrales continúan vivas, o sea, antes de que se produzca la muerte biológica, diría que es factible. Sus testimonios tras la experiencia son sumamente turbadores, han relatado casi palabra por palabra lo que dices. Que observaron desde arriba, fuera del cuerpo, todo lo que sucedía, por ejemplo en la mesa de un quirófano, y de pronto regresaron sin más. Sus relatos contenían detalles tan específicos que no podían ser explicados de otra manera. Es muy inquietante. ¿Por qué lo preguntas?

—Cosas mías.

Inmóvil, Mercader dejó transcurrir unos segundos.

—¿Tú también viste una luz? —susurró.

—No —dijo—, solo dos colores. El rojo y el azul.

Ella lo sintió estremecerse en su espalda.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—Para qué, no tiene importancia. —Le resultó ridículo verbalizarlo. ¿Un bebé saliendo del cuerpo, observando la escena, almacenando lo visto y retornando después de ser reanimado? Era absurdo. ¿Cómo era posible fijar un recuerdo a una edad tan temprana?—. Nuestros cerebros no son de fiar, te lo habré dicho mil veces. Nos engañan, nos sabotean. La última putada del mío fue hacerme ver la camiseta del Barça, ¿te lo

puedes creer? —Procuró tomárselo a broma, quitarle hierro al asunto. ¿Y qué si el subconsciente registró el suceso y luego lo archivó en lo más profundo de la memoria? ¿De qué le servía que lo hubiera aflorado en el mar, de nuevo a punto de ahogarse, ante una muerte inminente? De nada. Sin poder comprobarlo ni confirmarlo, solo era una trastada más, otra sin sentido—. A lo mejor me estaba señalando el camino a seguir: dedicarme al fútbol.

—En tu caso, dirás al baloncesto.

Rebeca volvió a percibir cómo se encogía y, muy despacio, fue dándose la vuelta hasta quedar cara a cara.

—Las palabras mienten, Malart; el cuerpo, no.

Se observaron con fijeza.

—Deberíamos dormir, subinspectora.

—No haberme despertado.

Lo vio ruborizarse, rehuir su mirada. Con un suspiro, decidió no presionarle y cambiar de tema. Ya se lo contaría cuando estuviera preparado. Reclinó la cabeza en su torso al tiempo que le comentaba el careto que pondrían los guardias si entrasen en la sala de repente y los pillaran en aquella posición.

—Te esposarían —dijo Milo—, y a mí me aplaudirían.

—Sí, el puñetero machismo. La mierda de siempre.

Malart le apartó el pelo de la mejilla.

—Al fin y al cabo, has dado cobijo a un forajido.

—Eso es lo único que verían, y te darían palmaditas en la espalda por haberme seducido en vez de detenerte.

Mercader empezó a notar cómo se le cerraban los ojos.

—Menuda tontada me dio contigo —musitó—, ¿recuerdas?

—Por suerte, ya me tienes absolutamente olvidado.

—Mmm.

Le acarició la frente hasta que se quedó dormida.

—Si el mundo se paralizara de golpe —susurró—, no sé, como en las películas de catástrofes, sin comunicaciones, todos aislados… ¿sabes con quién me gustaría compartir el encierro? —Ella ronroneó sin responder —. Nunca lo adivinarías.

30

Mercader condujo su Ford KA por el Paral·lel hasta detenerse frente a un 7-Eleven. Mientras Malart salía hecho un cuatro del maletero, ella entró en la tienda para comprar un par de cafés dobles y varias barritas energéticas. Al ponerse tras el volante, lo vio encajonado, la cabeza tocando el techo y las rodillas contra el salpicadero.

—Pronto pillaré un Hummer, inspector. Paciencia.

—¿Hablas conmigo?

Circularon en silencio rumbo a la montaña de Montjuïc. Tras dejar atrás la avenida Reina Maria Cristina, buscó un lugar apartado, sin cámaras, hasta dar con un aparcamiento en una zona arbolada, solitaria. Apagó el contacto y se volvió hacia él.

—Al final no ha sido tan difícil —dijo. Alcanzó uno de los vasos de poliestireno, le quitó la tapa y dio un sorbo—. ¿Qué tal si ahora telefoneas a la jueza? Ya estará despierta.

—Prefiero no implicarla hasta que la orden de…

—Vale, ya lo hago yo —cortó. Pulsó el nombre en el móvil y activó el modo manos libres. Susana Cabot respondió al tercer timbrazo—. Jueza, me ha llamado, está bien. Sano y salvo.

—¿Quién te ha llamado? —dijo, adormilada.

—Malart. Solo hemos podido hablar un minuto, pero me ha prometido que se pondrá en contacto contigo más tarde. Te lo digo para que no te preocupes y…

—¿Te ha contado qué le ha ocurrido?

—Únicamente que está bien.

—¿La orden de detención sigue en pie?

—Afirmativo.

—Entiendo. —Su resoplido resonó en el habitáculo—. Escucha, cabeza de chorlito, sé que estás ahí. Como no me llames a lo largo de la mañana seré yo quien firme tu orden de arresto. ¿Cómo te atreves a hacerme sufrir de esta manera? ¿Tienes idea de por lo que me has hecho pasar? —Le falló la voz—. Yo no… no pienso perdonarte en la vida. Ahora…, ahora haz lo que tengas que hacer, pero luego me llamas corriendo, ¿queda claro? Esto…, me alegro de que estés vivo. Me alegro muchísimo.

Cortó la comunicación. Intercambiaron una mirada.

—Tiene un radar infalible —señaló Rebeca—, se huele una trola a cien kilómetros. Y te aprecia un montón. —Malart torció el cuello hacia la ventanilla—. Lo vuestro vale su peso en oro, lo digo en serio. Eres un tipo muy afortunado, ¿te das cuenta?

—¿Podemos centrarnos en el caso, subinspectora?

—El caso, muy bien —dijo. Apuró el café—. Si Toni encuentra una coincidencia en los dos listados, daremos con el paradero de Jana Jalabert. Espero que sea a tiempo. Y para demostrar que los Parés son quienes ordenaron lo de esa chica y lo tuyo, confío en que los de AI hayan recabado pruebas con las comunicaciones de Boada. Me repatearía el estómago que salieran limpios de polvo y paja.

—Y a mí, pero no te hagas demasiadas ilusiones —repuso. Estrujó el vaso—. Disponen de un ejército de abogados, jueces y medios de difusión. Va a ser complicado.

—Hay una tercera vía. Julia Gomila. Es el eslabón que une a esa familia con la muerte de Amedé Agbini y el caso Gotha. No puede pasarse la vida huyendo, la pillaremos.

Malart se removió en busca de una postura más cómoda.

—Pero otra cosa será que esté dispuesta a colaborar —dijo.

—Déjamela en una sala de interrogatorios y verás, jodido pesimista. Ten un poco de fe. ¿A qué viene ahora tanto derrotismo? Y no me digas que estás cansado ni hostias por el estilo porque te saco del coche a patadas.

Pensativo, se tomó su tiempo en responder.

—O pagamos todos —dijo—, o desempolvamos la guillotina. Y esa gente jamás ha soltado un céntimo. Ni se les pasa por la cabeza. El sistema funciona así, lo vemos todos los días. Solo digo que están protegidos, nada más.

—A ti te gusta el ajedrez, ¿verdad? —Milo asintió—. Entonces sabrás que un peón puede hacer jaque mate.

Se volvió hacia ella.

—Sí, si cuenta con el apoyo de otra pieza. ¿Por qué lo dices?

—No hay un rey invulnerable. Todos pueden ser derribados.

Sonó el móvil. Mercader leyó que se trataba del sargento Crespo y se apresuró a contestar. Milo se llevó un dedo a la oreja. Ella puso el altavoz.

—Toni, ¿tienes ya las dos listas?

—Solo una, la de la Policía Nacional. Cantero y Sena están en estos momentos chequeando los datos para conseguir la segunda. ¿Sabes algo del inspector Malart?

Rebeca arrugó el ceño. Odiaba tener que mentirle.

—Me acabo de levantar, Toni. ¿Has recibido los informes de Márquez que faltaban?

—El ADN ya coincide en un noventa por cien y sigue en ello, al igual que con el resto de las pisadas y huellas del *Somerton*. Va a ser difícil

obtener resultados sin una muestra para cotejarlas. Y respecto al nuevo análisis de la jeringuilla que pediste, ha dado negativo. Las únicas huellas válidas son las de Malart.

—Tengo más deberes, sargento.

—No hay problema, dime.

—Quiero que busques en los archivos si Jana Jalabert puso una denuncia por violación. Ahora tiene veinticuatro años, así que remóntate pongamos unos…

—No fue ella, sino su madre.

Ambos se sobresaltaron a la vez.

—Explícate.

El sargento Crespo se aclaró la garganta.

—He buscado su partida de nacimiento en el Registro Civil. Consta el nombre de la madre, pero no el del padre. Luego, con estos datos, he consultado los archivos de la Nacional. Hace veinticinco años, cuando nosotros aún no estábamos desplegados, su madre, Carmen Jalabert, denunció una violación. El culpable no fue descubierto y el caso quedó sin resolver, archivado. —Hizo una pausa—. Subinspectora, Jana Jalabert nació nueve meses después de la denuncia. Es el fruto de una violación.

Malart enarcó las cejas y Rebeca hizo otro tanto.

—Toni, me dejas sin habla. Esto aclara muchas cosas.

—He hecho otra indagación. No me preguntes cómo lo he averiguado, pero desde ayer a media mañana, poco después de que propusieras a Bassa pinchar los teléfonos de los Parés, el móvil de Guillermina Xivixell no da señal, como tampoco el de su hijo Alfons Parés. Supongo que ahora utilizarán otros. Última llamada recibida: un desechable.

—¿Boada?

—Les he pasado el número a los técnicos de la General y ahora lo están analizando.

Mercader alzó un puño.

—He estado pensando en lo que dijiste anoche —prosiguió Crespo—, delante del jefe Singla. En lo de darle otra dirección para alejarlo de Jana Jalabert. —Se detuvo. Nervioso, carraspeó un par de veces—. Aunque mejor no me avanzo y te lo digo más tarde, si funciona lo de los listados y damos con un nombre. ¿Has visto los periódicos?

—Toni, te repito que me acabo de despertar.

—Echa un vistazo a los que no están bajo su control, algunos titulares no tienen desperdicio. «¡Vergüenza!», «Perversión en la alta burguesía», «Matrimonio depravado»… El vídeo *snuff* está provocando más indignación que lo de la manada. Y nosotros también recibimos palos, y varios son bastante gordos.

—¿Se sabe ya cuándo será la rueda de prensa?

—Está programada para las catorce horas.

—Demasiado tarde, maldita sea.

—Quien sí se ha dado prisa en reaccionar ha sido Diana Guerrero. Anoche subió a Facebook y Twitter la foto de Jana Jalabert para acusarla de suplantar su identidad y de ser ella la auténtica responsable de hacer viral el vídeo.

—Oye, te dejo, que tengo que espabilar. Espero tu llamada.

Colgaron.

Malart salió del coche y anduvo unos metros, cabizbajo. Se detuvo junto a un árbol. Rebeca no tardó en llegar a su lado.

—Las dos familias estarán echando chispas por el revuelo que se ha armado —dijo—. No podrán pararlo así como así.

Milo se mantuvo mudo, con una imagen clavada en la mente: la de una niña escuchando la verdad. «La vida basada en una mentira.» Sintiendo el suelo desaparecer bajo sus pies. «La decepción de haber nacido.» Asomándose a un precipicio. «La marca indeleble de la revelación dañina.» Al abismo de las preguntas sin respuesta. «La huella de por vida.» A una nueva realidad. «La avería permanente.» El vacío interior.

Se encaró con Mercader. Sus ojos centellearon.

—Su madre le contó que fue violada. Y Jana se vino abajo. Como su mapa emocional. Ya sabemos cuál fue la traición. El origen de todo.

—Vale, se lo explicó. De ahí la obsesión de Jana con las violaciones. Lo que no comprendo es por qué coño tuvo que hacerlo.

—Era una alcohólica, ¿no es así? —Ella asintió—. Ponte en su piel. En lo que debió de significar para ella ver cada día a su hija, el resultado de un episodio devastador. Haciéndole revivir el instante con su mera presencia. La mezcla de amor y odio, de rechazo y atracción. Refugiándose en la bebida para acallar la necesidad de descargar y compartir un secreto que le corroía las entrañas, logrando justo el efecto contrario. Hasta que un día la mujer no pudo más y se lo soltó en plena borrachera. No la culpo, su vida debió de ser un infierno y la convivencia con su hija, nada fácil. Pero tendría que haber esperado. A que Jana fuera mayor y dispusiera de más recursos para afrontarlo.

—¿Qué edad crees que tenía cuando se lo contó?

Milo soltó un chasquido.

—Joven, demasiado joven. Por el calado del trauma, en la preadolescencia, no sé. ¿A qué edad se está preparado para asimilar algo así? ¿Te imaginas el efecto que le provocó en la psique? ¿El impacto? Hasta ese momento creía la versión de que su padre había muerto cuando era muy pequeña, en un accidente. Y de golpe, todo se derrumbó. Empezaron la angustia, la dificultad para conciliar el sueño, las pesadillas, el sentimiento de culpa. Las malditas creencias y expectativas negativas. No podía confiar en su madre, ni en los hombres. En nadie.

—Tampoco en nosotros. El culpable no fue detenido.

Afirmó con un lento cabeceo.

—La decepcionamos —dijo.

—Desarrolló el trastorno de estrés postraumático. Se sintió como si ella hubiera sido la violada.

—Y no recibió ayuda profesional.

—La gente la veía como una chica rara, introvertida, tímida y solitaria. Una inadaptada. Cuando en realidad lo único que necesitaba era tratamiento para paliar el TEPT.

Milo volvió a asentir en silencio.

—Y tuvo la mala pata de cruzarse con esas dos hienas —dijo Mercader. Apretó los puños—. Y después, cuando decidió hacer de carnada, la vieron vulnerable y quisieron aprovecharse de ella. Una presa fácil.

—Pero se equivocaron. Jana no es frágil. Tiene determinación y fuerza mental, además de una gran capacidad de sacrificio y voluntad. Ha llegado hasta aquí sola, sin contar con nadie. Es dura como una piedra.

—Y ha hecho temblar los cimientos del todopoderoso Grupo Corporativo TAMM. Una chica menuda que solo quería pasar inadvertida, casi insignificante. David contra Goliat.

—Sí, y Goliat está que trina. Ya ha disparado la flecha.

Se miraron a los ojos.

—No soporto esta espera —masculló Rebeca.

—Ya somos dos.

—¿Qué hacemos entonces?

—¿Rezar?

Mataron el tiempo charlando hasta que Mercader no pudo más y volvió a preguntarle dónde se había metido los dos últimos días. Malart, de nuevo, se mostró evasivo. Le dijo que encerrado en un sótano, repasando su vida, algo que no le había resultado nada agradable. Ella insistió, quiso saber de quién era ese sótano, cómo había ido a parar allí. Milo vaciló. Sin entrar en detalles, le explicó la experiencia en el mar; a continuación, cómo había abierto los ojos en aquel espacio cerrado, la batalla que había librado para salir con vida, el propósito que Jana le había dado sin pretenderlo para, en un último envite, empujado por la obligación de equilibrar la balanza, tratar de interponerse entre ella y cualquier amenaza.

—Vale, todo eso está muy bien —dijo Rebeca—, pero yo quiero saber el nombre del propietario de esa casa y la dirección, para ir a detenerlo. Soy policía, por si lo has olvidado.

—Socia, no te lo voy a decir. Te pongas como te pongas, mis labios están sellados. Es parte del trato y yo siempre cumplo mi palabra. ¿No

me conoces o qué?

—Estuviste en sus manos.

—La oferta fue muy tentadora, es comprensible.

—Sabe quién puso precio a tu cabeza. Es un testimonio crucial para acusar al responsable.

—Encontraremos otro medio.

—¿Sabes una cosa? —estalló—. Estás como una puta regadera. Podemos ir en línea recta contra esa gente y tú prefieres tomar por un hipotético camino lleno de curvas. ¿Y por qué? Por un trasnochado sentido del compromiso, hay que joderse.

Milo se encogió de hombros.

—Mi palabra es lo único que tengo —dijo, la voz queda.

—¿Y yo qué? ¿No existo? —exclamó—. ¡Me partí el pecho para dar contigo! ¿Y qué hay de los demás? Toni, Sena, Cervera, Rojo, Singla… ¡todos han defendido tu inocencia hasta quedarse afónicos! ¿Tampoco los tienes en cuenta?

No supo qué responder. Desvió la mirada.

—No estás solo, maldito gilipollas —dijo ella—. Y las normas están para cumplirse, sin atajos. ¡Somos el GEHME!

—Quizá todo esto ha acabado por quemarme y es hora de…

El sonido del móvil lo interrumpió. Mercader leyó que era el sargento Crespo y activó de inmediato el altavoz mientras Malart aproximaba la cabeza.

—¿Tenemos una coincidencia, Toni?

—Amapola Canal, veintiséis años. Le robaron el DNI también hace cuatro meses y tiene dos pisos alquilados a su nombre, uno en Gràcia, calle Verdi, y otro en la calle Parlament, en el barrio de Sant Antoni. Ya he solicitado al juez una orden de detención y dos de registro. Ahora son las nueve y pico y…

—¿Cuál crees que es la buena?

—La de Parlament. El contrato de alquiler es más reciente.

—Toni, ¿no podrías retener esta información treinta minutos? Es lo único que te pido, un margen de media hora antes de comunicársela a los demás. Sé que es irregular, pero…

—Es lo que había pensado. Ordenaré a la sargento Humbert que informe a Singla a eso de las diez y que luego envíe a Boada junto a otros dos inspectores a la dirección de Gràcia, para alejarlo. Yo me encontraré contigo en la esquina de Parlament con Borrell para que cuentes con apoyo hasta que lleguen los otros.

—No es necesario, puedo encargarme yo sola.

—Voy para allá, subinspectora. Jana Jalabert tiene dos víctimas en su haber, no sabemos cómo va a reaccionar. En moto no tardo nada.

—Toni, de veras, no necesito que…

Se detuvo al ver que Crespo había cortado la comunicación.

Levantó los ojos. Malart ya se dirigía hacia el coche.

—Andando, Mercader. ¿Qué haces ahí parada?

31

Llegaron en un abrir y cerrar de ojos, antes que el sargento Crespo, y Rebeca aparcó en la esquina, cerca del mercado.

Bajaron del coche.

—Malart, tú te quedas en la calle. —Fue a protestar, pero ella lo cortó con firmeza—. En estos momentos eres un civil sin atribuciones, con una orden de detención sobre tu cabeza. No compliquemos más el asunto, ¿te parece? Subiré con Crespo y aguardaremos la llegada de los demás. Jana estará a salvo con nosotros, confía en mí.

—¿Y qué hago entretanto? —rezongó.

—¿Mirar escaparates?

Milo arrugó la cara.

—Me situaré frente al portal —dijo—, al otro lado de la calle, en el pasaje Calders. —Hizo una pausa—. Escucha, esa joven tiene una depresión de caballo, todo le importa un bledo, incluso el futuro. No me parece el tipo de persona capaz de revolverse con agresividad ante una placa, pero no la provoques, trátala con tacto. Sobre todo, que no se sienta acorralada.

—Malart, que no soy una novata. Toni está al caer, ¿quieres que nos sorprenda aquí, contigo dándome instrucciones?

Endureció el semblante.

—Ten cuidado —dijo—, ¿entendido?

—Que te largues, inspector.

Milo dio media vuelta y caminó hacia el pasaje. Nada más torcer, se detuvo, apoyó el hombro contra la pared y estiró el cuello. Pocos minutos después, vio como Crespo frenaba la moto delante de Rebeca y como ambos hablaban un instante y se dirigían con paso rápido hasta la entrada del edificio. Tras unos segundos de espera, por fin salió un vecino, entraron en el vestíbulo y desaparecieron de su vista. Maldiciendo por lo bajo, introdujo las manos en los bolsillos de la cazadora y se dedicó a observar el asfalto. Los vehículos detenidos ante el semáforo en verde hicieron sonar las bocinas. Al cabo, dejó escapar un resoplido de fastidio al tiempo que sopesaba ir a echar una ojeada a la librería situada al final del pasaje. De súbito, una figura atrajo su atención. Lo reconoció en el acto. Edgar Boada. Sus andares de modelo, el rostro agraciado. La sonrisa artificial mientras se apresuraba a sujetar

la puerta del inmueble donde vivía Jana con tal de facilitar la entrada a una mujer que empujaba el carrito de la compra y, acto seguido, la acompañaba al interior. Se enderezó, tenso. Solo cabía una explicación. Había seguido a Crespo. Y no tuvo que preguntarse el motivo. Era la flecha disparada, a punto de dar en el blanco. Arrancó a correr hacia el portal. Un camión frigorífico le impidió el paso. Golpeó la caja con el puño, lo rodeó, y llegó a la entrada, donde empujó la puerta con el hombro. Cerrada. Vio los botones del portero automático, hundió los de los pisos superiores. Una voz preguntó quién era.

—Entrega de un paquete —dijo, la voz contenida.

Oyó el chasquido de apertura y dejó atrás el vestíbulo con un par de zancadas, subió los escalones a la carrera y llegó al primer piso. Una de las puertas del rellano estaba entreabierta. Se aproximó con cautela, sin hacer ruido. Atisbó las suelas de unos zapatos deportivos. Alguien yacía en el suelo, boca abajo. Notó el sabor de la bilis en la boca. Hizo caso omiso a las alarmas que resonaban en su cerebro y empujó la hoja con la mano. En una décima de segundo, la mente sacó la foto completa del lugar. Una ratonera. Claustrofóbica. Sin ventanas. Un poste viejo de madera, con diferentes palos a varias alturas, ocupaba la mayor parte de la sala. Apoyada contra una de las paredes, una pequeña mesa con dos portátiles abiertos. A su lado, un sofá de dos plazas, los asientos hundidos. Entre ambos, una caja de cartón en vertical hacía las veces de mesilla. Sobre la superficie, además de un macuto caqui, un cuenco lleno de objetos; llaves, monedas, un cúter, lápices de memoria, el táser, un bote de comprimidos. Enfrente, de cara, la joven del flequillo mal cortado miraba la escena con indiferencia, sin inmutarse. Identificó los síntomas. Aplanamiento de las emociones, falta de sueño, descuido en la higiene, expresión facial neutra. Delante de ella, los brazos abiertos, y también de cara, Mercader protegiéndola con el cuerpo, su HK en el suelo de linóleo imitación de parqué, cerca de donde Crespo se hallaba tendido, inconsciente, las gafas torcidas. Y, entre el sargento y la subinspectora, Boada apuntando a las dos mujeres con un arma no reglamentaria.

Milo terminó de abrir la puerta y entró en la sala.

—Mamón —dijo—, siempre hay que mirar a tu espalda.

Boada se aplastó contra la pared sin bajar la pistola.

—¡No des un paso más o disparo! —Lo miró con extrañeza, la ira reflejada en el rostro—. Tendrías que estar muerto, Malart.

—Depende de con quién hables. —Señaló a Crespo—. Un culatazo, a traición. Eres una rata, maldito seas. —Se desplazó poco a poco hacia él —. Toni no hace trabajo de campo, lo suyo es la oficina. No era necesario golpearlo.

—¡Que no te muevas, hijoputa!

—¿O si no qué? ¿Vas a empezar a pegar tiros, a llenar esto de sangre? Te da arcadas, tú tampoco estás hecho para trabajar en la calle. Lo tuyo son las cloacas.

Boada dirigió el arma a una y a otro de forma alternativa.

—¿Lo comprobamos? —dijo.

Milo sacudió la cabeza. Avanzó un paso.

—Dime, ¿cuál es tu plan ahora? ¿Asesinar a sangre fría a tres policías y a una civil? No podrás justificarlo, lo sabes.

Boada sonrió de oreja a oreja.

—Tú estás en búsqueda y captura, como ella. —Indicó a Jana con el arma—. Crespo no me ha visto la cara. Y Mercader, bueno, será un daño colateral. Me las apañaré, tengo contactos.

—Daño colateral tu puta madre —dijo Rebeca—. Y para ti soy la subinspectora Mercader, capullo.

Boada volvió a apuntarla, el pulso firme.

—No tienes nada —repuso Milo. Una vez que hubo recabado de nuevo su atención, agregó—: Sé que fuiste tú, Edgar. Me destrozaste el corazón. Pensaba que éramos compañeros.

—Yo no soy compañero de nadie.

—Fuiste tú quien contaminó las pruebas del caso Gotha. Gracias a ti, dos psicópatas quedaron libres. Seis jóvenes han muerto, y Amedé Agbini. Jana se libró de milagro.

—Más daños colaterales.

—Te pagaron bien.

—Ni te lo imaginas, ahora viajo a Suiza en primera clase.

—Eres un mierdas, no vales para policía.

—¿Y tú sí, un pirado al que se le va la olla?

—Has perdido, pero aún no te has dado cuenta. Tío, estás de mierda hasta las trancas. Asuntos Internos lleva vigilándote desde hace meses, estás acabado.

Empalideció.

—He usado móviles limpios. Y esa gente sabe cómo hacer las cosas, tienen recursos. ¡Tú eres el acabado!

—Un error, los de Asuntos Internos solo necesitan que hayas cometido un error para empapelarte. ¿Estás seguro de que no se te ha escapado nada? —Acortó la distancia—. ¿Y qué ocurrirá entonces? Yo te lo digo: que tus amos te dejarán en la estacada.

—¡Muévete un milímetro más y le vuelo los sesos a Mercader! ¿Me has oído? ¡Un puto milímetro y te juro que disparo!

Milo se frenó en seco y levantó los brazos en señal de rendición.

—Muy bien —dijo—, tú mandas. Lástima que no me hicieras caso en mayo. A mí no se me escapa nadie, te avisé.

—¿De qué hablas?

Malart desvió la mirada de forma fugaz hacia los portátiles abiertos. Boada hizo otro tanto, los ojos desorbitados.

—Qué coño…

Todo sucedió muy rápido. Milo le agarró la muñeca que empuñaba el arma y la estiró hacia el techo con fuerza, momento que aprovechó Mercader para darle una patada en la entrepierna mientras Jana, con el camino despejado, cogía el táser y le soltaba una descarga en la nuca. Boada se desplomó entre convulsiones, dejando caer la pistola. Sin perder un segundo, Rebeca la pateó en dirección a la puerta, lo volteó, apoyó una rodilla en su columna y le esposó las manos a la espalda.

—Y ahora, bésame el culo —dijo. Recogió la HK, la puso en la funda. A continuación, le propinó un puñetazo en la mandíbula que lo dejó noqueado—. Esto es por lo de Toni, escoria.

Malart preguntó a Jana si estaba bien y ella asintió con un gesto blando, sin energía. Luego, alargó una mano y le pidió que le diera el táser. Obedeció con mansedumbre. Tras guardarlo en la cazadora, se agachó junto al sargento Crespo y le puso dos dedos en la arteria carótida para tomarle el pulso.

Suspiró con alivio.

—Saldrá de esta —dijo—, solo es una conmoción. Eso sí, tendrá dolor de cabeza durante una semana.

Rebeca registró a Boada de arriba abajo. Encontró tres móviles, dos de ellos desechables, la HK reglamentaria en la cintura y una llave colgada al cuello. La sujetó en el aire.

—¿Su póliza de seguros? —dijo.

—Me apuesto el sueldo de un mes. Ahí tienes otra línea recta para acusar a los dueños del circo, ¿contenta?

—Joder, siempre tienes que salirte con la tuya —gruñó al tiempo que se levantaba—. Voy a llamar a una ambulancia.

—Espera —dijo Milo—. Toni respira, está bien, no viene de unos minutos. Tenemos el tiempo justo.

—¿A qué te refieres?

—Antes de que lleguen los demás quiero darle una oportunidad, aclarar algunas cosas. —Hizo un ademán hacia Jana, quien permanecía quieta junto al poste de madera, los brazos caídos por los costados—. Se lo debo, ¿entiendes? Media hora, venga.

—Muy bien, pero solo si me dices cómo sabías que los portátiles os estaban grabando mientras le estirabas de la lengua.

—No lo hacían. —Se volvió hacia la chica del flequillo mal cortado—. ¿Verdad, Jana?

Ella lo confirmó con un movimiento flojo, desvaído.

Milo sorteó el cuerpo de Boada y se acercó con andar pausado, las manos extendidas en su dirección, las palmas abiertas.

—Puedes confiar en nosotros —dijo. Respetó su espacio personal y se detuvo a cierta distancia—. Somos policías, pero no queremos volver a

fallarte. Comprendo tu decepción desde lo de tu madre. Os fallamos a las dos. —Jana bajó los ojos, ruborizada—. Lo lamentamos, créeme.

—De ti me fío —murmuró—, de ninguno más.

—Esta es la subinspectora Mercader. Mi compañera. Se ha dejado la piel para dar contigo y protegerte. Como a mí. Pongo las manos en el fuego por ella. Es legal, al cien por cien.

—¿Mercader? —dijo. Estableció contacto visual con Milo—. No dejabas de repetir su nombre. Cuando intentaba sacarte del mar y te ataba a la lancha. Durante todo el viaje. Al igual que en la playa.

Malart se quedó de una pieza. Sintió la mirada de Rebeca. Sonrojado, farfulló que en aquellos momentos estaba delirando.

—Y una leche delirabas —soltó Mercader. Puso los brazos en jarras—. Ahora soy yo quien quiere aclarar las cosas.

—Preguntaba por ti, sin cesar —agregó Jana—. Y también hablaba algo de un delantal rojo y azul. No lo entendí.

Milo carraspeó de forma sonora.

—No hay tiempo para eso —zanjó—. Lo que necesito saber es por qué asesinaste al matrimonio, qué te impulsó a acabar con ellos. —Tomó aire—. Al final, sí fuiste capaz de matar.

—Me repugnaban —dijo, los ojos carentes de vida—. Eso es todo. Me daban asco.

—No es suficiente. Quiero ayudarte, Jana. Y solo podré si me cuentas la verdad.

—¿Quieres rescatarme?

—Puedes rescatarte tú sola, ya eres mayorcita. Confesando.

La joven bajó la cabeza, negó varias veces.

—Tuve que hacerlo —dijo—. Era algo que alguien tenía que hacer. Un trámite necesario. Para mí. Y para vosotros.

—¿Por qué para ti?

—¿Qué más quieres que te diga?

—¡¿Por qué para ti?!

Jana irguió los hombros lentamente. El destello de la furia asomó en sus pupilas. Un momento, y se apagó.

—Estaba harta de ser violada —dijo.

Milo se echó hacia atrás, impactado por la fuerza de su declaración. Asumió que sus motivos eran inexplicables. O tal vez no. En una frase había resumido todo el dolor acumulado.

—¿Te hizo sentir bien? —quiso saber.

—Tener paz es un lujo para mí. No me la puedo permitir.

—Jana, necesitas ayuda.

—¿Crees que soy defectuosa?

—En absoluto. Solo requieres tratamiento profesional.

Ella hizo una mueca. Señaló la base del poste de madera.

—Ahí abajo tienes un pendrive. Los filmé cuando subieron al yate con la pareja de novios. También contiene la grabación de lo que pasó en la

sala. Tú y yo salimos. Te exculpará. Y en su portátil —lo indicó con un dedo—, además de los cinco vídeos de mierda, hay mogollón de archivos financieros. Cuentas en paraísos fiscales. Doble contabilidad. Todo chungo, muy chungo.

Milo la contempló, pensativo. Al cabo, tomó una decisión repentina que esperaba no tener que lamentar. Él no podría borrarse la huella que cargaría como una losa, pero Jana era joven, disponía del resto de su vida. Quizás en su caso, con un poco de fortuna, era posible eliminar la decepción de haber nacido, sustituirla por un atisbo de esperanza, cambiar el curso del destino y librarla del peso permanente. Valía la pena intentarlo.

—¿Sabrías cómo *hackear* esas cuentas? —dijo.

Ella le dirigió una mirada sin brillo.

—¿Quieres su pasta?

—No, lo que quiero es que abras una en el mismo banco a tu nombre, o a cualquiera de tus identidades falsas, y luego hagas varias transferencias de esas cuentas a la tuya recién abierta, ya decidiremos después el importe. ¿Eres capaz de montártelo? —Asintió—. ¿Cuánto tiempo tardarías?

—Cuarenta minutos.

—Tienes quince.

Rebeca se interpuso entre ambos.

—Eh, oye, un momento. ¿Se puede saber qué pretendes?

—Ahora te lo explico, Mercader. —Ladeó medio cuerpo hacia Jana—. Tú a lo tuyo, empieza. ¿A qué esperas?

Jana no se movió.

—¿Por qué haces esto? —dijo.

—Me has salvado la vida tres veces. En el mar, al subir el vídeo a la red y al darme un propósito. Trato de hacer lo mismo por ti solo una. El resto, dependerá de ti.

La chica del flequillo mal cortado dilató los ojos.

—Eres diferente a los demás policías —dijo, la voz rara.

—Nadie es perfecto. Vamos, date prisa.

Tomó asiento ante el ordenador y comenzó a teclear.

Milo se enderezó hasta enfocar a Rebeca.

—Va a necesitar dinero para salir de esta.

—Malart, nosotros no juzgamos —dijo, con cara de pocos amigos—, de eso se encargan los jueces.

—¿Jueces como Losada?

—Jueces como Cabot, honrados y honestos —repuso—, que también los hay. Pienso llevármela detenida.

—Y nadie te lo va a impedir, chica dura. Me has interpretado mal. ¿Quieres oír cómo creo yo que va a ir la cosa?

—¿Tengo otro remedio?

—Dentro de un rato le leerás sus derechos y, cuando lleguen los

demás, la conduciréis esposada a la Central. Jana se encerrará en un mutismo absoluto y tirará la llave. Como no le sobra el dinero, le será asignado un abogado del turno de oficio. En el juicio, el fiscal dará una narrativa al caso para justificar lo injustificable. Se basará en las pruebas halladas en el *Somerton*, como las huellas y pisadas que Márquez habrá podido cotejar, para señalarla como culpable del doble crimen. Eso sí, soslayará que no hay un vínculo entre las víctimas y la acusada, y argumentará como móvil su odio visceral hacia el matrimonio. El abogado de oficio, sin contar con la colaboración de su defendida, no podrá hacer su trabajo y todo concluirá de forma rápida tal y como exige el guion: Jana es un monstruo, y debe acabar con sus huesos en chirona. Los medios se harán eco de la sentencia, después de haberla presentado durante el proceso como un ser vil y deshumanizado, y todo el mundo descansará tranquilo y contento. La justicia funciona y a otra cosa, mariposa. Así es como creo yo que irá el asunto más o menos. ¿Qué opinas?

—No importa lo que yo piense, ese no es mi problema.

—Pero sí el mío —replicó. Con el ruido de fondo del constante tecleo, dio una vuelta entera sobre sí mismo y separó los brazos—. Jana no es un monstruo, lo sabes. Si me hubiera querido muerto, estaría criando malvas desde hace más de dos días.

—Díselo a esos dos degenerados.

—A eso voy, precisamente. Debemos darle otra narrativa al caso. El matrimonio la invitó a subir a bordo. ¿Por qué? Para provocarle la sumisión química, abusar de ella y luego deshacerse de su cuerpo en el mar. Jana reaccionó en defensa propia.

—Al ataque, sí —repuso Mercader—. Pero no a lo que hizo luego. Los había neutralizado, estaban indefensos. Podía haber llamado a la policía. Habrían sido detenidos.

—¿Como en el caso Gotha? ¿Como con Candela Cuadrado?

Rebeca apretó los labios y sostuvo su mirada en silencio.

—Un buen abogado —prosiguió Milo— esgrimiría los atenuantes para justificar sus actos posteriores. Estado de shock, enajenación mental transitoria, pánico extremo, confusión… Y como te dije anoche, no hay ninguna prueba que indique premeditación. Lo único de su propiedad que subió al yate fue el táser, algo que siempre lleva encima por seguridad personal. Si además tenemos en cuenta los antecedentes de las víctimas, y el trastorno que Jana padece, un letrado de renombre podría desmontar pieza por pieza el caso en su contra. Y para contratar al mejor bufete de abogados de la ciudad hace falta dinero, mucha pasta. Como para hacerse con los servicios del mejor centro de terapeutas especializado en el tratamiento de un TEPT.

—Olvidas una pieza. Los siguió, los sometió a vigilancia.

—Exacto. —Se agachó en la base del poste. Notó que uno de los palos estaba suelto, lo extrajo y palpó el interior con los dedos hasta sacar el

pendrive—. Esta es la única prueba del seguimiento: la filmación del matrimonio subiendo al *Somerton* con la pareja belga de novios. Hay que destruirlo, no queda otra.

—¿Destruir una prueba? ¿Te has vuelto loco?

El tecleo se interrumpió de golpe.

—Es el precio de rehacer una vida —dijo Malart—. Por si te consuela, piensa que Boada contaminó las del caso Gotha. Es una forma de devolverle la jugada a los dueños del circo.

—Nos pondríamos a la altura de esa rata.

—A cambio de darle un futuro a Jana, no por dinero. Y oye, ha sido ella quien nos ha hablado del pendrive, podría habérselo callado. Sabes que lo que necesita es un psicólogo, no la cárcel.

Rebeca sacudió las manos en el aire.

—Yo no quiero formar parte de esto —dijo.

—Demasiado tarde, subinspectora. Por cierto, también tendrás que ahorrarte en el informe tus sospechas de que los seguía, al igual que haré yo. Jana —dijo, sin volverse—, tú tampoco se lo puedes contar a nadie, ¿queda claro? Sin nuestras declaraciones, es indemostrable. Así que punto en boca los tres. El único que los vigilaba era yo, nadie más, ¿entendido?

—Lo que tú digas —murmuró Jana—. Pero si te cargas el lápiz de memoria, destruirás la prueba de tu inocencia.

—Me las arreglaré, descuida. ¿Por qué te has parado? Tú eres una mujer, puedes hacer dos cosas al mismo tiempo, ¿no?

El sonido del tecleo se reanudó en el acto.

Mercader se alejó hacia la puerta. Cabeceaba con disgusto. No le convencía la idea. Entre sus atribuciones como policía de la judicial no entraba la destrucción de pruebas. Observó a Boada. Luego, al sargento Crespo. Los dos respiraban con normalidad. Entonces cayó en la cuenta de un detalle. Se acuclilló ante Toni y le revisó los bolsillos hasta dar con su móvil. Dentro, encontró la orden de detención firmada por el juez, la de registro. Aplicó el zoom. Descubrió el error enseguida. La dirección correspondía al domicilio de la calle Verdi, en Gràcia, no a la de la calle Parlament. Con las prisas, alguien de la Central se había equivocado al enviarlas y la orden de registro no era válida. El fruto del árbol envenenado. Cualquier prueba encontrada en aquel piso contra Jana era nula en un proceso penal.

Se levantó de un salto con el móvil en la mano.

—Malart —dijo—, vas a echarte a reír.

32

Jana terminó de abrir la cuenta y, sin alzar la cabeza, preguntó por el importe de las transferencias. Rebeca propuso cien mil euros, pero Milo consideró que con aquello no tenía ni para empezar y aumentó la cifra a un millón.

—Y puestos ya —dijo Mercader—, ¿por qué no dos?

—Que sean tres, no se hable más. Dudo que nadie te acuse de desplumar esas cuentas. Y Jana, mira que la cifra total no sea redonda. —La joven se puso a la tarea—. A ver, yo no soy un experto, pero creo que en cuanto puedas sería conveniente que cambiaras el dinero de banco.

—Varias veces, lo sé. Por diferentes países.

—¿Has comprendido el porqué de todo esto?

—Mejor bufete de abogados, mejor centro de psicólogos.

—Hay una tercera condición.

Ella detuvo los dedos en el aire.

—Lo sabía, quieres tu parte.

—No. Que pagues impuestos.

Sintiendo avivarse una emoción que daba por perdida, Jana se inclinó en el teclado, los hombros menos hundidos. Al acabar, Milo le pidió que copiara toda la información financiera en lápices de memoria. La joven se dispuso a hacerlo con rapidez.

Rebeca quiso saber el motivo.

—¿Quieres joder a esa gente? —preguntó.

—A conciencia, por dos frentes, ¿algún problema? —Ella se encogió de hombros—. Bien, ¿qué tal si llamas ahora a una ambulancia para Toni? ¿Boada aún está vivo?

—Yo le daría otra descarga.

—Vivimos en un país libre.

Mientras copiaba los archivos, Jana le dijo que mirara dentro del macuto caqui. Milo lo abrió con curiosidad. En su interior halló el arma, la placa, la cartera.

—Joder, esto sí que no me lo esperaba.

—El móvil está en el fondo del mar, lo siento.

—Más se perdió en Cuba. ¿Te falta mucho?

—Un segundo —dijo.

Malart se guardó cada cosa en su sitio y esperó sin dejar de observarla. De repente la veía más esbelta, el cuello erguido, los dedos ligeros, incluso un semblante más expresivo. Sonrió. La patinadora con el flequillo mal cortado.

Jana le entregó dos pendrives. Los dejó caer en un bolsillo.

—¿Has terminado con el portátil?

—Todo vuestro.

—No servirá contra ti —dijo. Lo cogió y fue hasta Boada—. Pero sí para la investigación de la Guardia Civil sobre los trapos sucios del Grupo TAMM. —Se agachó ante él, puso el portátil a la altura de sus manos y movió los dedos de Boada de manera que pulsaran las teclas. A continuación, lo cerró y se lo entregó a Rebeca—. Un regalo para Cantero, se acercan las Navidades.

—¿A qué ha venido eso?

—Ya ves, le he cogido gusto a lo de contaminar. Esto de pagar con la misma moneda sienta de narices. ¿Te imaginas la cara que pondrá? —Le dio la vuelta y abofeteó sus mejillas hasta que recuperó el conocimiento. Luego, se dobló hasta acercarse a un palmo de su rostro y silabeó—: Me pirraría pisotear todos tus derechos, del primero hasta el último.

Boada parpadeó, desorientado.

—¿Y qué… te lo impide? —logró balbucear.

—¿Quién te ha dicho que algo me lo impida? Sigo en búsqueda y captura, mamonazo. Pero tienes suerte, yo no soy como tú. Ah, y las cuentas suizas ya no son secretas, que lo sepas, bocazas. —Lo agarró por las solapas y lo sacudió arriba y abajo—. Y ahora, si no quieres que me enfade, dime qué has hecho con mis cosas. Quiero recuperar la ropa y el cepillo de dientes.

Cervera y Rojo llegaron al mismo tiempo que los paramédicos, quienes enseguida se ocuparon del sargento Crespo. Los dos inspectores se quedaron boquiabiertos al ver a Malart.

—Me cago en la mar, ¿de dónde sales tú? —dijo Cervera. Acto seguido, le dio un fuerte abrazo. Cohibido por la efusividad, Milo se limitó a palmear su espalda—. Joder, macho, nos has tenido en vilo desde el jueves.

Rojo le tendió una mano.

—Malart —dijo, los ojos brillantes—, me alegro de verte.

—Vosotros —intervino Mercader—, dejad los besuqueos para más tarde, que tenemos mucho trabajo por hacer. ¿Alguno puede pasarme bolsas para pruebas?

Apenas cabían todos en un espacio tan reducido y Milo empezó a notarse agobiado. Buscó a Jana con la mirada. La vio sentada en el sofá, empequeñecida, con las manos entrelazadas sobre las piernas y la cabeza baja. Mientras Rebeca embolsaba por separado las pertenencias

de Boada y de la joven sin cesar de contarles lo sucedido, fue hasta ella y se sentó a su lado.

—Tranquila —dijo—, todo mejorará.

—¿Estás seguro?

—A partir de los cuarenta, sin duda.

Ella levantó la cabeza y lo miró. Malart mantuvo la vista al frente. Al rato, notó que Jana se recostaba en su brazo. Quieto, sintió una oleada de calor tan profunda que lo dejó aturdido.

—¿Volveré a verte?

—Me debes un móvil.

Contemplaron en silencio cómo los paramédicos aplicaban una bolsa de hielo al sargento Crespo y se lo llevaban del piso por su propio pie. Luego, después de leerle los derechos, Rojo y Cervera hicieron otro tanto con Boada. Rebeca se hizo cargo de la situación, impartiendo órdenes por teléfono. Nada más colgar, sonó de nuevo el móvil y volvió a llevárselo a la oreja. Apoyó un hombro en el poste de madera y mantuvo una conversación tras otra. Jana y Malart permanecieron juntos, sin moverse, como si nada de aquello fuera con ninguno de los dos.

—¿Qué pasará ahora? —quiso saber ella.

—Nos llevarán detenidos a comisaría.

—¿A ti también?

—Hasta que no retiren los cargos, estoy como tú.

Al cabo de unos minutos, Rebeca se plantó ante ellos.

—Es la leche —dijo—. Resulta que el juez Losada también recibió varias llamadas de Boada, con uno de los desechables. Vale, no quiere decir mucho, pero con tal de acallar los rumores de posible connivencia, es suficiente para que se muera de ganas de redactar una orden de detención a nombre de Guillermina Xivixell y otra para su hijo Alfons Parés por conspiración para cometer asesinato, cosa que está haciendo en estos instantes.

—Deja que adivine. ¿Las últimas llamadas que recibieron antes de desconectar los móviles fueron de Boada?

—Premio. Confirmado por los técnicos de la General. Les avisó, el muy capullo les sopló que queríamos pincharlos. Hay más números en sus registros, desconocidos de momento. Supongo que alguno será el del contacto para llevar a cabo el trabajito. Fue el intermediario, el chico de los recados.

—Del de la anciana conmigo, y luego en persona del de su hijo con Jana. Dos venganzas, dos encargos, cero resultados.

—Además de rata, tontolaba. Por mucha póliza de seguros que tenga, será pan comido para Asuntos Internos. Le colocaron un micro en el coche y otro en el piso. Poseen conversaciones grabadas, no podrá negociar. Lo largará todo, como un jilguero. —Los señaló con las manos —. ¿Qué, estáis cómodos?

—¿Es la hora?

—En cuanto lleguen las dos dotaciones que he pedido. Jana, debo leerte tus derechos. Y ponerte las esposas. Es el protocolo.

Se irguió. Milo la imitó, le entregó el arma a su compañera y, acto seguido, también extendió las muñecas.

—Espero que tengas otro juego para mí —dijo.

—Malart, contigo no es necesario.

—O los dos o ninguno, estamos juntos en esto.

Después de declarar durante dos horas ante Bassa, Singla y los inspectores de la División de Asuntos Internos, Malart abandonó el despacho de la comisaria con andar cansino. Fuera esperaban el resto de los componentes del Grupo.

—¿Todo bien? —preguntó Sena. Asintió—. Cervera se apuesta una paella en la Barceloneta a que te han vuelto a ordenar vacaciones forzosas, ¿es así?

—Pero esta vez para que descanse y me recupere.

Cervera levantó un puño.

—De langosta, gambas y langostinos. ¡Y bogavante!

Rojo dio un paso hacia Milo. Señaló a Rebeca.

—No veas la que ha armado estos días —dijo—. Por si no lo sabes, tiene una confianza ilimitada en ti.

—Hace mal. —Se giró hacia ella—. Es un error.

—Que te den, Malart.

Sena se unió a Rojo.

—Yo de ti tendría cuidado con tu compañera —comentó—. Cuando se le mete algo en la mollera, arrambla con todo. Le dijo a la comisaria que podía limpiarse el culo con su carrera.

—Ni te imaginas el día que tuve —argumentó Rebeca.

—¿Es eso cierto, inspectora Mercader?

—Bueno, los demás también aportaron lo suyo y… —Se quedó rígida —. ¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído. Idea de Bassa, a mí no me mires.

Sena y Rojo le estrecharon la mano. Cervera le dio un abrazo de los suyos. Milo los contempló a distancia, sin sumarse.

—¿Y tú? —quiso saber Rebeca.

—Los politiqueos no son lo mío, me va bien como estoy.

—¿Lo has rechazado?

Se encogió de hombros.

—No quiero perder el instinto y apoltronarme. Ser jefe perjudica las neuronas, es un hecho irrefutable.

—Ahora pillo lo de las vacaciones forzosas —ironizó Sena.

—¿Cómo sigue Toni? ¿Todo en orden?

—Todo en orden. Dice no sé qué de ponerse retrovisores…

—¿Ya han traído a los detenidos?

—Cada uno con su abogado, en dos salas de interrogatorios.

—Si no os importa, me gustaría acercarme un momento.

—Te acompaño —dijo Rebeca.

—No hace falta, sé el camino.

—Voy contigo —insistió—. No me fío ni un pelo de ti.

Recorrieron el pasillo y bajaron hasta la cuarta planta por las escaleras. Una vez en el vestíbulo, Milo preguntó en qué sala se encontraba Guillermina Xivixell.

—En la 1. Prométeme que no vas a hacer ninguna estupidez.

Malart abrió la puerta y fue a sentarse ante la matriarca del clan Parés. El abogado comenzó un discurso repleto de quejas que interrumpió en seco al verlo alzar una mano con gesto autoritario. Clavó los ojos en la mujer. Ella sostuvo su mirada, erguida, desafiante. Sin pronunciar una palabra, Milo dejó transcurrir el tiempo. Inmóvil. Tres minutos. La vista fija. Siete minutos. Imperturbable. Doce minutos. Guillermina la bajó. Entonces, muy despacio, se levantó, puso la silla en su sitio, encajada contra la mesa, y abandonó la sala.

33

—¿Mi coche sigue en el muelle de Capitanía? —Rebeca asintió—. ¿Puedes llevarme?

—¿No te quedas a la rueda de prensa? Harán pública la suspensión de la orden en tu contra, delante de todo el mundo.

—Ya no es mi problema.

—¿Y tampoco vas a despedirte de Jana?

—Lo comprenderá.

Entraron en el ascensor y Milo pulsó el botón del sótano 2 con un escalofrío. El descenso hasta la planta del aparcamiento se le hizo eterno. Nada más abrirse las puertas, abandonó la cabina con paso rápido y ambos se dirigieron al Ford KA de Mercader. Ella se puso al volante.

—Ni una palabra del tamaño —dijo.

—Es una caja de zapatos.

Condujo hasta la salida. Una vez en la calle, Malart se llenó los pulmones de aire con fuerza. Luego, le pidió el móvil para llamar a la jueza.

—Solo si pones el altavoz. Quiero oír cómo te lee la cartilla.

—No seas chafardera, es una conversación privada.

Estableció contacto. Cabot apenas le dejó meter baza y Milo aguantó la bronca con estoicismo, afirmando de vez en cuando. Dado el volumen que empleó Susana al hablar, a Rebeca le pareció distinguir algo así como que «el hecho de saber que estás en el mundo me ayuda a ver la vida con otros ojos, no de color de rosa, pero sí mejor, más feliz y tranquila, acompañada».

—¿Eso no es de una canción? —le susurró.

Milo se llevó un índice a los labios.

—Jueza, te lo prometo —dijo—. No volverá a pasar. Sí, en cuanto pueda. Palabra. Lo he entendido. No, no me alejaré.

Cortó la comunicación con un suspiro.

—Te adora —dijo Mercader—. No me lo explico.

Milo extrajo un papel del bolsillo e hizo otra llamada. Fue muy escueta. Se limitó a decir una hora, el nombre del bar, el Santa Marta, y colgó. Rebeca lo miró de soslayo.

—¿Otra vez en plan unilateral o solo es una impresión mía?

—Mejor no preguntes —dijo, taciturno.

—Volvemos a las andadas, ya veo. No quieres salpicarme.

Malart no hizo ningún comentario. Ella aprovechó un semáforo en rojo para observarlo con detenimiento. Encogido, la mirada perdida, inexpresivo. Sintió el impulso de acariciar su mejilla, de cogerle la mano. Pero supo que en aquellos momentos rehuiría el más mínimo roce. Todo su lenguaje corporal indicaba a gritos que se hallaba recluido en un pozo mental.

—Oye —dijo—, olvida lo que viste en el mar. Sea lo que sea, bórralo de la memoria. Estabas en las últimas, y tu cerebro te jugó una mala pasada, nada más.

Milo asintió de forma mecánica. Ella tenía razón. Aunque no solo debía librarse de las visiones, sino también de la sensación que experimentó cuando creía que había llegado el final. El gozo que halló en la renuncia. Por no hablar de la otra contradicción. Tras sobrevivir, tendría que haberse sentido agradecido, incluso contento. Pero no era así. Aquello lo desconcertaba, no sabía qué pensar. Volvió a asentir sin energía.

—Sabes mucho tú, chica dura —dijo.

—Alguien me ha enseñado. —Puso primera y arrancó. Circularon en silencio. Cerca del muelle, dijo—: Así que repetías mi nombre cuando Jana te rescató, ¿eh?

—Incoherencias de drogado.

Al rato, frenó delante de su coche. Milo se apeó enseguida. Ella hizo otro tanto. Le preguntó qué iba a hacer a continuación.

—Seguir excavando.

—No, en serio —dijo, los brazos en jarras.

—Tengo un par de cosas en mente.

—Deshacerte de lo que ya no sirve, soltar lastre, y reforzar el interior. Estamos en otoño. Tiempo de prepararse para renacer.

La miró perplejo, enmudecido.

—¿Cómo lo sabes? —logró articular.

—Es lo que tiene ponerse en tu piel. Ahora lo sé todo sobre ti. Todo. —Arqueó las cejas un par de veces—. Tiembla, Malart.

No supo cómo reaccionar. Las palabras se le agolparon en la garganta. Ella acudió en su ayuda.

—No pasa nada, tú solo cuídate. ¿Puedo contar contigo?

—Indefinidamente.

Pulsó el timbre de la puerta y aguardó. La espera fue larga. Se entretuvo contemplando el felpudo. Quería cumplir la promesa que le hizo en mayo, cuando la mujer acudió a la Central en busca de novedades, para saber si avanzaban en la captura de los verdaderos culpables del asesinato de Candela. Se comprometió en mantenerla informada;

entonces, poco más pudo hacer. Le pidió que confiara en él, y le aseguró que no iba a olvidarse de su hija. Cabeceó al recordar su frustración. Nadie tendría que vivir lo que aquella madre había sufrido. Nunca. Era inhumano. Debía contarle la resolución del caso. Había dado su palabra.

La puerta se abrió poco a poco.

—¿Señora Cuadrado?

Cerró el asunto que tenía pendiente con Juric en el Santa Marta y luego dudó si subir al ático o no. Sin ropa ni enseres, ¿para qué? Decidió salir de la ciudad. Conducir siempre le ayudaba a pensar, a aclarar las ideas. Tomó por la autopista en dirección al norte y ocupó el carril de la derecha. El tráfico era denso, pero fluido, y él no tenía prisa. Reguló la velocidad hasta que la aguja marcó ochenta kilómetros y se dejó llevar por el monótono ruido del motor, ensimismado. Fijó la vista al frente. A medida que se alejaba de Barcelona, el cielo fue despejándose. «Olvida lo que viste en el mar.» Arrugó el ceño. Fácil de decir, difícil de hacer. «Sea lo que sea, bórralo de la memoria.» Se preguntó cómo, la manera; no podía extirparlo así como así. Clavó los ojos en la línea blanca del arcén. Perfectamente delimitada. Como la huella que cargaría como una losa. Una línea inacabable. Como la decepción por haber nacido. No, no podría librarse del peso permanente. «Estabas en las últimas, y tu cerebro te jugó una mala pasada, nada más.» Aceleró hasta los ciento diez. Acercó el morro al guardabarros del vehículo de delante y cambió al carril intermedio. El cerebro, el maldito cerebro siempre a punto para sabotearlo. Estaba de él hasta los… Un momento. Se encontraba en estado de shock, al borde de la muerte, drogado. Bajó la guardia, y él aprovechó la ocasión para plantarle la imagen dañina. De ahí el gozo que sintió en la renuncia, la falta de alegría por sobrevivir. Por el impacto que le supuso, la profunda conmoción que le provocó. *Te engañas, otra vez*. Después desarrolló el TEPT, y su cerebro hizo con él lo mismo que él con Goran Juric. El anclaje de ideas por medio de palabras clave.

—Te valiste de mi vulnerabilidad, miserable.

Pisó el acelerador. El cuentakilómetros marcó ciento treinta y fue sorteando coches de carril en carril. Nada de aquello era real. Lo había usado para sacar ventaja. Para mermarlo.

—Eres un hijoputa.

Avanzó como una exhalación por la izquierda. Ciento cincuenta. La mujer del delantal rojo y azul. *Nuestra madre*. Ahogando a un bebé en la bañera. *A nosotros*. Todo era falso, parte del trastorno. *Dime por qué no recuerdas entonces su cara*. Apretó con fuerza el volante. *No puedes huir de la verdad*. Ciento setenta. Los nudillos blancos, casi transparentes. *Como haces ahora*. Ciento ochenta, el motor a punto de estallar. *Afróntalo, no seas nenaza*. Ciento noventa kilómetros por hora. *Deduce el*

motivo, solo hay tres opciones. Levantó el pie del gas. *Haz tu trabajo, maldito cobarde*. Redujo la velocidad y cambió de carril hasta regresar al de los lentos. El motor volvió a ronronear con suavidad. Analizó las posibles razones. Alguien la había forzado. Un desconocido. *Vas bien, sigue*. O su padre. Eran otros tiempos, importaba mucho el qué dirán. La desesperación ante un embarazo no deseado. En esa época era habitual que la violencia de género se mantuviera en secreto. Estaba mal visto. Había que esconder la aberración bajo la alfombra. *Ya tienes dos, falta la tercera*. Le resultó inconcebible. Una infidelidad. No era hijo de su padre. Meses acumulando angustia. Que culminaron en la bañera. El sentimiento de culpa. La sobreprotección de después. «Siempre fuiste el niño bonito de mamá.» Y su decisión de enviarlo lejos, al Port de la Selva, con los abuelos, para salvaguardarlo de la insania que se respiraba en casa.

A la derecha, aproximándose, vislumbró la silueta del hospital psiquiátrico donde tuvo que ingresar a su padre, y también a su hermano Hugo. El gen. La esquizofrenia. *¿Piensas lo mismo que yo?* De ser así, tal vez se había librado de la maldición de los Malart. Dos probabilidades entre tres. Sacudió la cabeza. Nunca le habían gustado ni la ruleta ni la estadística. *Una comparativa con el ADN de Hugo serviría para averiguarlo*. Desvió la mirada hacia las montañas, hacia el cielo, cada vez más brillante. *O buscar una denuncia por violación, al igual que con Jana, y asunto resuelto*. La aguja volvió a marcar ochenta kilómetros. ¿Qué importaba el pasado? Ya nada podía cambiarlo. *Pero no quieres, ¿verdad?* Sesenta por hora. Sin embargo, la huella estaba ahí. La avería. Su mente había borrado el rostro de su madre.

—¿De qué sirve esta mierda? —murmuró—. ¿Para comerme el tarro? Es la vida, la jodida vida. Déjalo ya, cambia de disco.

Debemos saberlo. ¿No hablabas de aclarar las cosas?

—Estoy harto de ti, Malart. No quiero volver a oírte.

Un bebé puede ver a los cuatro o cinco meses, quizás antes.

—Olvídame.

Éramos nosotros.

—¿Por qué me haces esto?

Es mi naturaleza.

Noventa por hora. Cien. Ciento diez.

—No te entiendo.

Intentó matarnos.

Ciento veinte. Ciento cuarenta.

—Yo no soy tú.

¡Nuestra madre quiso acabar con nosotros!

Ciento ochenta. Ciento noventa.

—¡Basta de culebrón!

Golpeó con furia el volante, fuera de sí. Luego, bajó la ventanilla para que el aire fresco le diera de lleno en la cara. Vio el rótulo que indicaba

la salida de la autopista. De súbito, le asaltó el recuerdo de otras huellas. En la arena. De su sobrino Marc. La sonrisa franca, abierta. Los juegos en la playa. La rivalidad por ser el primero en zambullirse. La alegría, las risas. Aminoró la velocidad y concentró la vista en la carretera. Supo lo que tenía que hacer. Poner fin a aquella partida demencial. Como con Juric. Llevar las cosas hasta el final, sin importarle las consecuencias. Imprudente, autodestructivo. Y que el azar decidiera. Bordeó un pueblo; poco después, otro. Y cuando apareció el Port de la Selva a lo lejos, se sintió como si regresara al hogar.

Frenó junto al promontorio y se apeó. Soplaba una agradable ventolina. Subió a la carrera hasta lo más alto de Punta Gran, su lugar preferido. Llegó a la cima y, jadeando, contempló la belleza del mar.

El gran azul.

Su azul.

El cielo limpio de nubes. Sin rastro de niebla. Aquí y allá pequeñas crestas blancas de las olas. Lo invadió una inusitada calma. Sesenta horas antes, las fuerzas lo abandonaron. Ahora, de nuevo enfrentado a la misma inmensidad turquesa, era el momento de medirse otra vez con la vida, aquel callejón sin salida. Y tal vez, de convertir un final en un principio.

Con un nudo en la garganta, se asomó al precipicio.

Entre las afiladas rocas del fondo vio un reducido espacio donde el agua era transparente, el fondo de arena. Se quitó la ropa con parsimonia. Una vez como su madre lo trajo al mundo, inspiró con hondura. «Deshacerse de lo que no sirve.» Lo que no tenía respuesta, mejor dejarlo estar, dar carpetazo. «Soltar lastre.» Se juró no volver a mirar atrás, así no había forma de mantenerse a flote. «Reforzar el interior.» Se acabó la lucha contra sí mismo, una pugna que no conducía a nada. «Prepararse para renacer.» Eligió un nuevo propósito: dejar de excavar.

Desentumeció los músculos del cuello. Volvió a asomarse. La apuesta era alta. Como lanzar una moneda al aire. Acabar, o volver a empezar. Le atrajo el reto. Juntó las manos como en una plegaria. Todo era cuestión de apuntar bien.

—¿Qué, Malart, cómo lo ves? —dijo.

Y saltó.

Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud a Lía De la Cruz, Jofre Palau, Jordi Solís, Úa Matthíasdóttir, Andrés Civitarese, Sergio López, Manu Casas, Bárbara Zardoya, Maria Juncosa, Javier Sanz, Alzira Martins, Bénédicte Marre, Serge Mestre, Emili Rosales y Anna Soldevila por poner a mi disposición sus conocimientos y experiencia así como por su tiempo, aliento y apoyo. De igual modo, y de forma especial, a Roser Herrera, la mejor abogada del diablo que uno pueda tener. Y por último, a mis tres hermanas, Ana, Maribel y Maite, por su constante calor y paciencia a lo largo de esta travesía.